

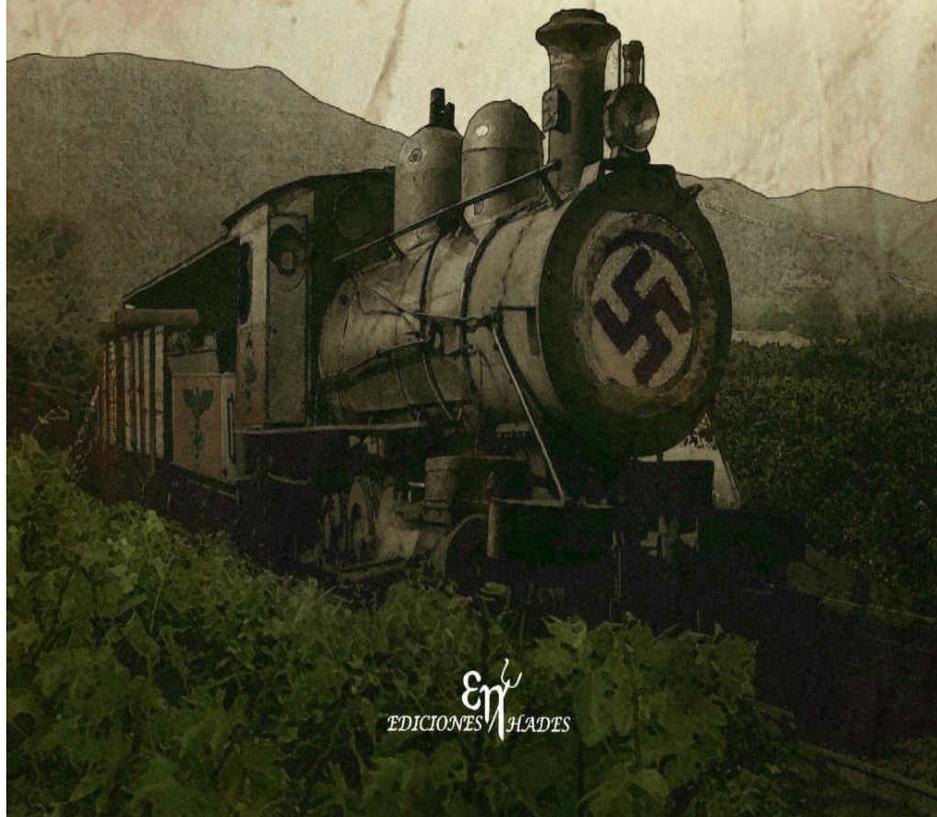
Otto

José Ramón Villaverde



Otto

José Ramón Villaverde



EDICIONES *En* HADES

Otto

José Ramón Villaverde

EDICIONES HADES

“Novela”

© José Ramón Villaverde García
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-949932-3-7
Depósito Legal – CS 276-2019

Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

Otto

*Dedicado
a mis padres.*

Hendaya, 20 de Junio de 1944

La estación de tren de Hendaya presentaba un tremendo caos a media mañana. Quizás, la felicidad por la intuición de celebrar el incipiente final de la guerra y la definitiva liberación de Francia, o por el simple hecho de que por fin la actividad económica tuviera cierto punto de tranquilidad y crecimiento, hacía que el bullir de personas, ganados y enseres fuera avasallador. Los vagones, fueran de mercancías o pasajeros, se mostraban atestados de todo tipo de gentes. En el tremendo frenesí existente, los que intentaban subir al tren no dudaban en llegar, casi al forcejeo, con los que intentaban bajar dando lugar a tensas situaciones. Otros, aún en los andenes y dada la coyuntura bélica, se despedían angustiosamente temiendo que ese fuera su último adiós. Soldados llegaban del frente, siendo recibidos a partes iguales entre sollozos y locas exclamaciones mientras decenas de mozos esperaban ganar algún franco porteando alguna maleta o fardo. Burros y caballos, entremezclados entre el gentío, esperaban a ser cargados mostrando el mismo arrebatador son nervioso que el resto.

En cambio, para los alemanes, las noticias no eran nada alentadoras y negras nubes presagiaban días aun mucho peores. Desde cierta distancia una persona intentaba disimularse entre la multitud. Calado el sombrero hasta las profundidades de su cabeza y cubriéndose con una gabardina, buscaba sombras donde poder cobijarse de las luces de la felicidad con que los nuevos días agasajaban a los recién liberados. Los aliados y el nuevo ejército francés de De Gaulle estaban ya por todas partes y el Reich de los mil años tocaba a su fin. Para Hermann lo peor no era eso, ya que desde hacía meses daba por descontado la caída de Hitler sino el observar desde la distancia cómo, dos figuras, de manera sorpresiva, se acercaban a su camarada situado en el andén de la estación. Situados rápidamente a su espalda, un par de agentes de paisano de la Gestapo, mimetizados entre las gentes, sujetaron sin contemplaciones a Robert quien, no pudo oponer ni un ápice de resistencia. Sabiendo lo que sucedería si era cogido, raudo, se perdió entre la multitud sin dejar rastro. Sus pasos dejaron en el aire una melancólica y fatigada última mirada como despedida al que fuera su cómplice y fiel camarada de armas pero también otra, dirigida hacia un sucio vagón de mercancías, que en ese instante, descansaba en uno de los muelles de descarga.

La Lista - 1940

Aunque pareciera lo contrario la debacle ni tan siquiera se presentía en 1940. Mientras las exultantes tropas alemanas desfilaban por los Campos Elíseos y Hitler se jactaba de su poder al observar la torre Eiffel a escasos metros de distancia, un pequeño grupo de hombres se colaba entre ellos con un único fin, sembrar el terror en la nueva tierra ocupada.

Dicho terror había comenzado en Alemania muchos años atrás, prácticamente, desde que Hitler ganó las elecciones de 1933. El resto de Europa, en cambio, comenzó a visualizar las múltiples caras del miedo cuando, en 1939, Polonia fue tomada y comenzó la guerra. Conquistada en pocas semanas y tras su rendición, un siniestro grupo paramilitar, las SS, penetró en todo su territorio dando comienzo a una brutal represión. Las SS fueron creadas por uno de los lugartenientes más fanáticos de Hitler, Heinrich Himmler. Su objetivo era, salvaguardar la pureza racial germana y proteger la seguridad del régimen. Organizados como un ejército y compuesto por fanáticos, operaba incluso de forma opaca y clandestina para los propios generales del ejército regular, la Wehrmacht. Poco a poco fue creciendo en medios y jerarquía, lo cual redundó en su capacidad intimidatoria, ya no solo en los países conquistados sino para los propios alemanes. En los años precedentes a la guerra se fueron preparando y organizando, mientras sembraban semillas de odio, disturbios y agravios, en pos de facilitar el camino a Hitler para la anexión de Austria o la República de Checoslovaquia. Espiaban y fomentaban la delación, extorsionaban y propiciaban el caos, eran los mismísimos hijos del diablo.

Himmler y su segundo Heydrich, eran auténticos profesionales de la organización así que de manera muy meticulosa crearon una fuerza paramilitar absolutamente efectiva y eficiente. Himmler al igual que Hitler, de pasado sombrío y revolucionario y sin especial dote para ninguna labor civil o militar, tenía enquistada la palabra envidia, dado que nunca pudo pertenecer al cerrado mundo de la élite uniformada. Se adhirió desde sus comienzos al movimiento nazi destacando por sus dotes para el manejo del arte de la creación y maquinación de conspiraciones y por su genial capacidad organizativa. Con el crecimiento del partido nazi se hizo cargo del cuerpo policial de la Gestapo y poco después alumbró las SS. Si en un inicio, estas tenían un único componente de protección del líder, Hitler, poco a poco, las SS fueron deviniendo en el control y dominación de todos los aspectos de la vida social alemana. Desde el inicio las SS fueron creadas como un ejército

en la sombra con el mismo patrón organizativo y jerárquico, de filosofías y costumbres que el regular. El resultado de esa competición fue que al final de la guerra tenían casi idéntico poder o incluso mayor. Alineados con todos estos fines, fueron alumbrados entre otros siniestros grupos, los Einsatzgruppen^[1] que asignados a brutales comandantes, se encargaron de poner en práctica lo aprendido e iniciar la feroz represión en todos los países conquistados.

Las últimas unidades del ejército polaco se rindieron el 30 de Octubre de 1939. Esa rendición dio paso a la entrada total de las huestes de Himmler en Polonia. Dejado el ejército polaco a la Whermacht, quien se iba a encargar de su claudicación final, las SS viraron hacia la sociedad civil. Así pusieron su primer foco de atención en la eliminación de las élites del país, aristócratas, políticos, artistas, la resistencia y un largo etcétera hasta llegar a su gran enemigo, los judíos.

Hasta entonces el ejército alemán siempre había mirado hacia otro lado ante las locuras del pálido personaje que mandaba las SS. A los grandes generales lo único que les importaba era mantener sus rancias tradiciones desde la época del Káiser^[2]. Aun así observando los desmanes que las tropas de Himmler comenzaban a perpetrar, formularon una queja al Führer. Los uniformados mostraban malestar al observar como a su alrededor crecían las aves de rapiña de las SS y cómo, con su perversa visión de la guerra, perpetraban constantes orgías de caos y muerte. Alejados de todo protocolo y convencionalismo sobre el trato a los prisioneros, a la población o las reglas básicas de respeto a las leyes entre otras muchas cosas, campaban a sus anchas sembrando el miedo y el terror, haciendo énfasis sobre todo en la comunidad judía.

No es que el tema de los judíos importunara en exceso a los militares, realmente el anti judaísmo estaba muy implantado en su filosofía pero el exceso de barbarie comenzó a hacerles mella. Los generales, provenientes en su mayoría de la vieja aristocracia conservadora y de las academias militares, donde primaba la táctica en el arte de la guerra y estaba repleta anticuados modismos, se quejaron del exceso de brutalidad en muchas de las acciones de la Gestapo y las SS. Mostrando su malestar a Hitler, le precisaron, que no tenían ningún problema con que las tropas de asalto diezmaran a la resistencia o solucionaran el problema judío como desearan pero debían mantenerse más “tranquilos” y sociables con el resto de la población polaca.

Sabiéndose necesarios en ese momento inicial de la guerra, Hitler no

opuso resistencia por frenar a las SS y siguió dando el mando de la acción bélica, en tierra ocupada, al ejército. Los militares, contentos con quitar del medio a Himmler, obligaron a firmar un edicto al Führer garantizando que, el poder en todo país ocupado, siguiera detentado por la Wehrmacht y por tanto, estos iban a ser siempre los encargados de crear las reglas y el desarrollo de las operaciones. Así pues y tras la toma de Francia, fueron los uniformados los que se subrogaron el control del poder y no la temida Gestapo del todo poderoso Himmler en el intento así, de preservar cierta normalidad y civismo en la nueva tierra ocupada.

Francia cayó el 14 de Junio de 1940. Contrariado Himmler por el affaire polaco y sabiendo que, no podía dejar escapar un gramo de poder, generó una nueva estrategia para retomarlo, siendo Francia su nuevo campo de trabajo. Encargó a su más fiel vasallo Heydrich, la misión de crear un grupo afín a los intereses de la Gestapo y que penetrara, de manera soterrada, en tierra conquistada. Para tal fin Heydrich se acordó de un tipo especialmente metódico, organizado y brillante con rasgos intelectuales llamado Karl Knochen quien, asumida la misión creó tal tela de araña que al final de la guerra, las SS estaban en la misma línea jerárquica y de actuación que el propio ejército. Junto a Knochen trabajaba otro joven de su mismo perfil llamado Oberg, en la tarea de ayudarlo en la organización y copiar los modelos que, de manera magnífica, operaban con éxito en Alemania. Así pues, ambos se lanzaron a clonar las policías y redes de espionaje ya existentes. Organizada y copiada del Reich la policía del orden (Orpo) y de seguridad (Sipo-SD), cada una a cargo de un comandante y con múltiples recursos, se lanzaron con hambre ciega hacia el dominio de las calles de París. Lo que a continuación comenzaba a desarrollarse y como ya sucedía desde la misma génesis del partido nazi un nuevo estado dentro del propio estado principal, germinaba. Como si se tratara de una cancerígena bacteria, el fin del primero, era simplemente succionar al segundo y dejarlo morir, para en ese momento, tomar el mando.

Oberg encajó como un guante en el Sipo dividiéndolo en varias subsecciones de pequeños comandos con objetivos de administración, espionaje, contraespionaje y elaboración de información, dando preeminencia a estos objetivos frente al resto de departamentos. Daba igual cual fuera el origen de la investigación, supuestos enemigos del estado, judíos o partisanos, franceses colaboracionistas o militares, industriales o comerciantes u otros que, por sus puestos de trabajo o categoría social, fueran

susceptibles de ser utilizados. El caso es que todos, llegado el momento pudieran depararles cualquier sustancial beneficio. Así pues y dentro de ese maremágnum, idéntico al diligente, mecánico y perfecto sistema creado por Himmler en Alemania, Oberg puso nombre a toda su creación. Inició los pasos de la llamada sección III donde poco a poco comenzó a parirse la llamada “Lista Otto”. Otto se convertía, desde ese momento en el nombre en clave de una organización secreta con el fin de recopilar datos de cualquier persona, bien o materia susceptible de generar beneficios para el Reich. Franceses a los que poder sobornar o judíos acaudalados que pudieran comprar tiempo en pos de librarse de los trenes a los campos de concentración. Colaboracionistas, informantes y maleantes pasaron con gusto a situarse entre sus líneas, ávidos como intuían, de poder aprovecharse del caos de la ocupación. A su vez y en dicho vademécum la situación de los hoteles de lujo, de los restaurantes más afamados y de los museos con sus principales obras de arte iban a tener especial preponderancia. Bodegas de renombre junto con las mejores joyerías y peleterías e incluso los lugares de moda frecuentados por una u otra clase social glosaban cada uno de las filas de la lista. Minas donde se hallaban los necesarios bienes materiales para surtir a las grandes fábricas alemanas de acero, cobre, caucho, wolframio etc... para poder mantener la llama armamentística.

Mientras la guerra continuaba, mientras la Gestapo arrasaba la tierra por donde pasaba y mientras Europa se desangraba, la lista Otto fue creciendo en líneas y páginas sin apenas hacer ruido pero con una fuerza y recursos inagotables. El ejército agotado, desmoralizado, intentando defenderse de las embestidas aliadas y preocupado por mantener lo poco que iba quedando del Reich, dejó, casi sin poner obstáculos que creciera a su alrededor la siniestra organización. Cuatro años después y amparados bajo la ausencia real de leyes en Francia, la corrupción, la carestía general de todo tipo de recursos y sobre todo, bajo la tutela y sombra del terror de las SS, el pequeño grupo que entró de manera súbita y escondida bajo la tutela de Himmler, había alcanzado su fin, ser una terrible realidad.

Robert Pöschl y Hermann Brandl, fueron los designados por Oberg para que la maquinaria Otto fuera ajustada al milímetro. Ambos, eran los encargados de encontrar, deportar y avituallar a Alemania de todos los bienes materiales necesarios que pudieran aprehender en Francia con el fin de seguir manteniendo económicamente al Reich. La escasez de materias primas, manufacturas y cualquier objeto susceptible de ser comprado y vendido

originó en la Francia ocupada un enorme mercado negro que debía aprovecharse. Institucionalizada la delación como método de supervivencia innumerable información llegó a la Lista Otto. Ya no solo interesaba alimentar la industria armamentística alemana sino que, desde las altas instancias nazis, se recibieron órdenes para comenzar con el expolio generalizado. Obras de arte, artículos de lujo, las mejores botellas de vino o champán y un largo etcétera pasaron, por tanto, a ser objetivos activos de incautación.

Sin reglas, los uniformados de las SS, hábiles en este tipo de juegos, se dispusieron a sacar tajada.

“Uno no puede cumplir hazañas de grandeza en un estado normal de la mente. Debe volverse fanático y desarrollar una manía de morir”.

Jocho

Capítulo 1

París, principios de Marzo de 1944

—Desde que vino Brüner de Salónica, París es un desastre. Esto se está convirtiendo en una auténtica locura —refunfuñaba Robert mientras se acercaban a la oficina.

—El invierno parece interminable... el peor de los últimos años —sin atender en exceso las palabras de su camarada Hermann, miraba preocupado el ennegrecido cielo de París—. Malos, malos augurios...

Por orden de Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS, se daba preferencia a terminar con el problema judío de manera expeditiva. La solución final y por tanto el exterminio en los campos de concentración, eran ahora sujeto principal en el devenir de la guerra. Tener a un animal como Brüner, curtido en decenas de matanzas y deportaciones, como jefe al mando de las SS en París, suponía reconocer su complicidad en brutalidades extremas. Dado que los aliados se preparaban ya para el asalto final a Europa, visualizar esa perspectiva en sus mentes, les auguraba un futuro negro e incierto.

—Los tentáculos de Eichmann crecen demasiado en París —suspiró nervioso y apesadumbrado Robert—. Quieren acelerar las deportaciones y me imagino que también multiplicar el pillaje —sus palabras pretendían ofrecer un tinte tenebroso. Las pausas e inflexiones de su voz perturbaban en la conciencia de ambos—. Creo que se acerca el final... Quizás tengamos ya que comenzar con el plan... en breve nos convertiremos en meros tratantes de carne humana —sabiendo el terror que dichos pensamientos conllevaban.

—Sí... me parece que no se van a conformar solo con los vagones cargados de materias primas o divisas. Pero sí, debemos ser expeditivos y comenzar ya o terminaremos en el frente ruso o yo que sé donde —dubitativo y reflexivo intentaba buscar algún tipo de llave que le mostrara caminos sin éxito—. Los bombardeos americanos y las acciones de los partisanos son cada día más eficaces. Si destruyen las vías de los trenes no habrá manera de salir de aquí.

—Ya —enfaticó alicaído compartiendo sus peores temores—. ¡Estoy harto de bajar al puto almacén! —maldijo Robert.

De ser una simple y prolija lista, un vademécum organizativo donde consultar y localizar cualquier dato necesario para la Gestapo, Otto se había convertido en una misteriosa y peligrosa organización incluso para el propio

Reich. Con los años había crecido exponencialmente tanto en riquezas como en el terror que demostraba la ejecución de sus acciones. Cada día partían de París incontables vagones repletos de divisas, oro, preciados lienzos, materias primas necesarias para la industria de la guerra, vinos y champanes y cualquier riqueza susceptible de engrosar la sed de opulencia de los jerarcas nazis, entre ellos y el principal, el mariscal Goering, mano derecha de Hitler. Los adalides del éxito de esta empresa eran el capitán Hermann Brandl y su lugarteniente Robert Pöschl quienes, como si fuera hábiles ingenieros en construir organizaciones eficientes, llevaban hasta las últimas consecuencias las órdenes recibidas.

En el cuarto año de guerra se sentían felices y contentos dado lo exitoso de su misión militar. Como nuevos ricos y casi despreciando el uniforme para el que servían se habían instalado en una especie de suerte de tres oficinas centrales situadas en el Bosque de Bolonia, en la calle Astorg y en la Adolphe-Yvon. Excelentes agentes nazis destacaban en sus competencias, la minuciosidad y la diligencia en la ejecución de cada trabajo y el orden organizativo y meticulosidad con que se desarrollaba cualquier asunto hasta alcanzar su objetivo. La oficinas se presentaban amplias, limpias, diáfanas y luminosas, haciendo que este sustancial hecho no fuera el apropiado para acoger en el mismo espacio otras tareas, menos decorosas, inherentes a los designios fundacionales de Otto. Una amable y simpática joven ofrecía la mejor de sus sonrisas al visitante. Acomodado en uno de los despachos, decorado a la moda del momento, esperaba a ser atendido sin que su presencia fuera apercibida por otros. Un buen vino o champán era ofrecido e incluso si el huésped era importante por el nivel de su confidencia, caviar o foie de oca, le eran servidos. Dado este boato, era lógico determinar que si por un lado recibían a lo más granado de la sociedad parisina, a espías, funcionarios colaboracionistas de alto rango o empresarios para facilitar la delación, el soborno o la extorsión, ese mismo espacio no podía albergar el fruto de toda la información conseguida, es decir, todo lo saqueado. Tampoco era de recibo encontrarse cara a cara con los propios colaboradores de la Gestapo, es decir, con todo ese infame mundo de maleantes y asesinos que facilitaban la consecución de dichos éxitos. Así pues y con ese fin, requisaron en los llamados “docks” de Saint-Queen, diversos y grandes almacenes donde guardar lo decomisado para luego franquearlo con destino a Alemania. Ese nuevo espacio creado, en connivencia con los propios agentes nazis, comenzó a tener su esplendor gracias al trapicheo generado por el expolio. Maleantes,

tratantes, mercenarios o exconvictos frecuentaban sus muelles en busca de jugosos beneficios, los cuales y en demasía llegaban a diario. El mercado negro y todas sus pervertidas derivadas, el chivatazo, el trueque y la prostitución, comenzaron a reinar sin punto final. El resultado de todo ello fue que, cualquier parisino que tuviera información que vender, dinero para comprar o bienes preciosos que intercambiar, tenía un lugar dónde poder acudir en caso de necesidad. Y esto, en época de guerra, era siempre acuciante y generalizado.

Dado lo exitosa de su misión, sus bolsillos repletos de dinero y la autocomplacencia que otorga el ser visto por toda la alta sociedad parisina como vencedor y por tanto, persona principal, a Hermann Brandl, con el paso de los meses, comenzó a gustarle que le apodaran Otto. “A fin de cuentas, he sido yo el creador de todo este éxito” murmuraba para sí. “¿Por qué no aprovecharme de ello, si lo merezco?”. “Total ¿para qué? para dárselo al cerdo de Goering” concluía. Se veía atribulado mientras descorchaba una botella del mejor champán celebrando el cumpleaños de Hitler o al verse rodeado, liderando cualquier tipo de comentario, con comandantes de la Wehrmacht en el Ritz donde era tratado como un igual. Vestido de manera impecable, de rostro ovalado, pequeño de estatura y con el pelo engominado y tirado hacia atrás se mostraba siempre exquisito, coloquial, intelectual y divertido en el exclusivo pequeño mundo parisino de la Francia ocupada. Aun con grado de capitán su desmedido gusto por las riquezas y la competitividad, las cuales le aupaban como infatigables compañeras, le obligaron a dejar de lado todo lo que sonara a “tosca, vetusta y rancia jerarquía militar”. Este vicio por el dinero le acució de manera recurrente y constante para que, su desmedida ansia, conquistara nuevas cotas de ostentación. En determinadas ocasiones las damas congregadas a su vera eran embelesadas cuando Otto, en el momento oportuno, ofrecía cualquier producto exclusivo del mercado negro obsequiándoles con esta u otra dádiva. Vestido con impecable frac, hecho a medida, acudía a cualquier fiesta o evento social de postín en París y cuando la noche lo permitía, musitaba palabras de amor al oído de la dama de turno mientras bailaba y escuchaba su canción favorita “*Les fleurs sont des mots d'Amour*” de *Danielle Darrieux*. Todo ese ritmo de vida, en cambio, comenzó a crear suspicacias entre los militares del ejército regular, quienes hastiados del fragor y las penurias del combate, recurrían cada vez más al pequeño hombre como único recurso de aprovisionamiento. Siempre abierto, como si fuera un gran bazar donde poder

avituallarse y encontrar cualesquiera útiles necesitaran, abastecía constantemente. Llegó a tal punto su opulencia que el propio ejército comenzó a encargarle su lista de necesidades cuando la imposibilidad de auto proveerse fue manifiesta. La guerra genera poderosos enemigos y cuando el fin del Reich era cada día más probable, incluso la propia Gestapo, comenzó a poner sus ojos en la pequeña organización.

Capítulo 2

Si el demonio tuviera hijos en la tierra es muy probable que Wilhelm Radecke fuera uno de ellos. Con una mirada a partes iguales entre despiadada y diabólica, sin escrúpulos, tosco y generalmente desaliñado en su forma de vestir, era la antítesis de su jefe, Hermann Brandl. Aun así, y muy a su pesar, era totalmente necesario para los oscuros intereses de la organización. Desde el primer día que apareció en su oficina, Otto tuvo la sensación de que alguien quería espíarle muy de cerca y por tanto, asumió el deber de ser exquisito en la información a revelar y pulcro en la exposición o verbalización de cualquier tipo de detalle. Obviamente era un hombre de Brüner y por tanto, debía priorizar la cuestión judía entre todas las cosas para, una vez contentado, poder continuar con sus líneas de negocios.

Como objetivo principal de su negociado Wilhelm quedó adscrito a la gestión de los almacenes dedicándose a contratar o crear vínculos con la peor escoria de París. Hombres sacados de los peores tugurios o de infestas cárceles, proxenetas o traficantes de cualquier bien pasaron a endosar las filas de la organización Otto con un único fin, el saqueo y la delación de judíos para deportarlos a los campos. Wilhelm así pues, además de espía para los mandos de las SS, era de vital importancia para Otto ya que hacía el trabajo sucio que nadie quería hacer.

Hermann y Robert abrieron con fuerza la puerta del almacén encontrándose a Wilhelm de frente.

—¡Buenos días señor! —mientras las botas emitían un sonoro clac cuadrándose ante ellos.

—Buenos días Wilhelm ¿novedades? —preguntó Otto sin apenas mostrar convencimiento en sus palabras—. “Ya sé cuáles son tus novedades. ¡Me dan igual tus novedades psicópata!” pensaba.

Sabía lo que iba a escuchar de primeras y le daba nauseas. Para un hombre culto y posicionado como él tener que gestionar esa información, administrarla y sobre todo aparentar sentirse orgulloso, le producía un creciente ardor de estómago.

—Anoche los chicos entraron en la casa del señor Lewowich y la verdad... —frenando su diálogo para otorgarle misterio— fue todo un

descubrimiento ya que el asqueroso judío tenía un ¡Pissarro! —sus palabras exultaban triunfo—. Toda su familia va camino ya de Auswitch señor —sin prácticamente prestar atención al significado del viaje—. En total han sido hoy 760 judíos los que hemos mandado al matadero —y una prominente sonrisa se dibujaba en su cara—. A su vez, me gustaría que fuéramos ahora al almacén 3, ya que los chicos han hecho inventario y creo que hay algunas cosas interesantes a las que debe prestar atención —con increíble y pormenorizada exactitud iba relatando todas las tareas realizadas—. Ahora por favor, debe cumplimentar todo esto y firmar todo esto —y le ofreció una vasta colección de documentos.

—De acuerdo, vamos primero al almacén, estoy ansioso por ver esas novedades —intentando simular su mejor sonrisa puso rumbo hacia el lugar. Comenzaba a intuir lo que iba a suponer firmar cada una de las órdenes de evacuación, así que intentaba siempre demorarlas lo más posible, pese al disgusto de Wilhelm que no paraba hasta conseguirlo.

“¿Los chicos?” pensó Otto “Valiente desgraciado” y una profunda mueca de disgusto y asco emergió desde las profundidades de su ser. Los chicos estaban capitaneados por un tal Masuy quien había ideado un suplicio llamado “la bañera” donde por ahogamiento, inducía a que los pobres desgraciados reos, confesaran cualquier tipo de manipulaciones. Con dicha información, el sicario comenzaba su despliegue por las calles de París sembrando el caos allí por donde sus huesos pasaran. Masuy, a su vez, era secundado por otro tipo aun peor encarado llamado Rudy de Merode. Dado el rigor con el que hacían su trabajo y la brutalidad de sus acciones para con los judíos, Wilhelm les había obsequiado con la insignia de la calavera de las SS haciendo que, la manifestación de sus fechorías, fuera aun más intimidatoria y tenebrosa.

—No lo voy a repetir —gritaba Rudy—. ¿Dónde viven? —tras finalizar la pregunta el rehén recibió una patada en la boca que hizo que varios dientes y sangre en abundancia saltaran en tropel. La cara la tenía amoratada y descompuesta pareciendo, además, que medio lóbulo de su oreja hubiera sido cercenado.

—El imbécil ha perdido el conocimiento —afirmaba jocoso Masuy, atendiendo el estado del reo.

Sin que ambos se apercibieran y a sus espaldas, Wilhelm apareció junto con Hermann y Robert.

—Dejen eso para luego y díganme lo que me han dicho esta mañana —

ordenó sin contemplación y sin prestar atención al pobre desgraciado que yacía en el suelo.

—Llevamos ya varios días haciendo inventario para el traslado de todo el almacén y...

—¿Cómo que traslado?! —cortó taxativamente un encolerizado Hermann.

—Sí señor —intercedió Wilhelm, simulando pretender ser conciliador pero a la vez, sintiendo un enorme placer interior al desvelar la noticia—. Llegó anteayer una orden de ejecución inminente de nuestro comandante en jefe. Debemos estar preparados, lo antes posible, para el traslado de todos los enseres que se hallen en el almacén hacia el Reich, señor. De ahí que ordenara hacer un inventario de todo lo que hay aquí dentro para, cuando recibamos la orden final, estar listos. Espero le haya parecido bien mi acción, señor —y mientras hablaba, le enseñó un papel firmado por Brünner.

—¿Por qué no he sido notificado de todo esto nada más recibir la carta? ¿Por qué Brünner no me ha llamado?

Pocas veces Hermann había perdido los estribos y, ahora, estaba cercano a perderlos. Realmente no era tanto un problema de sentirse minusvalorado por su superior o tener, por fin, una prueba fehaciente de que Wilhelm era en realidad los ojos y los oídos de Brünner dentro de la organización Otto, sino simplemente constatar, que el tiempo se acababa. O ejecutaba rápido su plan o todo lo que había atesorado, durante tanto tiempo en los almacenes, sería pronto pasto de los buitres de Goering.

—Lo siento señor —fingiendo contradicción y temor por la no comunicación del procedimiento administrativo y pretendiendo excusar al superior de ambos—. El comandante ha sido llamado a Berlín y tuvo que partir inmediatamente. Quizás ante la inmediatez olvidó ponerse en contacto con usted. El caso es que tenemos que preparar todo para, en un único envío, mandar la mayor cantidad posible de mercancías al Reich. Esta vez tienen preferencia frente a los judíos. Las líneas son bombardeadas de día y el ejército logra reparar muchas por la noche pero, esto no quiere decir que el flujo logístico siga en pie al siguiente amanecer.

—Sí. Son lógicas las órdenes y tampoco logramos frenar los actos de sabotaje de los partisanos —asintió Hermann más por ganar tiempo y poder pensar que por ofrecer una victoria a su oponente.

Hermann y Robert sabían lo que significaba la noticia. Con el tiempo habían comenzado a sentirse identificados con el poder que este tipo de vida

les otorgaba. Las riquezas ya no eran medidas por el cómo eran conseguidas sino por lo que su gestión deparaba. Habían borrado de sus conciencias todo vestigio de causalidad, culpabilidad o aflicción por el daño producido y en cambio veían su nuevo modo de vida como un éxito por su eficaz gestión. El problema no era que los aliados estuvieran a escasos meses de iniciar la ofensiva final sino que, lo subyacente era que, poderosas y superiores instancias quisieran apropiarse de lo que ambos ya consideraban como suyo. Un sudor frío y un nudo en la garganta, acompañado de una terrible sensación de ahogamiento, se adueñó de ambos. Intuir tan cercana la presencia de la Gestapo no era un tema para dejarlo sin consideración. Sabían lo que les ocurría a los disidentes. La propaganda del régimen no cesaba de emitir imágenes de cuerpos ahorcados o cadáveres mancillados de aquellos que osaron oponerse o separarse del movimiento. A su vez, no acatar las órdenes o demorarlas en exceso suponía ir directamente al frente Oriental y Brünner, seguro firmaría con gusto, la orden de traslado para ambos. Siniestros pensamientos se agolpaban en la mente de Hermann y Robert, necesitados de pronta resolución.

—Así pues y si le parece podemos revisar el inventario para, en cuanto nos sea posible, poder ir cargándolo en los vagones —regocijado con cada una de sus palabras, Radecke las edulcoraba convirtiéndolas en finas dagas clavadas en lo más profundo de su ser. El deleite con que las pronunciaba, sabiendo lo que suponían, hacían más desesperada su situación.

—Perfecto —dijo recuperando el aplomo marcial—. ¡Comencemos! Aun así, el primer tren que debe ser enviado será el de las materias primas, para nuestro Reich es lo más necesario ahora mismo.

La sorpresa fue mayúscula al observar la magnificencia del expolio. Hacía mucho que no iban hasta los almacenes. Bajar hasta allí, desde las impolutas oficinas, conllevaba tener que juntarse con la peor chusma y dada su nueva vida, ese no era el mejor plan deseado. Observar la cantidad y opulencia de lo incautado, les abrió de una manera tan grande las pupilas que pareció, quisieran salirse de los propios ojos.

—Bien, hágame la relación de lo que ya ha inventariado —de nuevo feliz al constatar el éxito de tantos años de esfuerzo y trabajo.

Wilhelm estaba programado, dirigido y formado para desarrollar eficazmente cualquier tipo de gestión logística en la deportación de judíos a los campos de exterminio en Polonia. Cuando Brünner le llamó asignándole la labor de control y auditoria de los almacenes, bajo el control de las SS de

París, lo tomó como un premio a su diligencia. Ambos habían coincidido en varias matanzas en algunos guetos de Lituania y el comandante, había quedado sorprendido al observar, los métodos de trabajo de Wilhelm para con los judíos. A veces y a modo de distracción, en pleno invierno, los sentaba bajo los carámbanos de los tejados y esperaba, con regocijo, a que cayeran en las cabezas de los pobres desgraciados. Convertida en atracción su particular entretenimiento, concitó las miradas de sus superiores que pronto lo reclutaron para tareas mayores. Brünner fue trasladado a París y recordó a su viejo camarada llamándole para seguir las andanzas de dos pájaros que despuntaban. El estado mayor del ejército había formulado una queja que más sabía a celos que a otra cosa. Se sospechaba que Hermann Brandl y Robert Pöschl, dos tipos grises y anodinos de las SS, se estaban lucrando en exceso a costa de lo incautado o al menos, tramando demasiadas amistades con los franceses. Aunque la verdad y a pesar que a él le diera igual toda noticia venida de los militares, congraciarse y estar en la órbita de Himmler, era realmente lo único que le importaba. Así pues y asumida la tarea se puso en marcha para buscar pruebas con el fin de poder acusarles de haber violado el cogido ético de las SS en cuanto al tratamiento económico y administrativo de lo expoliado. La misión encomendada a Wilhelm, seguir a los dos soldados y una vez conseguida las pruebas necesarias, ajusticiarlos.

Tras atravesar un par de angostos y largos pasillos atestados de suciedad y cajas desordenadas dieron con una nave repleta de enseres. Un poco anonadados por lo suntuoso de lo allí guardado casi no prestaron atención a las palabras de Wilhelm quien iniciaba, con eficaz diligencia, su enumeración.

—Si se fija en toda esa zona de allí —señalando enormes fardos marrones—, están concentradas las cajas de moneda extranjera. Francos franceses, coronas danesas, dólares americanos... —haciendo un inciso y concentrado en el papel que contenía sus anotaciones continuó—, hay también francos suizos, yenes, dólares australianos y canadienses, libras esterlinas. La verdad es que la cantidad de dinero es enorme y sumarla está siendo muy costoso —a fe que decía la verdad porque dado el exquisito esmero con el que trabajaba Wilhelm, poner en orden semejante fortuna seguro le estaba ocasionando más de un quebradero de cabeza y sus gestos, lo aseveraban—, pero bueno, me imagino que puede haber entre cuatrocientos o quinientos millones de *reichsmark*^[3] sumando todas las monedas. Para terminar el detalle de las monedas, habría que añadir la ingente cantidad de

divisas extranjeras que poco a poco vamos auditando.

Haciendo caso omiso a Hermann y Robert, perdido en sus anotaciones y solo seguido por Masuy y Rudy, quienes abrían o cerraban cualquier armario, caja o bolsa al designio de su jefe, Wilhelm seguía con su particular guía inventariada del expolio.

—Si se fija en aquel lugar —y con una linterna enfocó uno de los muros de piedra del almacén—, están cubiertos por telas 127 lienzos pertenecientes al “arte degenerado” —dando la luz a Masuy comenzó a leer algunos de los más importantes—, tenemos varios Monet, cuatro de Signac, dos Modiglianis, seis Klimt, tres de Toulouse Loautrec, dos de Manet, dos Pissarros... llegaron anteayer cuatro de Egon Schiele, algunos Renoir, Degas, Sisley... —intentaba concentrarse mientras sus palabras se entrecortaban al encontrar algún error o dato inconcluso. Cavilaba, de manera preocupada, buscando soluciones para ofrecer la mejor información posible a sus mandos. Incluso para una persona como él, organizar el supino caos que suponía categorizar el enorme tesoro, era un complicado reto—. Aunque, aún no he podido sumarlos a la lista señor, tenemos un Botticceli que fue incautado a la familia Herzog, unos judíos que lograron salir de Ucrania y afortunadamente los cazamos aquí —dijo con la falsa modestia del típico administrativo eficiente.

—Bueno, tenemos claro que es una vasta colección —cortó Robert cansado de tanto tiempo perdido en fatigosas y tediosas explicaciones—. ¿Qué es lo que hay ahí? —señalando con el dedo otro montón de cajas apiladas.

—Sí, esa es la parte más sorprendente de todas y sobre la que quería hablarles señor. Ahora que he comenzado a numerar todo lo existente me he dado cuenta del inmenso valor de lo acumulado estos años. Debemos estar orgullosos del resultado que nos ha dado, decomisar a los judíos y rebeldes franceses sus joyas y sus valiosos efectos personales, abrigos de visón, zorro polar o nutria, las vajillas ribeteadas en oro y los vinos y champanes de las mejores bodegas de Francia e incalculables antigüedades con las que hemos ido haciendo grandes negocios en el mercado negro. Con ello pudimos negociar aprovechándonos de la escasez y de la...

—Codicia —cortando tajante Hermann y sabiendo que las palabras de Wilhem hacían también dardo en él—. Aun así, entiendo que hablamos de intercambio por información —alejando el tema lo más posible ya que sabía que nadar en esas aguas le podía resultar sumamente peligroso—, es lo que

nos ha llevado a empresas mayores ¿no? Para eso le aprobamos la contratación de su equipo —mientras miraba con cara de asco a sus matones.

—Sí señor, eso es. Las confidencias, de manera más o menos amistosas surtieron su efecto —todos supieron lo que el mensaje llevaba implícito— y directores de bancos o grandes empresarios, nos llevaron a entrar en muchas de sus cajas fuertes. En definitiva, detrás de estas cajas se hallan cientos de millones en lingotes de oro —mientras un rasgo de codicia y negra malicia se dibujaba en su mirada—. Lo importante y esa es la razón de haberlos traído hasta aquí es que, esas decenas de cajas, allí apiladas, suman más que todo el contenido de todos los almacenes juntos en París y me parece, que es lo primero que debemos enviar a Alemania, dadas las circunstancias.

—¿Circunstancias? —preguntó el capitán Brandl.

—Sí, pienso que es posible que el Reich necesite de más recursos, dado el avance aliado y nuestro propio Führer, pueda estar en riesgo.

—¡Insolente! ¿Está usted diciendo que la guerra está perdida? —gritó Hermann, devolviéndole en cada palabra, todo el oprobio que había supuesto sentirse tantos meses espiado.

—¡No señor! —se cuadró ante ellos y exclamó contundentemente—. ¡Heil Hitler! —reconociendo la metedura de pata que acababa de cometer—. La guerra nunca la ganarán esos cerdos judíos. Simplemente preveía una posible deriva de los acontecimientos.

—Está bien, está bien —dijo aparentando más calma y sabiéndose ganador de unos necesarios y preciosos minutos—. Siga con su informe y mañana lo quiero encima de mi mesa a primera hora —sin dejar pie a contestación alguna, se dieron la vuelta y se largaron.

Aún sobrecojidos por el torrente de información recibida salieron raudos hacia el exterior. Nerviosos, atravesaron casi a la carrera lo pasillos que les separaban de la calle. Todavía creció más su ansiedad y casi pánico al toparse con la sangre, que colmaba el suelo, del pobre desgraciado que Mansui acababa de ajusticiar. Encontrada la salida por fin, se precipitaron fuera donde, al menos, pudieron respirar un poco de aire fresco.

—Estamos perdidos —cariacontecido musitaba Robert.

—No, no tiene buena pinta —corroboraba su camarada.

Sus frenéticos pasos les llevaron a un bistró cercano a la ópera. Sentados, tomaban un café con sabor a despedida. Unos tímidos rayos de luz se abrieron paso entre las nubes regalándoles algo de calor, lo cual les devolvió algo de vida y esperanza. Mujeres que antes, gustosas, se hubieran

sentando ante el menor síntoma de ofrecimiento ahora, les negaban el saludo. Pasaban sonrientes, esperando en el horizonte, la llegada de los yanquis y la libertad. Cierta feliz nerviosismo se palpaba en el final del invierno parisino. Hacía tiempo que ambos, habían dejado el uniforme en lo más profundo de sus armarios para mimetizarse e incluso tener alguna tímida sensación de afrancesamiento. Aun así y en ese momento su percepción era, la de ser totalmente ajenos a esas calles y cafés que, como un buen zapato de piel engarza en el pie, meses atrás tan bien congeniaron.

—¿Cuántos meses, semanas, días...? —preguntó nervioso Robert.

—No tengo claro que haya desembarco con este tiempo. Según los informes de Inteligencia los aliados se están preparando en acantilados de Malta y los rusos cada día avanzan más rápido reconquistando el suelo perdido. Los bombardeos son constantes en Alemania y en poco tiempo no habrá ni carreteras por tanto sabotaje... —pensando lo que decía concluyó—. Esperar significa, que Brüner se lleve todo y tú y yo terminemos en un consejo de guerra, me parece que tenemos que hacerlo lo antes posible. Debemos tomar una solución y largarnos antes de que sea demasiado tarde. En breve nosotros seremos una presa muy jugosa para todos —el temor reapareció de nuevo ante la obviedad de saber de dónde provenía su miedo.

—Tenemos que llenar las maletas y huir hacia España o Suiza y luego a Sudamérica lo antes posible —sentenció su camarada.

—Insisto, ¿y dejar en manos de Himmler o peor aún, del imbécil de Goering toda nuestro tesoro? —adoptando con fiereza desmedida el rol de Otto se preguntaba confuso—. Está claro que no hay tiempo pero aun así tenemos una única salida y debemos ir a por ella ¡ya! Ser listos, cautos y en el momento dado, dar el zarpazo definitivo —en el rostro de Hermann se apercibía la ansiedad y el miedo a partes iguales.

Tranquilizado y de nuevo comedido, sabiendo que cualquier acto vehemente le podría ocasionar mayores problemas frenó su bravata. Hermann dejó de ser Otto y volvió a ser el juicioso y capacitado capitán Brandl que tantos éxitos había cosechado a lo largo de su carrera.

—Tenemos un alijo tan enorme que solo, una mínima porción, puede significar la felicidad eterna para nuestras vidas. Creo, sinceramente, que no lo podemos dejar allí —comenzando parsimoniosamente un soliloquio que no prestaba atención a nada ni a nadie de su alrededor—. Ambos tenemos claro eso, como también es obvio, que estamos solos en esta batalla. No podemos contar con Wilhelm ni con ninguno de sus esbirros, es más, cuanto antes

estemos lejos del abrazo de las SS, mucho mejor. Brünner está deportando, ya no solo judíos, sino a cualquier enemigo que él considere del Reich o de las SS y es indiscutible, que nosotros, en breve vamos a ser caza mayor para él, si no lo somos ya. Además, es obvio que ahora se ha fijado en los almacenes... —haciendo una meditada pausa y dejando un intencionado silencio en el aire.

»Yo lo veo de esta forma, tenemos lazos suficientes aún funcionando en Burdeos, Borgoña, Dijon, Rouen, Poitiers y Saint-Quentin. Todavía no creo que la resistencia se haya fijado en nuestros contactos y estos han ganado mucho dinero con nosotros, es momento de cobrarnos los favores. Así pues y desde mi punto de vista, podemos aún tener suerte y sacar un par de vagones hacia Suiza y otros tantos hacia Burdeos con dirección a Hendaya y luego España sin que nadie, en primera instancia nos detecte. Enganchamos los vagones a alguno de mercancías rutinario, lo cual yo creo será fácil y simplemente nos encomendamos a tener suerte. Wilhelm está concentrado ahora mismo en hacer inventario, cuando termine, la segunda misión que le voy a encargar será mandar las toneladas de minerales que tenemos en los almacenes.

—Pero parece que quiere enviar el oro ya —terció Robert.

—Bueno, no podrá decirnos nada porque cumplimos tajantemente las directrices del alto mando. Primero los metales para aprovisionar la industria militar y luego el oro, aunque se enfade y lo eleve a instancias superiores, nos dará el tiempo suficiente para que nosotros estemos ya lejos. Antes del fin de la primavera estaremos en Argentina —ofreciendo todo el calor y tranquilidad del que le era posible dar a su camarada.

—Y las líneas de tren ¿no será demasiado tarde? Los bombardeos de los americanos y los sabotajes de los partisanos van a más —observó dubitativo Robert.

—Bueno, por eso decía lo de tener suerte. Debemos ejecutar el plan lo antes posible y seguir haciendo el mismo tipo de vida como hasta ahora. ¿Los raíles del tren? —emitiendo un largo y pronunciado suspiro—, esa parte ya solo corresponde a que la diosa fortuna nos ayude en despejar el camino.

—En verdad no queda otra y en fin, además de ser la única es la mejor idea —afirmó pensativo su compañero—. Pero, ¿cómo cargamos los vagones?

—Tenemos ya la orden de Brünner de traslado y sigo pensando que Wilhelm ahora mismo no está tan pendiente de nosotros. Nos hemos

mostrado colaborativos y estoy seguro que, en su fuero interno, estará feliz por la lección que nos ha dado y saber que los almacenes están sentenciados. Estoy seguro que no pensará en nada más. Tampoco digo llevarnos todo, porque eso sería imposible, pero si les dejamos gran parte de la tajada, seguro que no reparan en algunas mercancías que han errado en el destino final. Sabes que tres o cuatro simples vagones pueden darnos para muchos años de larga y feliz vida. Tenemos peones suficientes que trabajan para nosotros, no será complicado. Llegaremos de improviso a los almacenes y ordenamos el envío. Con la orden del comandante en la mano nadie nos hará frente. Cargamos lo que estimemos de la Lista Otto y cuando despunte el día estaremos a cientos de kilómetros de París.

—Tendremos que pagar bastante a los mozos y esperar que guarden silencio —concluyó meditando Robert.

—Hay dinero suficiente para ser generoso —dijo un Otto renacido y rotundo—. Ambos sabemos que cuando Wilhelm aparezca el silencio se desvanecerá en segundos pero al menos, lo que pretendo conseguir es que no hablen antes de tiempo. Es simple, llegados a la estación, enganchamos los vagones a trenes que partan hacia Suiza y España. A ellos que más les da el destino de todo ello, además ¿no creerás que algún mozo va a preguntarnos, no? —sacando a relucir su olvidad flema fanática de las SS—. Con el dinero solo pretendo conseguir tiempo —volviendo a su tradicional calma y compostura—. Si uno cae tenemos el otro. ¡Manos a la obra mi querido amigo!

Ambos se levantaron con fuerza, vigor y tesón renovados. Años recorriendo los mejores salones y las más preciadas alcobas de la alta aristocracia de París les había amuermado y casi enmohecido, su viejo espíritu militar. Ahuyentados miedos y temores partieron a luchar, hacia la última batalla de sus vidas.

Capítulo 3

Las fechas decían que la primavera terminaba pero más bien parecía que el invierno se resistía a retirarse. Las noticias sobre el frente, como el tiempo, iban a peor y eso hizo que el trabajo de ambos en completar sus planes se incrementara. Los aliados ya tenían cabeza de frente en Normandía y el final se acercaba. Tal como habían quedado, Hermann y Robert, dejaron de lado las fiestas y el glamour de la noche parisina retomando incluso, el uniforme militar de las SS. Colaborativos y comprometidos con los dictados emitidos por los gerifaltes de Berlín, cientos de toneladas de materias primas, partieron desde los almacenes de Saint-Queen. Ante tanto empeño, Wilhelm picó el anzuelo y puso todo su vigor y esfuerzo en cumplir la misión de llenado de cada tren con destino a Alemania. Concentró todo su anhelo en contar con sumo cuidado y detalle cada artículo que salía del almacén para luego, ya en destino, alguien satisfecho, reconociera el rigor y profesionalidad de su trabajo. Desde que se enroló en las juventudes hitlerianas demostró una habilidad increíble en desarrollar métodos logísticos que facilitarían el control de las mercancías y cargas y la trazabilidad de cada una de ellas. Detectado su talento, todo ese valor fue fomentado e incrementando, cuando fue admitido en las SS y aun más cuando tuvo el honor de ser admitido en la siniestra 2ª división SS "*Das Reich*". Enviado al frente oriental, cosechó grandes honores al gestionar de manera perfecta, el aprovisionamiento de gasolina para los Panzers de la compañía. Todo ello no evitó que el propio regimiento sufriera grandes bajas y aunque tuvieran que ser trasladados al frente occidental su destreza quedó manifiesta para siempre. Quizás por esos meritos y porque en su competencia fue descubierto un excesivo gen maligno y entusiasmo desmedido por querer participar en las matanzas más brutales a los judíos en los guetos de los países Bálticos, fue trasvasado a partir de 1943 a la unidad recién creada por Brünner en París.

—¿Wilhelm? —la frágil línea telefónica hacía que se entrecortaran sus palabras—. Wilhelm... soy Hans, ¿me recuerdas?

—¿Hans? —pareció dudar—. ¡Claro, claro que sí mi viejo amigo y camarada Hans! —exclamaba exultante el SS recordando viejos tiempos. Estirando sus piernas, iniciaba un tímido descanso, sentado en una mugrienta silla del almacén.

Hans y Wilhelm se conocieron tras participar en la quema de varias sinagogas al sur de Lituania. Alcoholizados tras las muchas refriegas y la celebración de los éxitos bélicos, fueron agrupados en una nueva división de

operaciones especiales, la *SS-Verfügungstruppe*. Movilizados de nuevo, participaron en innumerables asedios y sellaron su amistad bajo las balas enemigas y el asesinato masivo de partisanos y judíos.

—¿Recuerdas cuando llegamos hasta la frontera de España? ¡Ah, qué mujeres aquellas y qué tiempo tan bueno! —gritaba Hans al otro lado del teléfono intentando ser captado mejor.

—¡Cómo añoro nuestras correrías! —manifestaba con verdadera melancolía su compañero.

Para Wilhelm la camaradería surgida por los avatares producidos en el frente estaban por encima del bien y del mal. Hablando ahora con su amigo, sin ningún sentimiento fingido, se sentía feliz y en calma.

—Pues aquí sigo mi querido amigo. En el mismo almacén y pudriéndome en el mismo lugar del que te hablé al que me destinó Brünner. Todo el día inventariando y mandando cajas y cajas para casa —intentaba dar cansancio a sus palabras mostrando anhelo y deseo por volver al frente—. Pero dejemos de hablar del vulgar trabajo de un oficinista —riéndose de su propio sarcasmo—, ¿y tú que tal, mi querido amigo, cómo está la situación por allí?

—Bueno, la situación es muy complicada. Partimos hace unos días hacia el Norte para dar apoyo a las tropas que luchan contra los americanos, y la verdad que, tras salir de una batida en Oradour-sur-Glane^[4], algún día te contaré lo mucho que te eché de menos en la operación... —Wilhelm entendió que se trataba de otra matanza de las de siempre. Imaginaba y casi sentía con envidia, la cara sádica y endemoniada con la que su camarada hacía una inflexión en la voz para conseguir ser elocuente, misterioso y siniestro a la vez—. Pero bueno, el caso es que una mina reventó bajo nuestro blindado y he perdido una de las piernas.

—¡Joder! —soltó compungido Wilhelm—, y ¿cómo estás Hans? ¿Puedo ayudarte? ¿Dónde estás?

—No te preocupes, no sé si esta es una despedida o quien sabe lo que el destino me deparará, el caso es que la guerra ha terminado para mí —bajó su tono de voz, como compareciéndose a sí mismo, y manifestando desoladora tristeza—. Bueno, a lo que iba a decirte, mi unidad siguió hacia el Norte y a mí y a otros compañeros heridos nos dejaron tirados en esta estación esperando tener la suerte de que algún tren suba hacia el Norte y nos lleve a casa antes de que nos cacen los partisanos. Esperar a tener fortuna y que no sean los franceses los que nos atrapen es una tontería.

Ambos sabían que, dado el estado de la contienda y dependiendo de quien fuera el que te arrestara, ello pudiera suponer un poco más de vida o una muerte dolorosa previo suplicio.

—En fin, como te digo a los tullidos y a los enfermos nos han dejado aquí varados intentado sobrevivir. No espero ya nada de los nuestros porque somos una pesada carga —sus palabras sonaban a admisión o claudicación ante un inconcluso final—, intentamos subir a algún tren pero nos desalojan rápidamente. Todos tienen prioridad para poder llevar al frente a los últimos soldados útiles o mercancías con que avituallar a nuestras tropas.

Wilhelm había comenzado a ponerse en guardia. Su momento de descanso había finalizado en su cabeza y sus manos jugaban nerviosamente con un bolígrafo esperando recibir ya la orden de movimiento. Realmente no le importaba mucho la suerte que corriera su amigo, pero su tono de voz había cambiado, lo cual le hizo ponerse en alerta.

—Esta madrugada un tren de los nuestros procedente de Paris pasó con prioridad delante de nuestras narices y ¿sabes? —persiguiendo con la pregunta que su camarada aumentara su interés—. Iba con rumbo hacia el Sur ¡al Sur! ¿Increíble, verdad? No tengo claro su destino pero una extraña sensación nos produjo. Pienso que el único destino posible pudiera ser Burdeos...

—Y desde allí Biarritz... —musitó Wilhelm dejando palabras sueltas llenas de contradicciones y terribles presagios.

—Sí, Biarritz para ganar la frontera con España pasando por Hendaya. Hacia el interior las líneas de tren, en su mayoría están destruidas, así que veo España como destino final —concluyó.

—Y qué más —ordenaba Wilhelm hilando ya, peligrosas supersticiones y en estado de alerta total.

—Pues, lo sorprendente, es que fueran demasiados pocos vagones. Lo normal es que sean interminables convoyes de abastecimiento, pero este no era el caso —repitiendo la idea varias veces para así incrementar el estado de alerta de su camarada—. Todos ellos eran de mercancía, es decir, los mismos que utilizamos para la deportación, por tanto, no había pasajeros. No sé, me dio mala espina porque ahora mismo mandar víveres o lo que sea al Sur es una locura, así pues me acordé de ti y cual era tu destino. Supongo que es una bobada pero quizás pueda servirte toda esta información y bueno, ya de paso, si puedes ayudarme y sacarme de aquí, te lo agradecería infinitamente —haciendo ver que ese era el verdadero objeto de su llamada.

Sus últimas palabras quedaron en el limbo de la línea, lo cual acabó por desconcertarle.

—¡Wilhelm! ¡Wilhelm! Amigo... vaya la línea se ha cortado... ¡hola!

Una de las máximas de la Gestapo o en general de cualquier cuerpo policial cercano a Himmler era, negar la presunción de inocencia per se y estar siempre alerta recogiendo cualquier tipo de información porque, siempre pudiera ser susceptible de ser utilizada en el momento oportuno. La educación en las bases de las SS era terriblemente meticulosa en ese aspecto y cualquier cosa que sonase, por rara que fuera, a chanza, engaño, peligro, espionaje, confabulación, judío o un largo etcétera debía ser medida y estudiada, para luego, pasar a ser comunicada a un superior. Llegó a tal paroxismo la situación que las familias e incluso los porteros de las casas eran invitados constantemente a la delación si observaban cualquier comportamiento ajeno a los intereses del Reich.

—Estoy aquí —dijo tras unos segundos y de manera entrecortada Wilhelm—. Gracias por la información mi gran amigo, debo dejarte ahora —sus palabras denotaban un estado casi frenético—, una cosa para finalizar, ¿todavía conservas contactos en Hendaya?

—Sí, aunque ahora cualquier colaboracionista ya sabes cómo termina —comentó apesadumbrado.

—Tranquilo, el dinero lo arregla todo. Ponlos en alerta, necesito que vigilen cualquier tren que llegue a su estación y nos avisen y sobre todo, necesito que encuentres a alguien que trabaje en el servicio de aduanas o sino, algún tipo que se mueva bien haciendo negocios en el mercado negro.

La acción y las órdenes le pusieron en movimiento. Su cabeza aún no había admitido que fuera un tullido y puesto que, tenía todas las papeletas para morir, mejor hacerlo luchando que no en un campo de concentración o colgado de un árbol por los franceses.

—No te preocupes ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler! —respondió Wilhelm.

Durante toda la mañana había intentado hablar con Hermann o Robert sin éxito. El día anterior se fueron pronto con la excusa de asistir a otra de sus pomposas cenas en las Tullerías y desde entonces, nada. Sospechaba de ambos desde el momento en el que Brünner le confió la misión de estar atento a esa oficina ya que estaba perdiendo el espíritu de las SS y sobre todo, no hacía lo suficiente para con los judíos. Demasiado boato y esplendor constante en todas sus apariciones públicas. Demasiados regalos desmedidos

a cualquier dama o varón que les diera la suficiente coba, sin prestar atención, a la información que pudieran sonsacar. Además, permanecían ajenos a las órdenes dadas ya que obstaculizaban la deportación de judíos que, desde los vagones de transporte de ganado, constantemente, partían hacia las cámaras de gas. Aun así y para un soldado como él, lo peor era observar cómo, no toleraban sus particulares métodos de captación de información.

Casi a la carrera, se presentó en escasos minutos en la estación de tren donde, Rudy de Merode y Masuy, gritaban a temerosos y esclavizados trabajadores con el fin de acelerar las cargas de mercancías.

—¿Y Hermann y Robert? —preguntó sin casi hacerles caso mientras miraba desesperado a su alrededor, en un último intento por encontrarles.

—No lo sé señor —respondió Masuy—, ayer estuvieron atentos a las labores de carga de los trenes 658 y 356 y cuando terminaron desaparecieron.

—¿Adónde iban esos trenes? —notándose nerviosismo creciente en su voz.

—Entiendo que, a Alemania como siempre, ¿no? —enarbolando los hombros de manera manifiesta y grandilocuente, Rudy hacía saber que no entendía nada de todo aquello y sobre todo, queriéndose hacer entender que si había algún problema, él no tenía nada que ver.

—¡Traedme ahora mismo a todos los porteadores que estaban ayer, al jefe de estación y a quien estaba a cargo de las agujas! —perdiendo definitivamente los estribos.

Sabían cómo se las gastaba Wilhelm, así que, pusieron pies en polvorosa para dar cumplimiento a sus órdenes. A las dos horas seis personas estaban arrodilladas frente a él en el sucio cobertizo de almacenaje. El pánico se reflejaba en sus semblantes ante la que se les venía encima. Agachaban las cabezas y con las manos entrelazadas parecían pedir clemencia sin aún haber sido ajusticiados.

—Voy a ser claro, necesito saber ¿cuál ha sido el destino de los trenes que a última hora de la tarde de ayer cargaron Hermann y Robert?

El silencio se apoderó del lugar. Masuy los miraba fijamente y sus ojos, hinchidos de sangre, proclamaban la necesidad de tener carne fresca. Rudy cerró la pequeña puerta de una lonja, cercana a los muelles de salida, que muchas veces les sirvió para alojar judíos a la espera de ser deportados a los campos.

—¿Y? —la ansiedad contaminaba todos los poros del cuerpo del hombre de las SS.

La reserva hacía cómplices a todos los allí presentes y el sobrecojimiento impregnaba cada centímetro del angosto lugar. Wilhelm se situó tras uno de ellos y comenzó, con una barra de hierro, a golpearle la cabeza con irracional dureza. Posos de espuma salivada le salían por la boca a cada golpe que daba al pobre desgraciado. Fruto de la violencia de los embates, el cráneo se fue partiendo, desgajándose del tronco hasta que un cúmulo de huesos, sesos, músculos, ojos y sangre viscosa y ennegrecida se fue esparciendo por todo el suelo. Terminada la labor con el primer reo, sacó su Luger y como si, de correr turno se tratara, disparó sin contemplación en el estómago del siguiente que gritó de dolor al sentir el acero recibido. Colocándose frente a él, comenzó a patearle el estómago, hasta que sus relucientes botas cambiaron de color al penetrar en el cuerpo del rehén.

—Recuerdo que estos los trajimos de Hungría para trabajar aquí. Bueno, ya han realizado su labor así que podemos dar por finalizado su contrato —su cara dibujaba una perversa y diabólica mueca de placer—. En fin, siguientes....

Las palabras se clavaron como finos puñales en cada uno de los pobres trabajadores de la estación del tren. Los alaridos de dolor de los ajusticiados impregnaban el todo produciendo tales dosis de pánico que uno de ellos se meó en los pantalones. El olor a la sangre, mezclada con la paja sucia del suelo y los restos del primer húngaro, comenzaron a generar un ambiente denso e irrespirable.

—Señor, soy el encargado de manejar las agujas de las vías —quitándose la sucia gorra que le cubría comenzó a hablar uno de ellos. Taimado por el miedo pero lleno de esperanza por salvar su cabeza, puso fin a su resistencia interior y comenzó a relatar todos los hechos sucedidos, e incluso añadir otros, si con tal menester, salvaba la vida. Una tímida sonrisa de mansedumbre dejaba al aire unos corroídos dientes negros—. Ayer a mediodía llegó el teniente Robert Pöschl con dos camiones. Como de costumbre nosotros estábamos en faena subiendo mercancías a los convoyes. Se dirigió a mi compañero y a mí —señalando con el dedo al hombre, igual de sucio y temeroso, que tenía a su lado—, y nos dijo que tenían preferencia su carga. Una vez metidas en los vagones, nos mandó desengancharlos y cambiarlos de vía para unirlos a sendos trenes que salían por la noche hacia Burdeos y otro con destino Suiza. Supongo que así pudieran librarse de los bombardeos de los americanos señor.

—No tuvimos otro remedio que acatar las órdenes señor —cortó su

compañero esperando obtener la misma redención.

—¿A qué hora salieron los trenes? —preguntó sin mostrar ningún signo de piedad Wilhelm por la incipiente confesión.

—Hubo un aviso de ataque aéreo a eso de las ocho, creo que ambos trenes salieron poco más tarde de las nueve, por lo menos el primero que iba hacia el Sur —aseguró.

“Hans lleva razón, no hay otra posibilidad, son ellos” su mente afirmaba. Además, incluso Wilhelm reconocía, que la guerra tenía sus días contados, escapar con un buen botín en las manos, era la mejor opción.

—¡Masuy! ¡Rudy! Necesito un coche, vamos al Sur. Llamad a todos vuestros contactos para tener vía libre —haciendo esto les entregó un enorme fajo de billetes que sacó de una bolsa de cuero que llevaba encima—. Con esto quiero colaboración total —sentenció.

Wilhelm enfilaba ya la puerta cuando Rudy le llamó.

—Señor —con un gesto, su mirada señalaba a los pobres trabajadores de la vía que todavía yacían de rodillas esperando recibir clemencia.

—¡Ah, sí! —sin casi prestar atención.

Desenfundó de nuevo la pistola y descerrajó un tiro en la cabeza a cada uno de los pobres trabajadores. Terminada la operación abrió la puerta del muelle de carga y respiró, con fruición, aire limpio procedente de un bello atardecer parisiense. Estirando brazos y piernas, feliz, corrió hacia el coche.

—¡Vamos! —gritó, casi ya arrancado, a sus dos aún impávidos y alucinados secuaces. Incluso para ellos, eran demasiado brutales los hechos recién vividos.

Capítulo 4

El sol comenzó a apretar en la estación de Hendaya. El viento del sur hacía que los olores de la muchedumbre y el ganado se mezclaran creando un pequeño microclima putrefacto, vaporoso y lleno de polución. Nadie prestaba atención a nadie y todos en cambio, parecían pendientes de todos. Una mercancía que de improvviso era descargada provocaba las iracundas carreras de comerciantes que luchaban por hacerse con ella. Soldados heridos venidos del frente eran recibidos por hordas de sollozantes familiares y gentes de todo tipo vagaban en busca de oportunidades fueran un jornal o un plato de comida.

Hermann desde la distancia observaba cómo, el inútil forcejeo de Robert, no lograba la pretendida tentativa de escape frente a Masui y Rudy. Aterido por el horror, sin apenas articular movimiento para no delatar su posición, observaba como Wilhelm Radecke se colocaba frente a su camarada, lo abofeteaba y ordenaba que lo sacaran de la estación. El bullicio del gentío no prestó atención al singular hecho. Ni la guerra, ni la liberación habían concluido del todo y todos tenían muy presente lo que significaba enfrentarse a las SS, así pues, el ritmo prosiguió dentro del mismo caos reinante. Tenía que pensar rápido, tomar una solución y largarse. Pero “¿y el tren?” gritaba ansiosamente su cabeza. O una cosa u otra, o libertad momentánea o probablemente caer en segundos en las manos de Wilhelm y eso, obviamente sabía lo que conllevaba. No había otro remedio, debía volver hacia Paris e intentar lo antes posible llegar hasta el convoy que iba hacia Suiza. Si lo conseguía, tenía claro que el premio era de igual calado que el que se escondía tras las maderas del viejo vagón de mercancías que esperaba en el muelle de mercancías de Hendaya. Otto sabía que Robert no le iba a delatar pero de igual manera, tenía presente que no disponía de tiempo. Por otro lado y desde el punto de vista de Wilhelm, pudiera ser lógico pensar que habían dividido el botín, por lo tanto, lo normal era suponer que este pensara que Hermann estaba ya camino de Suiza. Arriesgarse e ir en busca de los réditos del saqueo, el cual probablemente, pudiera estar siendo ya descubierto, era una apuesta demasiado arriesgada.

Tomó una decisión. Las piernas, en un primer momento y sin él pretenderlo, comenzaron a girar poniendo rumbo hacia el Norte. Los pasos que en un inicio eran cortos y tranquilos tornaron, según la sangre irradiaba nueva fuerza y calor a su entonces errático cuerpo, en rápidos, alargados y cuasi nerviosos. A la vista, un autobús arrancaba y aunque desconociera el

rumbo, sí le permitiría descansar, pensar y sobre todo, alejarse de Wilhelm. Antes de subirse miró hacia atrás casi de soslayo. Cabizbajo, imaginaba un vagón lleno de prolijas riquezas esquiladas, las cuales, ahora perdía. Recordó cuadros de nombres de grandes pintores, joyas, oro y divisas, vajillas y pieles y sobre todo imaginó esas botellas de vino de Borgoña y Burdeos. Esas botellas finas, exquisitas y tan bien seleccionadas. Esos Leflaive Montrachet Grand Cru”, “Romanee-Conti”, Clos du Marechal Lafite-Rothschild...

Sentado en el autobús sus papilas gustativas recordaron melancólicas su amor por los caldos franceses y las mejores exquisiteces culinarias. Su pasión por todo ello no le había llegado por formación o tradición familiar. Llegó un momento que, mimetizado tanto en el papel de Otto, cualquier bien que fuera expoliado y no tuviera control sobre el mismo, suponía casi como una afrenta o lo que era aún peor, pensaba que el robado era él. Goering, el gran mariscal de Hitler, tenía un gusto desbocado por lo caro y sobre todo, una codicia y ambición sin límites. En sus órdenes y edictos privados primaba encontrar, dentro del expolio general en cualquier país ocupado, los cuadros y las esculturas clásicas, las joyas y los champanes, los vinos y los mejores quesos, las ricas ornamentaciones junto con el más rococó mobiliario. Hermann, apercibido de sus gustos intentó congratularse con él y de manera privada y sin armar ruido, comenzó a mandar a su palacio, de manera recurrente, los más caros objetos elegidos.

Observar de manera constante los tesoros hicieron que, de manera exponencial su avaricia también creciera y por tanto, no quiso sustraerse de la posible riqueza subyacente que todo ello pudiera depararle. Pactó un pequeño ardid con Adolf Segnitz, delegado directo de Goering para el traslado de botellas de vino y champanes a Alemania para la región de Borgoña. Adolf era un tipo con clase y no se le conocía especial cariño o simpatía por el movimiento nazi más bien al contrario, se dedicaba a comerciar con el vino intentando generar beneficio y no robo a los bodegueros. Amigo íntimo del canciller de exteriores Ribentrop, que en su época pre-nazi había sido delegado comercial de reputadas bodegas francesas, utilizó para sus fines sus poderosas amistades y así poder seguir trabajando en relativa libertad.

Para lograr la total colaboración de Adolf y sacar tajada de todo ello, Hermann y Robert colocaron en la Lista Otto al comerciante, a fin de poner en peligro su nombre. El capitán Brandl había detectado que algunos elaboradores intentaban esconder, por todos los medios posibles, los mejores

caldos a los inspectores alemanes. Estos, creaban dobles fondos en bodegas intentado sustraer la atención de las huestes del ReichFührer o simplemente echaban polvo sobre las botellas para dar apariencia de antigüedad. Conocido esto por la organización, llamado a las oficinas de París y atemorizado, en su justa medida, le imputaron a Adolf cierta connivencia con los cosecheros. Desde ahí fue simple pactar un trato con el ahora, temeroso delegado comercial. Desde ese momento la red pasó primero a controlar la cantidad y calidad de las botellas para luego facilitar su salida de París mientras y, a cambio, se quedaban con una parte sustancial de la exportación. Para el ilustre especulador Segnitz el premio supuso ser eliminado de la Lista Otto con el beneficio, que evidentemente, acarreaba.

Así pues una parte, nada menor, del vagón varado en Hendaya se componía de deliciosas y placenteras botellas de las mejores vides de Francia. La confluencia de situaciones extremas de miedo y melancolía, tristeza y temor, hicieron que se activaran sus células grises gestoras de la supervivencia. Estas, comenzaron a trabajar rápidamente para olvidar lo sucedido y no distraerse de su nuevo objetivo, como era, no perder los dos vagones que en esos momentos estaban ya acercándose a la frontera suiza.

Mientras tanto y en un lugar cercano al muelle, donde se aparcaban los convoyes antes de ser descargados, Wilhelm ejercía su labor preferida, la de matarife. Situado frente al muy magullado cuerpo de Robert fumaba de forma tranquila un cigarrillo americano.

—Siempre me cansaron vuestros estúpidos formalismos para con los franceses y sobre todo, aun fue más duro, percibir vuestra ambigüedad y desistimiento con los judíos. Podía haber sido todo mucho más fácil y os decidisteis por ser enemigos del Führer ¡cerdos! —y apagó el cigarrillo en el ojo inflamado y sangrante de Robert quien con estrépito prorrumpió en un enorme grito.

Del interior del vagón salió Masuy quien, tras cuantificar todo lo que había dentro, dijo:

—Señor ¿le informo?

—Sí —ordenó tajante.

Durante interminables minutos Masuy fue describiendo todos los enseres que componían el convoy, únicamente a veces sobresaltado por Rudy, quien de vez en cuando corregía alguno de los datos o añadía nuevos aún no apuntados. Junto al singular grupo se encontraba Hans quien, se había unido a ellos, cuando estos pasaron por Burdeos. El recuento finalizó y

Wilhelm, de nuevo, se encaró con Robert.

—Una vez más, ¿hacia dónde se dirige Hermann Brandl? Sé que estará acercándose a Suiza ¡la ruta! —gritó.

La mandíbula junto con, los escasos dientes que aún conservaba el que fuera su superior, se difuminaban con saliva impregnada en sangre. La cara permanecía inerte y descompuesta al igual que parte de su maltrecho cuerpo. Robert no pudo más que hacer un vano intento por escupir, sin lograr ni tan siquiera que algo, brotara de su maltrecha boca.

—¡Jódete! —balbuceó con escasas fuerzas.

Con frialdad y sin piedad, Wilhelm desenfundó su pistola acabando, sin dilación, con la vida de Robert. Una bala atravesó su cerebro. Sin angustia o resentimiento por lo sucedido se dirigió a su camarada:

—Hans tengo una idea que quiero explicarte muy bien y para la cual, quiero que me ayudes —sentado sobre unas cajas Hans observaba con deleite la escena.

—¡A sus órdenes, señor! —agradecido de nuevo por la confianza depositada y feliz por sentirse soldado de nuevo.

—Quiero que sigas utilizando todos tus contactos para pasar la frontera. No quiero que nadie haga preguntas o se atreva a poner una sola de sus miradas en el vagón. Una vez en España quiero que, todo su contenido —su voz había menguado hasta un punto casi inteligible para que nadie escuchara —, esté en secreto, hasta que los tiempos de la guerra y el olvido, sepulten su existencia. Luego, depositado, tú y yo nos reunimos de nuevo.

—No te preocupes, será fácil, un pobre tullido menesteroso que intenta poner paz a su vida tras la guerra no molesta a nadie —señalándose la pierna que le faltaba—. Tenemos abundante dinero para sobornar a los aduaneros de turno y tras eso, ocultaré nuestro botín, pero ¿dónde? Es enorme y no pasará desapercibido así como así —dirigiendo sus ojos al convoy.

A Wilhelm no le hizo demasiada gracia que utilizara la palabra “nuestro” para referirse a lo que él ya comenzaba a considerar “su mercancía” pero, tiempo al tiempo, ya tendría oportunidad de ir cerrando todos los flecos que todavía debían finiquitarse, y uno de ellos, obviamente, debiera ser terminar su relación con el maltrecho soldado. De momento, y sabiendo la extrema necesidad que tenía de su aliado, le obsequió con la mejor de sus escasas sonrisas.

—¡Por supuesto! Llévate todo el dinero que necesites mi querido camarada. Subo ya mismo hacia el Norte para encontrar a la sucia rata que

queda por eliminar y una vez esté a buen recaudo, te buscaré en España —
sentenció.

—Y entonces, ¿dónde voy?, ¿qué hago? —preguntó, de nuevo,
anhelando respuestas claras y rápidas.

—Bien, esto debes hacer, el destino es Haro...

—¿Haro? ¿Qué es eso? ¿Dónde está? —interrumpió Wilhelm.

—Sí, Haro es un pueblo pequeño y tranquilo del norte de España, en
una región llamada La Rioja, conocida por sus vinos...

—Entiendo. Quieres que el cargamento pase desapercibido a ojos
indiscretos y será otro vagón más de mercancías que se exporta ¡magnífico!

—mostrando manifiesta satisfacción al que ya consideraba su jefe.

—¡Perfecto! Lo primero que debes hacer es pasar la frontera y desde
ahí...

Sacando de un bolsillo, desenvolvió un arrugado papel, donde una serie
de nombres y datos se disponían.

Maurice
Capítulo 1

Un Acantilado

La casa de Maurice Deschamps se apercibía en la distancia como muy pequeña y lindante, en excesiva cercanía, con el peligroso perfil del acantilado. Si la contemplación se producía en una de esas escasas tardes donde el sol, hacía de todopoderoso frente al atardecer, la impresión era de parecer estar suspendida en el mismo filo del cielo. Si en cambio, su visualización se producía en los típicos días grises de, prácticamente cualquier época del año, un ligero estremecimiento emanaba bajo la piel del visitante proferido por los altivos y fríos muros que jalonaban la verticalidad del abismo. Había dos maneras o posibilidades de acceder a la casa: una, serpenteando el estrecho camino que de manera sigilosa y peligrosa zigzagueaba por los riscos del acantilado y otra, un camino rural que partiendo de una carretera comarcal desembocaba prácticamente en la puerta principal.

Realmente el camino más complicado era el más bello a pesar de su manifiesta inseguridad. Los pies tendían a resbalarse y desbaratarse por el precipicio ante la humedad constante del suelo, lleno de pequeñas piedras y arenisca. El abismo se mostraba insolente, exigiendo tributo al que osaba caminar por sus recovecos. Escarpadas subidas y verticales bajadas ponían a prueba al caminante que, como premio recibía, la contemplación de la inmensidad del mar, la observación de decenas de aves marinas posadas en sus riscos y casi, por ende, la propia purificación del alma. Además y cuando sucedía, una impresionante puesta de sol, rivalizaba con cualquier maravilla de la naturaleza.

El señor Deschamps nunca esperaba visitas y aunque las tuviera utilizaba tantos pseudónimos que era prácticamente imposible llegar a él, a no ser que uno fuera invitado. Perdido en Dinamarca utilizaba el sobrenombre de Johannes Larsson que a fin de cuentas suponía un nombre común difícil, por tanto, de seguir el rastro. Alejado del mundanal ruido desde muchos años atrás, gozaba con pasión y felicidad de los pocos días de existencia que le restaban intentando restar nudos a la cadena que tendría que soportar como pago a su, por decirlo de alguna manera, “endemoniada” vida pasada. Cómplice de los ecos provenientes de los sonidos de las aves en cada estación, de las corrientes, de las galernas arrojadas desde el fondo del mar contra el acantilado y de la pequeña cabaña, donde algunas ovejas, gallinas y

cabras convivían con él, cualquier distorsión en esa cadena sensorial, le inducían a ponerse en alerta. La distancia buscada contra todos y para todo, le servía de protección ya que, cualquier movimiento en la lejanía era percibido y respondido con cierta rapidez.

Su edad, aun no siendo demasiado excesiva en numeración, sí lo era como para irle ayudando a relegar el pasado, tomar mejores decisiones, dejar de frecuentar malas compañías y alejar los malos recuerdos, al baúl del olvido. El tiempo y sobre todo la distancia, a cualquier parte del mundo más o menos habitada, le llevaron a borrar muchos de los delicados hechos por donde las mallas de la vida le hicieron discurrir. Todos los vestigios de su particular manera de morar en el día a día como espía, contrabandista de armas y consumado planificador de grandes robos estaban consumidos en las brasas de su cabaña. Maurice era un consumado ladrón en el momento final de sus días. Cierta disminución en la precaución, en el que todo se circunscribía a un permanente estado de alerta, sumado a la pérdida de rapidez vital que la edad le iba regalando, hicieron no apercibirse del súbito cambio en el tiempo, en el aire, en el sonido e incluso en la propia composición de los olores, donde las mezclas de fragancias de aire y tierra, animales y mar eran constantes. Todo hombre que vive prófugo tiene un estigma constante de alerta y Johannes, maestro del escapismo, lo tuvo en demasía. Pero ese talento, hacía tiempo que había mutado por la tranquilidad, la paz y la relajación.

Casualmente advirtió a su ejecutor mientras regaba unos tréboles rojos que intentaban zaherirse del rigor del clima. Su rostro no se inmutó ni tampoco quiso aparentar un atisbo de inicio de enfrentamiento, simplemente se acercó a una mecedora situada en el porche de la casa y quiso reposar, los que intuía iban a ser los últimos momentos de sus huesos.

—Aunque hubiera olvidado el rostro que llegara a mi puerta, es verdad, que te esperaba hace ya muchos años. Has tardado mucho —dijo Johannes de una manera displicente y contemplativa.

Su faz no denotaba miedo o intimidación, asumidos años atrás, lo que un día sería su único final posible, incluso se permitía sonreír sabiendo que en breve descansaría de manera definitiva y eterna. Su mirada, anclada en lugares imposibles a cualquier comprensión que no fuera la suya, luchaba por congelar la estampa del paraíso donde había pasado los últimos años. Deseaba guardarla en un profundo tarro con destino hacia su alma y desde ahí llevarla hacia el lugar donde habitan las creencias. El camino que serpenteaba

los agudos y peligrosos acantilados se mostraba ahora, amable y accesible, dejando de parecer retador y peligroso. Las cornisas que en sus oquedades cobijaban a los alcatraces, frailecillos, araos, alcas, cormoranes y gaviotas abrían sus puertas ofreciéndole cobijo y quizás calor. El aire se mostró, por un instante calmado y los vientos trajeron olores sellados por la sal y la frescura.

—No dije nada, nadie sabe nada —prosiguió ante la atenta mirada del matarife.

—Lo sé —asintió—, pero he de eliminar cualquier huella que en algún momento dado pudiera desvelarnos. Aun así puedo ofrecerte una última oportunidad. Ya sabes lo que quiero. Necesito una única palabra ¿dónde?

—Tomé una decisión, abandoné todo por ello y decidí por fin, mantener unos principios, y más sabiendo de dónde proviene lo que buscas. Esta es mi respuesta ¡sea! —enfaticó provocándole.

El hombre vestía un largo anorak térmico negro que prácticamente cubría su cuerpo. Un gorro tapaba su rostro haciendo que, si alguien lo viera desde la distancia, fuera prácticamente imposible reconocer al portador.

—Bonito lugar para esconderse aunque como ves no ha servido de nada —dijo el asesino mientras, con premeditado desdén, su mirada vagaba definiendo la composición del paisaje—, aun así tengo una duda y me gustaría tener tu ayuda para resolverla.

Ajustándose los guantes, miraba curioso como las aves planeaban, mientras sus plumas eran acariciadas por el viento. Sin mostrar movimiento en el rictus de su cara y por supuesto, remordimiento alguno, sacó una pistola con silenciador de algún lugar perdido de su abrigo. Sin dilación, disparada la bala, inmediatamente impactó en la rodilla de Johannes, causándole un profundo aullido de dolor y derribándole al suelo, desde la mecedora donde se hallaba.

—Ambos sabemos el final de todo esto Maurice —sin inmutarse por su estado.

—¡Hijo de puta! —soltó dolorido mientras apretándose la pierna, observaba con pánico, como un charco de sangre crecía a su alrededor.

Los pasos del asesino se fueron acercando hasta su vera. Las piedrecillas emitían sonidos estridentes al ser pisadas. Sus miradas, una de dolor y pánico y otra de absoluta complacencia, se encontraron.

—Mi querido Maurice no pensarás que vas a morir sin decirme donde está el contenido del vagón del tren ¿verdad?

Maurice le escupió con toda la furia que sus pocas fuerzas podían aún emanar. La saliva acertó de lleno en sus lustrados y brillantes zapatos y aunque mirándolos con desdén, el asesino en su fuero interior, lo tomó como una afrenta.

—Soy un poco maniático con el orden, la limpieza y la disciplina, como bien sabes. Supongo que son cosas que vienen devenidas por el trabajo —sacándose un pañuelo, cuidadosamente, comenzó a limpiar el primero de los zapatos—. Sinceramente me ha parecido una falta de respeto tu actitud —e irguiéndose rápidamente, golpeó el estómago de Maurice sin contemplación.

Acusado de nuevo el golpe y perdiendo casi el resuello, Maurice, no pudo más que maldecirlo de nuevo.

—Bien, tengo poco tiempo. Necesito saber dónde está y a cambio, dejaré en paz a tu hija —afirmó sin inmutarse y buscando el tenebroso efecto deseado.

—¡Desgraciado! —Maurice hizo un intento por levantarse e ir a por él pero la bala alojada en su rodilla frenó el embate—. ¡No sabes nada de ella! ¡Déjala en paz! —sus palabras y gestos exteriorizaban torrentes de ira y furor.

—Es verdad, no sé mucho de ella —asintió—, pero también sabes que puedo localizarla y ser menos complaciente que contigo así pues... Tú ya estás muerto mi querido amigo, hagamos que esto sea fácil —mientras una demente sonrisa amanecía en su boca otra bala, de nuevo, silbaba para posarse en su otra pierna. Maurice, brutalmente, gritó presa del dolor.

Los alaridos del pobre ladrón precedieron a un pequeño silencio que quedó prendado sobre la gélida tarde danesa. Las aves cercanas parecieron apercibirse de los acontecimientos y dejaron de sobrevolar la casa mientras un enorme estruendo, provocado por sus graznidos, partió desde lo más hondo del acantilado, sugiriendo precaución.

La sangre corría desbocada por las piernas de Maurice quien, haciendo inútiles esfuerzos con sus manos, intentaba frenar ambas hemorragias. Debió ser un tipo fuerte y con profundas llagas en la historia de su cuerpo porque aun soportando semejante sufrimiento, la imagen de la desesperación al ser rondado por la muerte, aún no hacía mella en su rostro. Sus ojos azules permanecían escondidos bajo una maraña de pelo canoso enrojecido por la viscosidad del líquido elemento. Haciendo un doloroso esfuerzo pudo intentar erguirse y quedar más o menos sentado.

—¡Entrad! —sin apartar la mirada del reo un par de hombres, acatando

sus órdenes, se deslizaron tras su espalda y raudos, entraron en la casa—. Como ves todo termina, debes ponerte ya en paz con la tierra porque con Dios y en breve, ya tendrás tiempo para debatir tus cuitas, ¿un cigarro? —y acercándose le puso un cigarrillo en la boca.

Un pequeño estrépito partió de su casa, donde platos caían, armarios se abrían o muebles se desarmaban en la furia del pillaje de su casa.

—Exactamente calculo que nos has robado unas decenas, sino centenas de millones de euros. Mis clientes atesoraron con mucho esfuerzo todo esa fortuna y no vamos a perderla —sus palabras, inexpresivas y pausadas, intentaban conciliar— tantos trabajos juntos ¿no crees que debemos despedirnos de una manera lo más amistosa y respetuosa posible?

—¿Juntos? —preguntó alucinado Maurice—. Eres un cerdo, caí en tu sucia trampa.

Sin hacer caso a sus conjeturas proseguía:

—Tantas historias a nuestras espaldas y vas y me jodes en lo más querido para mí ¿no tenías suficiente dinero? ¿Acaso te tratamos mal? Por favor —se había acercado tanto que sus palabras quedaron prendadas a escasos centímetros del lóbulo de sus orejas—, terminemos de manera honrosa todo esto y no me hagas seguir camino y encontrarme con tu hija.

—¡No la toques cerdo...! — exclamó presa de la ira.

—¿O qué? —afirmó tranquilo—. Dime dónde está ~~todo~~ y acabemos con esto...

Uno de los dos hombres salió de la casa. Lanzando una sutil y penetrante mirada inquirió la presencia de Renne.

—No te muevas mi querido camarada, seguimos en un momento —y con una sonrisa maliciosa subió las dos escaleras del porche perdiéndose dentro de la casa.

Si en momentos parecidos pudiera existir la calma interior, esta, apareció en ese instante. Años viviendo en el filo de cualquier navaja, habían programado la cabeza de Maurice para que, una vez advertida cualquier señal de peligro, esta no enloqueciera y fuera capaz de tomar la mejor decisión, dentro de las posibles. A su vez y con los años, había convertido las cuatro paredes que componían su retiro danés en una pequeña fortaleza inexpugnable. Aprovechando estas dos premisas y sabiendo que a su vida ya solo le restaban efímeros coletazos intentó lanzar una pequeña última apuesta que al menos, aun no salvando su vida, si pusiera tierra de por medio, y de manera definitiva, a la de su hija. Hábilmente, aun siendo presa del terrible

dolor, había logrado colocarse en una posición más o menos erguida sobre la primera escalera de acceso a la casa. Con más destreza que fuerza, la mano teñida totalmente de sangre palpó un lugar conocido por él pero escondido a la vista de cualquier persona ajena. Una especie de percutor saltó al ser tocado y un débil sonido llegó tras la escalera, el cual hizo, que la cara de Maurice olvidara por un segundo su suplicio. Un dispositivo se puso en marcha y una cuenta atrás iniciaba un rápido diapasón.

—Mi querido amigo, parece que hemos encontrado muchas cosas, creo que igual tu presencia ya no es tan necesaria —saliendo por la puerta con un enorme gesto de satisfacción mientras blandía un par de fotos en sus manos.

Las miradas de ambos se encontraron y el orgullo de uno se tornó en miedo al observar la recuperada complacencia y seguridad del otro. Al intuir un peligro, desconocido pero inminente, no pudo más que girar su cabeza intentando emitir la más aguda de las alertas. Una fuerte explosión irrumpió haciendo baladíos sus gritos mientras una enorme onda expansiva lo lanzaba a muchos metros de distancia. La lengua de fuego provocó un caos a su alrededor asolando todo lo que a su paso encontraba. La violencia de la detonación hizo que no solo las ventanas explotaran al instante sino que la casa pareciera querer partirse en dos. Obviamente Maurice, dada su pasada forma de ganarse la vida, tenía estudiada cualquier contingencia y por tanto, situaciones límite siempre debían tenerse en cuenta. Las cargas, estratégicamente colocadas de *Semtex*, hicieron eficazmente su trabajo y la casa y todos los contenidos sensibles y operativos que pudieran ser descubiertos para ser interpretados o robados, fueron volatilizadas en escasos segundos.

Cubierto de sangre, enmarañado y con cientos de cortes de mayor o menor profundidad el asesino luchaba por arrastrarse sobre la abrasada hierba. Con tiempo y mucho esfuerzo se colocó frente a un moribundo Maurice.

—Parece ser que esta, va a ser la única película de la historia, en la que el malo gana. Como ves, no estoy muerto —dijo sarcásticamente a su agónico contrario.

Una enorme esquirla de madera había penetrado por la espalda de Maurice atravesándole los pulmones y dejando, por delante, una punta a la vista. Su mirada permanecía perdida mientras abundante sangre salía por la boca. Pequeños y casi efímeros conatos de respiración luchaban por agarrarse a la vida.

—Has ganado una pequeña batalla —prosiguió mientras intentaba alzarse y colocarse frente a los ojos de Maurice—, pero nunca la guerra...

Los ojos moribundos de uno y demenciados de otro se enfrentaron por última vez en la vida. Las caras colmadas de sangre soportaban angustiadas el enfrentamiento.

—¡Mira! —gritó despiadadamente mientras un par de fotos insinuantes y retadoras se presentaban ante sus ojos—. ¡Esta es tu hija! ¿Cuántos años tiene ahora? ¿Dónde está? —una adolescente rubia, de media melena, sonreía mientras unas frases se glosaban en la parte inferior “te quiero papa”—. ¡Juro que la encontraré y pagaré por ti! —aulló.

Maurice intentó emitir un grito pero solo un pequeño estertor de odio pudo salir desde la comisura de sus labios proveniente del corazón. El esfuerzo hizo que unas lágrimas se derramarán intentando limpiar su ya muerta y desvencijada cara.

El ejecutor, malherido comenzó a incorporarse. De manera pausada y lenta se alejaba con parsimonia del lugar. El silencio de la explosión había, por un momento, frenado la vida en el acantilado y todo rastro de movimiento parecía sedado y amordazado por una insondable señal de peligro. El dolor le corroía por dentro mientras su sangre manaba en un sempiterno sinfín. Llegó al coche y como pudo se colocó al volante. Antes de arrancarlo miró de nuevo las fotos que, aun impregnadas de sangre, consiguieron luciera feliz su enajenada gestualidad. Arrojó al asiento del copiloto la primera pero pasó unos minutos contemplando la otra. Desde una atalaya se contemplaba un amplio y profundo paisaje. Un río atravesaba un pueblo el cual parecía ser pretexto de un fértil valle. Altas cumbres circundaban los alrededores e incluso nieve se delataba en sus picos. La sensación óptica profería que, desde el lugar donde se había tomado la foto, un ímpetu de bodegas brotaba como si de un único cordón umbilical se tratara mientras un ferrocarril hilaba su comunicación con el mundo. Los nombres de muchas de ellas se divisaban relucientes intentando captar la atención de turistas y compradores de vino. Una de ellas se pronunciaba adrede frente al resto. Rotulada y señalada con una gran “X”, obtenía preeminencia en la instantánea. Sus ensangrentados dientes se abrieron intentando amagar con una ácida sonrisa.

—¡Jodido tren! —ironizaba—. ¡El puto tren siempre! Allí llegaste y allí te desvaneciste —gesticulando de tal manera que parecía una especie de enfermo mental en pleno proceso de efervescencia paranoide—. Toca poner

un anzuelo y esperar, pero ten seguro que antes o después daré contigo —su mirada seguía anclada en lugares invisibles a cualquier comprensión obvia—. Te haremos un funeral mi querido Maurice... un enorme y precioso funeral —repitió mientras, a pesar del dolor, sus doloridos, quemados y torpes dedos buscaron su móvil para hacer una llamada.

Los olores a madera quemada, carne calcinada y explosivos se mezclaron con el frescor salino proveniente del acantilado. La vida, tras una pausa, retomaba de nuevo su latido con enloquecido frenesí. La puerta de atrás del coche se abrió.

—Quiero creer que no me ibas a dejar aquí —dolorido, tosía y se limpiaba rastros de sangre en su cara el único de los dos secuaces que había quedado vivo.

Sin hacerle, caso prosiguió hablando con el teléfono móvil a un desconocido interlocutor.

—No ha ido nada, nada, nada mal —repetía enfatizando salvajemente sus palabras—. Ahora debemos buscarla —y colgó sin esperar a tener o dar otra explicación.

Volviéndose hacia el asiento de atrás donde se hallaba su acompañante, sonriendo le dijo:

—Vaya, pensaba que habíais muerto. Lástima —mientras una irónica sonrisa se filtraba a través de sus sangrientos dientes—.

Escasos minutos después el coche arrancaba de manera pausada y sin estridencias.

Aba
Capítulo 1

El acceso a la estación de tren de Hendaya presenta un divertido choque de contrastes incesantes. Sobre dos frentes, distanciados y enfrentados por unos cien metros, transitan dos formas distintas de atender al urbanismo y disposición arquitectónica. A la luminosidad de la fachada principal de la estación, de aspecto clásico funcional y alineado, con el mismo estilo de cualquiera otra diseñada a lo largo de principios del siglo XX se contraponen, frente a ella, una eterna sombra. Una hilera de casas de cuatro o cinco pisos de aspecto desdibujado, proyectan, sobre el suelo, una idea tenebrosa, sucia y opaca, de entender el diseño urbano. La luz del sol, constantemente tapada a cualquier hora del día, hace que la calle permanezca en tiniebla en ese lado de la vía. Saliendo de España por la frontera y entrando en Francia por el puente de Santiago o viniendo de las playas de Hendaya hacia Irún, el boulevard du Général de Gaulle presenta, en su mitad, una especie de vacío espacial motivado por una pequeña bajada u hondonada, que conlleva que, una especie de denso y frío microclima anide, de manera perenne, sobre ella. Da igual la estación del año en la que nos hallemos porque siempre tiende a permanecer, en ese lado de la vía, la eterna sombra. Atestada de tráfico a cualquier hora del día, el acceso al parking de la estación parece guardado por una pequeña hilera de árboles que, a modo de barrera, dividen las dos zonas como si fueran la noche y el día. Más curioso es observar cómo, bajo las casas y junto a la avenida, se disputan el espacio varios bares de aspecto algo sucio, tosco y desaliñado. A pesar de la corta distancia entre el bar y la calle, diminutas mesas a modo de terraza, se disponen en hilera en la acera ofreciendo bocadillos o menús rápidos a los viajeros en tránsito. Osados comensales que, entre bocado y bocado, deben compartir espacio sensorial con los gases emanados de los tubos de escape de los coches que a escasos centímetros de sus bocas discurren en una u otra dirección. Visto desde enfrente, donde una radiante cristalera precede al hall de la estación, donde el blanco de sus paredes refulge brillo y calor y donde la limpieza da confortabilidad y seguridad al viajero, puede parecer que, el área de influencia de la estación de Hendaya muestra múltiples caras dependiendo del crisol desde donde se miren.

Aba dejó el coche en el parking de la estación. En el transcurso de las dos horas que se tardan desde Haro hasta Hendaya, no hubo un solo momento en donde no se estuviera preguntando las razones sobre el porqué de su viaje.

Pocos días antes, una misteriosa llamada le había sorprendido trabajando en la bodega. Analizando posibles defectos en sus vinos, sus sentidos, diligentes y aguzados, miraban, observaban, medían y cataban la evolución del caldo dentro de las barricas. La concentración era muy necesaria en esos momentos, así que, cuando estaba en el laboratorio no solía atender ninguna llamada. En cambio, ese día y dada la insistencia del teléfono, malhumorada, decidió descolgarlo.

—Por favor, Carlos, estamos a tope de trabajo ahora, no podemos atenderte —tajante, cerraba cualquier posibilidad de diálogo.

—Lo sé Aba, pero este tío está llamando desde hace ya una hora y nos tiene fritos en administración. Dice que es muy urgente, que es policía o yo que sé qué... pero por favor, le respondes y lo largas tú y así nos deja en paz ya de una vez —Carlos también manifestaba el mismo cansancio y contradicción—. Además pregunta por una tal Aba Deschamps...

—¿Cómo? —cortando de inmediato la conversación.

—Sí. Aba Deschamps. Le estoy diciendo que tú te apellidas Galán y que se equivoca pero en fin, por favor, dile algo —dijo extenuado.

—Está bien —refunfuñó—, pásamelo.

—¿La señora Aba Deschamps Galán? —una voz masculina bastante adulta y con acento extranjero preguntaba.

Lo que en un principio iba a ser una respuesta un tanto arisca y evasiva, se tornó, en un atisbo de silencio momentáneo. La voz, manifestaba una gran seguridad y como ella, no denotaba estar para bromas o chanzas lo cual hizo que su perplejidad y sorpresa aumentaran. Utilizando su apellido paterno aposta para que captara el signo, desde un inicio que la llamada iba a tener, obtuvo la deseada atención total por parte de la enóloga. Pocos o nadie, casi ni ella misma, sabían de ese apellido. Nunca lo utilizaba y a no ser que fuera para cosas oficiales, lo tenía relegado de su realidad cotidiana. Realmente Deschamps era el apellido por parte de su padre, por lo tanto debía ir colocado en posición preferente en detrimento de Galán, pero Aba, desde siempre solo utilizaba los maternos. Escuchar y sentir, tras tantos años olvidado el apellido principal, le provocó que, un minúsculo poso de alerta, brotara bajo su piel.

—Oiga, ¿está ahí? —preguntó de nuevo el hombre.

—Sí, perdón... estoy trabajando y ahora no le puedo atender — intentando ganar tiempo se dispuso a cortar la llamada—, si quiere después de vendimias puedo...

—Soy el inspector de la Interpol Renné Ferraud, me gustaría poder hablar con usted para comunicarle que su padre, el señor Maurice Deschamps, murió hace tres semanas en Dinamarca —expuso sin rodeos y cercenando cualquier intento de cortar la llamada.

Su primera reacción fue de cierta incredulidad, ya que no estaba acostumbrada a que nadie nombrara a su padre, y la segunda de perplejidad al preguntarse: “¿muerto? ¿Mi padre? Pero, ¿quién leches es mi padre?”.

—Oiga, con todo el respeto, ya hace más de 30 años que no sé nada de ese señor, así que me da un poco igual cualquier cosa que le haya podido suceder.

—Bueno, algo es algo —intentaba intermediar y parecer simpático—. Al menos recuerda que tuvo padre y además, no ha olvidado cuando más o menos se fue, así que, no está todo perdido.

Aba no pudo objetar nada a su respuesta. Es verdad que desde niña siempre había mantenido un poso de tristeza y melancolía al evocar algunas hermosas escenas de su niñez pero estas, rápidamente eran ahuyentadas, al también recordar, la soledad y carencias afectivas con las que tuvo que enfrentarse a la vida desde tan temprana edad.

—Mis padres murieron hace mucho. No quiero revolver en el pasado, lo siento —intentaba sin demasiado ímpetu librarse de la llamada.

—Mi español es un poco malo, así que le pido perdón si en alguna ocasión no me entiende —Renné aparentaba sonreír mientras hacía todo lo posible por seguir pareciendo amable y servicial—, además tengo ya una edad, demasiado peligrosa, en la que olvidar resulta más fácil que atesorar. Sabe tengo 61 años, poco me queda ya para jubilarme, simplemente le estoy pidiendo cinco minutos de su valioso tiempo.

Sin saber por qué, permanecía sentada en uno de los taburetes del laboratorio. Andaba en plena tormenta de preparación de la bodega para la vendimia y tenía claro que había mil millones de cosas más importantes que hacer que estar parada. Escuchar a un policía o lo que fuera, intentado retrotraerla a un pasado que estaba hace ya mucho enterrado, no era opción viable y mucho menos posible, en ese momento.

—Bien, si me permite continuar —adoptando de nuevo un tono cerrado y serio—, el funeral de su padre será este próximo sábado en Hendaya en la iglesia de Nottre Dame de la Bidasoa a las cinco de la tarde y quería saber si va a asistir y si es así, ¿sería posible presentarle mis condolencias y al menos, poder conocernos?

El tono galante, servicial y excesivamente amistoso empezaba a rechinarle en su interior. Sus hombros, alicaídos, como descansado tras un largo día de trabajo daban a entender lo incomprensible que para ella era la situación.

—No, no tenía pensado ir porque, como bien le digo, tampoco sabía de la propia existencia de mi padre. Así pues, le agradezco su llamada pero me gustaría dejarlo en este punto y seguir con...

—Es vital que nos veamos mademoiselle —la voz de Renné cambió de tono súbitamente logrando alterar el tedio con el que Aba enfocaba el final de la conversación—, me temo que hay un extraordinario peligro cercano a usted y pienso que debiéramos vernos ya.

—Si pretende asustarme... lo está consiguiendo —sobresaltándose y recuperada del hastío—. A ver, se lo voy a dejar muy claro, hace siglos que no sé de mi padre. Mi madre murió cuando yo tenía once años y la recuerdo con el mismo cariño con el que ella me profesaba a mí, pero mi padre —un oscuro silencio se adueñó de sus palabras—, un día se fue y hasta hoy. Por eso le decía, que para mis sentidos, esa persona está muerta desde hace ya mucho tiempo —concluyó.

—¿Y si le dijera que su padre se fue por salvarle la vida o por lo menos, por evitarle problemas? O ¿y si le dijera que su padre es posible le dejara testamento? Y por ir concluyendo ¿y si le dijera que puede que le hayan tendido una emboscada? Lo que deviene en algo aún peor ¿y si le dijera que le voy a proponer ser cebo de algo que puede resultarle extremadamente peligroso?

La vendimia se acercaba y fuera del laboratorio el trabajo era agotador. Un año que había comenzado, meses atrás, podando cada sarmiento de cada cepa con el fin de que volviera a renacer la vida. Un año esperando a que no hubiera letales heladas en el momento de eclosión de los primeros brotes verdes allí por el mes de mayo. Un año entero en el campo, sintiendo el aliento rejuvenecedor de la primavera en la tierra, tras el denso manto blanco del invierno. Un año preparando y curando las barricas para que acogieran los nuevos caldos, corrigiendo desviaciones o defectos que podrían llevar al traste la nueva cosecha. Un año esperando a que en los meses más cálidos el temido *Mildiu*, la *Yesca*, la *Botrytis* o los ácaros o quién sabe qué más cosas no atacaran las cepas. En definitiva, un año cuidando la paz de la viña y la bodega para que en segundos acabaran yéndose al traste.

—Lo siento, pero como le he dicho, no me interesa —y colgó sin

esperar respuesta.

Capítulo 2

Claramente la intención del inspector Ferraud era la de dejarse ver. Caminando torpemente por la viña y protegido del temprano sol matinal por un paraguas de color verde fluorescente, más parecía un pingüino en un desierto, que un reputado policía de la Interpol. Miraba las cepas con cierto desdén o por lo menos de manera descuidada, como si pretendiera hablar con ellas a fin de poder comprender su proceso vegetativo. Escudriñaba el paisaje intentando encontrar sensaciones que le infundieran algo de tranquilidad en un espacio que definitivamente no era el suyo. Sus pasos, torpes, entre las hileras de las viñas se hundían en la tierra arrastrando sus, hasta entonces impolutos y brillantados zapatos.

—No puede ser —sin dar crédito a lo que veía Aba, desde su laboratorio, observaba un hombre con paraguas que le hacía señales desde el medio del viñedo.

Acababa de colgar el teléfono y su mente, todavía dispersa por las palabras escuchadas, por los ecos del pasado rememorados y por las emociones sentidas, intentaba poner punto final a algo que comenzaba a situarse en el camino de ser un mal presagio. La bodega se situaba en lo que se denomina como el llamado “Barrio de la Estación” de Haro donde se sitúan, en no excesivo espacio, muchas de las más antiguas y centenarias bodegas de la denominación de origen Rioja. Abrazada por la Sierra de Cantabria parecía querer protegerse de los vientos fríos provenientes del Atlántico. En cambio no desdeñaba el calor, que procedente del Mediterráneo entraba por el río Ebro. Quizás y por esos pequeños detalles emanara que la tierra, en su mayoría arcillo calcárea, mostrara un especial amor por parir uvas de exquisito sabor. A los pies del laboratorio veía como se disponían hileras de bien cuidadas cepas donde las malas hierbas eran extirpadas casi de raíz. El sol del amanecer le abría los ojos en los días que llegaba adormilada al trabajo y los olores provenientes de los caldos de las barricas o de los mil componentes que acompañan el proceso de creación del vino hacían que valiera cada mañana despertar. Pero, toda esa trazabilidad amada intuía, muy a su pesar, que tenía visos de comenzar a resquebrajarse.

—¡Pero ¿qué es eso?! —exclamó Vega, compañera de laboratorio.

—¡No puede ser! —repetía mientras sus ojos atónitos, casi rompiendo las órbitas que los protegían, intentaban comprender la situación.

Alucinadas. Ambas, desde su ventana, observaban a un extraño personaje que levantando las manos con ímpetu, blandía un coloreado y

estrambótico paraguas mientras mostraba una enorme sonrisa similar a la de un payaso de feria. Lo que para Vega suponía una vulgar carcajada proveniente de la locura de un chalado para Aba, en cambio, comenzó a sonar a complicación. No era un sueño si no que, más bien, comenzaban a ser una peligrosa realidad. Vega, conocedora del fuerte carácter, nervio y temperamento de su colega de laboratorio se atrevió a espetar:

—Te doy diez minutos con él —reflejando con sorna lo extraño de la situación—, quince y me invitas a una caña después del curro, que tanto vino me tiene loca —manteniendo la misma gestual sonrisa.

—Llámame en diez minutos y así lo largo. Le voy a decir dos cosas que lo va a flipar y si no, llamo a Josean, me ha parecido que hoy estaba en la entrada —poniéndose las pinturas de guerra.

—¡Uy! Además ese hace todo por ti —soltando Vega una enorme carcajada.

Aun así un poso de preocupación o incluso amargor hizo presencia en la faz de su compañera. Aba era una chica bastante atractiva y más de una vez se habían reído de que, este u otro hombre intentara querer meterle fichas, pero siempre, dentro de un contexto divertido. El sexto sentido de ambas les alertaba y Vega quería eliminar cualquier atisbo de duda.

—De todas formas, todo bien, ¿no? —preguntó dubitativa.

—Sí, tranquila —dijo ella, casi cerrando ya la puerta e intentando emitir algo de tranquilidad en la que ni ella misma comenzaba a no creer—, diez minutos y listo ¡ya verás!

La puerta se cerró a su espalda y cierto amargor emergió sobre su blanca piel. Consistente melena rubia, ojos verdes y cientos de miles de pecas sobre un cuerpo muy bien cuidado por estricta nutrición y horas de *running*, proyectaban una imagen muy bella y atractiva. Un jersey de cuello alto que parecía más bien haber sido sacado del desván de sus recuerdos de niñez pero que le ahuyentaba del frescor de los calados moraba bajo una blanca bata que registraba salpicaduras por el trabajo con los vinos. Inseparables botas de campo y pantalones vaqueros componían el metro setenta largos de la enóloga. Sin saber o tener muy claro el porqué sus pasos le dirigían hacia la viña, se presentó rápidamente a la altura del policía quien, manteniendo la misma amable sonrisa, le saludó con el más cortés de sus saludos.

—Soy el inspector jefe René Ferraud de la Interpol, es un placer conocer a la hija de Maurice.

Haciendo amago de reclinarsse, no observó que su paraguas seguía el

mismo rimbombante gesto de su mano, lo cual hizo que casi impactara en la cabeza de Aba.

—Lo siento —acertó a decir pareciendo turbado.

La misma rapidez, motivada por el enfado, que le arrastró hacia las viñas fue la misma que le llevó a un estado de anonadamiento tal, que prácticamente no pudo o supo, articular palabra al encontrarse con René. El hombre que tenía enfrente era de difícil categorización y si se pudiera encasillar, la mejor palabra que le pudiera definir, pudiera ser la de “extraño”. Los colores abundaban en su vestimenta, con lo cual, el fluorescente paraguas era una parte más dentro de una especie de paleta de colores con patas.

Una gabardina más amarilla que beige, camisa de color nazareno prendida de una corbata que podría rivalizar con cualquiera que pudiera ponerse Tony Manero en Fiebre del Sábado Noche y unos pantalones en exceso cortos que sorprendían a unos calcetines de color blanco, hacían que si la labor del policía fuese la del anonimato, probablemente, fuera el que menos detenciones o éxitos poseyera. En cambio, claramente, no quería delatar su rostro y aunque parecía mayor, tampoco pudiera decirse que tuviera demasiados años o estuviera fuera de peso. Cubierto con un sombrero que cubría una poblada melena llena de canas, unas gafas de sol negras y una muy bien cuidada barba más bien, pudiera parecer, que en vez de policía lo que delante de Aba se presentaba era, un juego de esos de inocentadas de la televisión.

—Soy del norte de Francia —quiso iniciar el diálogo sabiendo lo embarazosa de la situación y comprendiendo la perplejidad del rostro de la enóloga—, en la misma frontera con Bélgica. Allí no tenemos la suerte de saber que es el sol así que quizás nuestra luz, únicamente tenga que venir, de lo que nosotros irradiemos —interpretando e intuyendo lo que su forma de vestir provocaba.

—Oiga, no sé lo que quiere y creo que tampoco quiero saberlo —cortó ella sin ya atender a sus palabras—. Hace años que no sé de mi padre, es más, pensé que había muerto al poco de partir o supongo, yo misma quise creer eso para olvidarlo. Aun así, realmente lo que tengo claro, es que no quiero saber nada de lo que usted haya venido a buscar. No sé nada de él o tengo alguna información que pueda facilitarle y por tanto, en poco o nada, puedo ayudarle —intentado parecer algo molesta con la situación o al menos, intentando cerrar cualquier conato de seguimiento de la conversación.

Aun acercándose, sin remedio, a números mayores que hacen pensar

que la balanza de la vida comenzará en no mucho a declinar, Aba parecía mucho menor de los 41 años que figuraban en su carnet. Muy arraigada a su tierra, si que le gustaba sentir o pensar, que su vida cabía en una mochila y que hoy estaba aquí pero mañana quien sabe dónde. Quizás por el tímido viento que comenzó a sorprender en la viña o por su propia pura adrenalina, en combustión permanente, sus cabellos parecieron moverse al mismo son inquieto con el que su interior contemplaba el momento.

—Mi querida señorita, ¿me podría enseñar la bodega? No entiendo mucho de vinos y apenas sé catarlos pero no quiero sustraerme a que una reputada enóloga como usted me la enseñe —y aunque sus maneras seguían siendo sumamente cordiales, casi artificiales de tanto boato con el que pretendía rellenarlas, la fuerza con que sujetaba el brazo de Aba parecía más una orden que petición.

—Creo que no me ha entendido muy bien, no tengo nada que decirle — intentó decir.

—Por favor, atienda a mi ruego, es importante —manteniendo la misma presión y cara de condescendencia.

Sin saber muy bien por qué acataba las órdenes de René, Aba comenzó a caminar hacia la bodega. Externamente se presentaba como un conjunto de varios edificios antiguos que aunque se notaban que estaban restaurados y muy bien cuidados, cargaban decenas de años a sus espaldas. Los sillares le daban altivez y ese toque robusto, abigarrado y antiguo que el gusto para este tipo de construcciones obligaba. Ante su contemplación, el visitante, no dudaba en mostrar un sentido respeto y admiración.

—La piedra siempre marida bien con el vino, en invierno lo protege del frío y en verano lo previene del calor, así que su ritmo de crecimiento vital es constante —explicaba sin emoción alguna al ver que Renné permanecía embelesado frente a la puerta de entrada— y por tanto, es por ello que pueda permanecer decenas de años sin perder un ápice de su sabor.

—Interesante, la verdad —manifestó feliz ante el inicio de la explicación.

—Esa es la entrada —señalando una puerta que se encontraba cerrada — de uva, allí los tractores la dejan a caer a un sinfín donde la conducen hacia el despalillado y estrujado, ¿sabe lo que es despalillar algo? —preguntó algo seca y casi sarcástica Aba.

—¿Separar el grano de la paja? —sonriendo al saber que había acertado.

Los pasos, pesados de ella, contrastaban con los alegres y casi saltarines de él. Su mirada se desparramaba por cada centímetro de la bodega en pos de absorber toda la información que le fuera posible. El sonido de un teléfono, proveniente de la reluciente bata blanca de la enóloga, emergió desde uno de sus profundos bolsillos. Cogiendo unos metros de distancia, con el fin de no ser escuchada, cogió la llamada.

—Pero tía, llevas más de media hora con ese tío ¿estás bien? —preguntó contrariada y preocupada Vega.

—¡Me tiene harta! —dijo visiblemente enojada.

—¿Llamo a Josean?

—No, déjalo, tranquila —calmando la situación—. Voy a enseñarle la bodega. Me da la impresión que me es imposible librarme de él. Eso sí, seré borde, muy borde y nada complaciente. Voy a darle tantos datos técnicos que es probable que nunca más quiera volver a acercarse a un lugar como este.

Vega conocía ese tono de reto, enfado y malaleche que su compañera mostraba. En más de una cata con diferentes enólogos había intentado rizar el rizo, hasta casi la extenuación, descifrando el matiz más enrevesado con tal de ser ella la que mejor definiera un vino. En ocasiones, sus conclusiones sobre aromas, rivalizaban con el único fin de ser ella la poseedora de la mejor nariz dentro del cerrado y sincrético mundo de los enólogos.

—De acuerdo, yo me voy ahora. Llámame cuando termines pero de todas formas le digo a Josean que ande al loro —despidiéndose sin dejar de mostrar preocupación.

Finalizada la llamada se acercó a René quien seguía perdido en la contemplación de la estancia.

—¿Trabajo? —preguntó interesado.

—Sí, estamos ya en vendimia y como usted comprenderá la bodega tiene muchas necesidades. Espero lo entienda y sepa que no puedo estar mucho más tiempo con usted.

—Claro, claro querida —evadiéndose de ofrecer un cortés “lo siento” o un “terminamos rápido y me voy” acrecentó el malestar de Aba quien apretó el paso en busca de cerrar el recorrido lo antes posible.

Moviendo con fuerza, y de manera uniforme las manos, abrió un pesado portón que daba acceso a la rampa donde los tractores dejaban caer la uva. Al fondo de la misma, sigiloso, aparecía un alargado sinfín que enroscado sobre sí mismo, tranquilo y expectante, imaginaba la llegada de los nuevos frutos.

—¡Uy! si alguien se cae ahí dentro —objetó jocoso René.

Quizás y junto a otros tipo de visita hubiera seguido la broma pero, dado lo anómala de la situación, Aba no entró al juego y continuó con el recorrido. Su enfado, mayor a cada paso que daba, y su subconsciente le apremiaban, ya de manera constante, a dejar la pantomima.

—En estos depósitos de acero inoxidable se recoge el primer mosto para que comience a macerar y hacer la fermentación —limpios y reflectantes, enormes silos se disponían en hileras.

—Mira qué bonito —observando el juego de luces que se creaba, al rebotar la luz de varias ventanas estratégicamente colocadas en el techo, con el acero—. ¿Puedo hacer una foto? —sin que le diera a tiempo a contestar, René enfocaba ya con su móvil, sacando la instantánea.

Atónita, plantada y sin saber qué decir por cada cosa que el inspector hacía o provocaba, continuó con el repaso al proceso de elaboración del vino.

—Sí, la verdad que ha quedado muy bien —afirmó satisfecha—, reformamos la bodega hace poco. El auge del enoturismo ha hecho que tengamos que tener una puesta en escena diferente a otros tiempos. A veces pienso que lo importante ya no es hacer vino sino, más bien, el marketing o el cómo lo vendamos.

»Bueno, entonces y como le decía, sacamos los raspones —moviendo los brazos con énfasis para que el policía atendiera el sufrido proceso de trabajo del caldo— que obviamente desechamos y nos quedamos con el fruto cuyo mosto depositamos. Desde aquí entramos en un periodo de maceración y fermentación, es decir, el vino comienza a crecer. Deja de ser un dulce mosto y comienza a adquirir cuerpo, alcohol... la génesis de su ser, vamos —altiva y feliz al coadyuvar a su crecimiento.

—Los enólogos en mi país son un poco, como lo diría yo... como los alquimistas antiguos, creativos, un poco divos, magos y quizás... como se dice en español “piraos” —queriendo bromear con Aba.

—Crear un vino es un proceso fascinante, lleno de matices, correcciones, cariño, preocupación... los polis entonces ¿qué sois, al estar todo el día tratando con psicópatas, ladrones o deteniendo gente? Prefiero lo mío. Pensar, entonces, en una palabra que les pueda definir me produce miedo.

Aba hablaba en un tono seco sin llegar a la brusquedad, sereno y profesional como si de una profesora se tratara. Sus ademanes, gestos y tiempos en su alocución, pausas y distancias le hacían dar a entender a René,

constantemente, que no iba a ser fácilmente manipulable, al revés, era una mujer muy empoderada.

Seguían paseando por entre los depósitos. Mangueras serpenteaban por doquier esperando trasladar los primeros mostos de la cosecha, los pocos operarios que aún quedaban limpiaban, movían, recolocaban... la bodega estaba en plena vorágine prevendimia.

—El proceso de maceración es muy importante ya que además de fermentar nos dará un color determinado al futuro vino.

—Eso es porque hollejos y mosto están en contacto ¿no? Supongo que ustedes controlan la temperatura ¿sí?

—Sí —dijo tajante pero reflexiva Aba, intuyendo algo raro. No era una respuesta habitual para alguien que no sabía de vinos—. En el depósito se crea lo que llamamos un sombrero, el cual movemos o remontamos para que siempre haya contacto entre ambos elementos. Este proceso dura unos doce días, dependiendo ya del olfato del enólogo —afirmándolo con desdén—. Lo volvemos a prensar, dado que todavía tenemos mucho vino por obtener, y de esa maceración y fermentación alcohólica partirán dos trabajos. Por un lado obtenemos una pasta que, prensada y tras un proceso de destilación, nos da orujo...

—¿Aguardientes? —cortando con interés.

—Sí, eso es. Pero, como entenderá, nuestra bodega no se dedica a eso —precisó.

—¡Lástima! Para algo que me gusta. Y ¿no pueden seguir con esa actividad? Seguro les reportaba amplios dividendos —rematando las palabras con una sonrisa y sin querer advertir la cara de asco por el comentario, que sin rubor alguno, procedía de la cara de Aba.

—Y por otro lado, tenemos ya el vino —haciendo caso omiso a sus palabras—. El desarrollo de estos pasos deviene en otra fermentación, llamada maloláctica. ¿Y esto qué es? La transformación del ácido málico en ácido láctico por medio de bacterias que tiene el propio fruto y con ello evitamos fermentaciones dañinas. Es decir, que se puedan colar bacterias perjudiciales, aromas u olores indeseables, etcétera. Así pues, el málico es más estridente o ácido y lo que intentamos es que se convierta en láctico, que es más suave y amable. Aunque a usted no le guste el vino menos le gustaría, si no hiciéramos esta operación ya que el resultado final al catarlo supondría, exceso de sabores herbáceos, astringencia y menos volumen y sabor en boca. Después se trasiega, se clarifica junto con un proceso de filtración y

tipificación —haciendo un inciso en la explicación y tomando un poco de aire— y en principio, ese vino ya se puede embotellar para vender, es lo que aquí llamamos “vinos jóvenes”. Pero si queremos, porque hemos estimado que el caldo es bueno, que llegue al mercado como crianza o reserva, después de las clarificaciones y todo el proceso que le he comentado lo llevamos a unas barricas.

—¿Y las cuevas? —preguntó Renné pareciendo no haber atendido a nada de lo anteriormente expuesto por la enóloga.

—¿Qué cuevas?! —cansada ya de tanta comedia y sin entender, exclamaba atónita.

Realmente no esperaba esa pregunta. Tampoco esperaba un aplauso por la brillantez de su exposición pero sí quizás, necesitaba observar en los ojos de René una especie de rendición ante su erudición. Había hecho casi una disertación técnica para enólogos o personas, al menos avezadas en la materia, y se encontró con una especie de latigazo donde el oyente parecía no haber hecho caso a nada de lo que ella exponía.

—Si ese sitio donde dejan los vinos viejos ¡las cuevas! —volvió a insistir sonriente no haciendo caso a la manifiesta cara de perplejidad de Aba.

—Usted se refiere a los calados ¿no?

—¡Ah! Sí. Eso es —asintiendo sonriente.

—No, no tenemos...

Aba, por sorpresa, giró sobre sí misma y de manera inesperada, permitió que se descorriera un gancho, el cual, hizo que se abriera un enorme portón de madera de roble antiguo, orgulloso, recio, fuerte y bello.

—¡Madre de Dios!

—Sí, es lo que suelen decir siempre los enoturistas en las visitas... No tenemos cuevas, como usted dice pero sí tenemos esta preciosidad —acompañando a su gesto un indisimulado orgullo—, le presento a nuestra nave de barricas. Como le decía, aquí reposan nuestros caldos durante unos años, para ser los mejores en todo el mundo.

El agente de la Interpol acusó la visión del entorno e hizo amago de doblegarse ante las disertaciones de la enóloga. Un poco abducido o anonadado por las explicaciones, René, no se había percatado del paso del tiempo y de los espacios recorridos en su deambular por la bodega. Así pues, cuando Aba abrió la puerta de entrada a la nave, obtuvo la misma respuesta que siempre solían obtener de cualquier grupo o visita, un largo “oh” de satisfacción. Cientos de barricas se disponían en una especie de cementerio

de esencias, de aromas o de vida latente entre paredes de madera. El silencio y la poca iluminación permitían descubrir constantemente sombras, ilusiones ópticas o percepciones distintas a las anteriores. Un conjunto que, como si se tratara de una iglesia antigua, deseaba irradiar un aire misterioso y mágico. Olor a madera de barricas que, infundiendo tímido calor, se pegaba en la garganta y fosas nasales al respirar.

—Aquí es donde descansan las añadas. Como le decía antes, después de todo el proceso de control, fermentación y maceración lo trasladamos a estas barricas para que descanse y se haga mayor. Algunos trasiegos y cuando lo estimamos, está listo para ser enviado al botellero y desde ahí al mundo —expresó con notable orgullo.

—Me ha impresionado toda esta oscuridad, el olor, las barricas, la tranquilidad... para algo que está escondido y así quiere permanecer, indudablemente este es el mejor lugar —decía absorto.

—Ya le he dicho que ahora todo está pensado un poco en atraer a un público global y heterogéneo. Familias, empresas, distribuidores, parejas, da igual, si se fija el diseño de muchas bodegas parece más bien una discoteca y quizás ha perdido un poco la génesis de su ser pero es verdad que no podemos oponernos a la modernidad y sobre todo, al vender para obtener beneficio.

—Lo entiendo—afirmó—. Pero, ¿no hay algún lugar donde puedan guardar vinos antiguos donde el tiempo, ni las personas, los ataquen?

—En el botellero tenemos un par de lugares destinados a esos vinos...

—¿Puedo verlo? Me haría mucha ilusión —siendo consciente de la sequedad con la que había formulado su pregunta René, emitió una cálida sonrisa, casi implorando por favor fuera atendida su demanda.

—De acuerdo, está allí —dijo sin más.

Aba estaba preocupada, en su fuero interno sabía, que todas sus explicaciones no habían captado la atención del policía y lo que era aun peor, tenía la horrible sensación de estar siendo utilizada. Su exposición, que en otros casos siempre suponía un final lleno de amables felicitaciones o incluso alguna foto de recuerdo para el visitante, había quedado huérfana de emociones e incluso sentidos. Caminaron en silencio hasta llegar al botellero y ni tan siquiera el eco se hacía cómplice de sus pasos. Abrió una puerta y encendió una luz que de manera difusa puso luz al espacio. Como un enjambre, cientos de botellas se apilaban sobre paneles metálicos. Sin dar explicación alguna y atravesando un pequeño pasillo llegaron a un par de

salas donde, de manera eficaz y cuidada descansaban los vinos más viejos.

—Estas botellas pertenecen a las añadas de más calidad de la bodega. También hay otras, que sin serlo, descansan aquí como historia de nuestros recuerdos, por ejemplo, algunas procedentes de otras bodegas, que pertenecen a la colección de la propiedad —sus ojos verdes delataban ansiedad y contradicción. Su malestar comenzaba un lento proceso de ebullición.

—Y la más vieja ¿Cuál puede ser? —preguntó Renné.

—Unos setenta años más o menos —respondió sin satisfacción alguna—. ¿Por?

—Nada, sin más, simple curiosidad.

Sin dejar lugar a más preguntas cerró la puerta de acceso al botellero antiguo y rehaciendo sus pasos retomaron el camino de vuelta a la luz. Las visitas terminaban en un enorme salón donde se realizaba una pequeña cata de vino y, lógicamente, donde el visitante podía comprar productos de la bodega con varios productos de mercadotecnia incluidos. Tazas, camisetas con el logotipo de la bodega, llaveros, jabón de vino, aceites se unían a las cajas de tres o seis botellas en pos de ser compradas.

—Bueno pues aquí termina la visita para los turistas y para usted. Creo que he sido muy amable pero ahora debo seguir con mis obligaciones profesionales y como le he dicho, no me interesa nada de lo que quiera decirme —observó intentando infligir un poso autoritario en sus palabras y por supuesto no abierto a negociación posible.

René contemplaba el paisaje que desde un enorme ventanal se ofrecía al turista. Las persianas se habían levantado automáticamente, al percibir los sensores la presencia humana y las luces, crecieron poco a poco en intensidad mientras armoniosa música de fondo comenzaba a sonar. Realmente la puesta en escena, como efecto mercadotécnico era inigualable.

—¡Es francesa! ¿La oye? ¡Qué buen gusto tienen ustedes, se nota nuestra influencia! Normal hayan crecido tanto en enoturismo y sus bodegas sean tan reconocidas —decía admirado pero, y a su vez, portando como bandera el afamado chovinismo francés—. Es *Camelie Jordana* cantando “*Moi C’est*” ¿sabe francés? —preguntó feliz— “pourquoi tu me dis rien —comenzó a tararear—, soy un viejo pero estoy al tanto... ¿eh? —diciéndolo con sorna y simulando lastimosamente que bailaba.

—Pero a ver ¿no me ha escuchado lo que le he dicho? —eclosionando por fin su turbación y enfado interior.

—Un vino, me ofrecería un vino, por favor. Ha dicho que es parte de la visita, una pequeña cata de sus vinos, sería posible por favor, ¿sí? — cortándola de nuevo tajante.

La contradicción, el enojo y la antipatía se reflejaron en la pálida cara de Aba. Había intentado ser todo lo amable posible con el inclasificable policía pero ya, desde hacía unos minutos, la paciencia se le había casi agotado y los impulsos de largarlo eran máximos.

—De acuerdo —dijo la enóloga, sin saber realmente por qué lo hacía pero como todo se había cruzado desde hacía ya más de una hora, mejor aceptar el requerimiento y después de eso, sí o sí, lo echaría fuera de la bodega.

Descorchó un vino sin apenas poner énfasis en la labor, sin tacto o profesionalidad alguna, como hacía con visitas relevantes. Apenas se dio cuenta de si era crianza, vino joven o reserva. Sirvió el caldo como si de un refresco se tratara y lo sorbió sin brindar y mucho menos sin catar. No esperaba un gesto de satisfacción por parte del policía, ni tan siquiera una sutil aprobación, simplemente estaba ya cansada de la mascarada.

—No me sabe a vainilla o a plátano —dijo el inspector queriendo parecer interesante.

—¿Cómo que no le sabe a vainilla? —preguntó perpleja.

—Bueno, cuando voy con mis amigos a una comida siempre piden vinos de pedigrí o renombre. Yo que, realmente no entiendo, pienso que serán sublimes por lo que cuestan cada una de las botellas. Meten sus finas y largas narices dentro de la copa, como si quisieran bucear o perderse dentro de ellas. Cierran los ojos pareciendo abstraerse del mundo y emergen diciendo, tiene aromas de tabaco, vainilla, cuero, fresas o yo que sé que mierdas más pero en fin, yo solo le digo que no me sabe a bananas, tulipanes o lo que sea. Mi pregunta es sencilla ¿le echan a las tinajas que hemos visto antes plátanos, tabacos o vainillas o lo que se requiera, según la moda de turno?

René eligió la palabra tinaja adrede para encabritar finalmente a la enóloga. Le producía infinito desdén, la moda de introspección manifiesta que observaba en muchos aprendices de catadores, intentando delatar el nombre de un determinado aroma en un caldo. Recordaba, mientras emitía la pregunta, a esas parejas en las que uno de ellos clavaba el mástil de sus fosas nasales dentro de una copa de vino, con el único fin de parecer entendido, en pos de parecer interesante en el arte de la seducción. Serio y atribulado, tras

unos instantes de gloria, el aprendiz de brujo levantaba el pabellón olfativo y emitía un laudo aromático de relumbrón esperando la otra parte le obsequiara con la dádiva de la admiración eterna. Así pues René, clavando el dardo de la pregunta en el corazón profesional de Aba, esperó con gusto y satisfacción la respuesta de Aba.

—¿Cómo que si le echamos plátano?! ¿Pero qué piensa, que echamos una cajetilla de cigarros para aromatizar el vino? ¿Está loco? ¡Por supuesto que no! —cogiendo de lleno el anzuelo y como si le hubiera tocado la fibra sensible exclamó—. Si decimos eso es porque —definitivamente había tocado su vena y flema de enóloga reputada— son aromas, recuerdos que la propia uva tiene porque, por si no lo recuerda ¡mendruco! es una fruta. Por ello, en la propia uva, hay recuerdos incluso a flores por esa razón. La uva tiene un don, ofrece precursores aromáticos que no ofrecen otras frutas. La vid sintetiza compuestos como ionona o B-damascenona, ambas forman el sustrato aromático de muchas uvas y luego del consiguiente vino. El primero es floral y el otro actúa como un potenciador al resto de los precursores. Al interaccionar todos esos conjuntos, percibimos esencias, que son los llamados componentes de impacto y por ello, tenemos contribuyentes mayoritarios, que son los que todos percibimos en menor o mayor medida. Por eso a veces predomina un aporte mayor de aromas en función de su presencia en el fruto, es decir, los frutos rojos o lo que sea pero también es verdad, que en otros vinos la presencia de aromas es mínima.

Comenzando a denotar su hartazgo por la situación y sin saber cómo había llegado hasta ese punto Aba se dispuso a finalizar su diálogo intentando ser lo más técnica y complicada posible y ya así, acabar con la tortura de la visita.

—Aun así —prosiguió—, hay algo llamado el umbral de percepción humano, que no es sentido por todos nosotros. Es un mundo en continua interacción, repleto de compuestos aromáticos como esteroides, ácidos, alcoholes... y sus cantidades, acarrear, que sean percibidos o no por el olfato de hombres o mujeres. Es decir, el entrenamiento técnico y enológico —confiriendo cierta sorna, cansancio y acidez a su frase—, mi profesión, hace que crezca ese olfato, esa percepción. Y desde ahí pues hay mil diferencias entre quien lo cate, dependiendo incluso de la emoción en el momento de tomarlo. Y con esto ya ¡fin de la visita y adiós! ¡Lárguese de aquí pesado! Terminó mi clase particular. Si no se va llamo inmediatamente a seguridad —definitivamente el tipo tan raro le había hecho perder los estribos y esta vez

no iba a aceptar una negativa a sus propósitos.

—Entonces, hablamos del hipotálamo, ¿no? —siguiendo sin prestar atención, y mucho menos achantarse, a sus últimas palabras.

—¿En el qué...? —dijo Aba, francamente hastiada ya por la situación, y sin entender lo que pretendía decir.

—Sí, ha dicho que a la hora de catar un vino inciden las emociones, por lo tanto no es el vino si no las emociones que anidan en el cerebro las que califican esos matices a aromas de plátano, fresas o lo que sea...

Él mismo frenó su respuesta para poder cavilar y encontrar las palabras adecuadas para concluir con una nueva premisa.

—Quiero decir mi querida hija de Maurice que el cerebro hace una lectura emocional sobre una percepción del olfato. Aunque nuestra memoria no pueda nombrar esa sensación recibida, dada la complejidad de millones de matices que nuestras neuronas tienen archivadas, esa lectura no está en el vino, aunque provenga de él obviamente, sino en la sesera —siguió aventurando y riéndose—, y en las emociones subyacentes ¿me entiende? Es decir, hacemos un juicio de valor: nos gusta o no, nos llama o no, nos quiere o no o nos... etcétera, pero todo concluye en que al final, la definición de la cata de un vino resulta que proviene de una emoción. Y todos esos hechos tienen lugar en un rincón perdido del cerebro, asociado con el sistema límbico, llamado hipotálamo. Se interpreta, por tanto, en el cerebro y no en el paladar u olfato, como yo pensaba. Química para unos, los profesionales como usted y percepción para otros, los neófitos, como yo. Curioso —finiquitando así su pensamiento y perdiéndose en un torbellino de reflexiones — pero desde mi punto de vista y sin quitar mérito a su profesionalidad, el paladar o las narices no lo son todo a la hora de entender la expresión de un vino. Me parece todo ello un poco snob, una moda pasajera sin más —cerrando su monólogo con acento constante provocador.

Sabiéndose ganador del final de la lid, comenzó a pasearse por la sala nerviosamente mientras fruncía el entrecejo. En simulada actitud pensativa, casi desafiante y frenándose en seco, se atrevió a conjeturar.

—Creo que la expresión correcta, como dicen ustedes en España es, “les voy a dar para el pelo” a mis amigos en la próxima cena —y una gran sonrisa de triunfo inundó su cara.

—¡Buah! Está usted fatal... Adiós —dijo Aba, enfilando las escaleras, sin hacerle caso y cansada de la comedia—, allí tiene la salida, usted mismo.

—A su padre lo asesinaron hace tres semanas en un lugar apartado de

Dinamarca. Desde mi punto de vista, en dos o tres semanas como mucho, si no hace lo que yo le digo, usted estará muerta —sentenció.

Capítulo 3

Aba había tomado las escaleras que conducían hacia el laboratorio. Se encontraba a medio camino cuando recibió el impacto de la frase y su brutal carga emocional. Congelada, atónita y perpleja no encontraba modo alguno de reaccionar. No es que le preocupara realmente el estado de su padre, en su cabeza el deceso había ocurrido hace ya muchos años sino más bien, la trazabilidad de la conexión entre su ayer y el hoy. Rápidamente, su cerebro hizo un análisis rápido de situación buscando recuerdos familiares, confidencias, conflictos, silencios o secretos pero todos fueron, uno por uno, chocando con las nieblas del olvido. Ni tan siquiera podía, al menos encontrar uno, que le ofreciera soluciones. Recapitulando, evocó varios días de playa en San Sebastián, Hondarribia, Hendaya o San Juan de Luz dando largos paseos, jugando a las palas o tomando helados con alguien, al que ahora mismo, le costaba poner cara. Recordaba su cuerpo quemado por el sol y sus melenas doradas, algo quebradas, mientras contemplaban un atardecer cerca del mar. Paseos sin retorno por los riscos de Bilibio de Haro y días de nieve en montes cercanos pero no podía, ni tan solo imaginar, el sonido de su voz o la fuerza de sus abrazos.

Varada se sentía, como una ballena en una playa, en medio de la escalera.

—Siento mi forma de expresarme pero ha sido la mejor manera de, por fin, me tome en consideración —la voz de René había cambiado, ahora no había inflexiones, bromas o chanzas, ahora simplemente había seguridad, orden y claridad en la exposición de las ideas—, ¿por qué no viene de nuevo, se sienta —señalándole una silla en la mesa frente a él— y quizás, al amparo de otro de sus buenos vinos, pueda aclararle un poco la situación?

Aba giró sobre sus pasos, sentada de sopetón y prácticamente sin sentido, llenó hasta arriba su copa, la cual apuró hasta casi la mitad. El rápido efecto del alcohol hizo que, al albur del calor conseguido, se irisaran sus pómulos y cierta paz y tranquilidad se posaran tras varias horas de cansancio, zozobra y ansiedad.

—¿Qué o quién? —acertó a pronunciar.

—Bueno, igual he sido un poco brusco, pero la verdad es que su vida ahora mismo corre cierto peligro.

—¿Qué o quién? —sin escuchar inquiría rápidas y necesarias respuestas.

No es que René fuera un tipo ni excesivamente grande, ni tampoco

parecía tener problemas de sobrepeso pero al inclinarse hacia atrás en la silla, pareció como si una enorme foca estuviera cogiendo la mejor posición. Quizás el exceso de ropa, la gabardina que protegía una chaqueta y camisa de color marrones con corbata granate, hicieron que al disponerse, su cuerpo pareciera más grande de lo que realmente era. Puede que como gancho y para desviar la atención, por su estrafalaria forma de vestir, Aba no observara que prácticamente no había prestado atención a su cara. En definitiva frente a ella se presentaba alguien muy distinto a lo que sus primeras impresiones habían manifestado. Sus facciones aparentaban estar muy bien cuidadas y aunque la cara presentaba signos de envejecimiento, claramente se percibía, que era un hombre bien aseado y cuidadoso de su salud. Se sorprendió al mirarle, de nuevo, ya que todavía no se había quitado las gafas negras y era extraño porque, en ciertos lugares dentro de la bodega, la oscuridad era muy pronunciada. Aun así se traslucían pobladas y tupidas cejas que denotaban el preludio de una mirada profunda y casi inquisitorial. Portaba una gorra azul con el logotipo de la ciudad de Nueva York, queriendo quizás presagiar, que detrás de todo ello, poco pelo se iba a encontrar. Las manos eran finas, alargadas y muy cuidadas, lo cual para un policía, resultaba cuando menos, curioso.

Así pues se notaba que cuidaba muy bien la puesta en escena sobreactuando o no, dependiendo de lo que la situación demandara. Jugaba con el tempo del momento y masticaba las mieles del éxito del anzuelo lanzado. Aba inició lo que parecía la apertura de su boca para hablar pero el policía, abortó cualquier intento. Metiendo su mano en lo más profundo de su gabardina sacó lo que parecía ser un sobre que puso sobre la mesa.

—Le voy a mostrar un par de fotos —dijo parsimoniosamente mientras extraía la primera—, ¿reconoce esta?

Los ojos de Aba se abrieron de par en par mostrando incredulidad.

—Es papá y... soy yo —dijo casi emocionada.

La foto, ajada y antigua, entristecida por el paso de los años y sometida a una tonalidad ocre y algo desdibujada, no lograba decolorar la radiante sonrisa e ilusión con la que una linda jovencita, de largos cabellos rubios, sujetaba las bridas de un caballo. A sus pies, orgulloso e igualmente sonriente, se hallaba Maurice.

—Recuerdo muchos paseos a caballo de pequeña, realmente fueron días muy felices aquellos —hablaba como si en ese instante fuera presa de una profunda ensoñación, quizás, pretendiendo retrotraerse en el tiempo—,

¿dónde la encontró?

—En el lugar donde encontramos a su padre, una cabaña en la costa de Dinamarca. Ahora le mostraré esta otra —y le entregó la segunda fotografía.

La foto pertenecía a una cacería en algún lugar desconocido de África. La foto, también parecía erosionada o un poco dañada, quizás cortada o rota por el paso del tiempo. Dos hombres, exultantes, ponían un pie sobre los lomos de un enorme rinoceronte mientras sujetaban sendos rifles de caza.

—¿Reconoce a la persona que está junto a su padre?

Acercándose un poco más la foto a sus ojos e intentado mostrar concentración respondió:

—No, nunca le he visto. Mi padre nos dejó cuando yo tenía casi doce años, no tengo recuerdos prácticamente de aquella época. ¿Quién es?

—Es el doctor Otto Scheider Brandl, es un eminente psicólogo alemán que ha creado una exitosa serie de terapias o tratamientos nuevos para trastornos de la mente.

—Y ¿qué tiene que ver con mi padre? —preguntando Aba con indisimulado interés.

—Eran socios, trabajaban juntos en labores un tanto, por decirlo finamente, intrigantes —afirmó el inspector.

René, captada definitivamente la atención de Aba, se dispuso a relatar su historia.

—Bien, mi querida amiga, le voy a contar todo el relato de unos hechos que comenzaron hace muchos años y que parece ser, de alguna manera, le involucran a usted. ¿Le apetece pasear y así se lo voy desmenuzando poco a poco?

—No, estoy bien así —sentenció Aba mostrando hostilidad manifiesta al policía.

El final de la tarde se acercaba y aunque afuera, quisiera comenzar a salir el típico viento Norte de la comarca, el salón conservaba una temperatura sostenida muy agradable. Las paredes, estaban llenas de marcos que protegían diplomas y galardones, ganados por la bodega por una u otra añada. Fotografías de personas famosas visitando el botellero, sonrientes, firmaban en una barrica seleccionada. Algunas vides, secadas y limpias, se habían aprovechado para la decoración colocándolas sobre la gran mesa y una gran rueda de carro antiguo, soportada sobre el techo, hacía de gran candelabro iluminando toda la estancia.

—Su padre fue un reconocido ladrón, hábil contrabandista de armas y

probablemente espía perfecto al servicio de corporaciones industriales, ¿sabía de estos detalles? —aunque la apariencia de su mirada fuera severa y seria, interiormente se mostraba agrado y casi feliz, esperando ver la reacción que siempre y en este tipo de casos se producía, incredulidad absoluta.

—No —con voz sorda mostraba, el mayor asombro, tristeza y amargor que su cara pudiera emitir.

—Realmente he de decirle que su padre era muy, muy bueno —relajando un poco la tensión tras conseguir el éxito que buscaba—. Tengo mi versión del cómo llegaron a conocerse Maurice y Otto aunque es algo difusa. Aun así, está claro que comenzaron a hacer negocios juntos, siempre al margen de la ley, por supuesto.

»La primera vez que detectamos a su padre fue cuando fueron robados los códigos de sabores y fórmulas de cocina para hacer pizzas del grupo Mister Month. Ese robo se produjo en Estados Unidos hace ya unos treinta años. En otras palabras, su padre fue uno de los precursores de lo que ahora denominan como el espionaje industrial. Nadie tenía datos de él y quizás por ello, perdiendo cierta concentración, se despistó y dejó una huella que pronto la policía localizó.

»Archivada en lugar seguro por mis colegas, con los años, las nuevas tecnologías y la comunicación entre agencias pudimos casar aquella huella que se encontró con otra recién aparecida. Hay que estar siempre atento al movimiento en el mercado negro de armas, es por ello que la policía detectó una negociación en curso para comprar M16. Desde hacia tiempo algunos fusiles estaban marcados ya que la CIA y Turquía querían descubrir quienes estaban detrás de la venta clandestina de armas a la guerrilla kurda. Marcados con una señal GPS esperaron a que se produjera la entrega con el fin de cazar tanto al vendedor como a los compradores. Se inicio la operación pero solo obtuvo resultado a medias.

—¿El GPS era para lanzarles un misil de esos desde un dron? —Aba parecía una niña. Sus ojos abiertos, casi atemorizados por cada frase que le era revelada eran incapaces de seguir el hilo de los hechos con cierta concentración.

—¡Mujer, no! —alborozado casi gritó soltando una carcajada—. ¡Aún no existían esas cosas! En fin, prosigo, para la CIA, saber quién estaba detrás de todo eso debía ser era una pieza muy cotizada ya que figuraba en muchos dossieres abiertos en Langley^[5] y, ni que decir tiene lo que para los turcos podría suponer, descabezar a la serpiente que constantemente aprovisionaba a

su más fiero enemigo. Pero hubo un chivatazo y la entrega no se produjo. Nadie sabe lo que pasó pero advertido de todo ello, su padre, al verse acorralado decidió perderse del mundo y es, en ese momento donde comienza el misterio de su paradero.

—Por eso dice lo del resultado a medias, ¿no lograron dar con él? Aun así, ¿cómo sabe que mi padre era el que estaba detrás y por qué sabe que huyo?

—Se encontraron los M16 y además de ello, se comprobó un nuevo descuido del vendedor. Este había dejado una de sus huellas en uno los fusiles. Cotejada la huella antigua y la nueva, se descubrió que pertenecían a la misma persona y por tanto, todo el operativo policial se puso al acecho. El único error cometido por su padre durante toda su vida y fíjese, le costó caro.

—Y es entonces cuando mi padre huye —siguió ensimismada el hilo de la historia.

—Eso es, desaparece para siempre —haciendo un inciso René, preguntó—. ¿No le parecían extrañas sus ausencias cuando era niña?

Aba permanecía absorta con la historia. Sus ojos permanecían abiertos en su máxima expresión y de vez en cuando descubría cómo, sin quererlo su boca permanecía abierta, anonadada por la información que estaba recibiendo. En su fuero interno y sin saber por qué, la recreación de la vida de su padre no le generó un incipiente germen de sobrecogimiento o incluso algún inicio o atisbo de reprobación sino, más bien, de alguna manera todas las palabras que encontraba para traducir la situación eran sinónimas de orgullo. Incluso le llegó a parecer algo obsceno el que, ella misma al asimilar lo relatado, lo fuera convirtiendo en una magnífica historia de aventuras.

—La verdad que no recuerdo gran cosa de mis padres. Sé que mi padre iba y venía constantemente, lo cual achacaba a su trabajo y tampoco creo que mi madre supiera mucho más al respecto. Yo era una niña y tampoco sabía hacer ese tipo de preguntas en aquel tiempo porque, además, realmente me sentía muy cuidada y querida —se notaba que lo decía con total convencimiento y gusto—. Mi madre murió a los pocos meses de irse y yo se lo achacué a él por dejarnos solas. Aunque le diagnosticaron cáncer mi madre murió de pena ¿sabe? —y una muestra de pesar y tristeza emergieron en su bello rostro. Se notaba que las heridas aunque soterradas para Aba, en su más profundo interior, permanecían incólumes—. Desde entonces lo odié hasta llegar a olvidarlo sin esperar su vuelta hasta hoy.

El silencio se hizo un amplio espacio en el salón. Notando que su

estómago no necesitaba más historias por el momento, en tono pausado y amable, preguntó a René:

—Tenemos una cocina industrial en la bodega. Algunas empresas suelen venir aquí con sus equipos o clientes y les gusta comer, tras la visita, en alguna de nuestras salas de eventos. Quizás encontremos algo para poder picar ¿le apetece?

—Me encantaría —asintió sin rechistar el inspector de policía.

Ambos se dirigieron a la sala contigua donde una completísima y limpia cocina ofrecía los mejores servicios.

—Se supone que los franceses sois buenos en la cocina ¿no? —mientras le lanzaba un enorme, precioso y sano tomate rojo—, ¿lo troceas y hacemos una ensalada mientras yo parto algo de embutido o lo que haya por aquí?

—Tampoco soy bueno en la cocina —manifestó de manera apesadumbrada.

—Vaya, va a parecer inglés, no le gusta la cocina, tampoco el vino... extraño personaje usted —dijo socarronamente.

—Aprecio mucho que me haya dejado compartir con usted mi historia y no me haya echado —de forma amistosa y definitiva se pacificaba la relación entre ambos.

—Bueno, no lo tenga tan claro todavía —observó con una sonrisa.

Comenzaron a comer con gusto. La ensalada de tomate se aliñó con un simple pero puro aceite virgen de oliva y queso, chorizo, salchichón y anchoas se dispusieron a lo largo de la mesa.

—Como le he dicho antes, por razones que no sé Otto encontró a su padre y le encargó una misión. Debía encontrar algo que, aunque desconozco exactamente lo que pudiera ser, sí puedo intuirlo. Imagine el tesoro del pirata John Silver el Largo, solo que aquí no hablamos de bucaneros pero, si quizás, de una enorme isla del tesoro. Pienso que su magnitud, endemoniadamente grande, fue la que desencadenó el motivo de su muerte. Lo peor de todo y ese es el porqué de mi presencia en su bodega, es que sospecho que Otto cree que usted sabe cuál es el destino final del tesoro.

—¿Yo?! —gritó incrédula—. Pero no le entiendo, ¿qué tiene que ver ese señor conmigo? Es decir, está picado porque mi padre...

—Sí, le robó o se adueñó de algo que Otto, considera suyo. Como prefiera verlo —sentenció René.

—No quería decir semejante barbaridad, quiero decir que salió mal el

negocio y punto. Usted es el poli que piensa que todos vivimos al margen de la ley y para mí, esto que cuenta, es una salvajada. ¡Si hasta me pongo nerviosa si dejo a deber algo en la panadería de enfrente de casa! —desafió contrariada.

—Lo siento, lleva usted toda la razón —se notaba que las disculpas eran sinceras—, tanto tiempo en este lado de la vida le hace a uno distorsionar las cosas. En fin, continuó —sorbiendo un poco de vino y aclarando la garganta.

—Que haga eso con mi vino me parece una falta de respeto —cortó Aba con evidentes gestos de malhumor.

—Lo siento de nuevo, menuda racha llevo —fingiendo una sonrisa exculpatoria—. Ya le dije que lo mío no es el...

—Sí, sí... el vino, ni la comida, menudo tío... prosiga pues.

—Otto es el nieto de un nazi que perteneció a las SS. Según tengo entendido perteneció a los brutales comandos que iniciaron la persecución de los judíos y participó en innumerables matanzas. Hacia la mitad de la guerra le destacaron en Paris donde se dedicó a la logística en la deportación de judíos a los campos. Además de todo ello, parece ser que su misión principal era la de robar primero, guardar después y luego enviar todo tipo de bienes, desde divisas y lujosas mercancías hasta minerales para la industria. Suponemos que en un momento dado, empezó a detraer algo de todo ello para sí y es entonces cuando se convierte, además de represor, en ladrón. Pero claro, robar al propio Reich además de complicado, era sumamente peligroso.

—Poderosos enemigos para siempre ¿no?

—Sí, de ahí que aunque el paso el tiempo lo haya soterrado, el olvido nunca.

—Comienzo a entender.

—No tengo constancia de datos y creo que, nadie sabe la cantidad o calidad de su alijo, pero es obvio que debió ser muy jugoso. Actualmente ese tesoro no pertenece a ningún país. La Unión Europea tiene firmados acuerdos para la devolución de todo lo expoliado a sus legítimos dueños pero claro, una cosa son los buenos fines y causas humanitarias y otra...

—Otto —cortándole de nuevo.

—Sí... es decir, independientemente de la legislación comunitaria, Otto no frenó en su empeño de encontrar el paradero de lo robado por su abuelo y de ahí la alianza con su padre.

—¿Y por qué piensan que tengo yo algo de todo eso? ¿Por eso estoy en peligro? ¿Pero si yo no he visto a Maurice en años? —sus preguntas casi angustiosas buscaban soluciones imposibles.

—Quizás por un testamento —respondió René.

—No entiendo, yo no he recibido nada —dijo tajante.

—Pero lo puede recibir.

La gabardina del inspector reposaba sobre el regazo de una silla. Acostumbrada y concentrada en la conversación, Aba había dejado de prestar atención en el colorido atuendo de su visitante. Así pues, el movimiento de cadera que hizo René para sacar algo de la prenda, le hizo volver un poco a la realidad y flipar con el particular atuendo del inspector.

—Este es un recorte de prensa de anteayer que apareció en muchos periódicos de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania y España. Por esta noticia estoy aquí.

Le mostró la hoja del noticiario. En ella se revelaba la muerte de Maurice Deschamps. Impreso se rogaba por el eterno descanso de su alma. Invitando a un responso que iba a tener lugar, en pocos días, en una iglesia de Hendaya.

—No entiendo ¿por qué Hendaya? —inquirió sorprendida Aba.

—En primer lugar Hendaya es una frontera y tal como le he dicho el abuelo de Otto colaboró en la fuga y robo de divisas, obras de arte, etcétera. Lo que sea que fuera robado desapareció por ese canal ya que, la última constancia que hemos tenido del tesoro, estaba allí. Es probable que por todo ello alguien le está tendiendo una trampa o por lo menos, ese alguien, desea observar que personas van a ese funeral para, desde ahí y si es quien yo creo que está detrás de todo esto, continuar sus pesquisas en la búsqueda de lo que considera suyo.

—De nuevo el amigo Otto esperando a que alguien me entregué un testamento.

—*Touché, mon ami* —manifestó alborozado el policía.

Aún no entendiendo o prestando la atención debida sobre cada palabra, ante el exceso de información relatada, a Aba, le chocó la contundencia con la que René enfatizaba la palabra tesoro. Miles de visitas a la bodega, cientos de catas con colegas o reuniones de empresa habían aguzado, en exceso, el olfato de la percepción. El olor desprendido en ese momento, aunque inapreciable, no le resultó del todo satisfactorio.

—Entonces por lo que veo, más que salvarme usted la vida lo que

pretende es que yo sea el anzuelo, ¿no? —mientras un rictus serio y contradictorio comenzaba a reflejarse en su rostro.

—Es usted muy lista, extremadamente inteligente. Se nota que es un fiel retrato de su padre. Sí, es así la ayuda que le voy pedir e incluso, rogar encarecidamente, pero...

—Siempre hay un odioso pero...

—Sí, eso es... Hay una noticia aun peor, Otto, vive a unos 40 kilómetros de aquí.

—¿De aquí?! —mostrando total sorpresa nuevamente.

—Sí, cerca de Ezcaray... En una aldea llamada Posadas... ¿La conoce?

Cómo no conocerlo, se preguntó. Desde pequeña había subido a las pistas de esquí con su padre o con el colegio, donde todos los niños de la zona aprendían a esquiar. Recordaba veranos trotando con fornidos caballos o zambulléndose en las pozas de los ríos, generadas por aguas cristalinas del deshielo.

—Quizás por eso me ha sido tan rápido encontrarla —prosiguió René —, tenga en cuenta que yo simplemente tenía una descolorida foto de una niña preadolescente pero ¿cómo encontrarla entre miles de millones parecidas a usted? Como le digo la investigación la comenzamos hace años, primero en la fábrica de pizzas, luego en el caso de los M16 pero cuando descubrimos una serie de robos inconexos, en castillos rurales en el norte de Francia y cercanos a la frontera con Suiza comenzamos a pensar que pudiera haber entre ellos, algunos nexos comunes. El procedimiento o protocolo de trabajo del autor era similar. Es verdad que los primeros casos diferían con los últimos pero la forma de enfocarlos, prepararlos, la nula obtención de pistas hasta encontrar la huella... —el inspector, al relatar cada evidencia, parecía abstraerse en sus propias hipótesis y cavilaciones.

>Todos esos robos tenían un común denominador, las manos profesionales y expertas de un mismo ladrón y sus preferencias: buscaba únicamente piezas de gran valor relacionadas con la segunda guerra mundial o piezas que sus dueños, tras el fin de la contienda, denunciaron o les fueron sustraídas. Sin motivo aparente el caso me fue encomendado y comenzamos las primeras pesquisas. Los primeros resultados tardaron varios años en aparecer. La verdad es que fueron muchas veces las que estuvimos tentados por dejar el caso por otros más importantes —y el fatigoso suspiro que emitió dio veracidad al hecho que relataba—. Pero como le he dicho antes, de nuevo y en otro momento se dejó llevar por la relajación, y se nos reveló la firma de

un maestro en el arte de sustraer lo imposible.

—Sí pero a miles de kilómetros de distancia entre una fábrica de pizzas y una venta clandestina de armas. No veo que esa pista, como usted le llama, sea concluyente para el resto de los hechos que usted imputa a mi padre — cortó Aba.

—Continúo —haciendo caso omiso a su comentario—. En aquel momento su padre era un perfecto desconocido para mí pero no para las agencias de inteligencia. En no muchos días llegaron a mi mesa muchos informes donde de una manera u otra era probable o al menos se presentía la mano de su presencia. Móviles parecidos, profesionalidad extrema, pocos golpes pero todos de gran entidad y ninguna... ninguna —repitió con sentido pesar— captura a sus espaldas. Pero todos los ladrones, por buenos que sean, a lo largo de sus vidas cometen un error y dependiendo de cuál sea, pueden poner en peligro su carrera. Su padre tenía una pasión oculta, el vino, el póquer y las apuestas subyacentes al juego.

—¿Cómo? —enfaticó boquiabierta.

René conservaba ese viejo y fino olfato que los de su especie, con los años, atesoraban. Hábil en crear y controlar todo tipo de inquietantes situaciones se relajó sobre la silla. Contento por el discurrir del tempo de la jornada, se preparó para lanzar un nuevo dardo envenenado a la, cada vez más entregada enóloga.

—Sí —prosiguió orgulloso—. Es de suponer que en uno de sus viajes por Europa recalara en un oscuro casino cercano a la frontera entre Luxemburgo y Bélgica. Un espacio donde se concentran y generan sinergias para oscuros negocios, cierran peligrosos encargos y son pactados terribles destinos. Necesario lugar de paso para los díscolos del mundo, traficantes de todo lo que suene a prohibido e ilegal y mercenarios en busca de patrón. Rusos, moldavos, ucranianos, polacos, árabes, chinos, armenios... psicópatas y potentados extravagantes que, en definitiva, buscaban jactarse de sus fortunas y de sus mujeres. Una especie de idílico cónclave del mal para aquellos que viven de los frutos que la oscuridad depara.

»Me imagino que aquella noche, su padre, tuvo una mala racha. El póquer puede generar peligrosos compañeros de viaje y quizás la apuesta de esa noche se le escapó de las manos. Algo bebido o borracho, no teniendo dinero en sus bolsillos, dijo que en compensación pudiera pagar la deuda con un *Romané Conti* de 1944. Equivocadamente lenguaraz se jactó de poseer más. En cambio y sabiendo con el paso de los años cómo pudo ser su padre,

es raro que cometiera un error así. Quizás el hecho de perder la partida le hizo generar un punto de chulería o demagógica verborrea pero el caso es que, en lugares como aquel, ese tipo de comentarios no pasan desapercibidos. Finos y discretos oídos escucharon, transmitiendo rápidamente toda la información al lugar correcto, Otto.

—Pero lo que no entiendo es cómo relacionan a mi padre con todo este tesoro esquilmado a los judíos. ¿Por una simple botella de vino? Eso es una locura, ¿no cree? De acuerdo, el abuelo de Otto fue un fanático nazi y, según usted, su nieto contrata a mi padre para robar lo que considera que es suyo pero lo que no entiendo es, ¿por qué usted piensa que mi padre es el elemento central de todo ello? ¿No puede ser que el tal Otto simplemente requiriera de simple información para saber de dónde procedía la botella? Su conjetura la veo un poco superficial y simplemente basada en pistas o ideas circunstanciales motivadas por una borrachera en un antro ¿no? Dice que Otto vive aquí pero no me da razones de su porqué ¿no cree que es todo demasiado artificial?

—Es verdad, hay muchas cosas que se me escapan y por eso pido su colaboración. Incluso puede que solo sea una simple conjetura mía y que la estancia de Otto en Posadas, solo esté motivada por trabajo y no por mis cábalas, pero por favor, debe ayudarme a despejar toda esta locura —intentó hacerle comprender, aparentando también ser, presa del mismo desánimo y contradicción que cobijaba a la enóloga.

Aba se mostraba cansada. Su comprensión de la realidad decaía a cada minuto que pasaba y la avalancha de datos comenzaba a ser, incluso, indigesta. Pocas horas atrás estaba concentrada en la preparación de la nueva campaña vitivinícola y ahora, cualquier umbral de comodidad amable, aparecía resquebrajado y lo que es peor aún, sin rumbo. Presintiendo la extraña sensación que acompañaba a la hija de Maurice, René terció con una amable sonrisa.

—¿Salimos a tomar un poco de aire y seguimos fuera con la conversación?

—Sí —asintió ceremoniosamente sabiendo que ya, con premura, necesitaba respirar para limpiar y revitalizar su acogotada cabeza.

Capítulo 4

Las viñas estaban llenas de vida. Uvas se aplastaban entre sí luchando por tener la mejor posición en el racimo. Gorriones alzaban el vuelo al ser descubiertos encontrando, fácilmente, nuevas ramas de higueras donde poder guarecerse del calor de la tarde. Telas de araña surcaban las vides en el afán de atrapar desapercibidos insectos y cientos de hormigas desfilaban en largas hileras provisionándose para el lejano invierno. El verde de las hojas de las cepas discrepaba, en agresivo contraste, con el color terroso y seco del surco. Aplacada, más tranquila y amable, Aba intentó ofrecer una mejor versión de sí misma introduciendo a René en la cultura enológica.

—Ya que no entiende de vino le diré que hay cientos de variedades de uvas distribuidas por el mundo, cada una con sus sabores, propiedades y defectos. En La Rioja nosotros tenemos como autóctonas la garnacha tinta y blanca, la malvasía, el tempranillo, la viura, el graciano y el mazuelo pero nosotros en la bodega desde hace años trabajamos la garnacha y el tempranillo para los tintos y la viura para los blancos. En ese sentido somos un poco clásicos, sé que ahora está muy de moda las cabernet sauvignon, el verdejo, el syrah, el merlot o el pinot noir entre muchas otras pero bueno, nos gusta mantener un poco la esencia del Rioja típico.

Ambos paseaban de manera tranquila y sosegada. Sin apremiar en exceso las palabras o los gestos, sin expresar emociones superfluas, simplemente descansaban recobrando aire y paz tras la conversación vivida. Aba caminaba intentando retomar fotografías del pasado, buscando llaves, pistas o claves que le dieran pautas para evocar momentos con su padre en los que, por algún motivo, pudiera reconocer señales que dieran sentido a la actual situación. Aun así, solo atisbaba momentos felices y en las pocas ausencias que lograba imaginar de Maurice, no las veía como signos de soledad o temor sino más bien, como intermedios dentro de una infancia, en general, feliz.

—Esta viña es algo pequeña, digamos que la utilizamos un poco a modo de ejemplo didáctico para que las visitas nos conozcan un poco mejor o al menos se adentren en el mundo del Rioja.

—Educan su paladar para que luego les prescriban y compren. Interesante su forma de hacer vino —enfaticó de manera sesuda.

—Aquí tenemos —prosiguió— las tres variedades que hacen reconocidos nuestros vinos... —frenando en seco su conversación preguntó — ¿fue un mal hombre?

René observó que el alma, verbalizada en la cara de Aba, necesitaba respuestas. Su mundo interior se movía entre el rechazo, miedo e incluso vergüenza por lo que hubiera pudiera haber hecho Maurice y los sentimientos, nunca enterrados, de amor irredento por su padre. Las lágrimas como sus emociones estaban prestas a salir pero aun siendo contenidas, en su fuero más interno, Aba lloraba.

—No llegué a conocerlo pero intuyo que dio la vida por usted y por tanto, debió quererla mucho. Su forma de morar en los días era ilícita pero no creo que Maurice fuera un mal hombre, simplemente, eligió un bando equivocado.

Quizás satisfecha al escuchar sus palabras, quizás por el suave aire cálido de la tarde o quizás porque se encontraba en la viña, el lugar donde siempre recobraba las mejores sensaciones, Aba recuperaba paulatinamente parte de su tono.

—Como le decía, aquí puede ver nuestras tres variedades de uva. A mí particularmente me gusta la blanca —y señaló con su mano la hilera de cepas que a su izquierda se encontraba—, es muy sensible aunque muy productiva. La verdad que el color dorado de la baya me encanta, no sé, la veo como con mucha clase o estilosa y es por ello que es genial para que envejezca en las maderas en barrica. Además con los años el tono pajizo deviene en algo así como ajerezado y es una delicia para la vista. Tiene un delicado aroma particular, cálido, quizás un poco ácido pero inconfundible.

—Creo que yo soy más de blancos que de tintos, supongo que es porque me gusta la cerveza —dijo René de manera displicente.

Recuperado el brío, alucinaba ante la frialdad que el extraño hombre manifestaba en sus palabras. Como si fuera una afrenta e incluso falta de respeto ya no tanto a su profesión pero sobre todo hacia la propia viña. Mirándolo fijamente y sintiendo desgana solo pudo articular un lacónico y cansado:

—En fin...

Ligeramente adelantó sus pasos y señalando otro nuevo conjunto de cepas dijo:

—Y aquí puede ver las reinas de la casa, las uvas negras —con evidentes signos de orgullo—. Esta que ve es el tempranillo, digamos que es el buque insignia de toda la denominación origen Rioja, de ella obtenemos unos mostos muy equilibrados en color, azúcar y acidez. Es perfecta para el vino joven y mucho mejor si la envejecemos porque dota, al catarla en el

paladar, de un toque aterciopelado y una clase increíble ¡mucho mejor que las uvas francesas! —el comentario lo hizo con cierto retintín jocoso no ocultando cierto tono seco y desafiante—. Hay que cuidarlo mucho porque sufre con la sequía y las enfermedades. Dada su calidad y fineza solemos mezclarlo con otras uvas, aunque siempre conservando mayor proporción de tempranillo. Tiene un bello color rubí conservando aromas a regaliz, frutos rojos... —frenando su exposición y mirando a la cara a René— y ahora no me fastidie con sus tonterías y mala educación de antes ¿de acuerdo?

—No he dicho nada —manifestando una tímida sonrisa de acatamiento por la orden recibida.

—Muy bien —satisfecha por la pequeña victoria conseguida.

Se agachó y tocó de manera delicada, casi quirúrgica, las uvas que un poco diseminadas se desprendían de un racimo.

—Esta es garnacha —sin apartar la mirada de las uvas—. Digamos que es la gran amiga del tempranillo, con ella conseguimos muchos de los mejores caldos ya que le añade cuerpo y fructuosidad. Suelo hacer algún vino varietal con ella pero hay que estar muy pendiente de su evolución ya que depende mucho de las condiciones ambientales y de la producción del cultivo. Casi como a un niño, es muy resistente a todo y algunos piensan, erróneamente que no da la talla porque es un poco rústica pero en fin, aquí en la bodega nos gusta mucho.

René caminaba más pendiente del paisaje, del sonido del cercano río Ebro que de las explicaciones vitivinícolas de las que hacía tiempo había desconectado. A pesar de que la tarde era calurosa y de que no se había quitado nada de ropa, parapetado bajo el paraguas y enmarcado tras sus gafas negras, parecía sentirse francamente cómodo.

—Bueno y entonces ¿qué hacemos? Necesito su colaboración Aba.

Las palabras quedaron en el limbo del viñedo. El momento de la decisión llegaba y derivaba hacia algo inesperado, nuevo y sin perspectiva lógica. Contemplar el nuevo espacio, doblegando el cabal y técnico mundo donde moraban sus huesos, comenzaba a generarle miedos insospechados. Preparada para el descontrol que en la viña suponían las heladas o una mala bacteria, se sentía perdida y llena de temores, ante el nuevo escenario abierto. Debía tomar una decisión arriesgada incluso lesiva para su vida profesional. Incapaz de retrotraerse a un pasado familiar falto de herramientas, imágenes o claves donde poder comprender el carácter de su significado. Sin casi tener ubicación espacial o temporal, sobre ella como hija, ¿cómo iba a ser capaz de

elucubrar sobre mayores sentimientos filiales? Arrojó de su vocabulario la palabra amor o cariño, pasión o enamoramiento para nunca sufrir de nuevo y resolvió todo ello, posando su mirada en lo técnico, matemático y esquematizado. En las paredes internas de Aba, se soportaban aun candentes, las emociones que la desafección causa. Hasta saber encontrar en su vida sinónimos a la palabra amor o pareja hizo de las uvas sus más fieles amantes. Aun así el orgullo, la fuerza, el brío, el optimismo, la inteligencia y el arriesgar y apostar por la vida inundaban la genética de los Deschamps que de manera íntima e inagotable subsistían con coraje y tesón.

—¿Qué quiere que haga? —sin disimulo, sus ojos verdes también hablaron y una profunda llaga de tristeza e incluso pánico se deslizo a través de ellos.

Haciendo caso omiso al triunfo que la pregunta implicaba, el policía de la Interpol comenzó a hablar pausada y cariñosamente, eligiendo palabras y gestos llenos de calor sobre lechos de tranquilidad:

—Le agradezco infinitamente el paso que da. Mi querida niña, es digna hija de su padre y estoy seguro que se sentirá, haya donde esté, orgullosa de usted —situado frente a ella intentaba generar la mayor confianza posible y aunque sus ojos, todavía seguían parapetados por los cristales de las gafas, pareciera que estos quisieran emitir señales de ternura.

»Hay muchas preguntas a las que yo aun no le puedo responder. Tengo claro cómo se conocieron Otto y su padre, pero no sé el alcance de dicha relación ni el porqué de su fin pero creo saber el porqué eligió la zona de Ezcaray como destino final de su viaje. Simplemente por controlar a su padre e incluso su familia, es decir, usted.

—¿Controlar? —de nuevo el sobresalto interior apareció en el semblante de Aba.

—Cuando su padre conoce a Otto, este es un eminente psicólogo alemán, creador de una técnica de terapia nueva a mitad de camino entre el psicoanálisis y el modelo cognitivo. Además emplea otras terapias y recursos, traídos de la India o de países remotos, que le permiten adornar su presentación a un público, siempre de altas clases sociales, que puedan pagar caros tratamientos. Dado su incipiente éxito crea una red de centros de reposo que se diseminan por toda Europa. En algún momento Otto desvela su pasado familiar y toma referencias sobre un fabuloso tesoro aún escondido procedente del holocausto. Motivado por el ansia de hallar el fabuloso botín, traza un plan para su búsqueda y recuperación. Sabe que el único lugar donde

puede descubrir información sobre su paradero es el del exclusivo mundo de las grandes fortunas o el del oscuro paraíso de los negocios sucios. En ese sondeo entiendo que crea múltiples trampas; crea sinergias con matones deseosos de recibir dinero por información, traficantes que han podido ver un movimiento de mercancías fuera de lo común o accesos a escondidos y lóbregos casinos, donde lo peor de cada casa aparece en pos de mostrar su opulencia perversa. En ese momento, el pobre incauto de su padre, hace acto de presencia y al irse de la lengua y ofrecer al mundo una botella que solo muy pocos pueden poseer, se delata. Yo no sé, de dónde parte esa botella, ni donde fue encontrada pero tengo claro que Otto ata cabos y reconoce que aquel hombre puede ser la única clave que le lleve al objetivo tantas veces anhelado.

»Ahora, imagine por un momento que llegan a un acuerdo y que el encargo de Otto a su padre tiene éxito y que Maurice decide esconder ese secreto para él. Imagine que Otto comienza a sospechar de todo ello y simplemente se pone al acecho. Se viene a un idílico paraje en La Rioja con el fin de observar cada paso de su padre y estar ojo avizor de sus movimientos. La sospecha, la duda sea razonable o no, son peligrosos compañeros de viaje en este tipo de juegos y por lo tanto, no lo deja al libre albedrío. Pasan los años y es posible que Maurice le diga a Otto que no quiere seguir buscando o quizás ya ha tenido tiempo de poner a buen recaudo lo encontrado, ¿quién sabe qué? Y es entonces cuando decide desaparecer. Intuir cercana la mano de Otto no solo le pone a él en peligro sino también a su bien máspreciado, su familia. Como ve, le estoy dando razones que ya no son tan circunstanciales aunque obviamente faltan muchos cabos por atar pero tengo claro que ahora mismo, muerto su padre, la única persona que puede tener las claves es usted. Noto su perplejidad —observando la decolorada y asustada cara de Aba—, pero Otto sabe o quiere intuir, que de alguna manera, su padre se ha comunicado con usted. Necesitamos descartar esa premisa antes de que sea demasiado tarde —e hizo que sus palabras sonaran a oscuros e indómitos peligros.

Era imposible lo que, desde hacía horas, estaba sucediéndole pero también era cierto que si algo de todo aquello fuera real, lo expresado por el inspector de policía, comenzaba a tener cierta sintonía e incluso un poso más alto de coherencia. También y por otro lado, en el lugar más alejado de su mecanismo cuadriculado interior, una llama aun con escaso fuste había comenzado a brillar. Esa débil luz, de alguna manera, había iniciado visos de

agitarse y provocar que la Aba orgullosa, fuerte y tenaz intuyera retos, oportunidades y éxitos en el inicio de arriesgarse en saber la verdad sobre su padre. No ya tanto, por encontrar la fabulosa fortuna de la que le hablaban, sino más bien por hallar respuestas a toda una vida de interrogaciones. La primera y principal, saber la verdadera razón del porqué se fue su padre.

—Y si voy a Hendaya, ¿qué debo hacer? —preguntó.

Entre corazón y cabeza no hubo comunicación. Emitida la pregunta y casi como un resorte, sus manos intentaron cerrar la boca pero, sabiendo que ya era tarde, simplemente buscó reflexión y descanso mientras se dejaba acariciar por el manto de sus más fieles compañeras, las uvas.

Capítulo 5

El día finalizaba y Aba soporta una extraña sensación de ambivalencia. Por un lado un generalizado agotamiento mental pero en cambio y por otro, sin saber por qué, notaba como la sangre fluía a ritmo vertiginoso. Intentando hacer balance de situación o composición de lugar, lo único que realmente se mostraba nítido para su comprensión era que, en ese momento, estaba sentada en el porche de entrada a la bodega comiéndose una manzana. El resto de cábalas le eran totalmente improcedentes o descabelladas. A su lado un tipo, que bien pudiera parecerse al presentador de cualquier gala circense, había conseguido que toda su pasión y presión, ante la inminencia de la nueva cosecha, se difuminara en instantes. “¿Y ahora qué?”, su mente se preguntaba. Se sentía así misma como una niña pequeña, a la que los padres le han dicho que espere sentada, pero a su vez, una fuerza motriz interior le obliga a querer levantarse inmediatamente. Su estado sedente no significaba que no hubiera inacción interior, al revés, su cuerpo bullía en miles de energías yuxtapuestas. No había miedos o quizás frases internas donde auto imprecaciones le obligaran a admitir una terrible metedura de pata si continuaba por ese camino, sino y simplemente solo esperaba la señal para ponerse en marcha.

René se levantó, estiró las piernas y se encaminó en dirección al parking de la bodega donde esperaba su coche.

—Bueno, es hora de irme —lanzando sus palabras al calor del atardecer—. No sé ofrecerle palabras o consejos que den amparo a sus dudas. Realmente tampoco tengo claro si debo explicarle más cosas o trazarle un plan cuando este, no es, ni tan siquiera obvio para mí. Pero sí que puedo decirle aquello que sí tiene que hacer, lo principal y desde ahora en adelante, debe mantenerse alerta de toda persona que bajo cualquier razón desee acercarse a usted.

—¿Estaré sola? —preguntó Aba alterada.

—¿Un viejo policía a su lado? ¿No crees que espantaría toda opción de encontrar respuestas? Quedaremos este sábado en la estación de tren de Hendaya. El responso tendrá lugar a las doce con lo cual podemos quedar media hora antes y si hay alguna novedad, se la comunicaré. Aun así, no se preocupe, todo el perímetro de la zona estará blindado por mis agentes y nada pasará desapercibido. Necesitamos que si alguien quiere ponerse en contacto con usted perciba su soledad y temor ante dicha situación inédita.

Aba asintió y aunque tuviera miles de preguntas por hacer no tenía

capacidad para poder expresar ninguna.

—El anuncio en el periódico ha sido editado aposta para que sea leído. En los ambientes clandestinos, esos de donde procede su padre, ya se habrán hecho eco de la noticia y tengo claro que Otto o quien sea, no dejará pasar esta oportunidad. Si no pasa nada, si nadie aparece, le pediré disculpas y seguiré otras vías de investigación o directamente mandaré al cuerno toda esta locura. Pero en fin, solo le pido un poco más de colaboración, sé el peligro que toda esta misión conlleva... —mientras una marcada pausa y signo de temor arreciaba en su rostro—. En fin, la única persona con la que debe comunicarse sobre estos temas es conmigo, solo conmigo, se lo pido por favor porque una mala palabra o gesto puede... Desde ahora en adelante su mejor aliado es el silencio —concluyó René.

—¿Y cómo me pongo en contacto con usted tras la misa?

—Deberá regresar al parking de la estación y allí, de nuevo, yo le estaré esperando y espero con deseo que sea la última vez que nos veamos.

Capítulo 6

Un sábado de septiembre en Hendaya con sol en lo alto, presagio de calor incipiente y ansias de levitar sobre la playa supone, un pequeño caos de gentes que van y vienen casi sin dirección o motivo aparente, sin prestar más atención que a los deseos devenidos por sus anhelos. Aba caminaba sin ritmo y de manera pausada hacia el hall de la estación. Su lento caminar no era tanto provocado por su temeroso estado anímico sino más bien por la gran afluencia de gentes. Sus pasos eran interrumpidos constantemente por familias que se apeaban de los trenes y raudas iban a coger el autobús con dirección a la playa, jóvenes que regresaban de una noche en exceso alargada o en definitiva, una estación de tren en plena efervescencia matinal.

Desde que René se había ido de la bodega apenas había podido concentrarse en su trabajo y mucho menos conciliar algo el sueño. Continuas y constantes pesadillas le acompañaban mientras intentaba buscar recuerdos de su niñez en oscuros baúles sellados a cal y canto. Se levantaba, empapada de sudor en la madrugada, y se encontraba con la mirada de su padre implorándole ayuda mientras su cuerpo se desangraba.

Ya en el hall de la estación se sentó en un banco donde poder observar mejor y percatarse de la llegada del policía. A través de sus cascos escuchaba “*She*” de *Alice Phoebe* como única alternativa para auto insuflarse energías y crear, un mundo propio, fuera del ruido y movimiento constante de la estación.

Un hombre de mediana edad se sentó a su lado dejando en el suelo una tabla de surf. Con barba de varios días, camiseta azul descolorida y unas chanclas parecía más bien un pez fuera de su elemento. Aunque a fin de cuentas, mirando a su alrededor y en el microcosmos que cualquier estación del mundo forma, sus apariencias parecían diluidas dentro de un todo de miles de variopintas maneras de enfrentarse al vestuario y por ende a la vida. Ensimismada en sus pensamientos y sin apercibirse, un tercer personaje se colocó al lado de ambos. El hedor que desprendía era insoportable y claramente denotaba que las noches las pasaba al ras de las estrellas. Haciendo gestos con su mano, rogaba le dieran algo de comer.

Aba, abstraída, apenas había entendido nada y aun, un poco sorprendida por la presencia del hombre apenas atinó a responder un sordo “no, lo siento”. Sin acusar la negativa, insistente, el hombre volvió a la carga pero esta vez con peor gesto y algo mal encarado. Tocándole el hombro para que le prestara atención, más parecía querer zarandear a la enóloga que solicitar un bocado o un par de euros.

Un poco asustada pero enfadada por el arrebato del hombre le dijo:

—Le he dicho que no —repitió de nuevo enfatizando el no.

—Por favor, no le moleste —dijo el hombre de barba mostrando rotundidad en su mirada.

Tras varios sonidos guturales imperceptibles y viendo que poco iba a sacar teniendo como rival al joven, el sin techo se largó dejando un pestilente olor en el lugar.

—¿Está usted bien Aba? —preguntó solícito su compañero de banco.

Aba retorció su cuello como si este pudiese girar sobre sí mismo describiendo una circunferencia.

—¿Cómo dices? —preguntó asombrada.

—Si estás bien —repitió de manera cariñosa y casi sonriente.

El hombre de barba absorto, como ella, en sus pensamientos, desaliñado y con pinta de no haber roto un plato en su vida, de repente cambió la percepción de sus sentidos, lo cuales se pusieron en modo de alerta. Sus ojos, que quizás antes le parecían perdidos ansiando grandes olas en playas paradisíacas, ahora, brillaban de una manera distinta.

—Lo siento, pero creo que no tengo ni idea de quién es usted ¿cómo sabe mi nombre? —preguntó atónita y algo enfadada Aba.

—Es verdad, me llamo Julius Sprenger, como ve por mi acento soy holandés. Puede llamarme Yuls, le será más fácil —marcando una sonrisa cómplice que delataba unos brillantes y bien cuidados dientes blancos.

—Sigo sin saber por qué sabe mi nombre —Aba se había quitado los audífonos mientras mostraba la misma cara de mosqueo y contradicción.

Viendo que poco podía lograr, únicamente por el efecto de su sonrisa, comenzó a hablar:

—Siento si la he podido asustar...

—Pues sí, lo está haciendo —cortó irritada.

—Si me deja unos segundos se lo explico —intentado irradiar calma a sus palabras—. Trabajo para la Comisión Europea, concretamente para el departamento de arte robado por los nazis —enfatizando bien cada palabra para no perdiera el significado de ninguna de ellas—, desde hace años nos dedicamos a seguir las huellas del expolio acaecido durante la *shoah*^[6] con el fin de poder restituir lo robado a sus legítimos dueños —estaba claro que la fuerza con que aseveraba sus palabras le daba cierta veracidad a toda su explicación.

—¿Eres policía?

—No, para nada —manteniendo el mismo tono conciliador y amistoso con el fin de generar confianza—, pertenezco como le he dicho para un pequeño departamento de la Comisión Europea, algo así como una especie de asociación sin ánimo de lucro —sonriendo.

A pesar de que todo lo relatado tenía cierto sentido de verosimilitud, Aba permanecía con todos sus sentidos en modo alerta. Recuperada ya la compostura y el calor interno, en su cabeza aún resonaban las palabras de René instándole a sospechar de todo. Yuls intuyendo su estado, continuó ofreciendo explicaciones con el ánimo de abrir más sus canales receptivos.

—No soy policía pero mi departamento se coordina con las policías de todos los países, con entes que están tras la pista de jerarcas nazis fugados o incluso con museos u organizaciones que puedan sospechar del origen de alguna de sus obras o bienes.

—¿Una especie de Interpol? —enigmáticamente Aba preguntó.

—Bueno, la Interpol facilita la cooperación policial transfronteriza y ayuda a cada país cuando, digamos, solícita una orden de búsqueda intentando ser facilitadora de información de todo tipo de criminales ya que tiene unas enormes base de datos, pero en este caso, como le digo, nosotros no estamos liderando ninguna investigación, simplemente buscamos de manera paciente y soterrada para ayudar a los que realmente siguen actuaciones policiales ¿lo preguntas por algo especial? ¿Quizás por mi inadecuado aspecto?

—No, no... son cosas mías. Prosiga.

—Bueno, he pensado que así me sería más fácil acercarme a usted sin levantar sospechas, no me veía diciéndole “hola señora Aba Deschamps”, de manera seria y con un traje de almidón, “soy un buscador de bienes robados a los judíos”. La verdad que así expuesto pues no suena muy bien. Debe saber que nuestro trabajo es muy metódico y profesional. Cada paso que damos está pensado al milímetro y en este caso, dada la enjundia del mismo y el lugar donde estamos, opté por esta disposición —y le guiñó un ojo mientras miraba a su alrededor.

Estaba claro que intentaba ser simpático en el fin de ganarse la confianza de Aba. Esta, comenzaba a acostumbrarse a que en este tipo de ambientes donde, no por capricho o vocación sino por obligación se adentraba, las personas con las que iba a coincidir iban a ser cuando menos, peculiares. Aun así Aba sintió la necesidad de seguir manteniéndose alerta. No tanto por el consejo recibido por René, sino más bien por un sentido

interno de precaución recién adquirido al entrar en este nuevo mundo. Preguntar y escuchar más relegando, por tanto, la acción de caer en la trampa al hablar más de la cuenta.

—Nuestro trabajo —prosiguió el joven— es seguir la pesquisa de cualquier indicio que nos pueda llevar a la aprehensión de uno de esos bienes. Según el Congreso Mundial Judío existen todavía más de 100.000 pinturas o esculturas sin localizar y aquí, solo en Francia, creemos que más de un tercio del coleccionismo privado fue robado. Hace unos años tuve el enorme placer de pertenecer, al equipo operativo, que restituyó a Maria Altman el cuadro pintado por Klimt el “*Adele Bloch Bauer I*”. Maria fue sobrina de Adele y ni que decir tiene lo que supuso para su familia —se notaba que era gran apasionado del tema y que, con su emocionada exposición de los hechos, intentaba otorgar certidumbre a su declamación—. Así pues mi vida, mi pasión y mi esfuerzo es poder, de alguna manera ayudar a restituir el honor de los represaliados por el holocausto.

—Pero sigue sin decirme cómo ha llegado hasta mí y me ha reconocido. Tengo últimamente la sensación de que todo el mundo me conoce —dejando en el aire su amarga duda inconclusa.

El amable y simpático chico desaliñado y con barba se había transformado. Si en un primer momento aparentaba olisquear, cualquier cambio en el aire que se produjera para así poder coger la mejor ola, ahora más bien daba la impresión de ser un ejecutivo impartiendo una conferencia. Quizás porque Aba también ofrecía ponencias o era consumada especialista en catas a ciegas le sedujo ese aire de “sabioncillo” que todo formador tiene. Aun así no se iba a dejar engañar por ningún hábil embaucador.

—Es verdad. He de confesarle que no ha sido del todo complicado.

—¡Ah! ¿No? —expresó contrariada pensando que, según le había confesado René, a él sí le había costado mucho.

—Pues no —expresó con total rotundidad y normalidad—, relativamente fácil, la verdad. Hace unos días apareció en varios periódicos el fallecimiento, como sabrá de su padre, por cierto le doy mi más sentido pésame.

—Gracias —asintiendo cortésmente.

—Por alguna razón que desconozco su padre era sujeto conocido en los archivos de varias policías. Es muy complicado encontrar restos del expolio a los judíos, si se para un momento a pensarlo, en aquella época no había los medios digitales actuales. Es decir, la información que tenemos es muy

escasa. Para localizar o tener, al menos noticias de lo robado, nos basamos en recuerdos, alguna foto rota que aparece aquí o allí pero realmente poco más. Además, por enfatizarlo de alguna manera y sin que suene mal, somos un poco como una mosca cojonera para muchos países como el suyo.

—¿El mío?

—Sí. El suyo, como la gran mayoría, es uno más. A pesar de haber firmado con la Unión Europea el reconocimiento a la devolución siempre se nos presentan miles de problemas. Si no se reconoce debidamente la obra de arte o título este se valida con el tiempo a favor del dueño actual. Como es difícil que haya fotos o testigos que den veracidad a que una obra tenía un legítimo dueño, ya que muchos terminaron en los campos de concentración...

—No entiendo —cortó mientras reflexionaba.

—Sí mujer. Hoy en día nos hacemos una foto a la mínima oportunidad. Entenderá que en aquella época no había tantas cámaras de fotos y mucho menos, medios digitales. Así pues, es difícil encontrar a un propietario auténtico, haciéndose un retrato junto a su Manet o Picasso... ¡ojalá fuese lo común! —manifestó suspirando.

—¡Ah! Es verdad, ando lerda con tanto dato —dijo sonriendo Aba.

—Sí, siento abrumarla con tantas ideas pero espero así entienda mejor la situación. Lo normal es que, el poseedor actual de un determinado tipo de bien sea ilegítimo y claro, esas obras permanecen escondidas por si las moscas —y su mirada hizo amago de perderse por el techo de la estación—. Es probable que su padre encontrara o robara alguna de ellas, la intentara vender y por lo tanto después, subastarla en el mercado negro. Como le digo, desconozco cómo llega su nombre a los archivos policiales pero estoy seguro que tras esa supuesta maniobra, alguien le delató y desde entonces su figura está pervertida.

Aba comenzaba a impacientarse. El castillo mental crecía y crecía y todas las combinaciones precisas de resolución caían y caían. Los atisbos de luz eran cercenados de manera constante y lo que era aun peor, ninguna de sus intuiciones funcionaba. Sus manos comenzaron a entrecruzarse nerviosas, además había quedado con René y no quería que este le viera con Yuls. Apenas en media hora comenzaba la misa funeral y necesitaba contarle muchas cosas, entre ellas, hablarle de su nueva inquietante amistad.

—Veo que el tiempo le apremia —observando cómo Aba miraba sin cesar el reloj y su cara, ya de por si blanquecina, se tornaba aún más pálida.

—Sí. Estoy esperando a una persona y el funeral de mi padre comienza

en poco tiempo.

—De acuerdo, espero tener más ocasiones para poder seguir hablando con usted ya que el tema es terriblemente importante. Por otro lado tenga cuidado con quien se rodea, no todos pueden querer ayudarle como yo.

—¡Vaya! Todo el mundo parece advertirme últimamente por lo mismo. La verdad es que estoy encantada de estar tan bien cuidada —el sarcasmo inundaba su cara—. Pero en fin, creo que quien debiera cuidarse es usted, parece que la última ola le dejó la mano averiada —fijando su mirada en un aparatoso vendaje que cubría una de sus manos.

Yuls acusó la inflexión en las palabras de Aba al ser pronunciadas. Sin más dilación, se levantó y cogió su tabla del suelo. Ya levantado y frente a ella, le lanzó una poderosa mirada que más bien sonaba a advertencia.

—Ten cuidado Aba, esto no es un juego —y tal cual ponía fin a sus palabras se perdió entre la multitud que como él, iban y venían, sin destino aparente.

Aba permanecía sentada, atónita, e incluso enfurecida por la fría despedida. Todos sus sentidos vivían en permanente estado de alerta pero se le escapaban pequeñas gotas inconclusas de saber que, como presentía, podían devenir en inundación peligrosa. Los “porqués” o “paraqués”, los “dónde” o “con quién” resonaban con estridencia en su pequeño mundo interior sin soluciones aparentes obvias. Adrede había sido borde con Yuls. Odiaba la mentira o tener indicios de la misma, con toda la fuerza de su corazón, pero aún odiaba más, ser un títere, dentro de un mapa sin comprensión aparente.

Las pasadas noches sin dormir, no fueron únicamente provocadas por el torrente de hechos recién conocidos y descritos sino que también su desvelo fue causado por admitir que, durante muchos años, la mentira habitó bajo las paredes de su casa. Según la forma de ver la vida de Aba, aunque la ausencia de conocimiento de todo lo que su padre hizo le eximía de ser enjuiciada, comprender el porqué y el para qué de sus ausencias, le mancillaban tanto o más que haberlo, simplemente, sospechado. Las vigiliass nocturnas comenzaban siempre por algo terrible, su incapacidad total para, ni tan siquiera, imaginar la situación. Ubicarse, situarse, cerciorarse o algo tan básico como comprender saturaba su comprensión. Aun así y poco a poco, inició camino en pos de localizar de su interior nuevas fuerzas, que recordaba, siempre estuvieron ahí. Fuerzas que le iban a ser vitales si, como intuía en no mucho tiempo, su cara se iba a ver salpicada con pinturas de

guerra.

—¡Joder! ¡No me ha dicho el cómo me ha encontrado! —de manera casi sorda y únicamente perceptible para sus sentidos exclamó mientras sus ojos ya se posaban en René, quien rápidamente, hacía acto de presencia en la estación.

Capítulo 7

—¡Aba! —una voz, desde la otra punta de la estación, gritaba histriónicamente agitando los brazos.

René nunca era indiferente. Un sombrero enorme, las mismas gafas negras que llevaba el día que apareció en la bodega y un fular azul celeste, prácticamente difuminaban cualquier composición acertada de su cara. Una americana de color blanco tapaba una camiseta en tono rojizo y unos pantalones acampanados dejaban ver unos luminosos mocasines verdes. De esta guisa, hizo su entrada el policía en la estación.

No habían distado más de cinco minutos, entre la llegada de uno y la partida del otro, para que Aba no se sumergiera en un mar de zozobras y contradicciones. A su propio caos interno, donde anhelaba despertarse de semejante pesadilla, se contraponía una realidad cruda, complicada y plagada de toma de decisiones para las que a ninguna, de momento, tenía capacidad de respuesta. La pasividad entre torrentes de dudas le provocaba ansiedad, la contradicción interior, tristeza y hastío. El alegre y vital grito de René fue respondido por su indiferencia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al ver la cara de circunstancias de Aba—. Caminemos un poco y así nos alejamos de esta locura de ruido —mientras cariñosamente le recogía por el brazo poniendo rumbo hacia los andenes.

Las vías que, aunque ya no cuentan en su composición con las traviesas de madera, siguen manteniendo un olor especial que combinado con el salino, proveniente del mar, le confieren un toque especial a la estación de Hendaya. En pocos pasos, obtuvieron cierta tranquilidad y, el anterior jolgorio y griterío se transformó en calma.

—Aquí, justo en este lugar, Hitler se reunió con Franco. Dos locos en busca de guerra —meditaba de manera introspectiva.

—Un hombre se acercó a mí en la estación —dijo Aba haciendo caso omiso a sus palabras.

Un poso de alarma apareció en el escaso espacio que la cara del policía ofrecía al mundo.

—¿Un hombre? —repitió contrariado—. ¿Cómo era? ¿Qué pasó?

Aba de manera pausada comenzó a referirle los hechos pero, de la misma forma que los relataba también sustraía algunos, que sin saber por qué, su inteligencia emocional le advertía no fueran del todo explicitados. Sin advertirlo y menos comprenderlo, intuía que esa consecución de hechos que

relataba, intentaban provocar, como finos estiletes, la paz interior de René. Quizás y con ello pudiera obtener datos o percepciones nuevas ante su increíble situación.

—Le dije que la aparición en el periódico de la esquila de su padre atraería, a muchas personas sin nombre, interesadas en saber que hay detrás de todo esto.

—¿Usted piensa que estoy, de verdad, en peligro? —dibujando Aba el miedo en su cara.

—Sí —taxativo y sin concesión admitió René.

Las palabras dieron en el punto justo donde las lágrimas se forman, crecen y desembocan. Tras tantos días en tinieblas, necesitadas de emerger y como incipiente cascada comenzaron a deslizarse por la limpia, bella y fina cara de la enóloga. Desconsolada se sentó tapando su cara con manos y melena. Zahiriéndose del intento de René por abrazarla, dijo:

—¡Vamos allá! —secando el conato de lagrimeo.

Con la cara algo entumecida por las lágrimas, rápidamente retomó su compostura. Estallar, por fin, le había regenerado. Altiya y orgullosa pero sin soslayar el pánico y la incertidumbre, se adentraba en el peligroso mundo que su padre le legaba.

—Bien, me alegro haya tomado la mejor decisión —pausado y muy serio en su forma de hablar, René proseguía—. Regrese y coja de nuevo su coche. Son cinco minutos hasta la iglesia. Intente aparcar en un lugar visible para todo aquel que quiera observarla. Muéstrese tranquila y confiada. Es muy probable que la misma persona de la estación o algún secuaz suyo vuelvan a interceptarla. Como le dije su padre hizo poderosos enemigos y supongo habrá deudas todavía en posición de ser saldadas. Todo lo que me ha contado y el perfil del hombre que le ha abordado demuestran mis intuiciones. Debemos esperar y ver qué sucede durante el responso. Le recomiendo se siente en las primeras filas, no creo que haya demasiada gente, por lo tanto, será fácil tenerla controlada.

—¿Vendrá entonces conmigo?

—Ojalá pudiera —respondió compungido el policía.

Detrás de los cristales de sus gafas un arqueado de sus cejas emergió con profusión, Aba advertida, preguntó:

—Aún no he visto sus ojos —sin ser pregunta solicitaba respuesta.

René advirtió que no era una frase lanzada al azar y necesitaba concreción inmediata. Se quitó las gafas y pausadamente descubrió una

enorme cicatriz que se retorció sobre uno de sus ojos.

—¡Vaya! —exclamó Aba al verla—. ¿Ha sido hace poco? —al observar que la herida presentaba un color todavía demasiado fresco y rojizo.

—Mi profesión es complicada mi querida amiga. Hace no mucho, en una redada en Amberes, una explosión casi me saca de cuajo el ojo. Afortunadamente parece, que en no mucho tiempo, recuperaré toda la visión. ¡No tendré que llevar una bola de cristal aquí dentro! —afirmó resolutivo y señalándose el ojo herido.

La pequeña broma creó un pequeño foco de distensión en el ambiente y Aba sonrió durante unos instantes recuperando cierto brillo y calor interior.

—Aparco entonces el coche, me hago la interesante, doy vueltas alrededor de la iglesia y me meto de lleno, yo solita, dentro del cepo, ¿no? —manteniendo una sonrisa repleta de matices de autoconfianza, miedo y tristeza.

—Más o menos, pero por favor no se haga en exceso la interesante, como usted dice. No necesitamos que todo el mundo sepa que está al tanto de todo. Usted debe hacer el papel de apesadumbrada hija que va a la misa en honor de su padre. Debemos esperar y ver qué sucede. Si no aparece nadie, hoy será la última vez que me vea, si en cambio y como sospecho tras la visita del tío de barbas, alguien acude, no se preocupe que ya veremos cuál va a ser la estrategia a seguir. Es obvio que Otto ha lanzado a sus hombres por todo Hendaya, ahora mismo ya tendrá un informe sobre quién es usted y cómo es. Estoy seguro que ahora mandará a otra persona ya que el primer peón ha sido ya quemado.

—¿Quemado? —preguntó Aba.

—Lo siento —respondió efusivo el inspector—, al final empleo constantes tecnicismos provenientes de mi argot policial y no me doy cuenta que todos no pueden entenderlo.

—Sí, sí lo he entendido pero lo que no entiendo es por qué ese tío no puede volver de nuevo. Si según lo que dice usted trabaja para Otto, lo normal es que me lo vuelva a encontrar ¿no? El tío se notaba que intentaba ganar mi confianza —asombrada porque sus palabras enfatizaran con fuerza y coloquialmente supuestos desconocidos para ella en un contexto todavía más extraño.

Hubo unos segundos de calma entre los dos en el que las preguntas sin respuesta y las respuestas, para preguntas sin enunciados, aparecieron.

—Entonces ¿por qué presentarse en la estación y no ir directamente a la

iglesia? —prosiguió resuelto René—. Estoy aquí para ayudarla, creo que es mejor que siga mis indicaciones en todo momento —afirmó suave pero directo—. En la estación le han detectado y ahora simplemente estarán observando su llegada a la iglesia, desde ahí, solo toca observar y esperar. Son profesionales Aba —y ceremoniosamente cogió su mano en señal de afecto—, en cada fase actúa una determinada persona con un determinado propósito, minusvalorar esos detalles puede aumentar nuestros riesgos.

—Sí, me parece que tiene razón. De acuerdo pues, entonces, ¿nos vamos?

—Se va —afirmó secamente—. Recuerde que yo soy policía y por tanto, fácilmente reconocible. Estaré observándola constantemente y ante cualquier problema actuaré. Ahora salga de la estación sola, coja el coche y aparque en el lugar más visible, después yo le buscaré, no se preocupe por ello.

Risueño y feliz, sin casi dejar que las palabras se secaran bajo el aire salino de la mañana de Hendaya, René comenzó a caminar para perderse dentro de la maraña de gente que iba y venía en eterno sinfín. Aba se montó en el coche y encendió la radio escuchando al azar, la primera canción, que cualquier cadena de música francesa emitía. En el corto recorrido que supone ir de la estación hasta la *Paroisse de Notre Dame* de la Bidasoa se encontró conduciendo sin conducir y pensando sin pensar. Despertó tras sentir en sus sienes el estribillo de una conocida canción francesa. Una agria sonrisa le golpeó y apremió para salir del letargo y luchar. No tenía claro contra quien debía dirigir su fuego así como tampoco referenciaba a buenos o malos por haberla conducido a esta situación pero en cambio, si se maldecía, por no estar ahora mismo concentrada en descubrir, en su bodega, indómitos defectos perdidos de sus vinos. Se sentía lerda, casi tonta, por seguir en la leyenda de una historia de la cual no se sentía ni tan siquiera actriz de reparto. Personas, que de ninguna manera pudiera haber encontrado en su vida, se le acercaban ahora por doquier y con una normalidad, tan asombrosa, que resultaba totalmente preocupante. De dar conferencias en la universidad para jóvenes aprendices de enólogos brujos, haciéndoles sonreír y guiñándoles el ojo cuando les decía que hay tantos defectos en los vinos como malos políticos, a una situación donde la palabra muerte se yuxtaponía de manera normalizada a cada momento.

Un inspector de melosa y dudosa sonrisa le había metido en una movida terrible, con pretensiones cada vez más claras de terminar siendo

indeseable. Recién acababa de conocer a un hombre con apariencias de ser perfecto si no fuera por la sencilla razón de que en ese mundo, al que parecía incorporarse, nada era idílico y por lo tanto, ese trazo de ayuda y bondad con el que pretendía ayudarla, más bien parecían un reclamo que la bondad en estado puro. Y para terminar, lo peor de todo, Maurice. Sin reconocer en su vocabulario, desde su más tierna infancia los estigmas que la palabra padre acarrearán, ahora surfeaba en encrespadas olas de turbio amor paternal. Ni una llamada en años o ni tan si quiera un efímero encuentro en cualquier momento de su vida hacían que Maurice pudiera tener la categoría de padre. Ahora, simplemente en su fuero interno, luchaba por saber cómo poderlo recordar. Desolada por sentirse sola sin tener un solo motivo claro, diáfano o nítido que le hicieran presagiar nuevos rumbos o al menos mejores paisajes, intentaba al menos tener la capacidad de pensar con frescura. Mientras, maniobraba para aparcar su coche. Inacabada aun "*Hypernuit*" de *Bertrand Belin*, salió del coche y dirigió sus pasos hacia la entrada de la iglesia.

Capítulo 8

Realmente hacía siglos que no había entrado en una iglesia, así que casi ya no recordaba los olores, colores o silencios intrínsecos que le acompañan. Con paso firme accedió a la nave principal esperando encontrar personas, caras, gestos y riesgos pero chocó con sigilos, sosiegos y reposos casi misteriosos. Una galería parecía suspendida entre la penumbra mientras la luz, filtrada por el pequeño rosetón, impactaba contra los blancos muros interiores. De estilo gótico y similar a muchas del País Vasco Francés no resaltaba por nada pero tampoco desmerecía por todo. Sin apreciar algo extraño a su alrededor pero más precavida, expectante y esperando un cambio definitivo en la paz del lugar, se acomodó en el primer banco frente al altar.

Pasaron varios minutos hasta que un solitario cura salió de la sacristía y comenzó a ofrecer la misa de responso. “¿Quién habrá pagado todo esto?” sorprendida al escuchar las primeras palabras, que en tono elogioso, versaban sobre su padre “Dudo que él supiera, incluso, ¿qué es una iglesia?” pensaba concienzuda. “Renné, tiene razón, esto es una encerrona”, mientras sus sentidos, aguzados y en total alerta, atentos a la homilía que ahora comenzaba.

—*Je prie pour le repos éternel de Maurice. J'espère rencontrer bientôt au sein de sa gloire avec son défunt épouse Maite. Ta fille Aba t'aura toujours dans son heureux souvenir*^[7].

—Pero. ¡¿Cómo?! —tan alto vociferó que el cura tuvo casi que frenar el inicio de su sermón.

Sonrojándose y disculpándose por el tímido grito, se imbuyó de nuevo en un marasmo y enloquecido rodil de preguntas y respuestas. “¡Joder, mi puto nombre se lo sabe todo el mundo o qué!” clamaba su mente. No solo estaba ofendida porque la citara sino porque también nombró a su fallecida madre, lo cual hacía, que todo pareciera más endiabladamente perverso de lo imaginado. A su vez, los nervios, ya de manera fluida, comenzaron a hacer acto de presencia cuando, finalizada la homilía, la iglesia mantenía la misma y solitaria calma inicial. Acabado el responso y tras rogar por su descanso en el reino de los cielos, el cura bajó los escalones y se acercó a Aba mostrándole sus respetos. Ofreciéndole la mano le dijo:

—*Je donne mes plus sincères*^[8] —dijo encorvado el avejentado prelado.

—Merci —sin comprender, sin saber y por supuesto sin entender el boato del momento, Aba emitió una tímida sonrisa de agradecimiento.

—*L`église est á votre disposition pendant 15 minutes, puis se ferme*^[9].

Agradecida al cura, este se perdía por las sombras dejando en el aire el simple eco de una puerta al cerrarse. Años con enólogos o bodegueros franceses habían hecho que casi adoptara su lengua pero, debido a los nervios del momento, prácticamente no entendió nada de lo que el padre expresaba lo cual hizo que su cabreo y perplejidad aumentara exponencialmente. Aun así, algo había sucedido, sus sentidos comenzaron a reconocer un cambio. Dentro de su mano, aún fría y sudorosa, acababa de ser depositado un pequeño papel. Al abrirlo una pequeña frase, como instrucción, podía leerse.

“Por favor, diríjase a la sacristía”.

El silencio sepulcral inundaba la iglesia aunque, levemente, era interrumpido por los latidos de corazón que partían desde el pecho de Aba. Estos, atronadores, parecían desbocados. No sabía qué hacer, paralizada, no atinaba a mandar órdenes a sus extremidades que le hicieran moverse y aún menos levantarse. Había llegado el momento, sensaciones internas le gritaban implorando que se fuera corriendo y otras clamaban, para que, tras acceder a la sacristía, reventara la cara al gracioso que había montado semejante circo. Pero el caso es que su culo seguía inmóvil, casi adherido al banco de madera, carente de tracción y ausente a cualquier llamada del cerebro rogando movimiento. Sin pensarlo se levantó. El incienso impregnaba de aromas toda la nave del crucero y tímidas velas se encendían y apagaban según la dirección que, pequeños suspiros de viento, moldeaban. Como una gata que camina sobre una cornisa, así eran los pasos de Aba, lentos, suaves, firmes y seguros. La puerta de acceso a la sacristía permanecía entreabierta y una tímida luz se filtraba hacia fuera.

—Entre, entre, por favor —alguien desde dentro, de manera cálida y suave, le llamaba.

La puerta se cerró a sus espaldas. Las iglesias siempre emiten sonidos graves que reverberan ecos del pasado de cuando fueron alumbradas. Maderas que crujen y pomos de puertas percutidos por hierros encanecidos por los años crean atmósferas densas y especiales. Aba sin desearlo era un elemento más de todo ello.

—Me llamo Miguel de Salinas Gortari, soy notario —y una enorme sonrisa partió de su cara—. Estoy aquí para entregarle la última voluntad de su padre, es decir, su testamento.

Un hombre de unos cincuenta años, calvo y con una poderosa y bien trabajada barriga le saludaba. Con ligereza se acercó a ella y le plantó dos

efusivos y cariñosos besos. Un jersey azul celeste de marca anudado al cuello sobre una camisa blanca, náuticos y unos “dockers” hacían que pareciera más estar en busca del anclaje de su barco que por entregar el último legado de Maurice.

—¡Qué casualidad, otro más que me conoce! —balbuceaba desconsolada la enóloga.

—Pues ya me explicará esa frase porque no me da buena espina, la verdad. En fin, si los datos nos me fallan, es usted el único vástago de Maurice Deschamps —sin perder un ápice de su perspicaz sonrisa, prosiguió—. Su padre era una persona sumamente inteligente y tengo claro que, lo principal para él, era velar por su seguridad. Hace unos meses vino a verme e hizo testamento. Todos los acontecimientos que están sucediendo me dijo se producirían.

—¿Hace unos meses? ¿Acontecimientos? —su sensación de imbecilidad crecía por momentos.

—Sí, coincidiendo con una conferencia que usted ofreció en Burdeos. Por alguna extraña razón observó que su vida corría peligro e hizo todo lo posible por garantizar la suya o al menos preservarla.

—Mi padre en...

—Sí, en Burdeos. Tengo entendido que su padre era un profundo seguidor suyo. Debía quererla mucho y solía ingeniárselas para conseguir un espacio allá donde usted impartiera una conferencia.

Anonadada, perpleja y casi en estado de shock no sabía, ni tan siquiera entender, la carga emocional que dicha información significaba. De nuevo su padre presente en su vida, tan cerca y tan lejos pero inalterable tras las sombras. Todavía no tenía claro ese significado de presencia. No sabía si odiarlo por espiarla en la clandestinidad o proponerse comprender el porqué de sus motivos el caso es que, a cada momento más parecía, que nunca su padre se había llegado a ir. La piel contuvo las emociones. Intentaba recordar cada una de sus conferencias, siendo imposible el empeño. Buscaba a alguien escondido con antifaz y sombrero, sigiloso, escuchando una de sus ponencias. El pensar tenerlo a escasos metros laceraba sus emociones. Percibió que su calor interno le abandonaba y frenéticamente buscaba encontrar, entre el público, el abrazo de Maurice. Aún conmocionada e intentando aparentar precaria fuerza y dominio del momento, preguntó:

—Ya que todo el mundo se preocupa por mí y sabe lo que he de hacer... entonces ¿usted dirá?

—¿Todo el mundo? No pensaba que fueran tantos —titubeó—. Entiendo, por lo que dice, han comenzado a aproximarse a usted turbios personajes. No puedo ahuyentarlos, ni es mi misión esa, solo puedo abrir el legado de su padre y después darle un par de consejos. En primer lugar y dado como lo veo, me gustaría saliéramos por la puerta trasera de la sacristía, vayamos a un hotel cercano y abramos el sobre. No le interesa que intuyan mi presencia aquí porque temo entonces, se multipliquen sus nuevos amigos. No sé quien le sigue, pero es posible que se pongan muy nerviosos si perciben una alargada ausencia o peor aún, que abandona la iglesia con un extraño como yo. En ese momento se lanzarán como locos buscando información y ambos correremos gran peligro. Si lo hacemos rápido, podrá volver en pocos minutos y entrar por la misma puerta trasera ¿de acuerdo?

—Desde hace días no tengo elección para nada —sus manos gesticulaban teatralmente ufanas, cómplices de su complicada realidad.

Franquearon rápidamente el seto y entraron en el todoterreno de Miguel. Agazapada en el amplio y disimulado asiento de atrás, esperó unos pocos minutos hasta poder delatar su presencia. Escasos minutos después, se hallaba en una habitación preciosa con vistas al mar.

—Bonita vista, ¿verdad? —le preguntó—. Lástima que no tengamos mucho tiempo de disfrutarla.

La mirada de Aba vagaba perdida y sin rumbo. A regañadientes y sin poder remediarlo iba, poco a poco, adoptando el rol que su padre le iba legando. Sin casi prestar atención capas de miedo, temor y nervios se le iban desprendiendo por otras de poderosa y anormal tranquilidad. Estas nuevas amistades, en proceso de crecimiento interno, le insuflaban más temor que todas las anteriores juntas, al asumir una nueva definición a su nuevo yo. Aunque no supiera sus nuevos fines ni casi el proceso para conseguirlos, el caso es que Aba, comenzaba a pulir el personaje que siempre había sido sin saberlo.

—Estamos en la villa Bi Ur Arte ¿impresiona, verdad? —prosiguió Miguel embelesado—. El diseño es similar al del típico caserío vasco de la zona, fuerte, recio y acogedor. Tan hospitalario que en 1940 se convirtió en la casa del soldado para las tropas alemanas de ocupación.

—Parece ser que ahora que mi padre ha sido encontrado, todo gira a su alrededor —explicitó sin hacer mucho caso al notario.

—Me sorprende que le hayan nombrado la palabra testamento. Solo su padre y yo sabemos de su existencia, el resto son torticeras cábalas con un

único ánimo, sonsacarla. Alguien está buscando obtener pistas y conclusiones. Permanezca siempre en alerta —y un sombrío gestó difuminó su cara—. Bien, comencemos, aunque no estoy en mi despacho de San Sebastián, primero le enseño todas mis credenciales y si necesita algún dato más no dude en pedírmelo, debe estar totalmente segura de quién soy yo y el porqué de mi misión con usted.

Y terminando la frase sacó una carpeta donde méritos, títulos y documentaciones aseveraban su licencia y veracidad de lo dicho.

—Ahora, por favor, necesito que me dé su documentación para visar que todo sea legal. Mientras tanto le voy a contar una pequeña y rápida historia que su padre me hizo prometer le relatara.

Aba comenzó a sacar del bolso su documentación y mientras esto hacía, Miguel comenzaba a desarrollar su relato.

—Como le decía soldados alemanes camparon a sus anchas por estos lares. Cientos de ellos pasaban cada día por el puente de Santiago e iban a Guipúzcoa para descansar y disfrutar. Soldados de las Waffen SS acudían a los toros en Donosti, apostaban a los caballos en el hipódromo o pasaban la tarde en La Perla, el caso era relajarse unos días tras los duros días en el frente. Además de acomodar a los soldados *Bi Ur Arte* también servía de enfermería militar para los llegados desde el frente del Este e incluso desde aquí se vio, como en la playa, un bombardero era derribado por un caza polaco. Todo este despliegue de soldados entrando y saliendo, a veces sin control por la muga, facilitó la génesis de un incipiente mercado negro o generador de tramas de espionaje. Haciéndose eco de todo ello, el ejército se vio forzado a crear un entramado oficial y extraoficial de comunicación, propaganda y por supuesto de redes de vigilancia y delación, a la vanguardia con respecto a otras zonas ocupadas. Es por tanto comprensible imaginar, que tras la guerra, todas esas redes creadas fueran utilizadas para la evasión de criminales de guerra o de bienes expoliados. Los poseedores de todos esos conocimientos tenían oro en sus manos obviamente.

Aba atendía concienzudamente toda la explicación. A cada frase notaba más un porqué y un cómo en toda la acción desarrollada por Maurice. Sentimentalmente cada vez más cercana y aunque aún no se hiciera una composición de lugar fiel, si comenzaba a sentirse más cómoda ante el relato de los hechos.

—Bien —frenando un poco la exposición—, veo que todo está en orden. Procedo a abrir el sobre que su padre me entregó y luego sigo con la

historia.

Con un fino abrecartas, con empuñadora de cuero de pelo de vaca, rasgó el cierre de un sobre de color beige que sacó de un portafolio. Procediendo con diligencia y profesionalidad se dispuso a leer el contenido de la última voluntad de Maurice Deschamps.

—Leo a continuación las palabras escritas, por puño y letra, de su padre, luego procedo a entregar el documento a doña Aba Deschamps Galán.

Corazón frenético contrastaba con una poderosa y aparente calma externa, deseosa de escuchar las últimas palabras de su padre.

“Querida y amada hija. Es significativo que me dirija a ti, tras tantos años de ausencia y en estas circunstancias, pero aunque lo consideres erróneo otra forma de hacerlo hubiera sido lesiva para tus intereses. No voy a extenderme en bellas palabras, que no conducen a nada, y que al no ser pronunciadas en todos estos años pudieran resultar un insulto a tu inteligencia. Aun así, he seguido desde siempre, de manera clandestina y constante, tus pasos. En la distancia he sido cómplice de tus éxitos en ese bello mundo de la enología que has elegido. Me resulta fácil y sencillo esquivar la mirada del mundo sobre mis pasos pero debes saber, que ni un minuto dejé de sustraerme a mi bien máspreciado, mi familia y por supuesto, la joya más bella, mi hija. Siento la orfandad manifiesta, que por mi culpa, ha caminado contigo por la vida. Tu fuerza es la mejor garantía de tus éxitos y por tanto espero, guíe tus pasos en los próximos duros días que te van a tocar vivir.

Te dejo de despedida lo poco bueno que aún queda de mi alma vendida al diablo, mi amor incondicional y eterno. Sé que son un dardo envenenado mis palabras y por eso espero mi muerte selle mis malos pasos dados en la vida. De todas formas, reconozco, que has de prepararte para que poderosas fuerzas luchen por sustraerte mi legado. He podido evitar, desde que me fui, mi turbio influjo en tu crecimiento. Ahora, solo me queda ofrecerte, que bebas y aceptes el elixir de la precaución servido en cápsulas de fe y aumenten tu capacidad y tenacidad. Eres bella e inteligente, empoderada y arriesgada, creativa y luchadora. Todo ello lo he paladeado en cada uno de tus vinos. Así pues y como despedida, implorándote perdón y esperando no me relegues al balcón de tu olvido eterno, te ofrezco sigas los pasos de esta cata ciega y entregues a la justicia lo que se esconde tras la puerta.

Seis botellas multiplicadas por dos hacen doce. Sé que no puedo competir con tu nariz, hago lo que puedo, pero te ofrezco un poco de historia

a cambio. Yo comenzaría por un:

1. *La Tâche* de 1940 de *Domaine de la Romanée-Conti* (click)
2. *Musigny Grand Cru “Cuvee Vieilles Vignes”* de 1940 del *Domaine Comte Georges de la Vogue* (click)
3. *Château Mouton Rothschild* de 1940 (click)
4. *Château Palmer* de 1942 (click)
5. *Charmes de Chambertin “Tres Vieilles Vignes”* de 1941 del *Domaine de Joseph Roty* (click)
6. *Charmes de Chambertin* de 1940 del *Domaine de Armand Rosseau*.

Nota cariñosa de tu padre. Ya sabes que siempre te hice reír pero “cuidado porque puede picarte”.

Siento en vida, no haberos hecho comprender, lo mucho que os quise a ti y a tu madre.

Afectuosamente. Maurice Deschamps”.

Aba permanecía en estado de shock no tanto por el significado implícito del testamento sino más bien, por haber por fin tenido una especie de conversación o cercanía con su padre, tantos años esperada y deseada. No se registraban lágrimas en su limpia cara pero si una especie de sobrecogimiento o profunda introspección. Como si la estela de un fantasma hubiera, en su paso, inundado la habitación Aba permanecía atónita ante cualquier estímulo externo.

—Tenemos que irnos —dijo Miguel.

Sobresaltada por la ruptura de la cadena de silencio regresó de nuevo a la vida.

—No sé qué hacer —dubitativa, cabizbaja y perdida respondía a la orden del notario.

—De momento, tenemos que irnos de aquí lo antes posible y regresar a la iglesia. Entre tanto debe memorizar el mensaje de su padre. Sea lo que sea, como potente pócima, ya emergerá en el momento oportuno un resultado. Ahora debe quemarlo.

—No puedo. Es lo único que tengo de él —sus ojos clamaban por derramar lágrimas perdidas en el fondo de sus verdes ojos—. No puedo.

El notario no pudo replicar con contundencia aludiendo a los peligros que tal decisión pudiera acarrear. Sintiéndose cómplice del estado y padecimiento de Aba simplemente asintió diciendo:

—Protéjala con su vida si es preciso.

Rápidamente montaron en el coche y salieron hacia la capilla. Con

pasos similares a los de una felina, sigilosa, penetró dentro de la nave. El silencio permanecía perenne en su interior y la severa quietud mantenía su reinado.

—Entre con cautela y directamente vaya al confesionario —le había dicho durante el trayecto Miguel—, espere unos minutos, varios minutos, estoy seguro que alguien irá a buscarla con cualquier excusa.

—¿Usted se va? —objetó muerta de miedo.

—Sí, lo siento. Poco puedo hacer más —y sus palabras sonaban a triste despedida—. Aun así, su padre me previno de todo esto que comienza a sucederle. No me puso nombres pero si me dijo que siguiera el rastro del tren, fuera lo que fuese lo que signifique eso. Su padre, cuando vino a verme, se sentía acosado y probablemente conocía su destino. Constantemente me recalco que le dijera que había intentado evitar, durante toda su vida, los peligros que sus malas acciones le iban a acarrear. Aun así e implorando perdón eterno se sentía terriblemente orgulloso de su hija, téngalo siempre presente, su padre la amaba —notando la tristeza y emoción contenidas en la cara de la enóloga rápidamente concluyo—. Por favor, insisto, es la parte más importante de lo que le quiero decir, sea cual sea su significado, siga el rastro del tren.

Agotada y agarrotada se sentía mientras de rodillas, en un solitario confesionario, intentaba convertir elucubraciones en hechos e ideas en realidades. Escondida bajo las aterciopeladas cortinas negras imaginaba estar a salvo y protegida ante la adversidad externa. El exceso de información le saturaba, el conocimiento de la vida de su padre, tras tantos años olvidado, le martirizaba. Un mundo opaco, gris y con encallados matices se abría ante sí sabiendo que, para poder salir indemne, iba a tener que multiplicar por mil su coraje. Constantes, reiterativos y perniciosos soliloquios, que solo conducían a la recreación de fantasmas y locuras, se desarrollaban en su cabeza hasta que la realidad le rescató con ímpetu. La puerta de la iglesia fue abierta y en segundos, se cerró de nuevo. Como una esfinge, su cuerpo permanecía hierático, frío y firme en pos de no ser descubierto. Pasos cortos crecían en intensidad en función de su cercanía. El eco, los reverberaba, pareciendo como si el foco de una galerna se situara sobre su cabeza. El miedo le agazapó. Los pasos, de repente, cesaron.

—Voilà.

La voz de René, como siempre, resonó estridente y jocosa. Su silueta se adivinaba tras las celosías que separan y amparan el pequeño lugar de

recogimiento tanto para el cura como para el creyente en espera de confesión.

—¿Tienes algo que declarar? Perdón, confesar —mientras una ácida y sonara carcajada partía del lugar donde se sitúa el prelado—. Estaba preocupado por usted e incluso, sabiendo que puedo ser descubierto, he decidido entrar por si fuera el caso de que necesitara ayuda. No debe gastarme estas bromas, chiquilla. Esto no se trata de un juego.

—No ha venido nadie —las palabras de Aba resultaban tímidas, precavidas y escogidas—. Necesitaba un poco de tranquilidad y estar a mi aire, por eso me acerqué aquí, necesitaba soledad. Tal como dijo igual todo esto es una locura y es mejor dejarlo ya estar.

René abrió la puerta y salió del pequeño espacio. Descorrió la pequeña cortina y ofreció su mano a Aba para que pudiera alzarse. En escasos pasos dieron con uno de los bancos de la nave principal y se sentaron. El silencio que antes se presentaba como cómplice de Aba ahora parecía delatarla. Aparentemente, intentaba mantener el mismo sentimiento introvertido y casi timorato pero por dentro, un mar bravío colmado de inquietudes, le zarandeaba. La primera de ellas, hacer que su fisonomía no chivara lo sucedido minutos atrás.

—¿Cree usted en Dios? —preguntó René, mientras su mirada se perdía en la contemplación del altar.

—No lo sé, la verdad. Quizás más quiero creer en fuerzas y energías que de una manera u otra nos influyen constantemente. Igual creamos y provocamos entes a los que luego necesitamos agradecer o denostar y en ese sentido, buscamos a alguien con nombre y apellidos que soporte el peso de nuestra llamada. Cada época es diferente. Quizás, el hombre antiguo, tuviera miedo y se viera muy pequeñito en la inmensidad y necesitara buscar en las estrellas un guía y estímulo en su paso por el mundo. Ahora, aun constatando nuestro progreso creo que es parecido, necesitamos un Dios que nos libere de tanta hecatombe constante y nos ayude a soñar. En fin, no sé responderle —concluyó de la misma manera, seria y reservada, con la que había iniciado su frase—. Estoy muy cansada —ofreciendo una triste sonrisa al policía.

—Sí. Yo también. Comienzo a añorar las paredes de mi comisaria y la vulgaridad de sus días tranquilos.

—Nadie ha venido, podemos irnos —afirmó intentando generar frases que devinieran en la victoria deseada.

—No puedo retenerla —cariacontecido le daba la razón.

Aba comenzó a caminar hacia la salida haciendo que la cadencia de sus

pasos aumentara en función de la cercana puerta.

—Yo le creo —sus palabras se pausaron intentado dar misterio a su análisis—. Nadie ha entrado por esa puerta, doy fe de ello, observé todo parapetado tras un balcón. Pero, ¿será capaz de hacerle creer a Otto que nadie utilizó la puerta de la sacristía? ¿Piensa que no intentará tener otra versión, por ejemplo, la del diácono de la parroquia?

El eco de su voz resonó en toda la nave haciendo que se repitiera cientos de veces en la cabeza de Aba. Manejando bien las situaciones, René dejaba que el tiempo corriera, esperando a que la situación le fuera de nuevo propicia. Aba, intuía, que intentaba jugar con sus nervios. Había frenado sus pasos y las manos apretaban fuertemente el papel que, como único y último vínculo, conservaba de su padre. Comenzaba a reconocer los entresijos del mundo donde por suerte o por desgracia le obligaban a incorporarse. Sagaz como ninguna, intentaba observar la situación desde cierto punto de distancia para intentar sacar conclusiones. Solía reunirse con enólogos donde vinos de todo tipo eran expuestos sobre una mesa corrida. Aunque el clima fuera siempre muy cordial los egos de cada cual eran siempre, los reyes de la velada. “Este vino tiene toques a geranio, ¿lo percibís?” decía uno de ellos. Introduciendo la nariz hasta casi tocar el caldo y tras una larga introspección, más de pose que otra cosa, resaltaba aromas totalmente arriesgados hasta para el más aguzado de todos ellos. Muchas veces se había preguntado el tipo de rivalidad que existía entre las viejas narices, casi siempre masculinas y más proclives a ver quien la tenía más larga y las nuevas generaciones tendentes a compartir el conocimiento. Aun así, todos y cada uno de ellos luchaban por paladear y poner nombre a un defecto del vino. Ignoto para el resto debiera ser relevante, esperando como recompensa, ser admitido el nuevo descubrimiento. Desde ese momento, mieles de envidia servida en hielos de cortesía, se reflejaron en el resto de los rostros. Evidentemente esta situación no era una simple cata de vino ya que aquí había un punto de inflexión claro, no medir bien el tipo de caldo a catar podía suponer, la pérdida de la propia vida. Pero desde su punto de vista había cierta relación en ambos escenarios. Todos sabían esconder las cartas y hasta alumbrar el vino de la nueva cosecha, nadie delataba ese matiz diferente al resto con el que iban a seducir al consumidor y por tanto, al mundo.

Se decidió, en un primer momento, por ponderar las cosas. Todos se referían a Otto, como la persona que movía los hilos dentro de un escenario global, aún sin delimitar, para su actual comprensión. La realidad es que

habían asesinado a su padre por algo que no solo merecía la pena, sino que podía ser un gran descubrimiento con tintes incluso geopolíticos. Asumida su fragilidad para el compás al que se le quería predestinar, igual mejor parecer la tonta útil que no la lista tonta y así, en el momento oportuno, presentar toda su impronta. A su parecer todo lo que mostraba René tenía el mismo peso que todo lo que intentaba esconder. “Un policía corrupto que ha oído un gran tesoro y que intenta utilizar a una enóloga tonta y miedica” le explicaban sus meninges. “Lo más probable es que lleve siguiendo a mi padre muchos años y nunca le haya echado el guante. Llega a la escena del crimen antes que otros lo cual le hace tomar ventaja, de ahí que me enseñara fotos que probablemente, antes de huir, recogió. Haciendo una rápida composición de lugar, comprende que las pistas encontradas le plantean la posibilidad de adelantarse en la búsqueda del botín y si caza al asesino obtendrá reconocimiento de sus jefes. ¡Brillante! Un mismo caso separado en dos. Descubrir al asesino de un conocido ladrón o espía tapando lo que para él es principal, encontrar el botín”. Un poso, escondido y limitado en el tiempo de tímida satisfacción por el hecho comprendido, quiso sobresalir en sus labios pero dado que, el nuevo rol asumido de femme fatale llamaba a sus puertas, mejor lo mantuvo incólume. Siguiendo con la cascada de cambios, a los que su vida se enfrentaba, prosiguió estudiando su particular estado de su nación. Yuls llamó entonces a la puerta de sus neuronas “¿Y este?” Tildó la primera elucubración. “Demasiado fácil, demasiado perfecto, demasiado colaborativo y apelando en cada una de sus palabras a la paz mundial, a correr desnudos por el parque en eterna armonía y a la vida bella, pero ¿será verdad? No tengo ni idea qué es eso del congreso o como leches se llame, la organización mundial judía, pero ¿por qué no puede él también intentar aprehenderlo y lucrarse del dichoso tesoro? René es un policía y de acuerdo, independientemente de todo, su misión es desvelar un crimen pero Yuls ¿realmente persigue lo que dice buscar? O, ¿leyó una esquila y simplemente quiere aprovecharse de la situación? ¿Y Otto? ¡Jodido Otto!”.

Obviamente le faltaban muchas piezas en el puzzle. Hasta ahora solo había pequeños indicios de figuras sin componer y sin definición alguna. Aun así todas se reflejaban sobre una imagen o silueta, ni tan siquiera creada todavía, Otto. Otto era principio y fin, probable asesino de su padre y sobre todo poseedor de todas las claves incluso, de las llaves, de su propia vida. Y su padre “¡ay mi padre!” entristecida casi exclamaba. “Toda una vida sin él y al contrario, ahora parece que siempre estuvo conmigo. En mi graduación,

tomando un vino en mi bodega o comprándolo. Yendo a una de mis disertaciones o atendiendo en una de mis catas. Aquí o allí, pero siempre presente. Sin tocarme para no delatarse pero percibiendo su aliento en cada momento”. Cabreada toda la vida por su ausencia y ahora de repente, era la receptora de todos los pasos de su existencia. Aun así, algo indómito e incomprendido desde su interior, llamaba por ser definido y descubierto, aunque nunca apreciado, su árbol genético clamaba por ser encontrado. Como los matices del vino, como los aromas, como los defectos que constantemente ansiaba por descubrir ahora y dentro de sí, nuevas posibilidades, caracteres, notas y colores, sorprendentemente, luchaban por ser redefinidos. De alguna manera un nuevo vino, llamado Aba, se estaba creando. Descorchado y escanciado, pronto debiera luchar por ser el que más puntos tuviera en las mejores y más preciadas listas de caldos.

Como diagnóstico final y tras finalizar el rápido análisis sobre los comportamientos, actitudes y conocimientos, hasta ahora recibidos, por parte de todas las personas que hasta entonces habían interactuado con ella era que, todos pretendían ayudarle y salvarle la vida pero ninguna le había dicho “¿para qué?”. Quizás con la única excepción del notario, que hecho su trabajo, desapareció. Así que la conclusión de su mundo interior fue “¿Te regalaron el título de enóloga? ¿Mis méritos son míos o de otros? A excepción de alguna noche loca ¿elegí al chico o me eligieron?” Sumida de nuevo en pérdidas oraciones internas asumió tenazmente un pequeño punto y seguido como reflexión final. “Protege tu culo y vamos a movernos con precaución. Tonta o contradictoria cuando deba, bella sobre mis tacones y jodidamente lista por cada segundo que dure la cata que comienza. Yo, como sujeto, verbo y predicado”.

Sus pasos giraron sobre sí misma. Aparentando flaqueza, necesidad de consuelo y desconfianza general ante el enorme cariz que la situación había tomado, se sentó deprimida en un banco mientras lágrimas en tropel se precipitaban al vacío.

—Entonces ¿qué hago? —preguntó desolada y cariacontecida.

René picó el anzuelo. Sentado, contemplaba la escena de una manera reconfortada. Regocijado, raudo se levantó y tomándola bajo sus brazos, le abrazó insuflándole todo el calor del que su cuerpo fue capaz de otorgar.

—Tranquila, yo le ayudaré mi querida niña. Juntos llegaremos hasta el final de toda esta pesadilla —dijo complacido el policía.

Abrazada a René, sus ojos verdes, pretendían ser vivos torrentes

hinchidos de pánico mientras por dentro, comenzaban a aprender a nadar, ágilmente, sobre sus propias y recién creadas corrientes. Escondida bajo sus brazos, aún no lograba apreciar del todo cómo el rictus de su yo interior reverberaba fuerza y profunda satisfacción por la decisión tomada. Pero sobre todo, comenzó a sentir algo nuevo, bello y recién adivinado, sin saber ponerle nombre, se sintió orgullosa por ser hija de Maurice, fuera quien fuese.

Marcus. 1944
Capítulo 1

—¿Un SS trabajando un sábado por la tarde? —objetó de manera sarcástica Marcus al ver aparecer al soldado.

Hans aceptó de mal grado la chanza e incómodo, sonrió de manera nerviosa.

—Tengo un pequeño problema y mucho dinero para resolverlo —haciendo caso omiso a sus palabras y ofreciendo batalla.

—Tranquilo, tranquilo mi querido amigo —estaba claro que intentaba liderar el sentido de la conversación pero de momento no buscaba confrontación—. Aun así, no creo que ahora mismo estés en posición de pedir nada. Creo que no estás al tanto de las últimas novedades pero me parece que vuestro Reich está a punto de desaparecer. Además y por lo que veo, parece que la guerra no te ha tratado muy bien —mientras sus ojos recorrían su alargado y delgado cuerpo poniendo fin en la única pierna que Hans conservaba.

Hans Bauman y Marcus Agorreka se habían conocido dos años antes durante una noche desenfundada de mujeres y alcohol en Irún. Hans llevaba unas cuantas pastillas de *Pervitin*^[10] y junto con otros soldados, libres de servicio, decidieron olvidar todos sus instintos cabales. Marcus, en cambio, llevaba una vida de perros. Desde tiempos inmemoriales su familia operaba en el turbio mundo de ayudar a pasar, sobre desvencijadas barcas, cualquier tipo de material o persona entre la muga de España y Francia. Cualquier puesto fronterizo ha servido para muchas cosas además de para su cometido principal como facilitador y control del tránsito de personas y mercancías. A su albur crecen negocios de todo tipo en pos de ofrecer servicios al viajero o a los tratantes de mercancías pero también surgen otros, soterrados y ambiguos, de difícil control o visualización para ojos no expertos en observar, los múltiples matices, que una sombra puede atesorar. Así pues y detrás de todo ello, entre las bambalinas, Marcus intentaba sacar adelante un negocio que en tiempo de guerra era muy beneficioso. En estadios de penurias las necesidades aumentan pero, a su vez, los peligros se proyectan en la misma proporción. Un mal paso no acarrearía la cárcel sino quizás el paredón y un mal chivatazo o la pérdida de una mercancía, suponía, la pérdida de control del espacio en manos de la competencia. El mercader vivía en el filo de la navaja, lo cual entrañaba, que cada amanecer albergara con necesidad asuntos beneficiosos a costes mínimos, intentando así, que su

cuello no perdiera contacto con su cabeza.

Marcus, sentado en una terraza, observaba sorprendido el comportamiento de varios soldados. “No parecen borrachos pero en cambio es como si lo estuvieran”. Su mente intentaba sacar conclusiones al ver, como un par de ellos casi demencialmente, intentaban trepar por una alargada cucaña con el único motivo de mostrar su valor. Recordaba haber visto algo parecido cuando, soldados franceses, provenientes del norte de África, tomaban opiáceos para eliminar el miedo y elevar así el fragor en el combate. En cambio, comparado con aquello, lo nuevo vislumbrado era increíble.

Intentando congratularse con la población local y con el fin de acercarse a alguna de las damas allí congregadas, Hans llegó hasta la mesa de Marcus, convidándole a beber. Sonriente, vacilante en sus comentarios pero amable en cada uno de sus gestos, le ofrecía compartir su botella.

—Son tiempos difíciles amigo mío pero es mejor estar en el bando de los ganadores ¿no cree? —su sonrisa se agrandaba a cada palabra que profería—, ¡brindemos por ello!

Una botella de vino apareció, frente a los labios de Marcus, prácticamente sin ser invitada. La duda quiso emerger en el rictus de su cara lo cual provocó la inmediata contradicción del soldado. Sabiendo lo que suponía desdeñar un brindis de un hombre de las SS, rápidamente, ofreció su mejor sonrisa y brindó junto a este. Desde ese momento, la noche comenzó a devenir sobre sus cabezas, rulando por todos los lugares abiertos de la ciudad.

—Estoy muy borracho —le dijo Marcus a Hans—. No puedo ya con mi cuerpo —mientras soltando una sonora carcajada intentaba vomitar tras unos arbustos.

La amistad emanada bajo los efectos del alcohol siempre es peligrosa y más las confianzas que de la misma surgen. Marcus era un tipo bajo y algo obeso, lo cual no significaba que tuviera mermada su agilidad o restara fuerza física. Su infancia la recordaba porteando fardos y su madurez, ya tomadas las riendas del negocio familiar del contrabando, descargando mercancías en el puerto, las cuales, iban a parar al mejor postor. Aunque alejado de la treintena, los avatares de la vida, le hacían parecer casi cercano a la cincuentena. Muy moreno, barba dejada y un aspecto sucio y desaliñado, le daban un porte externo, a ojos vista, de precaución ante su paso. Heredada una fisonomía más tildada hacia lo romaní que a la típica del País Vasco Francés, la manifestación final de todo ello concluía en, una portentosa e incisiva mirada, que iniciaba recorrido bajo unos profundos ojos negros

amparados bajo boscosas pestañas.

—No entiendo cómo, bebiendo lo mismo que yo, sigues en pie camarada —se mostraba contrariado mientras se limpiaba con un pañuelo la boca tras vomitar—. Nunca vi algo así, debe ser que los alemanes también nos ganáis en este tipo de guerras —intentando ser amable y condescendiente.

—Te contaré un secreto amigo español —le dijo Hans—. ¡Soy un Dios!

La afirmación sorprendió a Marcus. La luz de luna iluminaba la rubia cabellera del soldado mientras se desprendía de su camisa dejando que, un musculado y fuerte cuerpo apareciera antes sus ojos mientras el mar mandaba cercanos ecos de su existencia. Para un acomplejado y sucio librecambista la visión del cuerpo del soldado, tras su afirmación, supuso envidia además de afrenta.

—Mi unidad entró en Polonia, en Holanda y en Francia como si fuésemos un vendaval —como poseído por una fuerza sobre humana, gesticulaba moviendo sus manos y cuerpo dibujando escorzos y combates imposibles—. Te aseguro que la guerra ya la hemos ganado gracias al don profético y estratégico de nuestro Führer. Toda su fuerza, sus palabras y su fe nos es escanciada, cada día, en pequeñas cápsulas de vigor concentrado.

Habitado a estar atento a todo lo que se moviera a su alrededor, hábil en sacar información escondida y tenaz en no perder ninguna negociación que le pudiera rentar buen partido, Marcus activó sus células grises a la máxima plenitud, buscando conocimiento.

—Lo siento, no te he entendido —masculló aparentando docilidad.

Quizás un poco anonadado por la cara de perplejidad que su compañero de juego le mostraba y venturoso por sentir la obviedad de su superioridad racial, Hans prosiguió, feliz descubriendo su secreto.

—¿Por qué somos la raza elegida? Nada es imposible y todo sucede según Hitler lo arbitra —casi teniendo un raptó mesiánico en cada palabra que pronunciaba.

—Es verdad que sus palabras junto con las órdenes y tácticas de vuestros generales serán como una especie de fe inquebrantable pero, supongo, habrá algo más en todo ello, ¿no? Bueno —guiñándole un ojo con modestia y buscando la confianza que el alcohol genera—, quiero decir, que este vino que hemos bebido toda la noche tendrá algo que decir también, ¿no? ¿De dónde?, ¿de qué parte de Alemania es? Porque si es así, no me

importaría comprarte alguna caja para mí —pareciendo asombrado y sin querer molestar al soldado pero con el fin de que tragara el anzuelo.

—¿Vino, palabras, generales? —respondió atónito Hans—. ¿A qué te refieres con todo eso? Nuestros generales son unos ineptos —dijo con hastiado desdén y despecho—, las SS son las únicas que harán que ganemos la guerra y solo ellas salvarán nuestro Reich.

Marcus haciendo una amigable y encandiladora inflexión en su voz siguió buscando respuestas.

—No entiendo, llevamos toda la noche bebiendo y tú en cambio, pareces como si acabaras de tomar el primer sorbo —señaló finalmente sorprendido.

Los vaivenes de la noche les habían conducido a un pequeño balcón que se disponía en los límites del pueblo y en el que las parejas solían acudir en busca de tórridos atardeceres. Volviéndose hacia Marcus, sacó de uno de los bolsillos de su cazadora, lo que eran una serie de pequeñas píldoras de color blanco contenidas en una pequeña caja de música.

—¿Qué son? —preguntó con gran interés el contrabandista mientras delicadas partituras comenzaban a partir desde su interior.

—El elixir de la eterna juventud, la victoria de las SS y el aliento de nuestro Führer servido en la pureza de esta píldora de color blanco. Nuestra pureza racial frente al resto de sucias razas... el todo concentrado en un poco —ido como un loco hablaba sin fin. Trabándose con cada una de sus palabras, extasiado por su declamación y feliz por haber captado la atención de un inferior.

—Había oído hablar de ella pero...

—Sí, los imbéciles de los generales las prohibieron. En cada farmacia era dispensada para que el pueblo siguiera creyendo en la victoria pero esos cobardes de la Wehrmacht... en fin, dicen que es peligrosa para la salud pero yo me pregunto y ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

—¿Gracias a ella? —preguntó interesado.

—Toma una mi querido camarada y así lo entenderás —ofreciéndole una.

La noche, el día y la noche siguiente les atrapó en una orgía de pasiones, fuegos fatuos salvajes, alcohol y salvajismo con todas las personas que tuvieron la desdicha de toparse con ellos. Por sus venas rugía el canibalismo de los deseos y el olvido de cada acción acometida.

Capítulo 2

Pocos años después los tiempos habían cambiado para ambos. La guerra estaba perdida para el Reich de los mil años y el que ahora se presentaba ante Marcus era un desvencijado y sucio soldado, falto de una extremidad y con las palabras temor, miedo y pavor, tatuadas en cada uno de sus ademanes. Marcus, en cambio, se había convertido en un peligroso tratante, heredero de una longeva casta de mercaderes situada en aquellos extremos donde la ley nunca osa poner sus manos.

—Me ayudaste una vez a reincorporarme a mi unidad lo cual siempre te agradeceré. Te compensé por ello y gracias a mis pastillas ganaste mucho dinero. Necesito ahora que me ayudes a colar por la frontera un par de vagones de tren.

Sin perder un ápice de orgullo al sentirse, pese a todo superior, intentó amilanarse para congraciarse con el contrabandista. Aun así el nerviosismo era cómplice en sus gestos y su mirada rehuía, constantemente, la del tratante. Marcus, en cambio, cabizbajo y amparado en las sombras de la pequeña casucha que hacía las veces de hogar, oficina y almacén medía complacido los tiempos, sabiendo que en todos ellos, resultaba ganador.

—Los tiempos han cambiado mi camarada —Marcus se relamía ante las posibilidades de negocio que su menguado oponente le ofrecía—, ¿qué hace que no llame a la policía de aduanas o a cualquier partisano, ávido de ganarse una medalla al cazar para su morral a un sucio dios de las SS? —escupiéndole a la cara viejas afrentas nunca olvidadas—. Estamos ya a las puertas de un gran nuevo tiempo y no te debo nada...

—Te forraste con el cargamento de Pervetin —cortó Hans en seco.

—Y... ¿recuerdas cual fue el precio? —respondió amenazante.

—¿Eso? —sonrió maliciosamente—. ¡Era simple ganado!

Hans siempre fue un tipo con inflas de ascensos, mansiones solariegas y alcobas con almohadones rellenos de plumas de ganso. Nunca se vio como subordinado en la tropa o chico de los recados para los altos mandos en sus misiones logísticas y de aprovisionamiento. Simple y sencillo, anhelaba declamar y no solo en sus sueños, la palabra oficial. De extracción social muy humilde intentaba esconder constantemente que en algunas de sus ramas genealógicas, no había tanta pureza como presumía, lo que hacía que, para paliarlo, intentara ser más fanático que los propios nazis en pos de ser aceptado. Sus modales y porte intentaban esconder su plebeyo origen pero por mucho que lo intentaba, nunca pudo rivalizar en refinamiento o

conocimientos intelectuales con las atribuladas y poderosas clases altas. Reclutado en 1935 por la Gestapo cuando salía de la cárcel tras una reyerta callejera con prostitutas, vio en el cuerpo policial, un buen lugar para medrar, crecer en la escala social y no desdeñar sus vicios y perversiones. Feliz por desarrollar el vínculo de pertenencia a algo o alguien comenzó a mimetizarse dentro del poderoso atuendo que el traje de las SS desprendía y más cuando percibía, el fiero influjo lascivo que, en las damas, suscitaba. Felizmente adoctrinado y presa de su recién incorporado fervor nazi, como agradecimiento, llegó a mandar una carta al mismísimo Hugo Boss, en aquel momento sastre oficial del movimiento, ofreciéndose a hacer algunas correcciones o matizaciones al uniforme con el fin de ensalzar y embellecer el porte militar.

Como primera misión se le lanzó como espía en Checoslovaquia con el fin de conspirar y fanatizar a los nazis del país. Dado el éxito de su misión, la confianza de sus superiores, comenzó a crecer vertiginosamente. Tiempo después se le ordenó, junto a un pequeño grupo, matar y vestir con uniformes del ejército polaco a algunos prisioneros del campo de Dachau, para luego, depositarlos en la torre de emisiones de radio de *Gleiwitz*^[11]. Situada en la frontera polaca pretendieron simular un ataque polaco al Reich para así, después hacer pensar a todo el pueblo alemán que estaban siendo atacados. Con gran éxito en la ejecución logró el fin deseado por sus superiores y Hitler, el inicio de la guerra. Por el merito de la acción se le condecoró con la cruz de hierro de segunda clase, lo cual dio paso en el objetivo, de poder seguir siendo relevante a los ojos de todos. Su sueño, poco a poco se iba cumpliendo.

Visto su historial de adhesión al régimen, su inquebrantable fe y su más apasionada vehemencia en resaltar los valores del nazismo se le encargó la misión ultra secreta de velar y gestionar el avituallamiento de un determinado tipo de vitaminas para el ejército. Cajas llenas de pastillas que debían ser suministradas a los soldados a punto de entrar en combate, de manera absolutamente sigilosa y precavida. Con nueva misión de ser una especie de boticario o camello oficial de las SS se desplazó por todos los campos de batalla repartiendo la nueva receta milagrosa que respondía al nombre de Pervitin. Este era una potente metilamfetamina, un opiáceo, que era suministrado a muchos uniformados antes de iniciar los combates con el fin de mitigar los miedos y las frecuentes disidencias producidas en cada lid. A su vez y simplemente, prolongaba un idílico estadio de felicidad, fuerza o

locura que hacía olvidar los desastres de la muerte, las mutilaciones, los asesinatos en masa a los represaliados, el dolor o en definitiva, la guerra en sí. Aunque de origen, el Pervitin fue una pastilla común en todas las farmacias de Alemania, eminentes médicos, sobresaltados por los efectos que provocaba, pusieron coto a su administración.

Soterrado y escondido pero necesario su consumo para los soldados, necesitaba de cómplices para su desarrollo. Así pues Hans, se vio inmerso en todas las misiones de ataque en Polonia, Holanda y Francia, siendo felicitado con ímpetu por sus valerosas acciones en combate en el área logística y de aprovisionamiento de tropas. Dichos éxitos, le condujeron, a verse disfrutando de unas semanas de permiso en el soleado sur de Francia, donde conoció al mismísimo general Rommel de quien se decía que era su camello oficial.

—Por tu puta culpa, muchos me dicen ahora que maté a no sé cuantos judíos —enojado y casi gritando escupió palabras llenas de rencor a Hans.

Todavía recordaba Hans la resaca que tras quizás, dos o tres días de desenfreno, estuvo a punto de arruinar su carrera militar. Apenas vislumbraba nada de lo sucedido aunque intuía destrozos, alguna violación y sobre todo diversión brutal. Sabiendo que no podía reincorporarse a su unidad, de cualquier manera, tuvo que recurrir a su recién conocido camarada para que le ayudara a atravesar sus propias líneas y aparecer, de nuevo, en Bayona. Una historia, más o menos bien trazada, en la que había sido emboscado por la resistencia, algunas magulladuras y algún soborno con Pervitin hicieron que sus mandos olvidaran todo rápidamente. Al fin y al cabo, Hans era el avituallador de la pócima milagrosa y aunque, dicha medicina no perteneciera al código deontológico del ejercito, nadie quería desacreditarla dado los dones que procuraba.

El caso es que, según el convenio laboral de las SS, la mayoría de sus soldados libraban desde el sábado a medio día hasta el lunes a primera hora de la mañana. Cuando el tiempo de guerra lo permitía y no había amenazas áreas o combates cercanos se producían curiosas y monstruosas casualidades. Tras los avatares de la juerga, Marcus obtuvo la promesa de Hans de mandarle, en el menor tiempo posible, todas las píldoras que fueran posibles y así, como pago, guardar la confidencialidad de lo sucedido. Aun no habiendo sanción por su desmán, al flamante cabo logístico sus superiores si le acotaron su libertad de movimientos, durante una temporada, circunscribiéndolos al área de Bayona. Nervioso por cerrar su débito con el

contrabandista se le presentó una gran ocasión cuando un pequeño destacamento de soldados paró en la estación de tren. Estos, trasladaban a un pequeño grupo de judíos y partisanos hacia el norte en un par de vagones de carga. Tras varios días de camino, parando y dando paso a la preferencia de convoyes militares o motivados por avisos de ataques aéreos, los soldados, estaban deseosos de tener un momento de asueto. Dado el obligado descanso de los fines de semana que se estructuraba en el convenio, no le fue complicado a Hans proponer diversión, mujeres y alcohol, en ingentes cantidades, a los felices soldados. Mientras todo esto sucedía solo tuvo que ir a la estación, dar la vuelta al tren, cargarlo y mandarlo, de nuevo, en dirección opuesta hasta la frontera y allí, advertido Marcus, descargarlo. El resto, la cuenta saldada con el traficante.

—¡Y dale con los judíos! pero ¿qué más dan? —asombrado Hans por tener que discutir sobre temas tan baladíes y nimios.

—¿Cuántos días estuvieron sin comer o ni tan siquiera poder mear o tomar un poco de aire limpio desde que los pillasteis? —seguía gruñendo.

—Cuatro o cinco ¿y? —Hans le desgana el cariz que tomaba la conversación provocándole casi somnolencia.

—¡Joder! Pero ¿eres tan imbécil que no lo ves? Trajiste un vagón lleno de pobres desgraciados hasta mi casa y cuando abrimos las puertas del segundo vagón ¡sorpresa! Estaban todos muertos. Deshidratados por el calor, extenuados y sin comida ¿te parece poco? ¿Por qué coño no los dejaste allí? —gritó.

—Te dije que no abrieras las puertas del segundo, ¿te lo advertí o no? —respondía con manifiesta chulería—. ¡Pero querías más! La culpa es tuya por comportarte como un sucio judío y querer siempre ganar más y más —claramente Hans intentaba colocarse al mismo nivel agresivo que su antiguo camarada.

—No tienes ni idea de los favores y el dinero que me sigue costando negar mi implicación en todo ello —bajando el tono, sin dejar de lado el enfado en sus palabras, retomo de nuevo la senda de la negociación—. Así que ahora, no vengas pidiéndome protección y en cambio dime, cuanto voy a ganar y lo quiero ¡ya! O sino, ¡lárgate!

Las negras paredes del antro que hacía las veces de almacén y oficina parecieron agrietarse en la contemplación de la tensión que brindaba el momento. Una sombra, hasta entonces disuelta en el espacio a los ojos de ambos, apareció detrás de Marcus.

—Tampoco estás tú, ahora mismo, en posición de gritarme o pedir nada camarada —con mirada fría y casi salvaje observaba como Rudy acercaba su cuchillo al gaznate del mercader—. Creo que ambos debemos volver al diálogo y olvidar nuestro pasado en pos de lucrarnos con los nuevos fines ¿hablamos? —y con un imperceptible gesto y como buena voluntad, Hans hizo que Rudy, atenuara la presión y liberara el cuello de Marcus.

Wilhelm Radecke, dada la minusvalía de Hans, había encargado a Rudy de Merode le acompañara y fuera su guardaespaldas mientras él, junto con Masuy, emprendían la persecución de Hermann. A su vez Rudy tenía la orden de, una vez dejado escondido el tesoro, matar a Hans y reunirse con ellos en Basilea. “Todos los cabos sueltos deben ser sellados” le dijo a Rudy de manera lacónica, cínica y casi infantil al despedirse en Hendaya. “Un soldado de las SS no admite tullidos aunque estos gozasen de un pasado glorioso. Si queremos construir un Reich duradero debe ser cimentando con los más fuertes y puros”, remató su aserto en una suerte de minimalista visión filosófica de la vida y del porvenir. Feliz por la misión encomendada, Rudy simplemente esperaba el momento para ejecutar con precisión el encargo.

—Está bien, está bien —nervioso y cogido por sorpresa, con aspecto pálido y mortecino intentaba ganar tiempo Marcus—. Dime lo que quieres y vemos entonces lo que puedes pagar por ello pero esta vez sin trucos o sorpresas —aludiendo de nuevo, mientras guiñaba un ojo, al incidente.

—Por fin parece que llegamos a un acuerdo ¿no? Como ves, todo es cuestión de negociar —feliz por el nuevo cariz que tomaba la negociación Hans comenzó a mostrarse relajado.

“Ha sido una gran idea hacer que Rudy entrara por detrás sin que nadie se apercibiera. Ahora te tengo puto gitano”, pensaba.

Eufórico por la prometedora nueva situación hizo que sus palabras además de insidiosas resultaran retadoras, como las de un jefe hostil que grita despiadadamente a sus subordinados.

—Necesito que me abras las puertas de España y hagas todo lo posible para que mi carga pase la frontera sin problemas —prosiguió—. Tenemos poco tiempo y debemos darnos prisa. Yo te esperaré en Irún, desde ahí, el tren debe engancharse a otro de carga que parte hacia Madrid justo dentro de doce horas. Pero eso no es su destino, en el nudo ferroviario de Miranda de Ebro, lo recolocaremos en otra vía. Contacta con alguien de Miranda para que nos ayude a desenganchar el vagón y después lo desviaremos hacia Haro, en La Rioja. Ahora te daré la mitad por todo ello, acabado el trabajo y ya en la

estación de tren de Haro, el total.

—Veo que lo tienes todo medido pero no veo porteadores, para tanto trabajo, contigo —dejando la frase en el aire y ganado cierto aplomo.

—Esa es tu parte. Ahora, solo quiero llegar a un acuerdo, debemos llegar a Irún lo antes posible. Como ves me estoy mostrando totalmente razonable —con un gesto, casi imperceptible, Hans había hecho que Rudy se retirara de nuevo hacia las sombras del cobertizo dejando libre el cuello de Marcus y facilitando su tranquilidad.

—Bien, creo que debemos ayudarnos, es mi voluntad. Fuimos camaradas en el fragor de la guerra y debemos ponderar cada situación dejando el pasado en el pasado.

Marcus tenía claro cual debiera ser el nuevo tempo de la negociación. Echado hacia adelante, mostrando una gestualidad concentrada y ávida de nuevos dividendos parecía como si la luz se hubiera hecho en el mugriento almacén del contrabandista. Tras años de experiencia y aprendizaje de sus mayores, sabía que la gestión del tiempo y de las emociones eran los mejores amigos a los que subyugar. Reconocía que la impaciencia y la ansiedad eran sus mayores enemigas haciendo que de su mala gestión, aun ganando alguna nimia batalla, se perdiera la gran guerra. Le gustaba aparentar que en su interior las dudas bullían junto con, como enormes fallas, verticales contradicciones ofreciendo errónea apariencia de intranquilidad. Dicha impaciencia hacía denotar al contrario, una falsa impresión de que el combate tornaba a su fin por claudicación del mercader pero era justo lo contrario, buscaba la relajación de su presa para lanzar un veneno mucho más eficaz y potente. Un último tósigo letal y exitoso, procurador del final de la negociación.

—Y si puede saberse, ¿en qué has pensado como compensación o comisión por mis servicios? O mejor dicho primero, ¿qué hay dentro del vagón? ¿Pervitin de nuevo? No creo que esto vaya de pastillas milagrosas ¿verdad?

—Qué más te da ¿no? son intereses del Reich alemán y eso está por encima de todo.

—Del extinto Reich alemán querrás decir, mi querido amigo. Ten presente que vuestros días tocan a su fin —sin dejarse amilanar por el SS.

Haciendo caso omiso a sus palabras Hans continuó.

—Ahora te daré un millón de francos en divisas y después otro millón, al llegar la carga a destino, más veinte kilos en oro.

El silencio en la estancia pudiera cortarse con el estilete que Rudy, cobijado bajo la penumbra, sujetaba con fuerza entre las manos. Marcus, cómplice en el discurrir de cada segundo descontado, parecía hacer cálculos, sumar y restar auspiciado por impenetrables cavilaciones.

—Dame ahora esa mitad y al anochecer espérame en la estación de Hendaya —saliendo de su ensimismamiento cerró el trato y levantándose, apartó de manera tosca y airada al sicario de Hans que aún se situaba a su espalda.

Capítulo 3

La estación de Hendaya sin el poderoso influjo de la luz de la luna y sin el eterno deambular de las personas y mercancías era, un malicioso desvarío de amarillentos y sucios candiles. Efímeros haces de luz destacaban conquistando sombras perennes, predestinadas a ser, cómplices de destinos fatales.

Hasta no estar relativamente cerca, no se percibía cómo sinuosas y oscuras figuras revoloteaban alrededor de las vías del tren. Trabajaban afanosos en el proceso de enganchar un par de vagones a un gran tren que lleno de suministros de grano de trigo, mineral de hierro y cobre, al alba cruzaría la frontera. La estela de Marcus se hacía notar, constantemente entre todas, pidiendo silencio.

—¡Cerdos! —gritaba de una manera sorda y silenciosa teniendo claro que, sus palabras, eran captadas por todos—. Al siguiente ruido que oiga os mato de una bala en la cabeza —sentenciaba con evidentes signos de malas pulgas.

Con cierta pesadez en el andar, caminó unos pocos metros hasta llegar al andén desde donde Hans y Rudy, observaban curiosos los trabajos de enganche.

—En minutos estará todo hecho —dijo mientras intentaba mostrar una esforzada sonrisa.

—Perfecto, veo que nuestro negocio comienza a desarrollarse de la mejor manera posible —jocosamente admitía Hans.

—Hay un pequeño detalle del que no hemos hablado —bajando la mirada, de manera lacónica y algo apesadumbrada intentaba medir sus palabras por el riesgo que sabía pudieran acarrear.

Alarmado por el cambio de tono Hans intervino rápidamente.

—¿Qué sucede? No quiero imprevistos —mientras tímidamente y de manera escondida sus manos comenzaron a palpar, en el bolsillo del abrigo, la culata de su pistola.

—Tranquilo, tranquilo mi querido amigo —modulando hábilmente las palabras para no resultar molesto—. En primer lugar no sé donde debemos depositar el cargamento y a quién...

—En la estación de Haro —aún alarmado por el giro inesperado del diálogo—, ya te lo dije —cerró la primera duda de Marcus—. La persona de Haro que ha de descargar la mercancía ya está apercebida. Así que ahora pasemos al otro punto que deseas solucionar —volvió a cortar tajante y sin

dejar ningún género de incertidumbre en que no deseaba continuar por ese camino.

—Perfecto, era por clarificar ese extremo...

—Sigue ¿qué más? —estaba claro que Hans no quería problemas y deseaba cerrar ya todo inmediatamente.

—Y lo que más me preocupa —adoptando la pose más seria de la que era capaz se inclinó para lograr mayor confidencialidad y así, denotar compromiso con el encargo. Pausadamente dijo—: es algo simple, la logística.

Percibió al instante el dardo que daba en la diana al observar la perplejidad en el rostro de Hans y Rudy. A Marcus y por instantes, se le vino a la mente una vieja historia de su vida donde un raro veneno le fue presentado, el curare. Años atrás, alguien se había ido de la lengua y por ello, la familia de Marcus perdió un importante cargamento al ser detectado por los aduaneros equivocados. A consecuencia de eso, sufrió por condena un par de años lo cual le hizo salir de la cárcel mucho más precavido e inteligente pero también, muy enfadado con el mundo. Un brasileño que se definía como curandero andaba esos días por los turbios garitos de la frontera. Prestando atención, como siempre, hacía sobre cualquier cosa que pudiera depararle ganancias, se acercó a él y escuchó, algo terriblemente novedoso y singular. El chamán contaba la historia de, cómo él y su familia, cazaban monos en el Amazonas con un mortal veneno llamado curare. Rápido y letal, tras el impacto del dardo, el macaco tardaba segundos en encontrarse con la madre tierra, tras precipitarse desde lo alto de los árboles. Lo mejor de todo eso fue comprender, como dicho tóxico, podía utilizarse no solo con los animales sino también, con las personas. Queriendo comprobar la veracidad de lo expuesto tomó ejemplo práctico, al delator que dos años atrás había dado al traste con su operación. Noches después y parapetado junto al curandero tras un árbol, esperó a que el soplón pasara. Una cerbatana escupió un dardo impregnado de la solución venenosa y rápidamente, el pobre desgraciado, desparramó sus huesos por el suelo. Marcus salió de su escondrijo y presto se puso junto a él, tras mirarlo de manera displicente, comenzó a patear su cabeza hasta destrozarla. El mercader recordaba la escena mientras observaba el rostro de pavor y profunda contradicción de sus camaradas. Había lanzado el dardo, en breve saltaría sobre sus cabezas.

—Es decir —continuó tras medidos y escasos cinco segundos—, debemos estar seguros que nadie sospecha del convoy, lo cual quiere decir

que ha de ser revisado, varias veces, en cada estación donde pare. Evidentemente serán revisados los vagones que nosotros designemos, previo soborno, por supuesto —mientras de sus amarillentos dientes se filtraba una codiciosa sonrisa—. Pero un fallo en esa cadena puede depararnos muchos problemas. Es casi peor un ladrón que observe un mal paso dado que un policía avezado en el desempeño de su trabajo y créame, sé de lo que hablo —enfaticando solemnemente cada una de sus palabras—. A su vez debe tener en cuenta que, una vez pasada la frontera, España es un país que ha soportado una dura guerra fratricida, es decir, muchos ojos hambrientos observando cualquier movimiento que puedan deparar beneficios. Si alguien otea algo, por mínimo que sea mi querido amigo, yo ya no le puedo garantizar ninguna seguridad. Si además un soldado alemán rubio, alto y mutilado, acompañado por un sucio esbirro colaboracionista —devolviendo ajustes de cuentas pendientes y dirigiendo la peor de las miradas a Rudy— son detectados siguiendo el tren, tenga la absoluta seguridad que los vagones nunca llegaran a su destino. Colegirás conmigo en que, lo que digo, es tan veraz como que hoy no ha salido la luna.

Hans tomó, esta vez, las conclusiones de Marcus con objetividad y rigor. Su cabeza estaba preparada para la acción pero no para la toma de decisiones y mucho menos para pensar. Aunque no le gustara admitirlo era un vulgar soldado de tropa con inflas de oficialidad. Desde la llamada de Wilhelm había estado en todo momento dirigido y tutelado así que, en el crucial momento, huérfano de ideas y liderazgo, se acentuaron su nerviosismo y mal humor.

—¿Qué me propones entonces? Sin trucos o te mato aquí mismo — haciendo resaltar que sus palabras sonaran a letales y verdaderas.

Marcus, manteniendo el mismo estado conciliador y de calma, sonrió para sus adentros. Convencido, al percibir, el primer efecto del curare en la presa.

—¡Por Dios Hans! Estamos los dos en esto. Yo me juego mucho ¿no es poco jugarse la misma vida? Si me vuelven a cazar y encima, de nuevo cerca de un *boche*^[12], termino en la horca o en el paredón —acentuando su pavor al imaginar lo que sus palabras suponían—. Les propongo una cosa. Utilicemos el tren para nuestros intereses ¿por qué no solo esconder el botín, sino también, a ustedes mismos? ¿No piensas que así nadie sospechará y será fácil internarse en las profundidades de España? Vayan los dos dentro del vagón junto con uno de mis hombres, así velarán por el control del cargamento y no

despertaremos susceptibilidades de nadie. Una vez en Haro, descargan la mercancía, me pagan lo restante y nuestra amistad queda resuelta —afirmó feliz haciéndoles cómplices de su eficaz solución.

El tiempo se congeló para los sentidos de Hans. Era una locura pero en su fuero interno no había debate, admitía que, realmente era una idea brillante. Nadie iba a intuir y mucho menos hacer extrañas preguntas sobre el contenido de otro tren más de mercancías. Tampoco nadie iba a observar el paso de un tullido alemán acompañado de un sucio esbirro francés. Nadie se iba a apercebir del desmedido interés con el que seguían un anodino tren de granos y minerales y mucho menos aún, ningún alguacil de cualquier estación, pudiera hacer preguntas indeseables, obstaculizando el tránsito de las mercancías. Así pues y aunque no teniéndolas todas consigo Hans renunció a cualquier otra combinación posible.

—De acuerdo, pero si noto cualquier incidencia, te perseguiré hasta matarte —e intento proyectar en sus brillantes ojos azules la peor de sus miradas.

Poco tiempo después el tren partía de la estación de Hendaya en su horario previsto y sin problema alguno. Marcus contemplaba la escena con inusitada satisfacción junto a uno de sus secuaces.

—¿Qué pasará con Philip? —preguntó preocupado el esbirro.

—Lo llaman daños colaterales —y calló de improviso cerrando el tema.

Tras unos minutos no quedaban ni pequeños restos de vapor ennegrecidos por el carbón. La calma inundaba la estación y el amanecer, junto a una pequeña galerna en el horizonte, irrumpían con su presencia.

—¿Está avisado nuestro hombre? —se interesó Marcus.

—Va de camino. Llegará a Haro antes de que se descargue la mercancía.

—Parece ser que ya tienen un contacto allí. Una vez haya localizado al tipo, que lo siga y reconozca el escondite de depósito de la carga. Lo mata, sella el lugar y rápido viene hacia aquí. Necesito saber lo que tenemos dentro ¿entendido? —la frialdad e inteligencia de sus palabras contrastaban con la expresión taimada y casi agónica de su comportamiento anterior. Denotando con sus gestos que tenía totalmente controlada la situación simplemente esperaba el cumplimiento taxativo de su encomienda.

—Está todo ya en marcha, no te preocupes.

Marcus miró al cielo. Cerrada la conversación se perdió entre los múltiples espacios que vías, trenes y vagones dejaban por doquier. El viento

arreciaba presagiando la incipiente galerna. Gaviotas volaban nerviosas buscando cobijo. Los sonidos del bullicio de los primeros pasajeros, acercándose a los andenes, comenzaban a hacerse eco en el amanecer de la estación de Hendaya. Para un viejo y menesteroso contrabandista como él, obligado por la vida a dormir con los ojos abiertos y a estar presto a atender hasta el más mínimo incidente, esa noche, parecía habersele dado propicia. Aun así, debía volver rápido al mundo de las sombras donde tan bien se encontraba, huyendo de gentes y vidas que iban y venían sin motivo aparente. Dándose la vuelta comenzó a caminar y despedirse de la luz. No echaba de menos ese mundo porque tampoco nunca tuvo opción de conocerlo o tenerlo.

Seis días después y tras un largo y sinuoso viaje un tren hacía acto de presencia, con su negra estela de vapor de carbón, en la estación de Haro. Tres hombres, uno falto de una extremidad, casi en agonía por la falta de agua o víveres, se hallaban dentro de un vagón totalmente sellado al exterior. Como a los judíos ni tan solo una brizna de aire les era regalada en el compartimento. Extenuados, sin fuerzas y cogidos por los hombros fueron transportados junto con el resto de la carga hasta un lugar secreto donde fueron depositados. Una puerta se cerró pesada y ciegamente y el tiempo, como en el arte de hacer crecer, madurar y envejecer al vino, se quedó atrapado junto a ellos. El siniestro y letal veneno del contrabandista había hecho efecto.

Los Picos de Posadas
Capítulo 1

La entrada de Aba, como la de cualquier otro interno en la residencia fue, provocadoramente disimulada como correspondía a los fines y objetivos del lugar: “descanso, aislamiento, meditación, introspección, reorganización interna y contemplación para lograr una vida mejor”. Aunque bien es cierto que cualquier viajero o caminante que sin ninguna otra pretensión, más que la mera por el disfrute de pasear, hubiera recorrido la distancia entre Ezcaray y Posadas, sorteando a su paso Zaldierna y Azarrulla y dejando las primeras cumbres de la Sierra de la Demanda a derecha e izquierda, hubiera pensado lo mismo al plantarse ante sus puertas, “típico complejo vacacional o balneario de reposo y aguas medicinales”. La piedra recia, noble y abigarrada, le daba ese aspecto rústico tan deseado de encontrar por los visitantes de las grandes ciudades. Aparentando ser sinónimo de paz, seguridad y tranquilidad presentaba una disposición antigua como si fuera un pequeño regalo a los sentidos. A su vez, su triangular tejado de pizarra presagiaba largos y gélidos inviernos que la cubierta, sin gran esfuerzo, debiera soportar.

El hall de recepción con reminiscencias a “*resort*” de cualquier entorno paradisíaco no hacía vaticinar que detrás de todas esas paredes un mundo de adicciones, pasiones o deseos irredentos luchaban por ausentarse definitivamente de los cuerpos que les cobijaban. La decoración ofrecida, imaginaba querer mimetizarse con el bucólico entorno asemejándose a una de esas cabañas, de cualquier fotografía, tomadas en la montaña. Troncos de madera de pino, toscamente lijados, soportaban una mesa de cristal, los cuales y junto a un ordenador, completaban la mesa de recepción. Conjuntos de plantas verdes, donde sobresalían las lavandas y los helechos se disponían por doquier y algunas ramas de brezo, con sus frutos rojos, daban calor y color alegrando la visión. Enormes ventanas recogían todo el sol de la mañana aunque en ese momento, quizás algo mitigadas, por nubes de evolución y por un enorme operario que subido sobre una escalera limpiaba los cristales. Dos grandes cuadros glosaban las paredes, ambos fielmente detallaban, escenas bucólicas de los alrededores. En uno de ellos, la imagen de una montaña se hacía resaltar sobre la mansedumbre del espejo que un lago pretendía suponer. Las cumbres nevadas pintadas aún presentaban resistencia ante la intensidad que, los rayos de sol ofrecían, en lo que podría ser un hermoso atardecer de primavera. El otro cuadro en cambio, era más curioso y quizás, distorsionaba la paz con la que se pretendía agasajar la

bienvenida del futuro residente. Un ciervo de poderosas y enrevesadas puntas hacía frente al ataque de una manada de lobos. Su boca, abierta de par en par, acusaba furiosa el dolor por las dentelladas inferidas así como por el esfuerzo baldío en pos de zafarse de la terrible situación. Ante su contemplación, Aba pareció quedarse atónita frente a ambos lienzos. Quizás la dirección del centro, deseara mandar un mensaje escondido pero implícito, en el que poder sacar conclusiones sobre la dicotomía existencial que presentaban ambas situaciones. Por un lado, la dura lucha que supone sobrevivir y por otro, el premio que te regala la vida cuando consigues la dádiva de los retos obtenidos. Perdida en sus cavilaciones se hallaba cuando se apercibió de la enorme sonrisa, paciente y tranquila, con la que la recepcionista le aguardaba.

—¡Buenas tardes! Bienvenida a Los Picos de Posadas ¿puedo ayudarle en algo? —sin perder, ni por un segundo la sonrisa, enfatizaba casi mascando cada una de las palabras que previamente, habían sido protocolizadas e interiorizadas.

—Sí... buenas tardes —farfullaba torpemente Aba, un poco turbada por la efusiva recepcionista. Sin tener muy claro cómo continuar prosiguió de manera tímida y entrecortada—. Sí... bueno, el caso es que tengo una cita con el director del centro, el señor Otto Brandl y si es posible me gustaría pudiera avisarle.

—Su nombre, ¿por favor? —inquirió solícita.

—Aba Desc... —las palabras quisieron congelarse en su boca— Aba Galán —recomponiendo rápidamente la serenidad respondió.

Su cabeza era un profundo mar de discordancias. “¿Pero por qué no doy mi apellido? Ahora que vuelvo a utilizarlo voy y me corto. ¡¿Estás imbécil o qué?! No tengo nada que esconder ¡tranquila joder!” En cambio sin preguntarse y menos percatarse, por el pequeño lapsus ocurrido, ni por el objeto de la visita o sin interesarse mínimamente por el caos mental que asolaba a Aba, la recepcionista prosiguió eficazmente el desempeño de su trabajo. Descolgando el teléfono de la mesa y sin aflojar la fuerza de su sonrisa se dirigió a un interlocutor desconocido.

—Por favor en unos momentos la doctora Baños le atenderá, si quiere puede sentarse allí mientras espera —manos y ojos, de manera gestual, mostraban un cómodo sofá acompañado por dos sillones, de color beige con motivos florales que hacían de recibidor junto a la entrada.

—Gracias —asintió Aba mientras sus pasos marcaban ya el camino.

No eran el único mobiliario que había en el amplio salón de recepción.

Un par de minimalistas y modernas cómodas soportaban, un pequeño cuenco con flores frescas y en la otra, un antiguo reloj con reminiscencias del siglo XVIII, trabajosamente marcaba las cuatro de la tarde. A su vez, ambos arquibancos, hacían de separadores entre un par de conjuntos más de sillones y sofás, los cuales, glosaban la estancia. Hábilmente colocados hacían que, si en un momento determinado se agolparan visitantes o nuevos residentes, todos pudieran esperar sin molestar o sin que la privacidad de sus conversaciones, fueran descubiertas. La confidencialidad era indispensable en Los Picos de Posadas.

Distraídamente Aba ojeaba una revista de decoración y viajes, de las varias que se agolpaban en la mesa, junto con otras de propaganda de la propia residencia. La mesa, era la superposición de dos palés de esos que forman parte del paisaje de cualquier fábrica industrial pero que, brillantados y pintados, daban un pequeño toque moderno al lugar o al menos, de cierto gusto por estéticas nuevas. Pasando las páginas, sus ojos se fueron moviendo hacia los cristales, donde una fina película de agua y jabón se deslizaba por ellos. Siguiendo la estela de las pequeñas pompas producidas por el detergente su mirada se encontró, de manera sorpresiva e inesperada, con la del operario de limpieza. De manera fija y callada la observaba con detenimiento. Un pequeño gesto de temor impregnó su piel que reverberó en la gestualidad de su cara aparentado malestar. El hombre, apercebido, de manera rauda retomó los quehaceres de su trabajo. Aba rehecha ya del contratiempo, en cambio, siguió observándole con detenimiento. Era un sujeto más bien grande y desproporcionado, con barba descuidada y ojos negros protegidos por unas densas y tupidas cejas. Las manos señalaban ser grandes y fuertes, hecho que no pasó desapercibido para Aba, ya que no denotaban ser las de un limpiador de cristales u operario al uso. Probablemente más de cien kilos anidaban detrás de un corroído mono de trabajo, lleno de las salpicaduras de agua, desprendida al chocar contra los cristales. Aún no se había evaporado la pequeña crisis de ansiedad provocada por sentirse espiada, cuando una cercana voz, le despertó de sus cábalas.

—¿Aba Galán? —con paso rápido y enérgico una mujer con bata de color pastel, casi anaranjado, se aproximaba de manera amistosa y complaciente—. Me llamo Isabel Baños y soy la directora médico del centro y también, cuando Gretta Hollstein no está, oficio de cogerente en Los Picos de Posadas. Me gustaría darle la bienvenida a nuestra residencia.

—Gracias —respondió agradecida y devolviendo la cortesía—, es un

placer conocerla. Tengo una cita con el señor Otto Brandl y...

—Sí, lo sé, pero ha tenido que ausentarse de manera urgente y me ha pedido le atienda yo personalmente. El primer día con nosotros es muy importante y su adaptación, rápida y positiva, es nuestro principal objetivo de inicio, así que yo seré su cicerone desde ahora mismo hasta que pueda reunirse con el fundador del centro —cortó Isabel de manera firme sin perder el mismo punto de afabilidad inicial.

Aun intentando contener todo el nerviosismo que en su interior bullía, no pudo evitar parecer turbada por unos instantes. Tenía claro que lo que estaba a punto de comenzar iba a ser la caza del gato y el ratón y ella, en todo momento debiera ser el gato, por lo tanto, perder el tempo y control de cada décima de segundo, no era el mejor de los presagios para comenzar. A su vez los nervios le impedían mostrarse distendida o incluso simpática. “Ahora encima esta tía se piensa que estoy loca y encima debo aparentarlo para quién sabe qué” —interpretaban agriamente sus neuronas.

—De acuerdo, puedo esperar —masculló Aba con cara de póquer.

—Tranquila —percibiendo su contradicción e intentando ser conciliadora. Isabel tenía claro que esa situación ya la había vivido otras muchas veces antes con otros pacientes en su entrada de acogida y por lo tanto, esos primeros momentos de inmersión eran vitales para no aguar los días posteriores—, su proceso lo llevará el señor Otto pero en este momento, como le digo, ha tenido que desplazarse a Logroño para hacer unos papeles. No dude que en breve se pondrá con su proceso pero mientras, si me gustaría, poder presentarle el lugar y tomarle unos simples datos. Ya sabe —la médico hacía todo lo posible por denotar que quería ofrecer calor y confianza ante la nueva situación—, tipos de comida, si está a dieta, deportes que practica, gustos literarios o musicales y un largo etcétera —mostrando un divertido tedio burocrático por el trabajo aún por realizar—. Para terminar me gustaría poder mostrarle cual será su espacio de retiro, si le parece, claro.

—¿Retiro? ¿Espacio? —preguntó sorprendida.

—¡Ay! ¡Dichosos tecnicismos nuestros! —interpeló sonriendo—. Nos matan con tanto protocolo de trabajo para dar el toque perfecto del Sentido Otto...

—¿Sentido Otto? Ya lo siento pero estoy totalmente perdida —cortó y preguntó de nuevo Aba.

—Sí, se me traban las palabras de tantas cosas que tengo que decir por cada bienvenida. De todas formas usted que es una profesional reputada ya

sabe de lo que le hablo —pretendiendo hacer una pequeña mueca confidencial profesional en pos de seguir ganándose el favor de la enóloga—. Nuestro departamento de calidad y marketing nos tiene fritos en el cómo debemos desarrollar nuestra marca y sobre todo en este primer momento de acogida. A nuestro modelo y forma de trabajo y al conocimiento aplicado, basado en la filosofía que nuestro fundador creó, lo llamamos Sentido Otto —siguió con la misma tónica feliz y exclusiva—. En fin, prosigo —haciendo que sus palabras, hábilmente parecieran laxas—, me refiero a su habitación cuando hablo de retiro. Revestido con palabras más rimbombantes le damos un plus de calidad o distinción al asunto y una estancia queda casi convertida en una especie de marco espiritual —guiñando un ojo finalizó.

La cara de Isabel no dejaba lugar a la duda. A la vez que intentaba ser lo más amistosa posible, incluso bromista, tampoco omitía dejar de ser inflexible y relegar el mecanismo de acogida de pacientes asumido por la casa. Aunque hubiera un alto porcentaje de internos en el que el ingreso se producía por voluntad propia, no dejaba de generarse un profundo magma de preocupación ante la nueva situación. Sabido era que, cierto nerviosismo o ansiedad, solía aparecer en la conducta de los recién llegados al verse en un lugar siempre asociado al trastorno psicológico o mental pero, la experiencia justificaba, permanecer siempre firmes ya que así, se mandaba un claro mensaje de “situación bajo control”. Ese protocolo, para el tipo de personas que acudían al centro, generaba signos de calor positivo.

Por otro lado también, había un grupo menor de pacientes en el que era su familia la que imploraba su inclusión. Al no soportar más la degeneración paulatina que proclama cualquier enfermedad mental, apelaban expectantes, a sus variadas y modernas nuevas técnicas de sanación. Incluso, y en ciertas ocasiones, dejándolos en el centro de por vida y tirando la llave para ya nunca ser devueltos a la sociedad.

Dada la exclusividad y precios de Los Picos de Posadas generalmente eran personas atribuladas las que llegaban hasta sus puertas. Famosos por sus trabajos o entornos sociales y acaudalados que, tras una vida de excesos, adicciones o locuras congénitas, más o menos perversas, entendían que eran difíciles ya de erradicar sin ayuda. La edad, la vida, la familia, sus parejas o simplemente la toma de conciencia de su situación, admitiendo que ese no era el camino a seguir, les hacía frenar, pensar y redefinirse. Así pues y tras esa composición de lugar, daban con sus huesos en el sitio perfecto, donde poner punto final a todos sus males y disonancias. El tener, como manual de buenas

prácticas, una argumentación positiva, libre de palabras que pudieran ser agresivas, lesivas o incluso peyorativas hacían que el residente se acomodara mejor a su nueva vida. La seña de identidad o idea a vender del centro en el mundo mercadotécnico era muy simple y sencilla “reconducir espíritus y almas”. Aunque muchas veces el trabajo diario fuera similar al típico a cualquier consulta psicológica o psiquiátrica, era siempre mejor administrarlo, dentro de lo llamado políticamente correcto y más en el caso de la clientela a la que esperaban. Primero seducir para luego admitir, más o menos era esa la idea propuesta por dirección.

Los Picos de Posadas también estaba concebida como una especie de centro de alta seguridad donde nadie podía salir sin ser detectado pero que, desde el punto de vista de los internos, debía mostrarse como una suerte de albergue idílico lleno de paz, corrección y tranquilidad. Grandes ventanales y luz por doquier generaba el calor necesario para la aventura de la nueva construcción de los espíritus rotos. La cercanía de las grandes montañas hacía que manara con fuerza el purificador aire fresco y saludable, que incluso era recomendado por los médicos de las grandes ciudades otorgando al lugar el título de “espacio único donde la vida ofrece una nueva oportunidad”. La publicidad y revistas creadas por el departamento de marketing de la empresa, diseminadas hábilmente y con sutileza por todo el hall de recepción, mostraban parajes cercanos paradisíacos, personas felices montando a caballo en la cercanía de una cascada u otras paseando o vadeando pequeños riachuelos bajados desde la montaña. Médicos y pacientes en alegre sintonía mostraban una actitud servicial y divertida mientras escuchaban de manera cortés las conversaciones de cada cual. Un enorme bufete ofrecía las delicias culinarias de la cocina haciendo ver que el alma situada en el estómago nunca pasaría fatigas. En definitiva, un entorno ideal donde la vida brindaba para unos pocos exclusivos, una nueva oportunidad.

—¿Me acompaña? —preguntó solícita Isabel—. No se preocupe por sus maletas que en breve las tendrá colocadas en perfecto orden en su habitación.

Aba se levantó sin ofrecer resistencia a la petición del médico. En su interior existía una confrontación a partes iguales entre frenar sus ansias de respuestas, preguntas, conocimientos, con otras nuevas e insondables. No albergaba sentimientos de venganza porque realmente, no había dirección alguna para poder generar ira contra nadie, como mucho, contra su propio padre por haberla colocado en esa situación. No podía categorizar su miedo

porque, aunque percibido, tampoco había un sujeto que fuera presa de sus desvelos. Tampoco podía aventurarse en pedir explicaciones a algo o alguien ya que ni tan siquiera tenía datos para poder componerlas. En cambio, si percibía un incremento constante y frenético en sus niveles nerviosos, cosa a lo que no estaba nada acostumbrada. El mero hecho de haber tomado una decisión en el que todos sus niveles de confort eran derribados a cada instante, sin propuesta alguna de mejora, le martirizaba. Dicha sensación le producía un profundo malestar, parecido, al ardor de estómago que le producía un mal mosto. Buscaba claves para algo que desde su interior ni tan siquiera tenía definición. Aba comenzaba a sentir que, ante todo lo que ella buscaba, era saber cuál era su origen y fin en la vida reiniciándose desde sus raíces. “Fingir para lograr, mimetizarse para encontrar quien realmente soy”. Sin entender muy bien la premisa comenzaba, fatigosamente, a repetirla en su cerebro. Quizás y como un buen vino que se inició sobre una base de trabajo exhaustivo, metódico y paciente en el campo, de aquellas pequeñas yemas que, nacidas en las varas de las cepas, devienen en generar el mejor caldo que luego descansará en sombríos calados, así iba a ser su nuevo camino, puro crecimiento constante.

René había hecho llegar a los Picos de Posadas un diagnóstico firmado y sellado por un reputado médico holandés. En dicho escrito, el psicólogo, de manera exhaustiva, nombraba diversos trastornos y traumas que asolaban la mente de Aba. Incluso cuando esta lo leyó por primera vez, tuvo que ir varias veces al diccionario, para averiguar el sentido de sus padecimientos. Aun así, estaba sorprendida por la diligencia, rapidez y facilidad con la que el policía había hecho llegar tan extensos y bien cimentados informes. Achacado todo ello a su pericia policial no le dio mayor importancia. Aun así, ecos de alarmas reverberaban enmascarados, al recordar las últimas palabras de Vega, presa de una crisis de pánico y ansiedad, cuando Aba le transmitió que se iba por una temporada de la bodega.

—Pero ¿estás loca? ¿Te vas adónde? —preguntaba atónita.

—Necesito encontrar respuestas. Necesito saber qué pasó con la muerte de mi padre —respondía con temor sabiendo que ni ella misma creía en lo que decía.

—No lo entiendo, ¿te vas a internar en un centro por ayudar a un policía que más bien parecía un payaso de feria chungo? ¡Lo flipo tía! —seguía perpleja.

—Ahora la bodega está tranquila. Ya ha pasado lo peor de la vendimia

y tú puedes con todo el trabajo de cada día. Podemos permitirnos que yo falte. Otros años nos hemos ido de vacaciones al finalizar la campaña, así que tranquila —intentado emitir una sonrisa reposada en la que ni ella misma creía.

—¡No tiene nada que ver! Aba, todo esto es una gran mentira. Alguien te está utilizando para yo que sé qué. Pero ¡por Dios! ¿No lo ves? —y juntas, abrazadas, lloraban al despedirse reconociendo peligros indómitos y complicaciones extremas acercándose sin pausa.

Su cara era un poema. Pálida, casi desaliñada, no lograba hacerse creer el miedo que irradiaban cada una de sus palabras.

—He hablado con los dueños y no hay problema. Les he dicho que necesito un poco de paz y tranquilidad y me han entendido, llevo un año a tope y saben que estoy estresada. Estoy segura que en dos meses estaré de vuelta pero, por ahora, necesito que me cubras ¿vale? —preguntó a una Vega, ahogada bajo un manto de lúgubres pesadillas.

—Llámame y mantenme al tanto. Si necesitas algo me dices ¿de acuerdo? Y si quieres que vaya a verte subo cada día pero por favor, ten cuidado, te quiero mucho y te necesitamos aquí —ahogadas, bajo el torrente producido por sus vasos lagrimales, se abrazaron no queriendo interpretar si la despedida tenía matices de puntos suspensivos o definitivos.

A cada paso que daba hacia el interior del centro un miedo sin rostro crecía en su interior. Amagó con volver su mirada hacia la puerta de salida como si fuera un último grito, escorzo o gesto en el que su mundo interior le imploraba que huyera, pero al contrario, sus ojos chocaron de nuevo con los del operario que limpiaba los cristales. Sus ojos destilaban una oculta y cuasi perversa mirada mientras una débil sonrisa aparecía en su rostro como presagiando días difíciles para Aba.

Isabel marcó una clave numérica en un aparato de los utilizados para el control de presencia de los empleados que, junto a la puerta, precedía a la entrada en el centro. Aba, confusa y desorientada, observando la inexorabilidad de la decisión tomada, se enfadó consigo misma al no haber estado más atenta aprendiendo las claves para, como intuía, le fueran vitales en un futuro nada lejano. La puerta aparentemente sencilla se cerró tras sus espaldas. Un percutor hizo eco al nuevo universo en el que se adentraba y un nuevo mundo apareció ante a sus ojos.

Capítulo 2

El jardín hervía de vida entre las ocho y las nueve de la mañana. Aunque el calendario databa que el invierno gobernaba el viento, las turbulencias del cambio climático parecían querer engañar a los sentidos ofreciendo aún, tímido sol y calor desde las montañas del sistema Ibérico. Una explosión de colores sorprendió a la enóloga. Por lo que podía observar cada cual iba vestido como le daba la gana con lo que en un principio, casi le dio la impresión, de estar más en una comuna hippie de los años setenta que en una residencia de descanso. Evadidos de los marcos o normas no escritas que rigen en la realidad cotidiana de cada ciudad, en la residencia se primaba el libre albedrío de cada residente. A todo ese colorido popurrí se unía un enorme buffet de desayuno compuesto de las más variopintas y exóticas especialidades lo cual, ahondaba aún más en hacer que los sentidos dudaran, en situar exactamente el lugar donde se hallaban. Aba, de manera tímida y acomplejada, intentaba introducirse dentro del conjunto con cierta torpeza. Eslóganes, montados sobre pequeños plintos, lanzaban frases llenas de píldoras vitamínicas sobre la autoestima, la motivación y la paz interior. Mensajes como “Si un árbol ha soportado cientos de inviernos ¿por qué has dejado de confiar por haber dado un mal paso?” o “Recoge energía de la montaña y devuélvele luz” se dispersaban, hábilmente colocados, por el lugar. Sin resultar cargantes o excesivos y sin romper la armonía del paisaje, la vista los encontraba con agrado e ilusión.

—¿Qué tal ha dormido esta mañana señora? —preguntó un educado y solícito camarero.

—¡Mal! —respondió afligida—. Me estoy muriendo y nadie parece querer ayudarme. No me aguanto ya ni yo misma —terminó compungida.

—Mi querida Elena, cada mañana la veo más guapa pero igual de protestona. Eso significa que cada día está mejor —echándose a reír amablemente—, tengo una sorpresa para usted.

—A ver —sonriendo aparentaba desgana.

—Una riquísima leche vegetal repleta de calcio y proteínas ¡Leche de castañas! —manifestó efusivo—. Llevo desde ayer preparándolo para usted. He tenido toda la noche en remojo las castañitas, con esto va a parecer que tiene de nuevo veinte años.

—¡Ya me gustaría a mí! —soltando una cínica carcajada.

—Mire. La receta lleva —mientras comenzaba a prepararlo—, castañitas troceadas, un poco de vainilla en polvo y otro poco de jengibre.

Además y por ser usted he conseguido —y se acercó a ella hablando en voz muy baja, dando exclusividad a lo que le iba a decir— *baobab*^[13] o lo que también se llama “árbol de la vida” que tiene propiedades antioxidantes que le van a venir genial... ahora le añadimos un poquito de ajo negro que es lo mejor para el corazón...

—No me repetirá ¿no? —interpeló con la contradicción reflejada en su cara—.

—No tranquila. Es bueno para su colesterol y el corazón, como le digo. Además, le va poner a tono todo su sistema inmune, que pronto llega el invierno y parece viene duro. Y si conseguimos atenuar su cansancio, recuerde que muchas veces me dice que anda fatigada, pues ¡bingo! Y es que lleva un porrón de vitaminas. ¡Elena, le estoy regalando vida! —mientras hablaba, pasaba todo por un robot de cocina y con el mismo tacto añadía un poco de agua, fría y sin tratar, recogida del manantial que bajaba desde la montaña. Feliz, al terminar su preparado, le entregaba un vaso repleto de colores con matices marrones.

—Pero que pelota eres corazón. Menos mal que me alegras las mañanas que si no... —respondió con cariño la septuagenaria—. Si montas un negocio de estos, yo te avalo, hay que ver lo que sabes de estas cosas.

Cogiendo con gusto el batido y sonriendo al camarero se dio la vuelta encontrándose con los ojos de Aba.

—¿Es usted la nueva? —preguntó educadamente y ofreciendo una confortable sonrisa.

—Sí —Aba, mostrando un tenue arqueado de los labios y sorprendida por la pregunta, respondió casi mecánicamente algo ruborizada.

—Bienvenida querida —y efusivamente, Elena, le plantó dos besos—. Tenga cuidado con este camarero que es puro veneno. Dice que tiene el título de nutricionista pero yo más bien creo que es el de brujería —mientras guiñaba un ojo e irónicamente se divertía con la chanza.

Aba adelantó un paso y se situó frente a la mesa de los zumos y batidos naturales donde los camareros ofrecían sus servicios.

—Buenos días —comenzó a hablar con efusividad y amabilidad controlada el camarero—, me llamo Gustavo y espero poder ofrecerle cada mañana el mejor de los desayunos y con mis mixturas, hacer que su espíritu renazca ¿come de todo, es usted vegetariana o tiene recomendada algún tipo de dieta? —preguntó siguiendo con el mismo protocolo afable—. Todavía no hemos recibido de dirección algún tipo de indicación o tratamiento para

usted, así que hoy es nuestra invitada especial.

Además de estar, algo incordiada descubriendo que todo el mundo sabía ya de su existencia aún estaba más confundida, por todo lo que observaba a su alrededor. Realmente, más parecía una especie de secta de esas modernas que veía en la tele que un sanatorio mental. No entendía el porqué de las simpares vestimentas de todos los allí presentes y menos aun comprendía, el que toda la imagen allí propuesta, se alejara enormemente de cualquier idea preconcebida para lugares como Los Picos de Posadas.

Agradecida por el interés de Gustavo le observó con detenimiento por unos segundos. Tras la primera toma de contacto con Isabel era la primera persona con la que hablaba desde que había llegado. Muy pálido, alto y espigado, vestido con un uniforme de color cereza con varias tallas de más, ofrecía toda su impronta profesional desde manos alargadas y huesudas. “Vaya tela de uniforme. Igual esperan que crezca más con este rollo de la energía y las fuerzas cósmicas” bromeó cínicamente su mente.

—Entonces, dicho lo cual ¿le puedo preparar una de nuestras especialidades repletas de pura energía? —insistió solícito el camarero—. ¿Si me dice sus gustos, también, puedo hacer algo en un minuto? No me ha dicho si es vegetariana, Maitena, celiaca o si no tiene problema con ningún alimento. Perdón, se llama Aba, ¿verdad? A veces, han entrado varios residentes nuevos y he confundido sus nombres en su primer día, si es así le pido perdón.

—Sí... Aba, me llamo Aba. Soy enóloga, creo que no tengo problemas para comer de todo y bueno, particularmente, me gustan los frutos rojos. Así que con eso... —respondió con cierta rotundidad y medida cortesía, intentando esbozar una milimétrica sonrisa. Algo tensa, todavía no contaba con demasiada locuacidad ni excesiva confianza, así que de momento, su habitual verborrea era poco prolija.

—Perfecto, espero sorprenderla con esta idea. La llamaremos “Nuevas Luces para Aba”.

—Un poco hortera, la verdad, pero muchas gracias por el detalle —sin intentar ser borde aunque pareció que lo era, esperó a ver la evolución del trabajo del camarero.

Este ya cogía, de manera rápida, un poco de agua de coco de un pequeño dispensador y de otra botella, medio vaso de agua salada del mar Cantábrico. Agregando un par de cucharadas de zumo de limón comenzó sutilmente a mezclarlo.

—Ahora le vamos a añadir un poco de un concentrado nutricional que hacemos en la casa. Está compuesto por proteínas vegetales, semillas de calabaza, guisante y arroz integral germinado. Un poco más de levadura nutricional con semillas de cáñamo y va a ver qué cremoso queda. Ahora lo ayudamos con un toque de canela traída de la India y un poco de miel de nuestras abejas para endulzar y fin —explicaba profesional y feliz el camarero.

En una enorme licuadora iban cayendo todos los productos finalizando con unos pocos trozos de plátano y una suerte de frutos rojos compuestos por arándanos, fresas, moras y frambuesas. Un enorme estruendo tuvo lugar cuando la máquina inició su trabajo.

—Y aquí lo tiene —mientras lo servía sobre un moderno plato sopero, acompañado de pequeñas virutas de chocolate blanco y un poco de menta fresca—. Espero le guste —ofreciéndoselo con esmero—. Como el Sentido Otto precisa, trabajamos todo sin prisa, haciendo que cada proceso fluya y alcance su máximo sabor. Nuestros extractores de zumo van a baja revolución para conservar los nutrientes y enzimas. El efecto o sensación que intentamos conseguir es que por cada sorbo que damos, una bocanada de nueva vida surja en nuestro interior —se palpaba que tenía apego a su trabajo. Finalizado, expectante esperó, con cierto nerviosismo, a conocer las sensaciones de la nueva residente ante su creación.

—¡Vaya pinta tiene! —exclamó anonada por la presentación y por el relato de su producción. De manera inmediata y feliz procedió a tomar una cucharada—. ¡Por Dios, está buenísimo! —sus pómulos tornasolados daban fe de su satisfacción interior—. Cada sabor se marca perfectamente, sin solaparse ninguno y no están ni demasiado licuados ni con excesiva textura —afirmó exultante.

—Gracias, venido de una profesional como usted es todo un halago —complacido ofreció una franca sonrisa mientras suavemente inclinaba la cabeza.

Aba comenzó a mostrar confianza. Su inicio, algo mal encarado quizás motivado por su férrea coraza interior, comenzó a atenuarse.

—Empezamos bien el día. Por lo que veo tenemos variedad de comidas para iniciar el día —mientras con deleite, observaba la disposición general del buffet.

—Sí. Si se fija, ahí tiene diversos tipos de tortillas y huevos, bacón y salchichas, que para muchos son una delicia. Aun así debe saber que los

contenidos cárnicos solo los tenemos dos días a la semana en el buffet —matizó con eficiencia—. El Sentido Otto intenta ofrecer una dieta nutricional óptima cada día pero también permite que un poco de colesterol o por así decirlo, grasa, sea bien recibida por nuestro cuerpo —sus palabras, no exentas de rigor, acercaban a la nueva residente al complejo mundo de la recuperación interior—. En esa plancha, mis compañeros pueden prepararle al momento...

—Perdón, sigo sin pillarle el truco a eso que llamáis el Sentido Otto ¿qué es el Sentido Otto? Todo el mundo lo repite constantemente y en fin... —meditando y arqueando sus cejas mostraba las profundas que asolaban su interior. Las necesidades de respuestas fluían por doquier.

—¡Ah! Se nota que es su primer día. Creo que su habilitador no le ha presentado Los Picos de Posadas.

—¿Habilitador? —volvió a interrumpir.

—Sí, el habilitador o bueno igual habilitadora, es la persona que guiará sus pasos dentro del centro para así conseguir sus objetivos lo antes posible, sean físicos o psíquicos.

—Hay que ver lo bien preparados que están ustedes, saben de todo —enfaticando notablemente el sarcasmo en sus palabras—. Entonces, es como un médico de guardia, ¿no? Bueno, supongo que ese habilitador del que hablas será Otto, ya que estoy esperando hablar con él.

—¿Otto? —interpeló el camarero muy contrariado por la afirmación de Aba—. Nadie conoce o ve a Otto.

Aba no entendió muy bien el sentido de las palabras de Gustavo, las cuáles y quizás, simplemente achacadas, a su condición de camarero nutricionista. “Es lógico” pensó. “No es médico o personal directivo de Los Picos y por tanto no está al tanto del todo”. Pero el caso es que, la pregunta, le dejó cierto poso de incertidumbre. Aun así y catalogado ya a Gustavo como suministrador oficial de información, prosiguió en su afán de buscar respuestas para nutrir su necesidad de conocimientos.

—Entonces, tenemos un sentido de llevar las cosas, un hombre al que nadie ve pero lo preside todo, un enorme buffet que solo en determinados días ofrece colesterol a tope, un...

—Y una habilitadora que soy yo —con gesto enérgico y una mirada algo gélida cortó la conversación una mujer que se coló entre ambos. Sorprendido y cazado por su vehemencia informativa Gustavo rápidamente volvió a sus quehaceres—. Me llamo Úrsula y seré su habilitadora durante su

estancia en Los Picos de Posadas.

Úrsula era una mujer de unos cuarenta y tantos años. No excesivamente alta, media melena con necesidad de nuevas mechas y algo oronda, parecía más bien la típica profesora a la que, el alumno común, no suele tener exceso de cariño. Aun así, cualquier juicio de valor inmediato hacia ella pudiera ser erróneo si no siguiéramos observando. La bata que, simulando un campo de girasoles uniformaba, era difícil pasase desapercibida. Por lo tanto pudiera parecer que dos fuertes personalidades cohabitaban en su ser. Una amable y voluntariosa frenada por otra donde, un marcado rictus hierático frenaba cualquier intento de ser más cordial de lo debido. Se notaba que tenía la necesidad de controlar el entorno y más, en los primeros pasos de cualquier nuevo residente.

—Debe perdonar al camarero. Muchas veces hablan por hablar y realmente, aunque su intento siempre es el de ayudarnos a todos, suelen meter la pata más de lo deseado —y con un gesto severo volvió sus ojos hacia Gustavo quien no respondió a su velada increpación.

—¡Querida! —un tímido grito partió desde dentro del comedor.

Elena, la señora con la que había coincidido en la cola del buffet, agitaba una servilleta con pasión haciéndole ver que le aguardaba para acompañarle en el desayuno. “¡Vaya! Otra que me agita un pañuelo. Debo de atraer a todos los locos” pensó.

—Pues ya tendremos ocasión de ir conociéndonos —argumentó secamente Aba librándose de su habilitadora—, me voy a desayunar con Elena —pareciendo que la conocía de toda la vida.

Dejando a Úrsula con la palabra en la boca, Aba ya se perdía entre las concurridas mesas, aceptando el ofrecimiento de su anfitriona.

—Siéntese conmigo... no entiendo yo a estos de la residencia, a estas horas de la mañana nos ponen samba, se les va la pinza con tanto rollo naturalista —meditaba denotando ganas de agrandar y afabilidad extrema.

—¿Quién es? Suena bien. Me parece bonito comenzar el día con sonidos dulces.

— “*Samba Noir*” de *Toco*. Quizás conozca la canción, es muy bonita, la verdad. De todas formas, veo que no está puesta en las extravagancias de este sitio, la verdad que todo está cuidado al mínimo detalle y también nos sale por un ojo de la cara —llevándose a la boca un poco de salmón dejó espacio a que los delicados sonidos de la samba impregnaran el desayuno—. Mire a esos dos —dirigiendo su mirada a una pareja que en medio del jardín

daban sus primeros pasos al son de la música.

—¡Qué bonito empezar así el día! —dijo la nueva residente.

El silencio acompañó a ambas durante un pequeño tiempo. Aún sin muchas cosas que decirse escuchaban y observaban. Aba, aunque no pretendiera fuera apercebida, permanecía en alerta. Elena, con el sexto sentido que la edad otorga y sabiendo lo que suponía entrar en un lugar como Los Picos de Posadas, intentó ofrecer comodidad a su compañera de mesa.

—Tranquila, el primer día aquí siempre es extraño. Parece una efervescente y coloreada comuna hippie pero realmente es un manicomio, los de aquí dentro estamos todos locos —matizó feliz pero conservando un matiz de tristeza en su conjetura—. Si se fijan, aunque sus palabras suenen o intenten sonar amables están todas estudiadas e interiorizadas. Nadie se sale aquí del guión.

—Bueno, a mí lo Picos me lo han presentado de manera contraria, como una especie de paréntesis de descanso en la vida para muchos de los de aquí. Por cierto, esto está buenísimo —mientras desde lo más profundo de su ser comenzaba a hacerle efecto la llegada, a cada cavidad, del batido.

—Lo siento querida, no quería asustarte, es verdad que tampoco estamos excesivamente idos. O al revés, de tan cuerdos que estamos en la contemplación de la realidad pues enloquecemos. Llevo ya muchos años aquí encarcelada. Fundé una marca de lencería, supongo la conocerás “*Lena*”, de Elena, que como sabes, es mi nombre —sus palabras se superponían unas sobre otras intentando dar la mayor cantidad de datos a Aba, de manera cordial, cuasi confidencial y amistosa.

—¿De verdad?! ¡Vaya tela! Pues yo tengo muchas cosas tuyas y me encantan. Soy clienta habitual —afirmó encantada Aba.

—Hago que bebo los potajes que me dan pero al final siempre termino con un café y pan con aceite —partiendo un poco de pan y llevándoselo a la boca.

—Bueno, el camarero los prepara con mucho cariño, seguro le vienen bien. ¡Jo! Estoy alucinada por haberla conocido, es increíble lo bonitas que son sus creaciones —embelesada al saber quién era su compañera de desayuno.

—¡Son una mierda! —bajando la voz y matizándole con rigor—. Al principio cada pieza tenía mi sello de calidad. Entraron en la empresa mis hijos y las lerdas de sus mujeres, con sus MBA, sus chorradas de la globalización, la economía de mercado y no sé qué leches más y mira donde

he terminado. ¡Paso de ellos! Me vienen una vez al año a contarme sus éxitos y a cada minuto que pasa, parece ser que somos más ricos pero yo al revés, cada día intento hacerme más pequeña y comunicarme mejor con lo que queda de mi existencia.

Estaba claro que el salpicón de ideas relatado, colmaban con amargor, su interior. En cambio, el exigente recuerdo, no le hacía perder la paz nuevamente encontrada en Los Picos. Durante unos quince minutos se dedicó a relatar a Aba los millones de sinsabores que jalonaban su vida, con triste melancolía, pasó por toda su historia. Aun así, el sarcasmo con el que desglosaba muchas de sus vivencias no le hacían aparecer dolida con el mundo, sino al revés, aunque aparentara cansancio por el rigor de la edad, se sentía feliz.

—Entonces, ¿por qué vino a los Picos? Tiene dinero y posibilidades enormes. Por mucho que parezca ofendida por la gestión de tus hijos, al revés, noto te sientes orgullosa y bueno, todos estamos un poco enfadados por los extraños condicionantes que la vida actual nos depara ¿no? — intentando comprender los porqués de Elena.

—Creo que en un inicio, vine aquí en búsqueda de respuestas, como quizás muchos de los que aquí estamos —su mente parecía retrotraerse en búsqueda de claves que aún no le estaban disponibles—. No creo que estuviera enfadada con mis hijos por la forma de gestionar mis bienes y mucho menos se hayan manifestado en mí, inicios de depresiones o demencias, sino que creo que llegué aquí buscando conocer el sentido que guiaba mi vida.

—¿Sentido?

—Sí, trato de saber cuál es o cuáles son para luego comprenderlos. ¿Usted sabe cuál es el sentido de su vida? —preguntó enigmáticamente.

No estaba acostumbrada a que nadie le preguntara por sus porqués ante la vida y mucho menos, había llegado a plantearse búsqueda alguna. La pregunta, sin saberlo, le removió su interior. Acostumbrada a una vida de cálculos y mediciones, de correcciones y largas esperas en la bodega, no entendía muy bien el que una persona, de motu propio, deseara apartarse del mundo. Si además, era adinerada, menos lo comprendía. Lo fácil y sencillo hubiera sido dedicarse al postureo, reclinarsse en el sofá de los ganadores y esperar plácidamente a que los días felices transcurrieran. En su mundo enológico era muy reconocible observar la tediosa farándula que, cada vez con más estruendo, lo rodeaba. Nuevos ricos comprando botellas al mayor

precio posible, con el único fin de fardar de su adquisición ante un público poco avezado en el paladar pero si tendente a reconocerse por el tamaño de su cartera. Marketing constante donde el último elemento aun siendo el principal, era el menos importante, el vino. Comprendía lo que Elena explayaba, diferentes mundos pero totalmente análogos entre sí.

—Supongo que el “Sentido Otto” me ha dado llaves para abrir puertas que siempre estuvieron cerradas —continuando con sus cábalas.

—¡Ah! Otto. Espero conocerlo ya hoy, tengo una cita con él —despertando del letargo que produce la contemplación de las ideas, pronunció satisfecha Aba.

—¿Con Otto? —contrariada con su afirmación, emergió también de su introspección Elena—, ¿está segura? Yo llevo aquí una eternidad y solo he podido intuir su presencia un par de veces en el Día del Fuego.

—¿El Día del Fuego? —preguntó anonadada.

—Se nota que aún no ha estado con tu habilitador y no te ha explicado las reglas, trabajos y filosofía de la casa. No se preocupe que en breve lo sabrá. De todas formas, en pocas semanas llegará uno nuevo, por eso anda últimamente todo patas arriba por aquí. La gente comienza a ponerse nerviosa e impacientarse ante su inminencia. Para el Sentido Otto, el Día del Fuego, es casi más importante que la Navidad.

—¿Y Otto? —demasiadas dudas sin respuestas esclarecedoras. Otto aparecía en todas las conversaciones pero de manera increíble, y eso era lo paradójico, pocos o nadie sabían situarlo. Comenzaba a aflorar en ella el temor a poder haber sido engañada y desde esa premisa, sus miedos y temores tenían fácil crecimiento—. Tengo cita con él. Realmente he venido aquí por él —concluyó tajante intentando que en la repetición quedara constancia su único empeño.

—Bueno, no puedo responderle a eso —un rastro de titubeo inconcluso e incluso alarma apareció en el gesto de Elena. Para una persona como ella que probablemente se había bregado ya, en miles de complicadas batallas, ese símbolo de recelo no deparaba buenas sensaciones—. Si es así como lo dices seguro acudirá a tu cita.

El desayuno fue poco a poco concluyendo con el acento del marcado silencio. Si en un primer momento Elena se había mostrado locuaz, parlanchina y dicharachera ahora su conversación emitía incómodos signos sombríos. La pareja que bailaba sobre el césped se había retirado y poco a poco el lugar se quedaba desierto mientras empleados del centro recogían el

buffet de desayuno. De fondo, la aterciopelada voz de *Iseo&Dodosound* ofrecía calor en forma de cálidos sonidos mientras sonaba “*Fresh air*”.

Capítulo 3

Isabel y Úrsula se sentaban en un par de sillas de diseño frente a Aba. Aparentemente cómodas, minimalistas por sus trazos simples, limpios y sencillos, no parecían gustar en exceso a la habilitadora, que se removía con frecuencia. Situada frente a ellas, en un pequeño sofá de dos piezas, esperaba la enóloga a que comenzara la primera reunión formal como preludeo a su inserción en el centro. No era propiamente un despacho al uso sino, más bien, una galería aprovechada para poder trabajar mientras se contemplaba uno de los muchos bellos jardines que jalonaban Los Picos de Posadas. Decorado al modo colonial con profusión de matices florales y variadas gamas de colores tierras u ocre e incluso óxidos, perfectamente encajados con los violetas y lilas corporativos, daban un toque muy confortable, bohemio y algo rústico al espacio. Depositando sobre la mesa de cristal su té, Isabel comenzó la conversación.

—Me dijo la decoradora el otro día que esto que ve es lo más de lo más en tendencias decorativas, lo llaman “*mud cloth*” —aunque resultara seria e incluso algo cortante en su expresividad, rezumaba un intento constante por ser colaborativa y cercana en igual medida. No pretendía marcar distancias o barreras entre paciente y residente pero no daba la impresión de manejarse excesivamente bien en las distancias cortas. Con cierto nerviosismo, al reconocer dicho déficit social, intentaba iniciar la conversación lo mejor que podía. Queriendo ser amistosa y coloquial, eliminando cierta tosquedad que sabía proyectaba, conversaba Isabel mientras su mirada se esparcía sobre los cojines y el sillón— que parece que es una tela oriunda de Mali. Tener esta decoración, debe ser ahora mismo, lo más de lo más en las tendencias de hoy en día. La verdad que nos estamos volviendo excesivamente pijos para mi gusto —compartiendo la confidencia—. Sin saber el porqué, de repente nuestro fundador se ha interesado por la Belladona, que supongo usted conocerá —posando sus ojos en la enóloga contundentemente—, y dado que el violeta es nuestro color corporativo y la flor luce igual, pues la hemos adoptado como nuestra pero la verdad, no termino yo de verlo. Así pues, de un tiempo a esta parte, los morados y lilas inundan Los Picos de Posadas.

—Es una flor tóxica. Además, puede provocar alucinaciones —dijo Aba, acentuando al hablar, su profundo conocimiento profesional.

—Bueno, no lo sé la verdad pero aquí la tenemos. Según nuestro fundador, el doctor Otto Brandl, es una flor menor y repudiada, justo por eso, debemos acogerla. Además, inspira a la meditación, a la introspección y

creatividad y a la experimentación —siguiendo en la misma línea de compartir revelaciones—. Bueno, ya sabe como son las grandes mentes pensantes —y sonriendo puso fin a ese tipo de conversación para no resultar ni crítica ni chismosa.

—¿El señor Brandl? ¿Otto? —sin hacer caso a las confidencias de Isabel, Aba cortó la conversación—. Entiendo que se incorporará también ahora a nuestra reunión ¿no? Estoy esperándole.

Observando, cómo la pregunta, no había sido del gusto de su jefa, Úrsula que acariciaba con cariño una especie de sedoso, perfumado y gran cojín de pelo blanco con dibujos étnicos, interrumpió:

—A mí me dan ganas de quedarme dormida toda la mañana aquí tumbada.

El intento de romper, tímidamente, el silencio que se había echado sobre la sala no tuvo su eco, sino más bien y al contrario, lo acrecentó. Isabel miraba con recelo a la nueva paciente ya que por algún motivo, insospechado aún para ella, dudaba de ella. Los segundos, posados sobre la mesa de cristal que las separaba, parecieron devenir en horas. Observando con nerviosismo el enmohecido silencio y sabiendo de la incapacidad de Isabel para salir de este tipo de situaciones, Úrsula de nuevo rompió a hablar.

—La verdad es que esperamos que su estancia con nosotros sea lo más saludable posible. Pondremos todos los medios a su disposición y...

—Bueno —volviendo de perdidos mundos e inconclusos pensamientos Isabel cortó el retoricismo de la habilitadora, ejerciendo de nuevo con vigor, el rol de directora del centro—, pues a mí ya me conoce y creo que a su habilitadora, también. A veces habla un poco a destiempo pero tiene suerte, es una de las personas más buenas en este mundo —ofreciendo una cariñosa sonrisa a Úrsula y agradeciéndole así, le hubiera sacado del brete—. Nuestro objetivo es facilitarle, en la medida de nuestras posibilidades y lo antes posible, su vuelta al mundo. Si le parece podemos desgranar un poco más en profundidad su historial y desde ahí, desarrollaremos una mejor composición de lugar con el fin de ofrecerle nuestros servicios. Con todo ello, adaptaremos perfectamente un diagnóstico a sus particularidades.

—Muchas gracias por vuestra acogida y atención —con el mismo tono cordial respondía Aba aportando el mismo rigor y franqueza que las expresadas, anteriormente, por la médico—, aun así, primero, me gustaría ver al señor Brandl —no quería dejar en el olvido su irresuelta pregunta—. He venido aquí buscando el influjo de su experiencia con el fin me ayude a

rehabilitarme. De hecho, tengo esta carta escrita por él saludando mi entrada en el centro, por lo tanto, creo que es con él con quien debo hablar primero —y sacó un papel que guardaba dentro de su bolso.

Isabel y Úrsula se miraron un poco sorprendidas al ver la carta escrita a puño y letra por el fundador. No era para nada normal que el creador de la comunidad se preocupara por una nueva residente, al revés, era un hecho extremadamente excepcional. “¿Quién sabe algo de Otto? Pero, ¿tú lo conoces? Entonces ¿tú quien eres y por qué estás aquí, realmente?”. Burbujas de preguntas partían desde sus miradas con destino final en la nueva paciente. Las cuestiones inconclusas delataron cierta suspicacia e incluso temor, no obstante, prosiguieron con su trabajo,

—He de decirle que nos ha cogido por sorpresa su revelación ya que el señor Otto es una persona muy ocupada y rara vez tenemos la ventura de contar con su presencia pero aun así, insisto, trataremos su caso de la mejor manera posible. Le haré llegar su petición a nuestra directora general, Greta Hollstein en cuanto regrese, no se preocupe.

—De todas formas, ¿me puede mostrar la carta? —preguntó la habilitadora. Estaba claro que Úrsula no podía disimular su enorme interés por saber algo más sobre los caracteres que glosaban la misiva y, de manera hipotética y a su vez, estar cerca del gran gurú a quien tanto reverenciaba.

—Sí claro, por supuesto.

Un claro y perceptible estremecimiento perturbó la piel de Isabel y Úrsula al sentir el peso de las palabras de Otto.

“Querida Aba: Es para mí un enorme placer tenerte dentro de nuestro pequeño y humilde universo. Espero podamos aprender el uno del otro y que nueva energía ilumine y guíe tu estancia en los Picos de Posadas. Afectuosamente, Otto Brandl”.

Era obvio que no estaban acostumbradas a intuir la presencia de Otto. Al revés, al inicial estigma de temor había seguido otro de alarma, el cual y rápidamente, se había distribuido por sus caras.

—No es lo normal que el fundador de un sistema tan innovador como el nuestro y tan mundialmente reconocido se deje ver y menos de esta forma. Tiene usted un gran honor entre sus manos —mientras la habilitadora le devolvía la misiva, la observaba de arriba abajo, buscando respuestas que apaciguaran sus dudas.

—Vaya tienes las manos heladas —dijo Aba al palpar incipiente nerviosismo en la habilitadora.

—Circulación querida —algo azorada respondió.

—Prosigamos entonces —cortó de lleno Isabel evitando mayores problemas—. Estoy segura que el señor Otto está al tanto de su presencia y en breve se pondrá a su disposición. De momento y si le parece bien, podemos ya comenzar con el análisis de su diagnóstico para pasar después a comentar las actividades previstas para tu nueva adecuación a la vida dentro del “Sentido Otto”.

—Me parece perfecto —sin poner objeción alguna coligió Aba—, pero ¿qué es eso del Sentido Otto? Constantemente todos habláis de ello, cada uno me da su versión pero, realmente, no tengo ni idea de lo que es.

—Todo a su momento querida, todo a su momento —dijo la médico gerente del centro.

Aba era una mujer inteligente y calibraba muy bien los estados emocionales de las personas. No le habían pasado desapercibidos los imperceptibles cambios en los tempos gestuales de ambas. Nombrar a Otto no solo imponía sino que, y eso era lo misterioso, delatar su nombre tenía una consecuencia, pequeños matices de miedo salpicaban a todos los rostros. Al desayunar, junto a Elena o Gustavo, había pasado lo mismo e incluso la misma situación al recordar las conversaciones con René o Yuls. Aún no sabiendo para qué, tenía claro que en su momento utilizaría dicha información para su beneficio. Aun así, su mente intentó abstraerse, de momento, sobre todo lo concerniente al fundador pasando a escuchar, con atención, el cuadro clínico que, sobre ella, René había hecho llegar a la residencia.

Durante más de una hora y media desgranaron con precisión todos los aspectos concernientes al historial de Aba. Según el informe referido, la enóloga, sufría un síndrome de elevado estrés producido por años de duro trabajo. Además al verse, desde la más tierna infancia, huérfana de cariños y consejos le habían arraigado episodios de vértigos extremos y temores perpetuos. En determinadas ocasiones y ante la gravedad con que, Isabel desglosaba los condicionantes de su supuesta enfermedad, Aba, estuvo por frenar todo el discurso, mandar al carajo la pantomima y exponer la verdadera razón de todo ello pero, atenta, siguió escuchando. En realidad, no tenía ni idea de cómo conducir la situación “y ahora ¿qué digo? Que estoy aquí para detener a un mafioso. A un contrabandista de obras de arte de dudosa procedencia”, “Que soy una detective” o “que intento descifrar las claves del éxito de Otto para copiarlas en otro lado”, de manera descuidada

pensamientos agolpaban su mente. “No tengo preguntas, no tengo respuestas, no sé qué hago aquí y casi me cargo la añada de este año por estar todo el día en la inopia. En menudo lío me estoy metiendo yo solita, definitivamente ¡Soy gilipollas!” conjeturaban sus neuronas intentando generar una reflexión veraz. Aun así, en el mundo abisal de la enóloga, una frase dentro de todo el historial relatado, le había producido un extraño picor. “No sabe decir que no” “¿y tú qué coño sabrás, payaso?! Estoy aquí por saber quién mató a mi padre, sin más” respondía con dureza. Pero el dardo ya se había clavado.

—De momento lo que vamos a ir trazando para usted es un tratamiento a base de terapias grupales en nuestra comunidad, algo de ejercicio físico, dieta equilibrada y un poco de meditación. En cada tiempo su habilitadora le irá mostrando caminos y pautas. Por así decirlo será su agenda y guía dentro de nuestra casa —dijo Isabel.

—Bueno, pensaba que me iban a sorprender con algún guiño futurista de sanación para los locos pero por lo que veo es todo muy común. Espero no me pongan un chaleco de esos de fuerza y me lancen, después, a una habitación de esas acolchada —enfaticó la enóloga con sarcasmo evidente intentando herir con sus palabras.

—No crea —torciendo el entrecejo—, si se fija y desde que ayer llegó, hoy es nuestra primera entrevista. Ayer, solo tomé unos simples requerimientos, absurdos y protocolarios. Desde que se ha levantado nadie le ha importunado y usted ya ha campado, a sus anchas, por nuestros jardines. Con esto, simplemente le digo que preferimos, en el periodo de adaptación de cualquier residente, que palpe la realidad antes de nosotros explicarla porque así, será más fácil conocernos ambos y usted no tendrá la tentación de huir, cosa común en muchos de inicio. Solo estoy exponiendo los informes que nos han hecho llegar, ¿le parece bien que nos basemos en informes de otros y no en los basados en lo que desde hoy, conozcamos de usted? ¿No es mejor ir poco a poco y hacernos una efectiva y justa composición de lugar? Usted, como bien puede apreciar con su actitud, no está siendo muy generosa —enfaticando bien las palabras para así mostrar malestar.

»No percibo un grado alto, por su parte, de estar concienciada con el origen de sus desvelos o males y eso, es vital si queremos brillar de nuevo. Por otro lado —moderando su apreciable enojo y haciendo más afable su diálogo—, con este primer análisis queremos encontrar un punto donde poder observar su sufrimiento y padecimiento, para desde ahí, ofrecer nuestra mejor terapia. Es por ello que entendemos, que usted haya venido. Como ve todo

tiene una lógica dentro del Sentido Otto de las cosas. Tenga en cuenta que nuestro objetivo es sanarla. El estrés prolongado se detecta visualizando situaciones emocionales negativas como ira, ansiedad o depresión o en otras fisiológicas donde reconocemos síntomas de sudoración o elevación de la presencia cardiaca. Y mi querida Aba, ayer simplemente le pregunté si sufría insomnio o algún trastorno alimenticio, es mejor colaborar, ¿no cree? Así pues, no, no aplicamos terapias provenientes del espacio exterior pero si cuidamos cada detalle de nuestra filosofía. Desde nuestro punto de vista, todo ello, es pura innovación en el proceso curativo de nuestros residentes.

—Estamos haciendo una pequeña exploración de sus condicionantes —terció de manera simpática aunque reflexiva Úrsula, al intuir que el comentario de Aba había enfadado a su jefa—. Es decir, hemos leído las fases pasadas de sus dilemas, taras y síntomas. El diagnóstico que nos hicieron llegar es solo un preámbulo para conocerle Aba aunque entiendo que algún particular pueda ofenderte —aportando constante calidez a cada palabra—. El Sentido Otto nos dice que todo lo anterior sobra, que es solo una excusa para mantener nuestros miedos y no afrontar nuestros desvelos. Para llegar a saber qué tratamiento debemos alumbrar debemos indagar más pero ya desde nuestra propia observación. Con esta introducción de su vida, hemos fijado nuestro primer punto de apoyo, desde aquí, pretendemos tener nuestro propio diagnóstico con nuestros métodos. Esas cosas a las que usted parece ningunear, de su pasado, influyen y mucho en su hoy y esas técnicas modernas que parece denostar, no dude que en su momento rebatirán sus pensamientos. Observaremos cuando sus males, comportamientos subyacentes y evidencias resultantes afloren. Desde ahí, trabajaremos con nuestro diagnóstico basado en la realidad que vemos pero sin soslayar su pasado. Supongo que a usted no le gusta le juzguen por el ayer, sino por el hoy ¿no es así? —preguntó de manera muy profesional y seria Úrsula.

“De acuerdo, lleváis razón, pero es que no estoy loca y no puedo decir que hago en este rollo de albergue hippie que os habéis montado. En mi vida nadie me ha tratado porque tampoco lo he necesitado, ¿lo entendéis? ¡Y claro! Ahora, pensáis que estoy como una cabra por una mierda de informe hecho solamente con el fin de poder ingresar aquí. Pero ¡no, no es así, que quede claro!”. Nunca le había gustado ser borde con nadie. Cuando lo había sido, a no ser que hubiera sido motivado por el típico comentario sexista de barra de bar o por algún otro desafortunado profesional, su mente imploraba pedir perdón de manera renuente. “Vale, lo siento, soy un poco

patas a veces” pensó.

—Siento si he sido borde —lamentó Aba sintiendo que había pagado con ellas su malestar al escuchar el diagnóstico recibido—. Una no está acostumbrada a escuchar cierta clase de cosas. De todas formas y si les parece, les puedo poner algún ejemplo sobre lo que quiero decir —prosiguió intentando reducir la temperatura de la galería—. He hecho muchos cursos de formación en mi carrera profesional, la mayoría eran dirigidos hacia el entorno del mundo del vino pero otros eran aplicados al trabajo en equipo, motivación, resiliencia, saber decir “no” en el momento adecuado...

De repente se dio cuenta. De su fuero partieron llamaradas hábilmente plantadas y ahora, brotaban inflamadas. “¿Cómo lo supo? ¿Cómo sabe tanto de mí? Sabía que no iba a poder negarme pero, es mi padre, no podía decir que no. Pero, por otro lado, nunca he sabido decir que no a nada y mira que me joroba a veces. Me está utilizado todo el rato el puto payaso. ¿Cómo sabe tanto de mí?”. Finos cristales se clavaban en su comprensión eludiendo ofrecer explicaciones plausibles razonadas.

—¿Es usted asertiva? —cortó la habilitadora.

—Sí. Creo que sí. Bueno, creo que sí — “pero ¿qué es eso de ser asertiva? No tengo problemas en decir que no a nada o nadie” se interrogaba. “De todas formas ¿no he llegado aquí por no saber decir que no a René? Lo he hecho por mi padre aunque...”. Exteriorizaba perplejidad por el hallazgo, no tanto por ser descubierto sino por reconocerse en la tara. Aun así, azorada, agradeció feliz la interrupción de su habilitadora, frenando así el desarrollo de la conversación.

—Lo siento. Creo que le he interrumpido —dijo Úrsula un poco cariacontecida ante la mirada de reproche de Isabel.

Aba no tenía muy claro cómo continuar pero desde su fuero interno reconocía que para salir indemne de la situación, debía ser muy inteligente y jugar bien sus cartas. Salirse del guión de paciente enferma en busca de solución a sus males abocaba al fracaso su misión. Estaba en un embrollo y necesitaba recobrar la confianza perdida a su alrededor. “Menuda tontería eso de la asertividad. No va conmigo. Soy la que más veces dice no al cabo del día. He venido aquí por restaurar el honor de mi familia” en un torbellino mental, reflexionaba, mientras enormes dudas le corroían. Buscando ganar tiempo, recordó un ejemplo que había escuchado en un curso sobre gestión emocional. “Si todo el mundo quiere tenerme como cebo ¿por qué no comenzar yo a ser más lista y utilizar a los demás?” risueñamente interpretó.

Fingiendo preocupación e intentando volver al redil de los buenos gestos y las aguas tranquilas, prosiguió.

—Es verdad llevo una temporada que no me aguanto ni a mí misma. Si quiere les puedo poner un ejemplo de situaciones que alguna vez me pasaron, quizás así, me puedan entender mejor.

—Perfecto, adelante, ese es el camino —asintió Isabel.

—Imagine —más tranquila y elucubrando sobre la marcha— una situación en la que me apetece salir y una amiga me llama para tomar un café. Aunque deseo salir lo primero que pienso es que no me apetece porque me puede atiborrar a preguntas sobre chismes o por qué no tengo novio. Esto me genera estrés incluso decaimiento. Realmente quiero salir pero no sé qué hacer. Mi primera reacción es decirle que no, lo cual me provoca alivio momentáneo pero en segundos llega la tristeza porque sigo tirada en el sofá. La cosa es que al no tomar una determinación contundente mantengo el problema, no entra luz o energía positiva dentro de mí y me deprimó. Es decir, no empatizo ni con la persona que me propone el café ni conmigo misma y lo que es peor, no justifico el porqué digo que no, es decir, gano tiempo pero realmente lo estoy perdiendo. Salgo de la situación pero al no tomar una solución, me deja insegura. Es decir, mi mundo interior, al no actuar con contundencia se resquebraja. Ni sí ni no, un rollo, la verdad —e inició un leve soplido para aseverar su pensamiento.

—Creo que con ese ejemplo, como usted dice, podemos enfocar mucho mejor los problemas que le han traído con nosotros ¿verdad? Detecto en usted carga de ansiedad generada por trastornos de estrés o emocionales y ese será nuestro punto de partida. Su terapia va a partir desde el universo de las llamadas técnicas cognitivo conductuales y nuestro trabajo será, una simple resolución de sus problemas comenzando desde ahí, desde cómo interpreta cada minuto de su vida.

—Pues no lo sé la verdad, pero me parece interesante —pensativa y un poco cariacontecida permanecía Aba.

—¡Ves, ya no estamos acercando un poquito más! —enfaticó contenta Isabel—. De eso se trata, de ir hablando, poquito a poquito, para ver hasta donde llegamos. Por cierto, me gustaría volver a preguntarle, ahora que no estamos abriendo ¿duerme usted bien? ¿En épocas de mucho stress en vendimia, toma algún relajante o antidepresivo?

—No, para nada, suelo llegar reventada a casa y aunque alguna amiga toma Orfidal la verdad que yo no he caído aún en ellos —afirmó tajante feliz

con la respuesta.

—Me parece perfecto, nunca es bueno mecerse en relaciones con los opiáceos. Como piedra de toque inicial creo que ya hemos hecho mucho por hoy. Ahora Úrsula le mostrara su lugar de retiro definitivo para este tiempo. La habitación donde ha estado esta noche es la que llamamos de acogida. Su habilitadora le irá contando nuestras actividades y semanalmente usted y yo tendremos un poquito más de terapia para ir reduciendo sus momentos críticos. ¿Alguna cosa antes de despedirnos?

—No de momento nada. Excelente Gustavo y vuestro buffet y me ha encantado la conversación con Elena, una mujer de éxito, no cabe duda —resuelta afirmó.

Las dos mujeres emitieron sendos e instantáneos mensajes de tristeza que inmediatamente se reflejaron en sus rostros, lo cual hizo que Aba se preocupara y preguntara.

—¿Sucede algo?

—Como le hemos dicho —dijo Isabel pausadamente—, esto es un lugar de reposo y reactivación para muchos como usted pero en el caso de otros no lo es tanto. Elena fue empresaria de éxito y es verdad que goza de altísima posición económica gracias a las labores gestoras de su consejo de administración. Pero, hace ya muchos años, tuvo un fatídico accidente de coche en el que ella era la conductora. Un despiste de Elena parece que fue. Su marido y tres de sus hijos murieron. Quebró su vida y una brutal depresión la depauperó hasta extremos que ni aquí somos capaces de explicar. Le queda un hijo que administra sus bienes y suele venir cada mucho tiempo pero ya no tiene consuelo. Vive retirada en Los Picos desde que casi se puso aquí la primera piedra, aunque la verdad y gracias al Sentido Otto, ahora mismo vuelve a brillar de nuevo. Incluso da algunos paseos por Haro, Santo Domingo o Ezcaray pero, ya no volverá al mundo, tal como usted y yo lo conocemos —se notaba que le tenían cariño a Elena ya que la tristeza, tiznaba el relato de los hechos.

Tras un par de besos y palabras cordiales de punto y seguido, Aba se vio caminando por cada rincón del lugar, como si de una visita turística se tratara. Un plano de enormes proporciones se resolvía bajo sus pies con armónico estilismo y sutil precisión. Úrsula le fue explicando con pausa, brillantez y sentido orgullo de pertenencia las principales peculiaridades de Los Picos de Posadas.

—Cada día después del desayuno, tenemos un pequeño espacio para la

meditación personal en nuestras habitaciones o en cualquier lugar de nuestros ambientes abiertos. Los jardines, el pequeño río que fluye desde la montaña o cualquier punto dentro del gran perímetro de nuestra residencia están a su disposición —explicaba la habilitadora.

—Parece muy grande ¿no? —replicó ensimismada Aba.

—Sí, la verdad que uno se puede perder, tanto aquí dentro como fuera. Tenemos casi 20 hectáreas a nuestra disposición. Miré, justo ahí tiene un pequeño mapa donde se puede apreciar todo el complejo residencial —y señaló un cuadro que en mitad de un salón de lectura se colgaba—. Si se fija, el pequeño manantial, se filtra desde la montaña y pasa justo por el medio hasta desembocar en el río Oja, unos cientos de metros más abajo. Le recomiendo pasee y medite en esas zonas. También puede caminar y adentrarse un poco en la misma sierra o por nuestra zona ajardinada.

—Tiene incluso un laberinto, por lo que veo —miró interesada.

—Los juegos siempre son bienvenidos en el centro y más ahora que se acerca el Día del Fuego.

—¿Del fuego...? Algo me comentó Elena, ¿qué es?

—Sí, si nuestro objetivo es el cambio ¿Por qué no celebrar los solsticios y equinoccios? La naturaleza es más sabia que nosotros, así que, simplemente copiamos su modelo de regeneración. Celebramos los cambios de estación. En breve saludaremos al invierno y aprovecharemos todos los recursos de los Picos para hacer que el sentido Otto se acentúe en plenitud —haciendo que su explicación sonara más, a digresión protocolizada dentro de la explicación general, que a ilusionante expectación.

Aba buscaba información y no, otra vez más, las cientos de frases interiorizadas y recitadas hasta la extenuación. A pesar de que su cariño y profesionalidad eran claros, también era obvio, que era extremadamente opaca en mostrar connivencias o cercanía con los pacientes. Aun así el empeño de la enóloga no decayó y prosiguió, afanosamente, en buscar nuevos nichos de información.

Fugazmente y antes de proseguir su periplo se interesó por una edificación que, pintada de color marrón, se perdía entre una masa de árboles, que como preludeo, presentaban la montaña.

—¿Y eso qué es? —señalando la casa.

—¡Ah! Nada, una casa de aperos y útiles para el trabajo. Somos muchos los que trabajamos aquí y muchos son los operarios que componen el grupo de mantenimiento.

—Pero no parece eso ¿no? En la bodega ese tipo de lugares son bastante pequeños e incluso suelen estar un poco descuidados. Me parece un poco extraño que se refleje en una pintura, además es que sus dimensiones las veo demasiado grandes y la verdad, parece más un chalet que una casa de aperos —utilizando de nuevo su vis cómica.

—Bueno, aquí como ve, todo es a lo grande —un poco molesta por la insistencia de Aba, Úrsula le cogía del brazo intentando continuar la marcha.

La casa aparecía a una distancia estimada de un par de kilómetros de la residencia. Su preponderancia en el cuadro delataba algo mayor que un simple lugar para guardar materiales de trabajo.

—Un poco lejos para guardar cosas ¿no? —interpeló, de nuevo sin éxito, buscando permanecer y alargar la conversación.

Las dudas se quedaron ancladas como ecos congelados dentro del lienzo. Úrsula, ya en otras cosas, siguió adelante persiguiendo el inmediato olvido de Aba. En cambio, este, anidaba ya en la perspicaz mente de la enóloga.

El edificio constaba de dos pisos y una planta baja, la cual, oficiaba de hall de recepción. Cocinas, salones de actos, oficinas administrativas y salas de consulta se diseminaban por doquier en la planta baja. Disimuladamente, Úrsula había encaminado a Aba hasta las puertas de lo que parecía el salón principal. Estas tenían un toque versallesco, como advirtiendo al visitante, lo que se estaban a punto de contemplar. Girando los pomos con lentitud para conferir algo de misterio al asunto, la habilitadora abrió a los sentidos de Aba, el gran salón central de Los Picos de Posadas.

—Alucinante, verdad —admirada, sin llegar a la exclamación derramó un suspiro ante su contemplación—. Es nuestro guiño al cuento de las Mil y Una Noches, aquí celebramos los solsticios de invierno y otoño, la entrada del año y el baile de máscaras de carnaval. Es nuestra pequeña *extravaganza*^[14], lo único que distorsiona un poco del resto.

—¡Madre mía, es increíble! —casi eufórica gritó Aba.

—Igual está demasiado recargado —embelesada recorría con su mirada cada recoveco del mismo—, pero una no se cansa nunca de admirarlo. A mí me genera calor, casi erotismo, pasión desbordada en las líneas que se retuercen sobre sí mismas. Como le decía, es la única dimensión, dentro de nuestro centro, donde todas las energías deben confluír para irradiar fuerza y regeneración. Nuestro fundador lo imaginó como un regalo a nuestros sentidos. La verdad que lo entiendo, el proceso de sanación es muy duro y

esta zona debe ser el lugar donde los objetivos se consiguen o donde aspiramos a ellos. Como vas viendo, la decoración comparada con el resto, es totalmente distinta.

Una especie de bóveda de cristal, amparada por columnas de mármol de estilo clásico, protegía y cubría con belleza el salón principal de los Picos de Posadas. Una enorme fuente de dos alturas con varios querubines y sirenas, donde por sus bocas manaba abundante agua, trasladaba al visitante a la antigua Grecia.

—En tiempo de vendimia colorean el agua y simular ser vino —apuntó Úrsula espiando el rastro atónito de los ojos de Aba.

En la pequeña piscina que formaba la fuente, pequeños peces de colores nadaban en eterno sin fin protegidos por hojas que escondían su vagar. La columna principal, de estilo salomónico, era serpenteada por fornidas ramas y hojas de color azulado haciendo que, el color mercurio casi acaobado de la columna, le diera un toque cálido y tórrido al entorno. Coronado por un capitel, repleto de racimos de uvas expuestas bajo un paño de pan de oro, señalaba el estilo rococó del salón. Como si se tratara de un espejismo, sin disimulo, se ofrecía una sensación de opulencia y riqueza. Una enorme y armoniosa cristalera, ahora cerrada, dejaba a la imaginación los jardines que tras traspasar su puerta se hallaban. Divanes y sillones, aterciopelados y con pretensión de haber jalonado las estancias de cualquier palacio del siglo XVIII se dispersaban por el plano de la sala principal. Sobre una cómoda, sorprendía un reloj con guarnición, estilo Luis XV, en bronce dorado y porcelana de *Meissen* que distinguía por su calidad. Figuras y esculturas de marfil, hueso, plata, bronce... se repartían por la sala donde espejos dorados, sutilmente colocados prolongaban su contemplación, retrotrayendo al visitante, a otros tiempos y a otras edades. Cuadros, casi superpuestos, de renombrados paisajistas y románticos atestaban los espacios.

—No tiene nada que ver con el resto —persuadida por la contemplación Aba, aún anonadada, intentó hablar sin demasiado énfasis.

—El “sentido Otto” promueve espacios de evasión, siempre naturales y sencillos, pero de vez en cuando el espíritu debe brotar y ser libre. Esta es su propuesta para momentos donde las energías positivas han de compensar el esfuerzo que hemos librado para conseguir metas.

—Es decir, Otto también nos ofrece un poco de colesterol saliendo de tanto rollo místico actual gastronómico ¿no? —intentando hacer una broma y ya de paso tocar las narices a su habilitadora.

—Es un poco simplista lo que dices y rompe el espíritu de este ambiente —expresó algo molesta Úrsula—, aunque entiendo que al no conocer nada digas esa barbaridad, espero con el tiempo podamos corregirte. Como ves tenemos trabajo por delante contigo —devolviéndole con un guiño del ojo su broma.

—Lo siento —terció Aba con una gran sonrisa—. De todas formas he de decirte que me ha encantado ese sillón Luis XVI dorado y tallado *bergère*^[15] pero el ánfora azul cobalto con asas de oro y la bombonera de Limoge que está en aquella mesa de luz —señalándola con su mano—, me han dejado boquiabierta.

—¡Vaya! Veo que eres como yo —Úrsula rompió toda ceremonia protocolaria encantada con la revelación—, a mí también me encanta el mundo de la decoración.

—Ya ves —siguiendo con la confidencia—, los tiempos de hacer vino son muy lentos, así que me doy a la lectura de revistas de decoración. Por cierto, ¿muchos de esos muebles son buenos? —preguntó con manifiesta inocencia—. Si es así, deben valer una fortuna.

—Pues no lo sé pero supongo que sí. La verdad que son preciosos.

—¿Y suelen comprar muchos de estos? Qué tonterías digo, con mi sueldo casi no me puedo pagar ni mi casa como para... —expresó fingiendo decaimiento—. En fin, ya me gustaría ir a la feria de antigüedades donde los compran y fisgar un poco porque debe ser una maravilla ¿no sabrás de dónde los traen, verdad?

—Pues me encantaría saberlo porque iría de cabeza yo también pero es raro porque, piezas que hoy veo aquí, hace una semana no estaban. Supongo que son nuevas inversiones que hace la propiedad en definitiva —abierta de par en par Úrsula había caído en la trampa de Aba.

—Bueno, pues estaremos atentas y un día, cuando yo esté bien, nos escapamos a ver una feria de esas. De todas formas mantenme al tanto de objetos nuevos que lleguen, me alucinan estas cosas.

—No lo dudes —selló con sigilo su nueva confidente.

El gran salón de las Mil y Una Noches se cerró tras la espalda de ambas quienes cogieron un ascensor que se encontraba al final del corredor. “Está claro que debo aprovechar las oportunidades”, sentenciaba feliz el recién inaugurado perfil detectivesco de Aba. “Así que aquí, delante de todos, descansan las obras robadas. ¡Qué perspicaces! ¿Cómo va a sospechar alguien teniéndolo tan a la vista?”. En cambio la paz interior le duró poco. Su

semblante se mortificó de nuevo al irrumpir, con estruendo, una desoladora duda. “Y mi padre. ¿Con cuánto habrá contribuido a llenar este salón?” percibiendo indeleble su presencia, apretó los puños de sus manos y siguió la estela de Úrsula.

El segundo piso se abrió a los ojos de Aba y un largo pasillo lleno de habitaciones apareció.

—Recuerde que en breve tendremos nuestra primera sesión grupal con los que serán sus compañeros durante una, espero, corta temporada —el tono de la habilitadora se había vuelto de nuevo cortés y protocolario.

—Y entonces el grupo es... —dejando que Úrsula completara la frase.

—Tranquila, es otra parte más de nuestros tratamientos. Ponemos en común en equipos diversos nuestras dudas, miedos o fortalezas para así, al exteriorizarlos, afrontarlos mejor. La comunicación siempre nos ofrece energías y resultados positivos. Ya lo irá comprendiendo en función de su recuperación con nosotros.

—Entiendo, típica terapia de grupo ¿no? ¿Como las de las pelis? —el cinismo seguía presidiendo las palabras de Aba.

—Su habitación es esta.

El tiempo de la confidencialidad y cercanía había terminado y Úrsula, tras entregarle una llave electrónica, tomó el camino de vuelta perdiéndose de nuevo tras la puerta del ascensor.

Se sintió sola. Era sujeto en un escenario del que no quería ser parte y para el que ni tan siquiera deseaba estar preparada. Rehén de las acciones de otros, empezando por las hechas por su padre, ahora debía buscar e investigar para encontrar quien sabe qué. Otto comenzaba a suponer una pesadilla que impregnaba el todo. Mentar su nombre generaba un temor imposible de soslayarlo. Se hallaba, dentro de la boca del lobo, sin poder llamar a nadie para poder llorar o ser escuchada. Tras la puerta quedaron miles de dudas, que de manera constante, se empeñaban en crecer. Por delante, oscuros presagios y malas sensaciones, arropaban el horizonte.

Observó la habitación y pudo ver cómo cada detalle era tenido en cuenta con tal de lograr la estabilidad y tranquilidad constante del cliente. “Vaya con el estilo *wabi-sabi*. No entiendo esto de la moda de los objetos desgastados por el tiempo. De estos tenemos mogollón en la bodega o en las casas viejas del pueblo y no le damos tanto bombo, la verdad” pensaba circunspecta. Minutos antes Úrsula, en el ascensor detallaba, la exquisita cadencia de Los Picos por cuidar todos los detalles y estar siempre a la

última. Los colores tierras y morados, expuestos para dulcificar la mente y los sueños, no casaban con el estado emocional de Aba. “Joder, y todo este dispendio para que me digan que no soy asertiva o que tengo estrés”, su mente, turbada, acusaba herida el diagnóstico escuchado, “además ¿y a mí, qué me importa eso, si me va genial en la vida? ¡¿Qué leches hago aquí?!”. Nerviosa, enfada, Aba repasaba la habitación sin prestar atención. “Pero, es verdad que tampoco sé decir que no. Mejor me hubiera ido si le hubiera mandado a la mierda en Hendaya”. Comenzar a reconocer la tara enturbiaba más sus cavilaciones. “Vaya marrón”, cerró su mente.

Ofuscada y sentada sobre la cama miraba hacía el balcón. Un enorme chorro de luz penetraba en la habitación ofreciendo calor y luminosidad. El baño grande e inmaculado había sido limpiado por un tal Luis quien le había dejado un par de manzanas, una roja y otra verde, casi de exposición por lo bien parecidas que eran, sobre la cama. Toda su ropa había sido colocada con esmero en cada cajón y un par de zapatillas de estar en casa se ofrecían a los pies de la cama. “Bueno, es verdad que el manicomio para ricos este, es impresionante”, reflejado el pensamiento, un imprevisto esbozo de sonrisa, se apercibió en su bello y ya, menos pálido rostro. “En menudos líos me metes papá, pero tranquilo que ya estoy aquí para salvarte, no te mereces esta pedazo de hija que tienes”. Ampliando la mueca y sonriendo, encontró de nuevo pequeñas hebras de calor. “La verdad que siempre he estado un poco loca. En fin, va a ser divertido esto de ser poli”, sentenció logrando rellenar de energía positiva su ser.

Sentada sobre la cama y sin saber por qué, una extraña sensación de bienestar le abrazaba.

Capítulo 4

El Sentido Otto procedía que, a media mañana, hubiera un momento de introspección particular y en cada habitación cada residente evolucionara, meditando. Aba, tras la reunión, tomó un baño y se quedó profundamente dormida, casi bajo las mismas aguas. De los brazos de Morfeo fue rescatada, abruptamente, cuando fue recogida por su habilitadora para acudir a uno de los jardines, donde en breve daba comienzo su primera terapia en grupo.

—Llevo media hora aporreando tu puerta Aba —dijo Úrsula con evidentes símbolos de enfado—, debemos ser siempre puntuales por respeto a ti y a tus compañeros.

—Me quedé dormida, lo siento —replicó con evidentes rastros de sopor.

—¡Se trata de meditar, no de dormir Aba!

Porcentualmente había más o menos el mismo número de residentes entre hombres y mujeres pero sí que variaban los rangos de edad, dado que, según la doctora, “los humanos son adictos perennes a cualesquiera de las definiciones de la palabra locura o pasión y según nos hacemos mayores, parece que empeoramos en vez de mejorar con la madurez”. Úrsula, aunque manteniendo un rictus severo de impostado enfado, miraba con cierta simpatía a Aba pensando en cuál sería su tara verdadera, problema o deseo acuciado en ponerle freno. Sabía que en el centro no tenían por norma poner excesivo énfasis o verosimilitud a los diagnósticos llegados del exterior hasta, ellos mismos, no tener una propia composición de lugar, la cual solía tardar un tiempo en exponerse. Primero reconocían y observaban, después emitían pequeños parches correctores o moduladores de comportamiento, con el fin de ver errores o resistencias del paciente, para ya después emitir un diagnóstico final y comenzar los tratamientos. No es que desdeñaran las medicaciones farmacológicas o los paliativos, simplemente intentaban que el Sentido Otto guiara todos sus pasos desde el inicio. La habilitadora se había visto en decenas de situaciones en las que el paciente era recibido contemplando una determinada anomalía para, a los pocos días, determinar un diagnóstico totalmente diferente. Así pues, aunque pareciendo enojada, analizaba con detenimiento a la enóloga deseando encontrar las huellas que declamaran su mal.

Cogiendo el ascensor y haciendo un inciso Úrsula le dijo:

—Aunque haya botón para el primer piso, solo se accede con una llave que se inserta aquí.

—¿Pacientes conflictivos?

—¿Conflictivos? —miró con estupefacción la habilitadora—. Otros problemas, otros síntomas, ni mejor ni peor, versos sueltos, quizás. Dentro de la composición global de los Picos de Posadas no podemos dejar —volviendo al tono protocolario que comenzaba a sacarle de sus casillas— de lado a personas que tienen mayores problemas que nosotros y que requieren control exhaustivo. Males del espíritu, expuestos y promovidos muchas veces desde la cabeza, como la falta de fuerza para bregar en las mallas de la vida, el pesimismo existencial o trastornos del sueño se reparten por las habitaciones. Algunos de ellos, pobrecitos, con tendencias muy claras hacia el suicidio. Hay pacientes con cuadros de bulimia o anorexia, ansiedad extrema o enfermedades catalogadas como raras. Y luego, dentro del propio espacio pero diferenciada del resto hay unidad especial totalmente equipada para determinadas demencias. Pero bueno, siempre está llena la segunda planta, donde estáis los ricos —haciendo una mueca en señal de broma.

—Pero si no tengo un euro —dijo perpleja.

—Ah y entonces ¿cómo pagas todo el dineral que cuesta aquí la estancia? —preguntó interesada.

—Bueno, pues la verdad... en fin, temas familiares —su mente gritaba enfadada “¡René me ha metido aquí! Pero claro, cómo le voy a decir eso” se decía con visible muestra de contradicción.

Cerrado con silencio el tema y sabiéndose perdedora en la pequeña batalla, siguió a Úrsula hacia los jardines. En el recorrido pudo apreciar como distintos grupos, alrededor de lo que parecían piedras ornamentales finamente talladas, se disponían en atenta escucha. Todavía no distinguía si la persona que presidía la reunión era un médico, un psicólogo o uno de los habilitadores del centro pero el caso es que todos parecían pertenecer a un mismo todo. Túnicas de colores, bufandas irisadas, grandes sombreros de ala ancha, blusas y pantalones de aspecto ibicenco rompían con inusitada estridencia por doquier. El mestizaje, las raíces o los gustos de cada cual vivían sin recelos.

—No permitimos ir desnudos a nadie aunque si dejamos al libre albedrío los gustos en el atuendo. Efervescencias anímicas y felicidades momentáneas, a veces, requieren proyectar al cuerpo libre de ataduras, pero no podemos saltarnos ciertas reglas de decoro que el Sentido Otto persigue —le había dicho Úrsula al advertir, la cara de indisimulada sorpresa con la que Aba miraba el amplio abanico de atuendos—. Al final, la vestimenta, es

como un termómetro vital que nos permite observar y anticipar nuestros estados. Como comprenderá, en este lugar, la previsión de los posibles comportamientos es muy necesaria.

Entre los moradores del centro aparecían estrellas de la música o actores venidos a menos, ilustrados pertenecientes a la alta sociedad o profesionales con renombre, empresarios de éxito o altos ejecutivos que no solamente habían sido relegados por sus fans, clientes o empresas sino que, morían de soledad, al ser abandonados incluso por sus más cercanos. A cada nuevo residente se le asignaba un pequeño grupo al que el Sentido Otto llamaba comunidad. Lo normal es que cada grupo tuviera en sus componentes, padecimientos de alguna manera similares, para así facilitar la interacción. El de los adictos a las metanfetaminas y drogas en general, permanecían en un régimen de tratamiento más aislado y especializado ya que, alguna vez se había descubierto, intentos de tráfico de estupefacientes dentro del centro. Otra pequeña comunidad, trabajaba con el afán de poder desengancharse del mundo viral de las redes, sexo compulsivo, juego y alcohol mientras otra, se circunscribía a la desintoxicación del trabajo extenuante o búsquedas de caminos, que hicieran deglutir, la palabra éxito, en vetas de humildad.

En cambio y, a diferencia del mal de cada cual, si que había una característica común a todos los internos. La mayoría de todos ellos pertenecía a clases, lo suficientemente altas, como para poder pagar el desorbitado precio de admisión.

El cambio climático acechaba en las montañas conllevando que, el otrora caudaloso manantial que atravesaba el jardín fuera, prácticamente un recuerdo de lo había sido. Aun así y aprovechando la ocasión, Úrsula, como habilitadora de todo el grupo había dispuesto una serie de cómodas sillas alrededor del cauce para, según ella “aprovechar los sonidos del agua con el fin de poder llenar nuestros sentidos de frescor”. Ruborizada y azorada, intuyendo lo que en breve le iba a tocar, Aba llegó a su comunidad. El grupo departía en orden y en entretenida escucha activa.

“¡No estoy loca! ¡Estoy aquí por culpa de mi padre que me ha metido en un puto lío! ¡Mierda! Soy una enóloga genial ¡Yo no tengo pasta como para poder pagar todo esto! ¡No estoy loca!” Velada y agriamente, gritaba su mundo interior. Sentada, con lo que iba a ser su pequeña nueva familia, no pudo más que admitir la realidad, estaba en una residencia para enfermos de la mente y el alma.

Su mente alucinaba al verse en semejante situación. Su comportamiento externo repleto de sonrisas, corteses y simpáticas, suponían clara afrenta hacia unas cavernas donde la sangre hervía.

Todos estaban allí sentados formando una especie de cónclave. Unos ahondando sobre el complicado pasado de sus vidas y lo que les trajo a Los Picos y otros simplemente abstraídos en sus propios mundos perdidos. Anhelos o creencias sobre nuevas construcciones personales y retos a conseguir eran compartidos. Bocanadas de aire fresco, refrendadas en palabras que salían del alma y que luchaban por ponerse en paz con el mundo. Sonidos reverberando luces de vivos colores en un día, algo ya más fresco, prolegómeno del cercano invierno. Aba, atónita, escuchaba. Anulada, rogaba porque una escalera proveniente del cielo la rescatara.

—¡Hola a todos! —la habilitadora, sonriendo, intentaba hacerse paso entre el amasijo de conversaciones superpuestas—, creo que es momento de comenzar. Por favor, un poco de silencio y tranquilidad —volviendo a intentar hacer valer sus órdenes.

El ruido y los diálogos fueron cesando hasta que el silencio, roto por el discurrir del pequeño hilo de agua, inundó el lugar.

—Bien comunidad, antes de comenzar nuestro día y tal como el Sentido Otto aconseja vamos a estar unos pocos minutos meditando y asumiendo la naturaleza en nuestro interior —y cerrando sus ojos, mientras proclamaba su tranquilidad, se desplomó hacia su mundo interior.

El grupo siguió sus pasos y todos caminaron hacia la contemplación, fuese la que fuese, menos Aba, que andaba a un paso de soltar una carcajada o ponerse a llorar, no creyéndose que estuviera inmersa en semejante dilema.

Los ojos de todos permanecían cerrados. Aba, ansiosa, buscaba una composición de lugar fiable para comenzar a ubicarse. Necesitaba hacerlo ya o terminaría, de verdad, loca. “¿Y si el propósito de René era simplemente meterme aquí para poder controlarme? O quizás que vaya poco a poco perdiendo el sentido y desde ahí hacerme sumisa para Dios sabe qué”. Pensar dichas premisas le causaba profundo terror. Aún luchaba, por no coger la puerta de salida y largarse en ese instante, como para aparentar un estado del que ni tan siquiera sabía interpretar. Necesitaba encontrar respuestas y registrar conexiones entre Otto y su padre. Los nervios y el desasosiego trastocaban su mente y ahora urgía frenarlos para poder llevar al límite su inteligencia. Otto era un ente presente y constante para todos en Los Picos de Posadas pero totalmente invisible. Su filosofía de la vida se manifestaba en

cada frase pero su voz permanecía escondida y alejada del ruido. René le había convencido para ser su anzuelo, comenzaba a tener clara su pretensión, pero no lograba vislumbrar correctamente cuál era el fin de lo perseguido por el policía. ¿Detenerlo o quizás quedarse con una parte del botín? ¿Saldar cuentas con Otto y Maurice ya que le dejaron tirado y ahora buscaba venganza o desmembrar una organización global mafiosa? Múltiples posibilidades sobre ninguna premisa válida. El caso es, que cada vez tenía más claro, que alguien intentaba dominarla y hacerla rehén de sus deseos o metas y esa pretensión, le generaba escalofríos. No tenía argumentos o razones de peso pero, por alguna extraña razón intuía, que había una gran verdad escondida de enormes proporciones. La muerte de su padre respondía a una parte, dentro de un gran todo, de algo inexplorado para ella. Constatar la mano de su progenitor en el gran salón, donde los más exclusivos objetos se agolpaban le había supuesto un duro golpe. Ya no eran mentiras o cuentos contados por un policía extraño sino retorcidas verdades. “Será por lo que hay en el salón supongo e imagino que René, necesita evidencias o constatar que lo que hay ahí expuesto es lo robado. Por tanto, ¿soy yo la persona que ha de delatar el hallazgo y denunciar a Otto?” Pero por otro lado, había una sensación interna que, sin poderla poner nombre, se expandía con fuerza por su ser. Comenzaba a entender que el sí, dado al policía, respondía más a su avidez y necesidad por entender su pasado renombrando sus orígenes que a resolver un robo o un asesinato. Su padre había muerto, sí, pero el relato de los hechos no se correspondía para nada con las sensaciones y recuerdos, recibidos e interiorizados como hija. Por lo tanto, necesitaba más respuestas próximas a sus sentidos y sentimientos que testamentos o liturgias sobre asesinatos o expolios. Debía comenzar a dominar ya la situación. Era el momento de ponerse a trabajar. La paz reinaba en el ambiente y los sonidos del viento, del agua o de cercanos pájaros ayudaban a desarrollar y mantener la armonía.

Un poco más tranquila y mejor situada fue viendo como los ojos de todos se iban abriendo y recomenzando su flujo vital. Sonrisas tras venir del más allá aparecían en cada una de sus muecas y aunque hacía algo de fresco, densa humedad cargaba el espacio.

—¡Qué bien sientan estos minutos cada día! —exclamó Úrsula abriendo el diálogo—. Como podéis ver y antes de comenzar nuestras conversaciones hoy recibimos a Aba entre nosotros —un sonoro, protocolario y coral “hola Aba” emergió del grupo—. Aba es enóloga de una importante

bodega en Haro y tras años de extenuante trabajo está buscando, gracias a nuestro Sentido Otto, relajación, tranquilidad y espiritualidad.

—“Y dale con el Sentido Otto, ¡qué petardos!” —hablaba su mente—. ¡Hola a todos, estoy encantada de estar aquí! Como bien dice nuestra habilitadora, llevo trabajando muchos años, casi al borde del colapso. Vendimia tras vendimia, buscando la calidad absoluta en cada vino y con un nivel de auto exigencia altísimo han hecho, que me sature. Hubo un momento en que me enfrenté, incluso, a grandes instancias institucionales con el objetivo que no pasara el tren de alta velocidad por nuestros viñedos y rompiera un equilibrio que nos ha costado tanto conseguir. No poder combatir contra gente tan poderosa, constatar mis limitaciones me hizo claudicar y buscar paz y tranquilidad en este precioso lugar —“madre mía lo que he soltado, me parto”, volvió a confesar su mundo interior alucinando con su alocución.

—¡Buen espíritu! —exclamó encantada Úrsula con su auto presentación—. Ya que hemos abierto la veda, me gustaría que cada uno de vosotros os presentarais y así Aba os pueda conocer.

La comunidad de Aba estaba compuesta por nueve personas, incluida ella. Dos sillas permanecían vacías, así que era obvio que en el grupo faltaba por llegar dos residentes. Aparentemente parecía gente muy normal y más simulaban, estar disfrutando de unos días de asueto que esforzados por revitalizar su psique.

—Me llamo Sofía —intervino la primera de ellas. De una manera seria y responsable comenzaba a presentarse—. Llevo ya aquí casi un año pero cada día, afortunadamente, es como si fuera el primero —y su cara reflejaba condescendencia y realización a partes iguales—. Antes trabajaba en la Bolsa como bróker. Largas jornadas de trabajo, competitividad desmedida y extenuación pertinaz me llevaron a necesitar la ayuda de una larga lista de opiáceos. No terminaron ahí mis problemas, en mi delirio, me vi abocada a una profunda depresión casi con tendencias suicidas. Incluso un par de veces terminé autolesionándome. Sin saber qué hacer conmigo, mi familia me trajo aquí donde comencé en la comunidad de la primera planta hasta que, hace unos meses, el bienestar creció en mí y ahora estoy, gracias al Sentido Otto, aquí con todos vosotros.

Un sincero aplauso partió del resto de sus compañeros quienes se sentían coparticipes de su éxito. Sofía parecía algo mayor que los treinta y muchos reflejaban en su carnet. Imbuida por el espíritu de Los Picos de

Posadas iba vestida con una túnica azul celeste con un gran sol cosido a su espalda. De aspecto débil costaba imaginar su exigente paso por su anterior vida. En cambio, su poderosa gestualidad, delataba muchas heridas sin cicatrizar.

—Ay que tonta he sido —dijo un poco azorada Úrsula—, he sentido la mirada de Aba buscando los propietarios de estas dos sillas...

—No, tranquila, simplemente estaba observando y me chocó —corrigió rápidamente ella.

—¡Buena observadora! —prosiguió encantada—. Se nota que trabajas en el mundo del vino...

—“¿Y qué tendrán que ver churras con merinas?” —se interrogó Aba.

—...el caso es que una, y siempre en cada comunidad, es reservada para nuestro fundador Otto, que aunque nunca suele aparecer, demostramos así nuestra cortesía y le ofrecemos espacio...

—“Otto que estas en las alturas” —con sorna rezaban sus neuronas.

—...la otra es para Andreas, un miembro de nuestra comunidad que siempre se retrasa. Es un error mío que debo corregir, no encuentro herramientas para hacerle entrar en vereda a este hombre —mientras un rictus de profundo amargor se reflejaba en su rostro—. En fin, siguiente...

La mirada de la habilitadora buscaba un nuevo participante. Inmediatamente y casi sin dejarle terminar de hablar, un hombre de unos sesenta años, aparentemente muy alto y voluminoso, canoso y con larga barba tomó la palabra.

—Hola Aba, encantado de tenerte con nosotros —mirándole francamente y dirigiendo una complacida sonrisa—. Me llamo Damián y hasta hace no mucho tiempo no he sido capaz de responderme, ni a mí mismo, sobre el porqué estoy aquí. Reconocerlo me ha liberado rellenando mi vida con mucha paz y armonía —sus palabras parecían vaporosas dado el cuidado esmero con que pronunciaba cada una de ellas—. Procedo de una familia muy humilde del sur de España. Desde siempre trabajé en el contrabando hasta que hice algo de dinero y cree una pequeña red logística que daba apoyo al desembarco de estupefacientes. Mi trabajo, desde ese momento, fue dirigir una red de compra y venta de fuerabordas que se utilizaban para dar soporte a las mafias de la droga. Medré en fortuna, reinvertí de nuevo y mi siguiente paso fue, comprar barcos pesqueros que hicieran el trayecto entre puertos de Venezuela y España. Así pues, era un intermediario necesario en el tráfico entre los dos continentes. Un día uno de

nuestros barcos se hundió en alta mar y unas doce personas murieron por mi culpa. La policía me detuvo y pusieron ante mí cientos de escuchas y pruebas que me involucraban. Tras pasar diez años en prisión, mi abogado, pactó con el juez rehabilitarme en Los Picos donde llevo ya algo más de tres años. Como decía antes llegué aquí solo por librarme de una condena y hacerla más asequible, ahora doy las gracias al Sentido Otto de haberme liberado de mis cadenas.

—Has comenzado diciendo que al principio no supiste el porqué de tu presencia aquí ¿ahora lo sabes? —moderando la habilitadora la conversación.

—Bueno, todos mis actos tenían una constante u objetivo perseguido, como era, la acumulación de bienes materiales, pasase por encima de quien pasase. Mis manos estaban llenas de sangre. Esa forma de ver la vida me hizo obviar el daño que mis fines podían acarrear a otros y sobre todo a los que más me querían. Mi trabajo escupía constantemente indeseables compañeros de viaje que solo amaban el dinero que podían ganar a través mío. Tan fácil como llegaban se iban. Al llegar aquí no tuve preguntas, solo respuestas, con ellas fui construyéndome hasta hoy. Por fin estoy en paz conmigo mismo, doy y recibo, todos nos ayudamos. No necesito mentir o mancillar la confianza que alguien depositó en mí por tener un pasado tan brutal como el mío. Sé quien soy por fin, sé a quién pertenezco y por todo ello me siento muy querido.

De nuevo y con estruendo, un generoso aplauso irrumpió en toda la comunidad de Aba. Ecos lejanos de otras aclamaciones, provenientes de otros grupos se simultaneaban, con lo cual el silencio, se diluía recurrentemente.

—Me llamo Minerva y antes tenía dos trabajos. Durante el día trabajaba como ingeniera de sistemas en una empresa de software —de una manera pausada, casi languidecida y con un tono de voz extremadamente bajo se presentaba. Como consecuencia motivaba que todo el grupo, apercebido por otras ocasiones, ostensiblemente, echaran sus cuerpos un poco hacia adelante con el fin de captar mejor sus palabras—, y por la noche echaba las cartas. Es decir, cree una aplicación para móviles en la que se adivinaba el futuro. Lo que al inicio fue un pasatiempo derivó en un hábil truco para lucrarme de los anhelos de los demás. Por definirlo mejor de una manera llana y concisa, me convertí en una auténtica estafadora. Ahí no queda todo y lo que es peor, todos los datos personales de mis clientes, que eran muchos, los vendía a empresas para que explotaran sus confidencias — otra pausa amortiguó todavía más su voz pareciendo que quien hablaba se

situaba a kilómetros de distancia—. Literalmente, me forré en pocos meses y...

—¡Hola! ¡Como siempre llego tarde compañeros! —y a la séptima silla llegaba su ocupante. Cariñoso y muy afectuoso con todos repartía sonrisas por doquier.

—“¡Ostras! ¡No puede ser!” —enfurecida, absorta, perpleja exclamó la mente de Aba al reconocer al extraño.

—Lo siento Úrsula pero soy un caso perdido —y acercándose a ella le plantó dos besos que ruborizada, agradeció con gusto.

Un hombre muy atractivo, de aspecto físico muy cuidado, con pelo engominado y vistiendo de manera clásica, aunque informal, rompió el sopor que estaba suponiendo la intervención de Minerva. Incluso alguno pareció alegrarse por la interrupción.

—Siempre igual —llevando sus ojos a las oscuras nubes que, aun de manera solitaria, comenzaban a predecir que los primeros fríos se acercaban—. ¡Andreas! —gimió Úrsula—. Tenemos que poner fin a tus retrasos porque aunque no lo creas rompes nuestro crecimiento y esfuerzo.

—Está bien, lo siento y pido perdón de nuevo —poniendo una mano en el corazón y bajando su cabeza, compungido parecía implorar clemencia. Aun así se sabía ganador de la jugada. Su bello y equilibrado aspecto físico endilgaba a los presentes y lo que quizás a otros no les era permitido a él, le amparaba cierta bula—. En fin, me llamo Andreas —y sus dientes blancos y perfectos lanzaron un amistoso fogonazo a Minerva—, y apelo a tu generosidad para que me perdones por interrumpirte —acercándose cogió su mano y la besó.

—Por favor ¿puedes continuar? —intermedió Úrsula intentando poner fin al caos creado pero alborozada de las finas maneras y ademanes que su pupilo demostraba.

Mientras todos prestaban atención a la continuación del soliloquio de Minerva, Aba, simplemente, vivía evadida sobre mares de farragosas y tenebrosas conjeturas. Los escasos decibelios de la voz de Minerva se habían convertido en imperceptibles a sus sentidos mientras su mente gritaba, farfullaba y gesticulaba.

—“¿Pero cómo es posible? ¿Cómo me has encontrado? ¿Y ese aire pijo y melindroso? ¡Pero es que aquí todos mienten! ¿Qué haces aquí?” —cientos de preguntas sin origen ni fin se agolpaban exigiendo respuestas imposibles.

La última vez que vio a Yuls fue en la estación de Hendaya. Nada había

vuelto a saber de él y menos aún, lo recordaba. Un tipo joven que con una tabla de surf le abordó contando una lúgubre historia. Barba desaliñada, melena en estado de guerra, chancletas que soportaban delgadas piernas y una camiseta rota, muy alejada del día que fue concebida, eran todos sus recuerdos, verlo allí y de esa guisa, le llenó de temor. Demasiadas cosas habían pasado desde aquel día como para tener en cuenta un episodio que hasta entonces, para ella, era simplemente menor y sin conexión aparente con nada. A su alrededor observaba caras felices mientras, con atención, escuchaban con deleite las palabras de Minerva. Ella, hierática, intentaba articular explicaciones coherentes sin que ninguna fuera comprada por su yo. Conclusiones como “me ha seguido” se combinaban, rápida y seguidamente, con preguntas imposibles “¿pero por qué me ha seguido?” “¿Por qué?”, que hacían que todo volviera el principio convirtiéndose en una especie de desesperado círculo maldito. Todas permanecían constantes lacerando su piel. Comenzaba a sentir lo que siempre había denostado u odiado para su vida, ser títere de alguien. Ahora mismo se sentía rodeada y observada. Nadie parecía ser quien era, incluso sus propios compañeros comenzaban a aparecer en su mente como sospechosos. Llena de miedos y temores, seguía sin respuestas y lo que es peor, todos a su alrededor de una manera u otra parecían tenerlas todas. Necesitaba encontrar conexiones más pronto que tarde porque los cercanos nubarrones del invierno presagiaban peligro.

Capítulo 5

Aún se contaban por días, desde la entrada de Aba en Los Picos de Posadas y su percepción que de inicio era más o menos halagüeña, ahora, sin ningún género de dudas se dirigía hacia el precipicio. Desde la aparición de Andreas cualquier certera composición de lugar que tuviera comenzó a desdibujarse. De la sustanciosa y prolija macedonia de colores con la que Aba fue recibida solo quedó el recuerdo. La actual realidad pretendía difuminarse en una nueva, tenue y apagada. De las personas que imaginaba, luchaban por brillar esperando recibir nuevas auras ahora, vislumbraba, escondían miradas tiznadas de recelo. Y del aire sosegado y espiritual, tras observarlo detenidamente sospechaba, comenzaba a ofrecer demasiados síntomas de cambio. Aba permanecía ida, solitaria y esquiva, las suspicacias caminaban con ella.

Úrsula, advertida de sus sinsabores, intentaba consolar sus desvelos. Reconfortada por entender sus nervios, comunes a los de cualquier otro residente en las primeras semanas de ingreso, restó relevancia a su cambio de actitud y al revés, se conjuró para hacer que su adaptación fuera lo más rápida posible. En cambio para Aba, algo indómito y profundo había resquebrajado su interior. Entendiendo que pudiera haber más implicados comenzó a crear barreras y muros con el fin de avistar peligros escondidos. No es que los colores u olores dejaran de serle gratos o los abrazos ahora le resultaran frívolos, sino que simplemente desde ahora, todo iba a ser contemplado de distinta manera.

Su concentración y foco, desde ese instante tenían un nombre, Andreas o Yuls o como rayos quisiera que se llamase. En el grupo se había presentado como un humilde científico circunscrito a proyectos de creación de potabilizadoras en países del tercer o cuarto mundo. Tantos viajes testando la más absoluta miseria le habían llevado a preguntarse por el objeto de la presencia humana en el mundo, la ética y moral subyacente y sobre todo, a desarrollar una profunda crítica sobre la existencia divina. Aba recordaba con cierto asco, cuando, presentándose el primer día se autodenominó como “una moderno crítico de la razón pura del siglo XXI, sin emular para nada a Kant, por supuesto”. Todas esas dudas sobre lo divino y lo humano, todo ese dolor visto desde los focos de su atalaya científica y todas esas mafias, revestidas como organizaciones sin ánimo de lucro para las cuales trabajaba, le habían paralizado tanto su interior que buscó reposo en Los Picos de Posadas.

Tras su declamación, los aplausos se precipitaron desmedidos mientras

una tímida lágrima asomaba por sus brillantes ojos azules. Revelado, de nuevo su currículum, una especie de suspiro por parte de alguna de las residentes, fue descorchado en tono emocionado. Incluso Minerva, que siempre ofrecía aires de seriedad, comedimiento y letargo, se levantó e intentó abrazarle para llorar con él y ofrecerle su energía. “Menuda jeta. Menuda sarta de mentiras se ha montado el colega”, aún recordaba sonrojada y terriblemente enojada su mente.

Sin apenas apreciarse, la tarde se precipitó en la montaña. Las sombras, frescas y reparadoras que en la tibieza del verano eran bienvenidas ahora, cercano el invierno, obligaban a guarecerse. De nuevo había cenado con Elena. Cada vez iba tomando más conciencia de que era la única persona con la que, de alguna manera sentía podía confiar, “se le olviden o no las cosas admiro su carácter y sé que nunca me la jugará. Va en su genética y eso nunca llega a perderse”, conjeturaba. Además un extinto instinto familiar o incluso de hija amaneció, sin pretenderlo, en su interior. El conocimiento del eterno duelo de Elena le había removido internamente y de alguna manera sentía que, debía cuidarla o al menos, estar cerca para escucharla y ofrecerle algo de calor en su distorsión. A su vez, sentía que Elena, le podía ofrecer ese manto materno al que nunca había podido tener acceso.

El comedor era realmente amplio y estaba dividido entre pacientes que necesitaban ayuda para comer y un control de medicinas exhaustivo y el resto, que más o menos campaba a sus anchas. Un amplio ventanal ofrecía una amable vista del jardín donde haces de luz, estratégicamente colocados, lo iluminaban con precisión.

—Pues aquí va la despedida para otro día más. De nuevo lo comencé contigo y es un placer poder finalizarlo con mi gran amiga —amargado su interior intentaba ofrecer, al menos, una cálida sonrisa a Elena.

—Vaya, vaya querida. Esa cara más me suena a la mía, cuando Gustavo me obliga a tomar zumo de limón, que a una felicidad desmedida por cenar conmigo. No sueñas nada bien, la verdad, Aba —manifestó, advirtiendo que la mueca de su gesto era más bien fingida.

Al igual que el desayuno el buffet nocturno era realmente singular e interesante. Cuatro camareros vestidos de librea, ofrecían multitud de platos al gusto y dieta de cada uno de los residentes. Gustavo, al verles acercarse dentro su área de influencia, casi siseando les dijo:

—Ya sabéis que no os puedo mimar en exceso. Mis jefes no quieren que intimemos tanto ya que, el Sentido Otto, no permite que prioricemos a

ningún interno. Pero bueno, a veces hay que mandar un poco al cuerno al Sentido Otto —dotando de gracia y cariño a sus palabras—. Yo les dije que ante sus primeras semanas debíamos ser guías y consejeros ¡y los aplaqué! —manifestando orgullosa resolución—. Pero bueno, no puedo estar demasiado tiempo tampoco.

Un taimado bosquejo de carcajada quiso crecer en la cara de la enóloga pero esta, tapó comedidamente la confidencia. Sin pensarlo, sin tener una estrategia premedita sintió que, dado como empezaban a presentarse los hechos, poco a poco debía ir comenzando a incrementar su número de aliados y el camarero, por lo que veía u oía, era potencialmente muy necesario. Sumada Elena a la lista, suponían ya dos.

—Genial y ¿qué me recomiendas? Estoy hambrienta —lanzando una fingida pero almibarada sonrisa en pos de los nuevos fines deseados.

—Como ves hay muchas ensaladas tibias y suaves para la noche. Algunas pastas muy simples, sopas, ideas nuevas veganas o vegetarianas pero dado que eres mi invitada especial —y un guiño acompañó a sus palabras—, te doy a elegir entre dos...

—Me voy a poner celosa Gustavo que yo llevo aquí más tiempo y nunca me has dicho que yo era invitada de ningún tipo —pareciendo malhumorada intervino Elena.

—¡Pues uno para cada una! —gesticuló con placer—. En pocos minutos les llevo a su mesa unas creaciones gastronómicas orientales nutritivas para el alma situada en nuestro estómago. Para usted Elena le haré una ensalada de pasta con limón, tahini y verduras verdes y para Aba un pequeño envoltorio de tilapia con tomates y aceitunas envueltas en papel de pergamino.

Caminando ya hacia la mesa Elena preguntó a Aba:

—¿Has entendido algo de lo que ha dicho?

—Ni idea, pero seguro que está bueno —asintió.

—Sí, creo que este Gustavo está peor que nosotras. Me da a mí que es un paciente de la primera planta disfrazado de camarero —cerró la conversación mofándose Elena.

El incipiente calor con el que había comenzado a rellenar su alicaído ser decayó, de manera fulminante, al sentir los ojos de Yuls desde el otro lado del comedor. Era evidente que lideraba el grupo de su comunidad y estaba claro que todos le rendían, casi, pleitesía. Demasiadas emociones que, sumadas a las de los meses anteriores, provocaban demasiada marejada en la

siempre bien ponderada y tranquila vida de Aba. Durante la cena y a la mesa de ambas se acercaron varios residentes con el fin de saludarles y de alguna manera, cotillear sobre la última residente llegada. Miradas, muchas de ellas, nada disimuladas, se encontraban con los ojos de Aba quien, con elegancia, las hacía frente hasta que cesaban. Mientras y por su lado, Elena le iba definiendo, de manera muy pormenorizada, el perfil de muchos de los que en el comedor se hallaban.

—Aunque quiera hacer parecer lo contrario, el tal Marcos está arruinado y dado que en este centro, son unos benditos, lo acogen casi por piedad —siseaba Elena a una pensativa Aba.

—Bueno, dado lo caro que es este lugar, algo tendrá ese señor.

—Castillos o por lo menos uno debe tener muy grande su familia.

—¿Castillos? —despertando la enóloga detective de su letargo.

—Sí, se comenta por aquí que por la zona de Alsacia tiene un castillo de esos enormes con fantasma y todo —con enorme clase y elegancia sonreía haciéndose gracia a sí misma Elena.

—¡Ah! pues un día quiero conocerle —dijo interesada—. Siempre me gustaron las historias de fantasmas —siguiendo el juego a su compañera.

Aba, entraba y salía de la conversación según el énfasis con el que su compañera irrumpiera con cada tono. La historia de Marcos y sus castillos le habían despertado de nuevo y nuevas hipótesis circunvalaban sus sentidos. Aun así, con pequeños gestos o imperceptibles afirmaciones y negaciones, seguía el hilo del diálogo a fin de no resultar grosera con su, hasta el momento, única compañía en el centro.

—Esos de allí, como verás por sus pintas son gente del espectáculo y algún presentador de televisión pasado de años y sin ya nada que presentar. La del medio es Beatriz, como ves es la musa de todos. Nieta de una las mujeres más ricas de Europa pero aun así, es una lástima que con tan joven edad ya esté tan cansada de vivir.

Ambas miraron a Beatriz. En su mesa todos prestaban, embelesados, atención a sus palabras mostrando más interés en su cuerpo y bella cara que en lo que pudiera, realmente, expresar.

—Puedo estar como una cabra —afirmó Elena—, pero sé cuando alguien no me hace caso y tú, has estado en otro mundo durante toda la cena —a modo de reproche menor se preocupaba por su compañera—. ¿Sucede algo? ¿Aún estás adaptándote a este manicomio? Bueno, si es así, todos hemos tenido esa sensación y entiendo cómo te sientes. En mi caso, llegué

aquí sola, nadie de mi familia vino a traerme por el dichoso trabajo ¡todos reunidos! Sin tiempo para cuidar a una madre —dijo distraída aunque con ligeros gestos de pesadumbre.

La mano de Aba cogió con dulzura y brío la de Elena. Un par de anillos soportaban un rubí y una amatista junto a una enorme esclava de oro. Las voluminosas joyas no ocultaban sus manos avejentadas, las cuales, conservaban el brillo y la fuerza que en otros momentos atesoraron. Como si se tratara de un pozo lleno de energía invisible, sin hablarse, ambas quisieron unirse sobrando palabras carentes de significados. Un leve bosquejo o matiz de fina agua cristalina quiso partir de los ojos de ambas que con mimo compartieron. Las dos se reconocieron en sus desvelos, miedos y sueños, sin saber nada la una de la otra, supieron todo.

—Y aquí tienen la cena mis queridas damas —Gustavo apareció entre ellas rompiendo el momento—. Pero qué pasa aquí. ¡Aquí lágrimas las justas! —notando el fervor con que parecían comenzar a manifestarse los vasos lacrimales de ambas—. Me he currado una receta increíble para cada una, así que a darle una alegría al cuerpo que lo tenéis muy mustio, por lo que veo.

—Mira que eres pesado —dijo con inusitado cariño Elena—, siempre alterando la paz y la conversación de dos viejas amigas.

—Venga, vamos a por ello —dijo Aba, secándose con la servilleta la comisura de sus ojos y observando con interés su cena—. ¡Tengo hambre!

Al desplegar el papel de pergamino, una perfecta esencia aromática descansó sobre los sentidos de Aba. De alguna manera los olores desprendidos recordaban a la tierra de sus viñas. Las especias y una perfumada rama de tomillo, abrieron de lleno sus papilas gustativas y en segundos, se vio de lleno degustando el plato. Desde detrás de la barra del buffet, Gustavo las miraba con interés inquiriendo una mirada de aprobación, la cual obtuvo agradecida, de unas ya devotas admiradoras.

—No sé cómo lo hace pero este hombre siempre triunfa —declarándose fan incondicional Elena—, pero por lo que veo tú no estás por la labor de alargar tus sonrisas, ¿verdad?

Aunque por dentro los recuerdos hubieran desaparecido, Elena, no había perdido un gramo de su perspicacia y elocuencia.

—No me gusta ese tío —de manera seca e incluso arisca, Aba verbalizó su estado de ánimo.

—¿Quién? No entiendo ¿Gustavo? Pero si es muy majo —intentando comprender la situación.

—No, para nada, pobre Gustavo —dijo con cariño—. Déjalo Elena, son cosas mías, no importa —en su cara la contradicción y la perplejidad, al no entender la situación, ganaban espacio a cualquier signo de tranquilidad.

—Querida, desde que hemos entrado y como cada día, no has parado de mirar al guaperas ese de la mesa del fondo. Aquel de allí, lo ves, es de tu grupo ¿no?

Azorada y sorprendida, como si fuera una niña, Aba se vio sonrojada sin saber qué decir. La ira corroía sus entrañas. A los ojos de Elena era una cría hechizada por el influjo de la belleza de Yuls.

—No es lo que piensas Elena. Me suena de algo pero no logro ponerle cara —intentando ganar un tiempo que consideraba ya baldío.

—Bueno, solo puedo decir que también llegó hace muy poco tiempo, un año como mucho.

—¡Un año! ¿Cómo que un año? —exclamó Aba sin poder contenerse.

—Bueno, igual me ha fallado la memoria —dijo Elena algo asustada e incluso contrariada por la actitud de su compañera.

—Lo siento —dándose cuenta de su error—. Perdona, es que no sé qué me pasa últimamente la verdad. Por favor continua —y mostrando una suave sonrisa mostraba clemencia y sentido dolor.

—De acuerdo niña pero en fin... —mostrando un cierto tono de perplejidad—. Nos dijo que era un científico holandés errante y me sorprendió la forma con la que era recibido por todos. Su rápida adaptación —pausó su análisis, durante unos segundos, mientras meditaba las palabras que iba a pronunciar—. No sé, pero parecía como si conociera esto de toda la vida. Incluso, la estirada de Gretta, bajó a saludarlo.

—Gretta es la directora ¿no?

—Sí, es una especie de palo rígido victoriano con patas —como una colegiala y tapándose la boca con la servilleta, reía feliz por la maldad desvelada—. Vestida de impoluto negro, más parece una evolución de una película en blanco y negro a las de color que, una consumada especialista en tratamiento de locos como es Otto.

—¡Hay que ver lo burra que eres a veces Elena! —gesticulando con una cálida sonrisa la enóloga—. Pero gracias porque me has hecho reír, lo necesitaba. Aun así, ¿conoces a Otto? Empiezo a pensar que no existe.

—La verdad es que no, no lo conozco. Creo que lo vi en la Fiesta del Fuego de la pasada primavera pero fue algo fugaz. Realmente no creo ni que fuera él. Una sombra apareció en el fondo del jardín e Isabel, tu habilitadora y

Gretta comenzaron a chillar jubilosas pero, no sé, algo me dice que había trampa en todo ello. De todas formas ten cuidado con Gretta y con el joven adonis, sus ojos desprenden maldad —advirtió sumariamente Elena—. Para los holandeses del Norte los que viven por el Sur, en las zonas de Breda o Utrech, son vagos y juerguistas. En cambio para los de Sur, los que viven cerca de la frontera con Alemania al Norte, dicen que son cuadriculados y peligrosos. Tu amigo es del Norte, una vez oí que era de Groninga, así que atenta porque, desde mi punto de vista, no son de fiar.

Imbuidas por la conversación no advirtieron que las mesas comenzaban a despejarse. Según las reglas del Sentido Otto la noche suponía reconversión y quema de malas energías acumuladas por el día, además de, recarga positiva del alma para afrontar un nuevo amanecer. Sobre este mensaje y en el jardín, cada noche se disponía una especie de rito espiritual de purificación guiado por una especie de chaman que era contratado para tal menester. Los colores de las túnicas de los residentes contrastaban con la nocturnidad incipiente pretendiendo iluminar el tupido manto de hierba que hacía de alfombra. El frío comenzaba a ser intenso, así que, una suerte de modernas estufas se diseminaba por el entorno ofreciendo fuertes dosis de calor artificial. Poco a poco un pequeño cortejo de residentes fue rodeando al gurú, que sentado a la manera de los yoguis, meditaba. Suaves sonidos metálicos, provenientes de los árboles, ofrecían agudos y bellos ecos. Inciensos, quemados dentro de una pequeña pira, aromatizaban de calma el lugar.

—Por mucho frío que haga debemos intentar siempre estar comunicados con la madre tierra así que cuando más en contacto estemos con la naturaleza mejor. El factor climático nunca debe ser una excusa para las ansias de crecimiento que en nuestros seres se anidan —de nuevo protocolaria y en un tono que más parecía una admonición le había referido Úrsula a Aba los eventos que por la noche tenían lugar.

En cambio y para residentes con menos ganas de regeneración espiritual o menos dados a la introspección o simplemente que no les apetecía estar todo el día sedados por la calma de la residencia, Los Picos de Posadas disponía de un salón, a modo de biblioteca, donde de alguna manera poder soslayar las restricciones existentes y poder dar culto a pasiones más mundanas, como ver la televisión.

Aba dejó a Elena en la puerta del ascensor. No tenía claro cómo despedirse o cómo dar las buenas noches a su compañera, dado el ámbito que les cobijaba, pero el caso es que dadas las emociones vividas tras cerrarse la

puerta corredera, se sintió sola. Elena le había aconsejado, sin éxito, diera por concluido el día y se acostara al percibir cierto vigor creciente que, como a cualquier joven, persigue la noche cuando llega. Debido al rango que la edad otorga, presagiaba intensas emociones y por tanto, a cada paso que daban hacia el ascensor, mayor era la intensidad con la que su mano aferraba la de Aba.

Sin que hubiera coordinación entre acción y pensamiento, sus pasos retomaron el camino de vuelta hacia el comedor. Aún sin apreciarlo su cuerpo mutaba. Dejando de lado su anterior vis de enóloga, acogía en su seno el nuevo trabajo de detective. Así pues, decidió empoderarse en sus nuevas labores profesionales. Incertidumbre y claustrofobia fueron sus primeras sensaciones. La primera, devenida al comprender que nadie le había capacitado para dicho oficio y la segunda, al sentir que el otrora diáfano pasillo ahora simulaba ser, oscuro y angosto. Sus primeros pasos intentaban mecerse delicadamente con el fin de no ser escuchados. Su percepción, en cambio, era muy distinta. Los sentidos, le devolvían estruendo, como si se tratase de caballos al galope. Esa singular constancia acarreaba que los nervios marcaran un crítico diapasón in crescendo.

—¡Dios! Si hago más ruido me escuchan hasta en Haro —afirmaba perpleja.

La penumbra del pasillo se alteraba por las luces de emergencia y por un extraño sonido metálico que al escucharlo, simulaba estar en movimiento. Avisada del fenómeno, detectó que una pequeña cámara escondida entre una columna, observaba cualquier posible anomalía que violentara la seguridad interior. Su primera reacción fue la de ocultarse al verse descubierta. La segunda, fue todavía peor, sospechó que alguien pudiese estar observándola. Guarecida tras una bella alacena de ascendencia indiana dejó que los segundos pasaran, su corazón dejara de palpar y sus sentidos le atrajeran hacia la cordura. Poniendo pausa, por fin, acertó a reflexionar:

—Es solo una cámara joder! Como las que hay en mil sitios —con voz ahogada y apasionada intentaba generarse autoconfianza—. No me voy a asustar ahora por semejante tontería. Venga tía ¡ánimo!

Aun así y en segundos, las pulsaciones, de nuevo, volvieron a acelerarse de manera desmedida. Una puerta se abrió y se cerró, repentinamente, al fondo del corredor. Enérgicos pasos comenzaron a ser traídos por el eco. A su memoria llegó un recuerdo de infancia. Caminaba junto a su padre, cogida de la mano. Nubes negras avisaban tormenta y

lejanos relámpagos y truenos se percibían tras el horizonte. Su padre le dijo que cada vez que escuchara un trueno comenzara a contar numéricamente hasta que otro volviera a escucharse. Repitiendo la operación con cada nuevo fragor, quizás apercibiera, que en vez de aumentar los dígitos, estos disminuían. Con ello aprendió a reconocer con antelación el tiempo que restaba para que la tormenta descargara su furia sobre sus cabezas. Pero de la misma manera con la que con aquel paseo vislumbró algunos de los sonidos que componen la naturaleza también creció en ella un miedo indómito y, desde entonces irredento, al sonido del trueno.

Totalmente estirada y vertical, no dejando que ni una décima parte de su cuerpo aflorara del perfil de la alacena para así no delatar su posición, Aba se encontraba en estado cercano al pánico. Los pasos, cada vez más próximos, retumbaban con estrépito en su interior. Su mente le retrotrajo de nuevo a su infancia en Haro. Protegida por la pared y sentada de cuclillas, protegiéndose los oídos con las manos, escuchaba con pánico la tormenta que parecía concentrarse en su habitación. Aturdida y sollozando esperaba ser rescatada y auxiliada de las terribles luces y sombras que los efectos de los relámpagos generaban. Ofuscada tras el mueble buscaba palabras que dieran brío a su cerebro. Desde su niñez, nada parecía haber cambiado. El mismo miedo y el mismo temor, escondidos, de nuevo presentaban sus respetos. El sudor frío, inundaba cualquier capacidad de raciocinio y el pánico, campaba a sus anchas por toda su dimensión. Cada paso escuchado constituía una especie de afrenta o como fina dentellada, se clavaba con inusitado dolor. Minutos atrás, había caminado con su Elena por el trazado del corredor admirando el gusto decorativo, ahora, las paredes escupían enrevesado horror.

—“¡Me han cazado! ¡Me han pillado, joder!” —se repetía con demencia hasta la extenuación.

A escasos metros los pasos pararon y el silencio se hizo dueño del pasillo. Los ojos cerrados y los sentidos paralizados esperaban, casi inertes, un complicado desenlace.

—Aba ¿te pasa algo? —una tímida voz muy próxima a ella preguntó—. ¿Estás bien?

Los ojos de Aba se abrieron abruptamente como si pretendieran escupir todo el aliento contenido. Minerva y Damián, acababan de terminar la sesión espiritual que había tenido lugar en el jardín y tranquilamente regresaban a su habitación.

—Aba estás pálida ¿te hemos asustado? —preguntó Damián con interés —. Hay servicio de guardia médico las 24 horas del día, si quieres podemos acompañarte.

—Gracias —fingiendo aturdimiento—. Estoy bien, supongo que me he mareado un poco. Quizás estoy en periodo de adaptación en Los Picos y cualquier bobada me hace sugestionarme —dijo recomponiéndose poco a poco y haciendo que una tímida sonrisa reflejara su cambio.

—Vamos ya hacia nuestras habitaciones, ¿quieres subir con nosotros? —la voz de Minerva aunque manteniendo el mismo tono bajo, suave y casi aterciopelado, no dejaba de denotar intensa preocupación.

—De verdad, simplemente ha sido un pequeño mareo. Voy a ver si me dan en la cocina un poco de agua y una pastilla y me voy a dormir —tranquilizó Aba, ya calmada, recuperando el color en su cara.

Las puertas del ascensor se volvieron a cerrar y Aba no pudo más que soliviantarse consigo misma.

—¡Pero menuda gilipollas que soy! —agredía su mente—. ¿Y esta es la sagaz detective que va a descubrir el robo del siglo? Primera noche sola de paseo y me cago viva en una puta mierda de pasillo. Y si me ven aquí ¡qué! ¡¿Qué pasa?! ¿Tampoco puedo pasear?

Recompuesta, no podía disimular la enorme contradicción interna entre la valerosa Aba imaginaria y su realidad recién exhibida. Debía aprender de la experiencia y mejorar, sino, cualquiera nueva operación que quisiera emprender quedaría empañada en segundos. Su cabeza no estaba programada para esconder sus acciones o sentimientos. Mentir constantemente a todos, incluso a sí misma, comenzaba a ser lesivo en su modo de actuar. Los miedos pasados, anidados en el pozo de los recuerdos, le habían localizado de nuevo siguiendo sus pasos desde la infancia. Debía aprender a adaptarse con la nueva situación y si no, cejar en el intento e irse. Poco a poco los sentidos le fueron lanzando señales luminosas de vida. Pletórica en el sarcasmo interno se auto inmolvaba riéndose de su cobardía. El pasillo no era tan oscuro y angosto como presumía. Los amplios ventanales dejaban pasar la luz y aunque esa noche, la luna hubiera hurtado su presencia, si que había suficientes destellos, provenientes del jardín, como para poder ubicarse correctamente en el lugar. Su cuerpo, antes hierático y plano, se recompuso estabilizando su figura. Las paredes, de cálidos colores pastel, volvieron a acogerla facilitándole nuevos entornos de calor.

—La detective más tonta del mundo se va a la cama —se dijo para sí

misma—. Creo que para esta noche en *loquerolandia* ya es suficiente.

Así pues y dándose la vuelta tomó el mismo camino que Elena, Minerva y Damián habían tomado y con destino final, esta vez sí, su cama. Con vigor restablecido se fijó de nuevo en la cámara. Antes tan cercana y enfocándola con interés, ahora lejana, y colocada al fondo del corredor. Simplemente era una lente que, estáticamente miraba hacia un único punto, el gran salón de las Mil y Una Noches. Pulsó el botón del ascensor en el mismo instante en que su única neurona despierta, tras los recientes avatares, le lanzaba una nueva y contundente señal de aviso. La ornamentada puerta del gran espacio creado para los grandes eventos parecía entreabierta y filtraba, un tímido rayo de luz que rompía sin fe, contra la pared del pasillo. Esta vez no era una tormenta, ni peligros que se acercaban sino que era una contundente realidad.

—Así que, de verdad, este va a ser el sitio donde dejan las cosas —sin tener ni idea del porqué de su pensamiento, su ágil mente emitió una imposible afirmación difícil de sostener pero con la que, de alguna manera, ya había comenzado a creer—. Por las noches descargan lo que han robado y luego lo califican, como la obra privada del centro, a los nuevos residentes. Estos, perversamente ricos, lo asumen como normal ya que es lo común en su mundo. Muy listos —calladamente conjeturó—. Estoy como una cabra por estar aquí, pero en fin, es lo que hay, soy una detective —mientras, sonriendo para sí, de nuevo se ponía en acción.

Redimida de nuevo, retomada la vena policíaca con presteza y felina calma, se mimetizó sobre las paredes con el fin de no ser delatada. Su cuerpo, tras cortos y taimados pasos, se colocaba en posición frente al salón. Imperceptibles ruidos se escurrían desde su interior. La luz rezumada, a veces discontinua cuando alguien desde el interior interrumpía su fluir, no tenía pretensión de ser descubierta. Su recién estrenado fino olfato, de detective en prácticas, le indicaba que algo sucedía tras las paredes. Necesitaba colocarse en el pequeño hueco abierto para así poder espiar lo que pasaba dentro. Buscaba o mejor ansiaba, encontrar y reconocer caras, con el fin de terminar con sus desvelos. Aterrorizada imaginó a Otto, Úrsula, Gretta, Gustavo, Renné, Isabel, Yuls e incluso Elena moviendo, colocando o retirando.

—“Necesito saber. Para eso estoy aquí” —obsesivamente se repetía.

Sabiendo que la cámara de seguridad de manera fija e inalterable solo observaba un punto, la entrada del salón, tomó una decisión, desenfocarla por unos instantes. No es que entendiera mucho sobre el tema pero había visto

muchas veces a algún técnico de mantenimiento, reparar o limpiar alguna de las cámaras de su bodega. Así pues con algo de resolución y confianza comenzó con el trabajo. Recordando los dos microscopios del laboratorio simplemente se subió sobre una silla y por detrás del aparato, lentamente fue moviendo la lente, para así disolver, momentáneamente, su nitidez. Serían solo unos segundos, si hubiera un vigilante al tanto, lo achacaría a un fallo momentáneo del sistema con lo que no tendría que ir a cerciorarse del problema. Tantas series vistas en la tele le habían servido para algo.

—Lo importante no es el robo en sí, si no tener clara siempre la salida —afirmaban sus neuronas cómplices por la feliz resolución—. Si percibo al vigilante, me escondo tras la alacena de nuevo y así al menos me voy enterando de cómo se mueven o quien está tras todo esto —absorbiendo energía se lanzaba a la misión.

Dejó la silla en la misma posición y hábilmente se agazapó frente al débil canal de luz. De nuevo el corazón parecía revolucionado. Nunca había espiado a nadie. Razones las tuvo para estar detrás del trabajo de algún operario de la bodega e incluso del propio bodeguero pero, verse lanzando sus ojos tras el ridículo hueco que dejaba la puerta, le parecía increíble. Palpados los ruidos sintió cómo alguien, con sumo cuidado, desembalaba una caja y colocaba sobre un aparador varios objetos. A su vez y a los pies de un pequeño anaquel, un decimonónico y contundente marco que protegía un precioso lienzo, era depositado. El tema expuesto referenciaba a un barco remolcado por el cauce de un río. La luz del atardecer trazaba las ondas que partían del cascarón del navío. Sin tener excesivas nociones de pintura, sí intuía, podía haber sido pintado por un pintor de los llamados paisajistas ingleses románticos. Casi, podía concluir sin temor a equivocarse, se asemejaba a los contundentes trazos de Turner. Con igual de detalle y asombro por las cosas que observaba, puso sus ojos sobre un jarrón de ascendencia china que descansaba a su lado y a un par de esculturas de gusto clásico que, protegidas por plásticos, esperaban ser desembaladas. De repente y sin ruido, alguien pasó por delante de la puerta rompiendo la singladura del haz de luz. Como un resorte, casi pegó un brinco lanzándose, a modo de protección, hacia atrás. Sus manos, de manera automática, taparon su boca frenando cualquier intento de poder ser apercebida al lanzar un apocado sonido de angustia.

—Tranquila tía —pausaba y secuenciaba su mente—, alguien ha pasado por delante, sin más. Tranquila. Si te pillan, que has visto luz y te has

parado a mirar, no estás haciendo nada malo —se daba soluciones a sí misma.

Calmada de nuevo, lanzó de nuevo su cuerpo hacia la puerta, ejerciendo su nuevo rol policial. Anclada sobre el único ángulo de visión posible, debía esperar a que alguien de nuevo pasara y así, poder poner nombre a los componentes de la supuesta trama. De nuevo, pasos se dirigieron hacia el mismo lugar. Con esmero y cuidado excelso un reloj de época, parecido a los que había visto con Úrsula, era depositado en una de sus baldas.

—¡Joder es el tío ese enorme! ¡El de los cristales! —el pánico hizo presa en todo su cuerpo congelando cualquier movimiento.

El mismo hombre que había visto a su llegada limpiando los cristales. La misma persona descuidada que, sin errar mucho en el juicio llevaba el mismo mono de trabajo ahora, se traslucía en el salón. Con cuidado y esmero movía cajas y colocaba enseres. Miraba hacia alguien a la espera de recibir órdenes y dirigir su trabajo. Asintiendo con la cabeza y con una especie de gruñido aceptaba el cambio de posición del reloj, que corregido, adaptaba una mejor colocación. Ansiosa, buscaba otra cara, la cual no podía reconocer ya que no delataba su posición. Los segundos pasaban y su angustia por la falta de conocimiento se incrementaba en la misma proporción que el miedo a ser descubierta. Debía irse ya o era muy probable la cogieran acechando. Por exceso de afán o celo investigador su mano tocó la puerta, la cual se deslizó, escasos milímetros. Sin pretenderlo un suave quejido partió de su interior. Sabiéndose descubierta, saltó hacia atrás y en segundos se vio sobre la silla enfocando la cámara de nuevo. Agazapada entre las sombras, buscó parapeto mimetizándose contra la pared justo en el momento en el que la puerta del salón se entreabría y una figura asomaba. De nuevo el corazón de Aba, se desbocaba, ante un peligro reconocido e inminente. El silencio presidía todo el corredor mientras el operario miraba inquisitorialmente buscando medir los contenidos que cada sombra atesoraba. La puerta, abierta de par en par, prolongaba la luz del interior lo cual hacía que para los sentidos de Aba la luz del día hubiera conquistado a la de la noche. De nuevo, inalterables segundos que nunca terminaban de ser descontados. El silencio esperaba a ser traicionado por un movimiento imprevisto de la enóloga haciendo que fuera descubierta. En cambio, tuvo suerte, el operario, confiado, no obtuvo respuesta a sus indagaciones. La calma del pasillo, ni tan siquiera, le advirtió de los atronadores sonidos que el corazón de Aba emitía. Giró sobre sus

grandes botas y esta vez, sí, cerró la puerta.

Recuperando el resuello y la compostura, Aba dejó de seguir tentando a la suerte y pulsó con ansía el botón del ascensor. En instantes, era depositada en el rellano del segundo piso y segundos después se tiraba sobre la cama de su habitación. Aún exhausta su cara mostraba una tenue pero bella sonrisa de satisfacción.

Capítulo 6

—Estoy harta —protestó Elena—. Fíjate, este es mi desayuno — mirándolo compungida, sin saber cómo definir lo que tenía delante—. Me van a matar. ¡Tengo ya hasta pesadillas! En ellas, me cuelo en la cocina para poder hacerme unos huevos fritos ¡por Dios esto es una locura!

La mañana se había levantado muy fría y una suave neblina cubría el jardín. Observado esto, la dirección del centro, definitivamente dio por concluidos los bufetes en el exterior relegándolos al comedor principal. “Sway” de *Dean Martin* sonaba levemente. Con provocadora intención se buscaba poner fin al letargo nocturno buscando que alguien quisiera, adentrarse en el día bailando.

—¡Buenos días! He dormido fatal —dijo Aba algo somnolienta mientras observaba el desayuno de Elena—. Pues chica no tiene tan mala pinta.

—Me ha metido un rollo tremendo para venderme este “Batido Verde Fluorescente” —mirando con casi desagrado a Gustavo, quien desde el fondo sonreía ofreciendo sus consejos gastronómicos a otro residente—. Que si es rico en Omega 3 y que yo lo necesito. Como ya sabes cómo tengo la cabeza por culpa de mis hijos, he escrito en este papel lo que lleva, por si el loco este me envenena y así consta en acta.

—Ya será para menos —terciaba Aba sonriendo en su favor.

—Mira, pues se ha pasado media hora cortando y mezclando cosas. Él lo llama fusionar pero en fin, en este manicomio ya sabes que son muy excéntricos todos, hasta los camareros —dijo de manera resabida—. El caso es que ha fusionado —aplicando tibia sorna al inferir la palabra— rúcula, canónigos, menta y salvia fresca, albahaca y cilantro, semillas de chía y hojas de estevia secas, agua y mango para darle dulzor. No sé decirte las proporciones de cada cosa porque ando perpleja. En fin, después de todo este rollo, sale este brebaje —lo miraba como si de una obra de arte abstracto, incomprendida para su raciocinio, tuviera delante— de color verde. No me digas si lleva mucho o poco de algo porque aún estoy colapsada por el master gastronómico que el artista me ha dado esta mañana —y su rostro era un poema.

—A ver, me dejas probar —llevándolo a la boca dio un sorbo del elixir—. Pues está rico —dejando en sus labios un efímero recuerdo del verde líquido—. No te quejes que Gustavo te cuida de cine.

—Te lo cambio por tu pan con aceite y tomate y el café que llevas —

dijo rápidamente—. Fíjate, además del batido me ha dado este plato, simple pan de centeno con un poco de salmón y queso fresco, en dos horas aullaré de hambre. En fin, tienes ojeras ¿has estado de juerga o qué? —cambiando abruptamente de tema y preocupándose por el cansancio aparente de Aba—. Llevas poco tiempo aquí y si vas a este ritmo...

—Es que anoche...

—Buenos días mis queridas damas —interrumpió con una enorme sonrisa Andreas—. Están justo preparándome unos huevos fritos y como tengo unos segundos, hasta que me los hagan, vengo a saludar a mi compañera de grupo y a usted, Elena —manteniendo el mismo tono cordial y afectuoso.

De manera firme y decidida se sentó en la mesa, trayendo consigo, un cálido aroma a perfume. Elegante y exquisito en cada gesto intentaba ganarse el favor de ambas.

—Tenía ganas de saludarle en persona. Estoy muy contento de que participe en nuestro grupo Aba. La verdad es que espero podamos crecer juntos. Cualquier cosa que necesite estaré atento a facilitársela.

El marcado carácter retórico en las palabras de Andreas y el culto total al pose y al detalle enervaron a Aba. Observar la mentira que, con total impunidad planteaba, carcomían su interior. Su cabeza le retrotrajo a la pasada noche cuando buscando a través de la ranura, una voz o una cara, pudieran poner cordura y significados a todos sus desvelos. Había tomado un baño caliente al llegar a la habitación con el deseo que, su tensión se deslizara hasta los suelos y desde ahí, lanzarse al mundo de las quimeras. Sucedió la primera parte no hubo una consecución lógica en la segunda y la noche devino en mares de pesadillas y desvaríos. Descubierta, corría por el pasillo hasta su habitación. Sin tiempo para cerrar con llave la puerta, el enorme hombre, se le representaba abriéndola con estrépito. La sacaba con fuerza de la cama y sacándola al balcón la lanzaba al vacío. Angustiada, llena de temores y empapada en sudor frío sus ojos se abrían congestionados. En su cabeza, un rosario de identidades eran sopesadas con el afán de descubrir a la persona que ordenaba y mandaba. Ninguna le ofrecía resguardo. Más por cansancio que por resolución consecuente alguna quedó dormida en la madrugada.

—Gracias —masculló la enóloga.

—Es un placer tenerte con nosotras Andreas pero estábamos en plena conversación de mujeres. Me ha salido un grano en cierta parte y estoy

necesitada de consejos de una mente joven como la de Aba —el corte resultó bastante eficaz y dándose por aludido el joven se levantó de manera rauda.

—Cómo es usted Elena —dijo sin alterarse—, voy a por el desayuno que supongo estará ya hecho. Además estoy seguro que, en breve, podremos tener la oportunidad de retomar este diálogo y conocernos mejor Aba —y un inquietante brillo quiso reflejarse en sus ojos.

El silencio acompañó por unos instantes el discurrir del desayuno de ambas, mientras poco a poco, las mesas se iban ocupando según los residentes iban bajando de sus habitaciones. La tranquilidad se iba viendo sorprendida con frases de cortesía matinales o insulsas pequeñas conversaciones que los recién llegados inferían, al pasar por la mesa de ambas.

—Obviamente hay algo que se me escapa pero te está buscando y poco a poco irá anudando su presión en torno a ti. Tienes ojeras de caballo y no me da para pensar que haya podido suceder ya, algo descabellado, pero por favor, ten cuidado. Tengo la impresión de que las malas energías comienzan a filtrarse lentamente bajo estas paredes —afirmó la septuagenaria a modo de consejo y desdibujada maternal regañina.

Las palabras de Elena quedaron en el limbo de su almuerzo. Los buenos días con que muchos residentes presentaban sus respetos eran rechazados con cierto desdén. Aba concentrada y receptora de cada uno de los mensajes que cada palabra implícitamente contenía, no pudo más que sentir un pequeño escalofrío, el cual, recorrió su piel como si de una fiera ventisca se tratara.

—Ten cuidado Aba —buscando respuestas imposibles sus brillantes ojos se posaron en los de la enóloga—. Estoy enferma, lo sé, y un día es probable no sepa deletrear ni mi propio nombre pero mi perspicacia es tenaz. Este lugar, a pesar de las mil bondades con las que nos intenta seducir cada día posee dos almas, y tengo la sensación que una de ellas, comienza a despertarse con inusitada malicia. Ten cuidado cariño porque intuyo que tu presencia aquí no es casual y mucho menos los efectos que provoca.

Aba se estremeció. Interpretarse como una paciente cualquiera, fingir una enfermedad que no padecía, iba a ser complejo y cada vez más peligroso. En cada inflexión de voz de Elena, en cada pequeño matiz había una sincera señal de alarma. Sin discernir, lo reconocía todo y sin preguntar, intuía las respuestas. Aba solo podía mantener su pose y encubrir sus razones. Cualquier error descubierto no simplemente causaría un grave perjuicio sobre

sí misma, sino también, para su compañera.

—“Maldita metáfora. La sogá ha empezado a apretarme. Pero es verdad, debo tener cuidado o me ahogará muy pronto” —elucubraba triste y fugazmente Aba mientras intentaba lanzar una rápida sonrisa que apaciguara los temores de su amiga—. Gracias Elena —terció—. Me gustaría poder contarte tantas cosas, las cuales incluso, son inimaginables para mí. No sé ni cómo contártelas a mí misma, la verdad. No tengo claro ni cómo hacer una simple oración que de luz a una sola de mis miles de preguntas. Espero, en cambio, pronto abrirme y poder relatarte el origen de todo este embrollo. De todas formas y desde ahora hasta que Dios quiera, yo siempre ayudaré a que tu nombre nunca se desvanezca en el olvido —y sus manos se aferraron tan fuertemente que parecieron transmitirse toda la energía que fueron capaces de atesorar, contándose todo, sin decir nada.

Los días pasaron tan rápidamente como raudo llegó el invierno presentado sus credenciales. Las cumbres comenzaron a poblarse de una fina capa de nieve que no mucho tiempo, incrementada, haría las delicias de los esquiadores. Paulatinamente, Aba, se fue acostumbrando a los quehaceres del centro y una irreal tranquilidad se apoderó de cada uno de sus momentos. El propio Andreas había dejado de aparecer por doquier y dicho hecho, más que ayudarla, le producía disonancias constantes. De repente y sin entenderlo en exceso los Picos de Posadas se puso en movimiento. El otoño apagaba sus luces y el centro se preparaba para rendir pleitesía al señor invierno. Todos los residentes, con meses o años a sus espaldas, parecían renacer y brillar de nuevo. La propia Isabel que solía ser parca en cualquier demostración cariñosa se acercaba por igual a todos los grupos comunicando, con regocijo, todos los actos que en breve la organización dispondría con motivo de la Noche del Fuego. Las propias conversaciones grupales habían dado un pequeño giro y ya no trataban tanto de purgar el alma o reconocer los errores pasados sino más bien, versaban sobre mantener la humildad, ante los retos conseguidos tras el último cuatrimestre.

La vida en cada comunidad era un bullicio y la excitación se palpaba en el ambiente.

—El solsticio de primavera del año pasado fue lo mejor que me ha pasado en mi vida —contaba Damián a Aba—. Fue increíble, las luces se apagaron y mientras el calor penetraba en cada uno de nosotros Otto se nos reveló.

—No fue para tanto —reflexiva, como siempre Minerva apacigua un

poco los ánimos—. Y realmente no tengo claro que fuera Otto el que se supone apareció tras aquellos efectos de luces y sombras, sino más bien, idealizamos aquella figura que apareció tras la niebla. Sigo manteniendo que no tengo claro fuera él.

—De todas formas, llamarlo como queráis pero por lo que veo es una gran juerga, ¿no? —interrumpió Aba intentando comprender mientras añadía su sarcástico punto de vista con el que seguía jalonando muchas de sus frases.

Úrsula le miró con el entrecejo en estado de guerra y circunspecta respondió:

—Llevas ya tiempo con nosotros como para que hagas ese tipo de afirmaciones Aba. A veces y no quiero mirar a nadie —y una mirada de reproche llena de condescendencia aterrizó en Andreas y Damián los cuales respondieron con una sonora carcajada—, se nos escapa el tema de las manos pero la verdad es que es un día de profunda reflexión que termina con un sonoro “gracias”.

Según lo que la habilitadora le había explicado a Aba, durante un día entero se daba cierto pábulo a exteriorizar los logros conseguidos entre estación y estación. Según el Sentido Otto en cada cuatrimestre y por cada grupo se trabajaban técnicas individualizadas que finalizaban con una especie de evaluación del conocimiento interior adquirido y una constatación particularizada de los traumas superados. En ese momento, médicos y habilitadores hacían un repaso exhaustivo tanto de la comunidad como de cada persona y revelaban lo que a su parecer eran éxitos y nuevos retos a conseguir.

—Pero ¿y si todo esto fuera un juego y realmente lo que aquí nos ha traído es simplemente una pantomima? —preguntaba Aba de una manera tan reflexiva que inmediatamente la habilitadora comprendió que no se trataba de otra de sus chanzas.

De alguna manera Aba y Úrsula habían comenzado a empatizar. No es que tuvieran caracteres o aficiones similares pero sí que ambas compartían cierto cariño por las causas perdidas. Su interés, desmedido por pacientes en profunda regresión, no decaía y aunque la ayuda no fuera solicitada sí que ambas solían pasear, al atardecer, con enfermos con complicados cuadros. Compartiendo confidencias con Elena, Aba, había comenzado a interpretar mucho mejor el universo en el que los pacientes con trastornos neurodegenerativos transitaban. Toda esa composición de lugar, comenzó a enriquecer su juicio de valor y perspectivas, en cuanto a las enfermedades

mentales.

—La verdad, Aba, a veces no llego a entenderte ¿tú crees que eso es posible y si fuera así, entonces piensas que todo el Sentido Otto puede ser en sí una gran mentira, incluso todos nosotros? Pasas de la frivolidad más absoluta al pensamiento más hermético y me dejas sin habla —enfaticó Úrsula, mientras caminaban por el jardín—. Mira, vamos, quiero mostrarte una pequeña joya dentro de nuestra residencia.

Ambas se dirigieron a lo que era la entrada de un grupo de arbustos que perfectamente trabajados componían un hermoso laberinto dentro del jardín principal.

—Tenemos suerte de disponer de tanto espacio y de este bello entorno como para poder haber creado esta maravilla —profirió exultante la habilitadora a la entrada del mismo—. Cada seto está cercano a los dos metros de altura así que, una vez dentro, la sensación de ahogamiento y enclaustramiento que notarás será muy densa. Es clave, dicho estímulo negativo, porque nos obliga a luchar por encontrar la luz en la salida. Si te fijas el Sentido Otto ha creado una metáfora de nuestro fin aquí en el que todos luchamos por la redención —y dando un toque misterioso se adentraron, poco a poco, en la profundidad del laberinto.

Cortos y tímidos pasos les condujeron hacia el interior. Los sonidos externos, comenzaban a verse mitigados mientras más y más se internaban.

—Me gusta pisar la grava del suelo. Parece como si chirriaran, en cada pisada, las paredes del corazón del laberinto.

—Es un poco claustrofóbico —enfaticó Aba ensimismada en su contemplación.

Se fueron sumergiendo por cada recoveco que encontraban a su paso y llegó un momento en que las sombras cubrían todo el espacio. Algunas flores, hábilmente colocadas, imitaban la labor de guías con el fin de ofrecer pistas al peregrino despistado.

—Al final este jardín es como la vida, entras pero ya no sabes si saldrás y si encuentras la salida, difícil pronosticar cómo será lo que nos encontremos tras ella. Hinchidos de orgullo, tenemos la enorme vanidad de tener claro que en escasos pasos habremos vencido al laberinto y por tanto, el miedo a poder estar perdidos, sobreseído. En cambio muchas veces los sentidos nos confunden y las sombras emergen, es entonces cuando comenzamos a equivocarnos de dirección. El frío atrapa nuestra percepción y en vez de luchar por encontrar la salida acogemos al desamparo como dogma de fe.

Mucha gente prefiere vivir en tinieblas que rodeada de luz. Alguien nos rescata y ayuda, acompañándonos hacia la salida pero hay que tener cuidado porque algunos lo pueden utilizar como un ardid para engañarnos y plegarnos a sus intereses. El Sentido Otto, a diferencia de otros lugares o en contraposición a otras terapias, simplemente pone las herramientas para encontrar ese camino de vuelta. Somos nosotros los que salimos y conseguimos luz interior suficiente, como para enfrentarnos a los continuos baches con los que la vida, se complace con amedrentarnos. Es un juego entre un poderoso gato y un diminuto ratón, nosotros, que utilizando la inteligencia y la humildad podremos alargar nuestros días en la vida.

La profunda reflexión de Úrsula, su desmesurada analogía causó impresión en Aba quien permaneció callada por unos instantes. Analizada la respuesta con precaución se dispuso a responder. La comisura de sus labios se puso en movimiento cuando un estruendoso ruido emergió frenando todo intento de expresión. Un bosquejo de pánico alteró la cara de ambas al enfocar sus ojos la raíz del miedo. En la parte superior del seto frente a ellas, una motosierra cercenaba sin piedad los desigualados picos de los arbustos. Sin aviso, el humo de la gasolina impregnó el laberinto. Como si fuera premeditado, alguien mostraba su poder o por lo menos, amenazaba con su presencia.

—¡Vaya, el jardinero ha roto nuestra armonía! —Úrsula, jocosa y tras reconocer la situación, gritaba con el fin que fuera entendida por Aba ante las acometidas del tronizador.

Sonriendo por la tontería que suponía haberse azorado las dos llegaron al centro del laberinto, que era protegido, por una par de esbeltas estatuas de imitación clásica griega. Unos bancos de mármol se disponían alrededor de una fuente que en esos momentos, sus tres bocas, dispensaban un tímido chorro de agua.

—Una bonita meta, un buen destino final para el que consigue sus fines —observando radiante la magnificencia del pequeño pero coqueto claustro—. Y nuestro premio es el descanso y la paz —afirmó Úrsula—. Este es nuestro fin, sea el que sea el camino de cada cual, en Los Picos debemos encontrar nuestra definición de la palabra armonía. Este lugar es mágico.

La enóloga no podía separarse de su cruda y diferente realidad. Entendía los conceptos y casi el aura espiritual que acompañaba a su habilitadora pero sus fines y metas eran terriblemente distintos. Úrsula llevaba una falda que le llegaba hasta los pies. De color blanco con pequeñas

nubes azules, el arcoíris aparecía entre ellas. Fuerte, curvada y abigarrada mostraba una creencia total en los propósitos de su trabajo. No queriendo ofender pero buscando ansiadas respuestas Aba, seria, reflexionaba:

—Entiendo lo que dices Úrsula y comprendo los motivos que atraen aquí a la mayoría de los pacientes pero ¿y si, alguno de ellos se amparara bajo el manto del truco, de la mentira o en definitiva, haya llegado hasta aquí únicamente motivado por el mero hecho de lucrarse de algo o adquirir conocimiento sobre vuestros fines? —aunque imposibles, intentaba encontrar palabras que no le delataran. Buscaba lograr algún tipo de conocimiento que le diera mejores enfoques para poder manejar mejor su situación. No podía decir nada a nadie y eso, notaba, comenzaba a perjudicarla por dentro. Debía dar pasos más rápidos o tendría problemas. Dado que notaba connivencia con Úrsula necesitaba, poco a poco, ganar su afecto y así, lograr toda la información posible.

—Que nos copien ¿quieres decir? —y servicialmente comenzó a reírse—. Y qué más da si por mucho que sepan de nosotros, el Sentido Otto es original y cualquiera que nos imitara, solo pudiera ser una vulgar copia. Aba todos tenemos las mismas cartas para toda nuestra existencia. Depende cómo las juguemos, tendrán diferentes resultados, pero no olvides que son siempre las mismas para todos. Así pues, qué más da que nos copien.

—Ya pero los de aquí dentro parten con ventaja porque están forrados.

—De acuerdo, pero ¿son felices? Te has preguntado por qué están aquí, igual muchos buscan normalidad en sus vidas. Justo la que tú tienes y no te das cuenta de ello.

Aba no sabía cómo hacer más preguntas sin tener que verse sometida a ofrecer más información de la debida así que, hasta otro momento más proclive, decidió asentir y adoptar como válida la exposición de Úrsula. Aun así tenía que seguir buscando nuevas vías para sumar hechos y constataciones. A punto de reanudar la conversación, de manera sorpresiva y brutal, el tormento de la motosierra arrancó con vehemencia justamente tras sus espaldas. La cara de Aba palideció al ver al hombre emerger desde las profundidades de uno de los setos. Lleno de restos de ramas y hierbas parecía más un monstruo de la montaña bajando a beber agua que un ser humano. El miedo bloqueó cualquier intento de habla. “Sabe que estuve allí ¡lo sabe!” se decía atemorizada mientras observaba cómo sus ojos, sibilamente le miraban.

—¡Vaya, parece que hayas visto un fantasma! —dijo con evidente

sorna la habilitadora al ver la turbada cara de Aba—. Tranquila, es Lucien y lleva aquí toda la vida. Es mudo o por lo menos yo nunca lo he oído hablar. A pesar de su minusvalía es la persona más servicial y generosa del mundo. Buenos días Lucien ¿cómo estás? Comienzan los primeros fríos, ¿verdad? —mostrando gran cordialidad en su sonrisa.

Lucien, algo contrariado por el susto y ruido creado, intentó con una reverencia mostrar sus disculpas. Gesticulando e intentando hacerse comprender manifestaba que se iba para no molestar, pero Úrsula lo impidió.

—Tranquilo, hombre. Estaba enseñando a una de nuestras últimas residentes este lugar bellísimo que tan bien nos cuidas —diciendo esto, ambas se levantaron dirigiéndose hacia el camino de vuelta. Sin girar la cabeza y sintiendo los ojos del jardinero clavados en su espalda, Aba mentalmente anotaba a su primer enemigo real.

No habían pasado muchos días desde el suceso del laberinto para que en Aba creciese una especial dicotomía entre sus fines, por los que estaba en Los Picos y el conocimiento que, a través de los medios, iba adquiriendo sobre los particulares métodos de la residencia. Nunca en su vida había tenido tiempo o dado especial relevancia para entender filosofías de crecimiento personal o meditación, al igual que tampoco había prestado especial atención a personas, que de una u otra determinada manera, tuvieran enfermedades mentales. El caso es que fue adentrándose en intentar comprender, sin disimulo, las técnicas que componían el llamado Sentido Otto, lo cual le llevó, a un estado de manifiesta perplejidad al no hallar ninguna. En su trabajo como enóloga era vital un análisis constante y exhaustivo del proceso de crecimiento del vino. Al final era una especie de ser vivo que necesitaba ser controlado, por ello, normas y protocolos eran establecidos con denodado esfuerzo para su cumplimiento. En los Picos de Posadas, observaba muchos procedimientos y pautas de trabajo, pero le era difícil discernir algún sello propio de calidad o metodología diferenciadora. Diagnósticos y terapias eran desarrollados por reputados profesionales médicos. Las dietas, pautadas de manera exclusiva para cada residente, se sustentaban bajo una gastronomía excelente. La puesta en escena, soberbia y majestuosa, pretendía agredir con vitalidad cada uno de los sentidos con el fin de estimular las energías. Pero y eso era lo extraño, no contaba con un libro de estilo o metodología fundacional a seguir los pasos de todos. Así pues, comenzó a plantearse la tesis de si, realmente había un método detrás de todo o si, era más, una eficaz cuestión de marketing en el fin de conseguir captar a un público

exclusivo y acaudalado.

Había un grupo, más o menos similar, en cuanto al tipo de perfiles de residentes que allí se hallaban. Solían siempre situarse en un pequeño promontorio cercano al río. Su habilitador, un fornido y musculado hombre de color llamado Thomas, les iba introduciendo en terapias donde la relajación muscular era esencial. Separados los 16 grupos musculares, grandes dosis de tensión eran soltadas en cada ejercicio, llegando a un estado de relajación formidable. Mismas taras o complejos, ansiedades o estrés extremo, timidez absoluta o miedos irresueltos eran enfocados con esmero para ser resueltos. Sorprendía, cada mañana, ver a Thomas danzando, de manera desacomplejada, ritmos y sonos tribales que por su sinuosidad y erotismo parecía encandilar a más de una y uno. Captada la atención de Aba, esta llegaba minutos antes de que diera comienzo las proyecciones de su grupo para, poco a poco, introducirse en el mundo del yoga. Feliz por poder comunicar su saber a una nueva alumna Thomas, llegaba también minutos antes, para enseñar a la enóloga. Varias noches y tras cenar, guardadas en su mente las instrucciones que el habilitador le había ofrecido, Aba se veía intentando, con cierto éxito, seguir sus directrices.

—Dado lo mal que anda mi cabeza últimamente el rollo este del Otto me va a venir de cine —cada día pensaba con mayor convencimiento—. Ya que estoy aquí ¿por qué no aprovecharme? —concluían felizmente sus pensamientos.

Trabajando los ejercicios forzaba una sonrisa sin que se apercibieran los dientes. Localizados los puntos de tensión alrededor de la boca y centrados en ellos iba soltando y eliminando, poco a poco su artificial sonrisa, sintiendo balsámica sensaciones. Después y en otra composición, tumbada, levantaba los pies suavemente y a escasos milímetros del suelo los apuntaba hacia la cabeza intentando notar tensión en sus gemelos para luego soltar y quedarse liberada. Los abdominales, el cuello, los ojos, el estómago, el pecho y la espalda... los 16 grupos musculares iban ejecutándose, cada noche, en pos de inmediato bienestar.

—Pero ¿no hay un manual? —preguntó a Thomas una mañana.

—Se nota los que venís del yugo de las ciudades o de las empresas. El Sentido Otto es libertad, dentro de un orden claro. Es mejor aplicar libertad y libre albedrío a las terapias que no sujeción. Los diagnósticos están realizados por grandes profesionales que nos sirven como base, como ya has visto pero desde ahí, nos toca a nosotros y por supuesto, te toca a ti por tanto ¿por qué

padecer bajo estrictas normas y no resurgir?

—Es un buen método de marketing para captar a los más ricos — reflexionaba ácidamente.

—¿Por qué crees eso? Los ricos, como tú dices, no vienen por eso sino al revés, vienen por alcanzar aquí la libertad que no tienen en sus vidas.

Esa nueva efervescencia y felicidad que le suponía el conocimiento del Sentido Otto se relegaba, inmediatamente, cuando la realidad, de nuevo, se aproximaba. Cuando Andreas o Yuls, Renné, Lucien o el propio fantasma de Otto emergía, todo cándido relato de sus días en Los Picos se esfumaba. Días esquivos para Aba, todo el mundo parecía alborotado y feliz por la inminencia de la fiesta, menos ella, que vivía en estado de ansiedad permanente al no encontrar nada que le aprovisionara de información, datos o ideas con el fin de saber cómo continuar y sobre todo actuar. Estaba sola y alejada de cualquier entorno conocido. Esa sensación, interiormente, la martirizaba.

Capítulo 7

Lo que esa noche iba a suceder en los Picos de Posadas no era una fiesta al uso ni por concepto ni por desarrollo. Tampoco la idea consistía en una larga jornada de exaltación de la meditación o el yoga, ni tampoco, un olvido de las restrictivas dietas con las que muchos obligatoriamente penaban sino más bien, una especie de fiesta de disfraces en la que cada uno adoptaba el papel que deseaba. No es que fuera algo diferente al carnaval de cualquier ciudad sino más bien la diferencia se vislumbraba en los rituales que acompañaban a la cita desde el anochecer. Si en el carnaval de Haro, Aba se disfrazaba en función de lo que, en los últimos días su cuadrilla decidía, en Los Picos simplemente cada residente debía explicar lo que pretendía conseguir a medio plazo tras adoptar un determinado rol. No todo se quedaba ahí, tras el carnaval y en cada comunidad, cada residente debía relatar lo conseguido tras la inmersión en el disfraz. Eso hacía que días antes, la biblioteca se llenara de residentes, los cuales leían a importantes próceres del mundo para intentar adoptar algo de su filosofía vital. Evidentemente no se permitía engalanarse de cualquier manera sino que había una serie de normas a seguir por todos. Alusiones a déspotas, grupos xenófobos, minorías excluyentes u otros, que atentaran contra la dignidad humana no eran permitidas. Aun así, se constataba que algunos, simulando pretender disfrazarse de Chaplin en la película el Gran Dictador, lo utilizaban como pretexto para poder vestirse de nazis o con tendencias a lo autoritario o militar. Ese tipo de conductas eran vivamente seguidas por los médicos y habilitadores del centro, una vez terminado el carnaval y diagnosticado de nuevo al paciente.

La residencia amaneció rendida a los colores, olores y sensaciones del cambio de estación. Cada espacio estaba nítidamente decorado procurando que las gamas blancas ganaran en preeminencia. Personal del centro, residentes o los propios médicos, imbuidos por cierto nerviosismo, recorrían raudos cada espacio, muchas veces sin tener un objetivo definido. Se daba tal fundamento a los solsticios o equinoccios que incluso, durante esos días, el Sentido Otto olvidaba la reunión diaria con los habilitadores dejando las jornadas, única y exclusivamente, para engalanarse. Dado el poder adquisitivo de los residentes era común, desde días antes, observar un continuado trajín en la recepción entregando grandes bolsas e incluso cajas, con todos los útiles necesarios, para conseguir el atuendo previsto. El hermetismo y la cautela eran santo y seña y a excepción del personal del

centro, que podían optar por disfrazarse o no, nadie hablaba del atuendo con el que iba a ser recibido el cambio de estación.

—No se lo digas a nadie, pero voy a ir disfrazada de Coco Channel —le dijo confidencialmente Elena a Aba tras desayunar—. Me han mandado mis hijos unas enormes perlas negras y un vestido negro precioso. Te va a encantar, ya verás. Si me quieres decir el tuyo, no te preocupes que guardo el secreto —y sus ojos como látigos se clavaron en la enóloga intentando saber su disfraz.

—Pues tendrás que esperar un rato mi querida amiga —abrazándola con cariño—. Ya sabes que el Sentido Otto es muy estricto en estas cosas y hasta esta noche nada de nada.

—Menudo morro tienes nena —enfaticó sarcásticamente—. Para lo que quieres utilizas el dichoso Sentido Otto y para lo que no, te saltas todas sus normas. Veo que te has adaptado demasiado bien al entorno —sonriendo salieron ambas del comedor mientras los operarios de mantenimiento comenzaban a preparar el salón para la noche.

El caso es que Aba no tenía aún ningún tipo de idea sobre el disfraz que se iba a poner.

—Estás como una cabra tía —le había dicho tres días antes Vega cuando le llamó para pedirle le mandara algún disfraz—. ¿Recuerdas que trabajas en esta bodega y que esto es un caos sin ti? —mientras sin dilación y sin esperar respuesta alguna comenzaba a contarle los cientos de miles de males que parecían estar ocurriendo en la bodega.

—Tranquila, que sé que puedes con todo pero por favor, vete a mi casa y mándame lo que pilles cerca.

—No te entiendo Aba, estoy preocupada. Que sepas que si no sé nada de ti, llamo a la policía y que suban a buscarte ¿de acuerdo?

—Pero que pesadilla eres, estoy muy bien, la verdad, cada día me encuentro mejor —y aunque en sus palabras, había una parte que no compraba a la otra, sí que esa sensación de redescubierta paz interior, aunque desconocida, comenzaba a causarle profunda satisfacción.

Una enorme caja, desparramada y abierta de par en par, estaba en medio de la habitación de Aba. Tres o cuatro disfraces más varios tipos de pelucas, maquillajes y zapatos se dispersaban por doquier. El popurrí era tal que incluso elucubraba conjuntar diseños para poder evaluar los resultados. El día anterior Úrsula todavía más nerviosa que ella le abordó:

—Pero Aba ¿aún no sabes de qué vas a disfrazarte?

—Estoy en ello pero bueno, ya lo tengo más o menos decidido, tranquila —mintiendo para ganar tiempo.

—Por favor, ya sabes que el Sentido Otto...

—Sííí... —jocosa cortaba a su habilitadora—. No debemos vestarnos con disfraces que puedan herir la sensibilidad de otros o la del mundo mundial —soltando una carcajada y sabiendo el pánico que tenía a sus ocurrencias.

—Hay que ver lo borde que eres a veces Aba. Tienes todo el día para estar descansada en tu habitación y si necesitas consejo, no dudes en decirme.

De carácter bonachón pero con un sentido estricto profesional, Úrsula temía por la elección de su habilitada.

—Tranquila, que no pienso defraudarte —ofreciéndole un cariñoso abrazo.

—Por favor no lo hagas. No veas lo que me están preguntando para saber tu elección.

Sin casi haber concluido la frase, Úrsula ya tomaba la dirección de las oficinas. Aba, en cambio, se quedó en el mismo lugar, incapaz de moverse y algo perpleja ante tal afirmación. De nuevo, miles de preguntas acudieron en tropel a su mente. “¿Preguntando? ¿Quiénes?”.

Sentada sobre la cama o contra la pared, tirada en el suelo e incluso aireándose en el balcón, no encontraba una idea que le sedujera lo suficiente. Sus ojos vagaban sin rumbo mirando y remirando sin encontrar solución. En uno de estos espacios, vacíos y casi inertes en los que vagaba por la habitación buscando ideas para el disfraz perfecto, sus ojos se apercibieron de un pequeño recorte de periódico que desde dentro de un zapato intentaba sobresalir. Acostumbrada a vivir en muchos aspectos de su vida de un modo mecánico y protocolizado, supo inmediatamente, que algo distorsionaba en esa cadena de control. Rauda sacó la hoja y desdoblada, aparecía escrita una frase en rotulador rojo.

“A la una de la mañana en la entrada del laberinto”. La primera reacción que tuvo fue la de un pequeño shock al sentirse espiada u observada. Levantándose, temblorosa, corrió hasta cerrar el balcón y mirando las esquinas esperó encontrar una cámara o volteando, suavemente el espejo, un micrófono. “A ver flipada que esto no es una película de James Bond” se decía a sí misma intentando reducir su incipiente nerviosismo. La segunda reacción, le sorprendió. Había comenzado a mimetizarse en nuevo rol policial y aunque cierto hielo paralizador intentaba congelar sus sentidos, este no

obtenía el éxito deseado. Aun así, miraba y miraba por doquier intentado buscar respuestas. Recordaba, ella misma, haber abierto la caja y revolviendo todo, no haber encontrado nada. “La puerta” pensó de inmediato. Mirándola de manera desafiante, acusándola de no protegerla, la observaba con desdén. “Quizás alguien se coló mientras me hacían la habitación” reflexionaba. “¿Una copia de la llave electrónica?” y aunque este pensamiento le causaba malestar porque alguien pudiera tener acceso constante a su espacio, no lo veía del todo razonable. Vistas todas las posibilidades seguía sin tener claro ni el cómo ni el quién. Sentada en la cama observaba de reojo las letras manuscritas que impregnaban el papel. Ya calmada y pausado su ritmo cardiaco, sin pretenderlo, dio la vuelta a la hoja. Horrorizada, esta vez sí, cayó presa del pánico. “Conocido notario de San Sebastián aparece muerto en extrañas circunstancias”. La sogá apretó con fuerza su cuello. El miedo atenazó sus constantes vitales y el tímido acto de valentía, al observarse como detective, quedó en el olvido. “Demasiado pronto para tanto puesto” mascullaba. De nuevo, miró con pánico a su alrededor buscando claves y respuestas. Corriendo, puso una silla en la puerta, haciendo imposible la entrada a nadie. Sus manos, húmedas y frías intentaban agarrarse a cualquier cosa que le diera un mínimo bosquejo de calor. “Esto ya va en serio. Saben que tengo algo. Debo encontrar ya respuestas o... ¡joder!”.

Intentando poner coto a tanta pregunta sin respuesta y a tanto temor encapsulado, se dispuso a darse un largo y cálido baño. Los pasos taimados le condujeron hasta el baño. Su delgado cuerpo, en apariencia frágil, necesitaba recobrar el brío para enfrentarse a los desafíos de la noche. Mirándose al espejo no observó tanta fatalidad en su vida. Semanas de meditación y trabajo personal comenzaban a darle resultados. “No está todo perdido” hablaba inmersa dentro del primer vaho que salpicaba las paredes del baño. “No me he cagado viva, si es eso lo que pretendes ¡Otto de las narices!”.

Capítulo 8

La tarde noche comenzó a echarse bajo los lomos de los montes de la Sierra Ibérica. Tras el baño, Aba bajó a comer algo. La cena se había cambiado por un cóctel nocturno en plena fiesta pero esperar, hasta entonces, se le hacía demasiado largo. De todas formas, era una excusa para poder abandonar la habitación y volver, de nuevo, rápido para quizás, encontrar una nueva misiva o lo que es aún peor, al propio emisor de la misma. Dado que todo el mundo ultimaba los detalles del evento, le fue relativamente fácil pasear por el edificio, sin que nadie pareciera apercibirse de sus movimientos. En su recorrido se fue encontrando con varias oficinas donde el personal del centro trabajaba ultimando los detalles. Cariñosos y rápidos “hola”, “luego nos vemos” o “¿estás nerviosa?” eran recibidos o emitidos en su discurrir por el pasillo. Lo que para todos era ansiedad y preparativos para ella, simplemente significaba, atención a todos los detalles para, en un determinado momento y si se diera el caso, poder saber actuar.

Los ventanales salpicaban el corredor. Como en el resto del edificio la luz era un sujeto activo que igual que paredes o columnas, también tenía su función. La luz suponía vida y crecimiento interior. Cualquier vestigio de luz era siempre bien recibido y más, si se trataba del último sol del otoño. Un poco alucinada por el resplandor anaranjado del final del atardecer no se dio cuenta que el pasillo daba a su fin y ante sus ojos, una puerta se situaba. Protegida por un lector de huella digital era imposible su acceso. No era distinta a otras que había pero si era diferente su ubicación, fuera del tránsito normal de las personas. O se iba con un fin o no se iba, en definitiva. Alertada por ese aspecto, Aba, interrogaba su cometido. Observado el entorno ninguna conclusión obtuvo hasta que, de repente y procedente de su interior un sonido le alertó, alguien abría la puerta. Sin poder esconderse, simplemente se hizo la tonta haciéndose la perdida como cuando bajaba al botellero, so pretexto de buscar cualquier cosa pero con el fin de auditar el correcto cumplimiento de sus órdenes. Flanqueada por la enorme figura de Lucien una señora vestida totalmente de negro, con apariencia cercana a los setenta años, aparecía tras la puerta.

—Por fin nos conocemos *mein lieber* Aba^[16] —dijo con marcado acento alemán—. Me llamo Greta Hollstein y soy la responsable general de Los Picos de Posadas.

Por un momento el espacio y el tiempo parecieron quedar congelados. Durante unos segundos, no hubo luz, ruidos o aire e incluso los propios

latidos del corazón de Aba redujeron su ritmo. Los pálidos ojos azules de Gretta inundaban el todo y fiscalizaban cualquier movimiento. Su delgadez extrema para nada reducía la poderosa energía que su cuerpo traslucía. Sus manos huesudas y azuladas casi no daban fe de que por debajo, torrentes de sangre caliente circulaban. Un ceñido vestido negro ribeteado que más bien parecía haber sido rescatado de cualquier baúl del siglo XIX acompañaba los pasos de Gretta. Dos alargados y dorados pendientes se descolgaban de los lóbulos de sus orejas, soportando dos bellas perlas en su interior y un collar, con una gran amatista, era anudado a su cuello. Pero algo no concordaba en toda su exposición, detrás del bello colgante otro más pequeño aparecía y una especie de tosca cajita remataba su final. Fijando Aba sus ojos, por escasas décimas de segundo en el colgante, observó que ni tan siquiera pudiera tener la categoría de collar, sino mas bien, era una fina y tosca cuerda la que pendía de su cuello.

—Estaba paseando y conociendo un poco mejor el sitio —dijo algo ruborizada Aba. “No sé por qué me auto justifico si realmente no estaba haciendo nada” pensaba con espíritu de contradicción—, la verdad que es precioso.

—Me alegro le guste, sinceramente no reparamos en gastos para que ustedes, los residentes, tengan los mejores servicios.

Ninguno de los tres se movía de su posición inicial lo cual agarrotaba la situación y por ende, la propia conversación. La puerta permanecía abierta dejando al descubierto una sala donde varios ordenadores, por el destello que emitían, parecían estar activados. Fiscalizados los ojos de Aba por Lucien y viendo donde se posaban, cerró de golpe la puerta evitando la intromisión visual. Greta, cogiendo con cierto brío el brazo de Aba, comenzó a retomar el camino de vuelta hacia los espacios y pasillos compartidos.

—Este hombre a veces es un poco rudo pero como puede apreciar su trabajo es excepcional —dirigiendo una comprensiva mirada a Lucian—. Y bien, ¿qué le trajo a nuestro centro, mucho estrés, es así?

—Sí, la verdad que mucha carga de trabajo durante muchos años. Parece ser que mi cuerpo no daba para más —complaciente, intentaba liberarse de la zarpa de los dedos de Gretta que apretaban con fuerza.

—Pues espero sepamos comprender bien sus males y pronto la podamos devolver a su casa.

El tumulto las acogió al llegar al centro del edificio. Médicos y enfermeras, con frenesí, ultimaban el correcto cumplimiento de sus

prescripciones en una noche que tendía, por parte de muchos, al voluntario olvido. Personal de mantenimiento limpiaba y decoraba los pocos espacios que quedaban libres y algún residente, despistado, intentaba salir del embrollo luchando por perderse tras las puertas de su habitación. Isabel apareció presurosa al encuentro de Gretta, con papeles bajo el brazo y en la mano, buscaba cerrar últimos detalles.

—Hola —dijo seria y comedida intentando templar los nervios—. Por favor señora, me gustaría que me pudiera dar la aprobación sobre el gasto del nuevo juego de luces del salón de las Mil y Una Noches para esta noche.

“Estás excesivamente nerviosa Isabel, ¿qué te pasa?” Se preguntaba Aba. Su recién adquirido nuevo instinto policial le mantenía en alerta y le mandaba claras advertencias. “Nadie nos está mirando. Pasan a nuestro lado pero es como si estuvieran a mil kilómetros de distancia. Nos evitan. ¿Impone respeto Gretta o miedo? Interesante, la verdad”.

—Bueno, pues he de dejarla, espero esta noche tenga el placer de poder volver a saludarla aunque mi edad no creo me permita mucha algarabía. Aun así, les acompañaré en los primeros minutos del advenimiento del nuevo tiempo —de manera tosca Gretta intentaba parecer simpática y cortés, cosas para las que se veía no estaba excesivamente preparada.

Cansada de tanta pregunta y respuesta protocolaria Aba, sin casi meditarlo y fiel a su forma de ser, preguntó:

—¿Y Otto? ¿Tendré el placer de conocerlo esta noche? Vine aquí por todo el reconocimiento que su experiencia tiene y me gustaría, por fin, saludarle y aprender de su avanzado conocimiento.

Los ojos de Gretta se afilaron y dibujaron una maligna reverberación que sacudió el mundo interior de Aba. Isabel enmudeció y su faz, si ya de por sí era un poema, mutó a un color casi lácteo y macilento. Lucien en cambio, entornó los ojos, como si le divirtiera la situación. Por primera vez Aba, apreciaba vida en el gigante que, aunque rápidamente difuminó el gesto sí lo contempló como un interesante hallazgo a tener en cuenta.

—Nuestro querido Otto es imprevisible desde hace ya muchos años. Así pues es posible que de nuevo, nuestros residentes y compañeros, deban conformarse con el mensaje que esta anciana ofrecerá.

—Bueno, espero conocerle, la verdad. Fue él quien me invitó y simplemente me gustaría darle las gracias.

—No te preocupes querida que yo mismo se las daré complacida.

—Bueno, lo tiene cerca ¿no? Vive en la casa próxima a la montaña.

Sin haber terminado de declamar las palabras Aba, ya se daba cuenta, del profundo sobresalto que el significado de las mismas causaba. Incluso, ella misma, se mostraba perpleja por incluso haber podido proferirlas. Surgieron espontáneamente, como la lava surge de un volcán y precipita la misma convulsión.

—¿Cerca? —preguntó Gretta sin disimular el profundo malestar que había causado su pregunta—. ¿Cómo sabe usted de esa casa? Creo que le han informado mal porque ni yo misma creo conocerla —el profundo acento alemán resonaba en toda su garganta asemejándose a rodillos de piedras desplazándose. Buscando respuestas ante el chivato que había filtrado la información miraba, de manera acusadora a Isabel, quien languidecía bajo el peso de su mirada.

—No te preocupes Gretta —el cuerpo hacia adelante, cortés pero inflexible de Aba no ofrecía señales de amedrentarse frente a la directora del centro. Aun comprendiendo que cada palabra musitada comenzaban a suponer una afrenta continuó—. Vi la foto de una cabaña en un enorme cuadro que hay en uno de los salones e hice mi composición de lugar —manteniendo la misma contundencia en la respuesta.

La gestualidad provocativa y sarcástica de Aba soliviantó a la anciana mujer. No estaba acostumbrada a que nadie le contradijera y mucho menos le interrogara. Sus dedos se contrajeron y cerrándose sobre sí mismos emularon ser una roca. Lucien e Isabel, contemplaban impávidos el diálogo, permaneciendo al margen de su desarrollo. La médico, cariacontecida por el peligroso devenir del momento imploraba con su mirada, que Aba cesara cualquier nuevo comentario. En cambio la enóloga, enaltecida, esperaba el embate de la gerente para proseguir la lid. Gretta, sonrojada, dominada por una terrible fuerza interior intentaba contener su respuesta. A punto de hablar, su boca se cerró rápidamente y su pose volvió a la síntesis anterior. Mirando a su alrededor y observándose rodeada de gente pausó cualquier discurso y amagando una sonrisa dijo:

—Es una vulgar casa de aperos que obviamente, un buen pintor, no dejó que fuera desdeñada por pertenecer a nuestro maravilloso paisaje. Me alegro que le haya gustado y anoto lo buena observadora que es. Es un buen camino para su completa y próxima recuperación —y con estas palabras giro sobre sí misma retomando los pasos antes dados junto a la enóloga.

Isabel, asustada y enojada, se acercó rápidamente junto a Aba. Estaba a punto de estallar cuando de repente Gretta, girándose sobre sus pasos, se

colocó a escasos centímetros del oído izquierdo de la enóloga.

—Tenga cuidado con esos paseos nocturnos que da, no vaya a ser que un día, hagan que se extravíe para siempre —dicho esto giró sobre sí misma y se perdió por el corredor seguida de cerca por Lucien.

Capítulo 9

Dos formas coexistían en el ser de Aba. Sentada en su cama ambas mitades se repartían y pleiteaban proporcionalmente. Una, le recordaba a su época de joven rebelde universitaria, batalladora por mil causas perdidas y pletórica de fuerza y energía. La otra, se correspondía a aquella donde los miedos, el pánico, los fantasmas de la niñez y porqué no, el terror anidaba. Minutos antes, Isabel le había dejado en la puerta de su habitación amonestándola mil veces por su falta de respeto. De manera pertinaz, enumeraba todas las normas que había infligido poniendo en juego, incluso, hasta el propio nombre de la institución. Por miedo, a la pérdida de su propio puesto de trabajo, la médico le pedía explicaciones insinuando que incluso, si así el consejo de dirección lo estimaba Aba, pudiera ser echada de los Picos de Posadas sin terminar su tratamiento. En todo el camino no paró de reprocharle e increparla con altisonantes y abigarradas gestualidades hasta que, junto a la puerta de su habitación, se calmó y observando que ni a derecha e izquierda nadie la observaba, le guiñó un ojo haciéndole saber que, todo era una añagaza. Desde ese momento y veladamente comprendió que, alguien más estaba de su parte, fuera la parte que fuera.

Contradicciones como centelleantes cometas del universo se reproducían en su interior, estos se gestaban, crecían y finalizaban como rápidos torbellinos. Intentando simplificar los detalles de la conversación con Gretta y sacar algún dato positivo, estos ahora removidos, aumentaban sus dudas. No se entendía a sí misma. Era incapaz de comprender sus actos y menos de lograr atinar con sus sentimientos. No sabía cuál era su bando porque tampoco tenía claro las diferencias entre cada uno de ellos y lo peor de todo era, que no tenía claro cuál era su trinchera ya que ni su habitación era un lugar seguro. Se adentraba a marchas forzadas en un embrollo en el que todos, menos ella, sabían dónde se hallaba su posición. Su cabeza, banalizaba con pertenecer al equipo de los buenos sin tener constancia dónde estos se hallaban.

“¿Protagonista, rehén o muñeca de trapo en manos de todos?” De manera obsesiva se preguntaba. Necesitaba encontrar respuesta porque según la conclusión, su papel en la historia, iba a ser de una manera u otra. Sentada sobre la cama se sentía en medio de un todo sin cara o al menos sin apariencia definitiva. “Jarrones o cuadros, que se colocan aquí o allí y por eso ¿ya son ladrones? Tengo un testamento y el relato sesgado de la vida de mi padre pero ¿es real? ¿Y si realmente mi padre es peor que Otto? O incluso, ¿y

si lo mataron por ser peor que todos ellos? Pero ¿estoy segura, realmente, de que lo han matado? Y si fue así, ¿es aquí donde hallaré al supuesto asesino? He heredado unas botellas de vino de hace cien años pero ¿es aquí donde esconde el resto mi padre? ¿Le asesinaron y su legado, simplemente significa que me adentre en Los Picos, haga justicia y descubra todo este entramado y a la propia organización? Otto... ¡Puto Otto de las narices!” Preguntas, miles de millones de preguntas, constantes e hirientes, perdidas en el limbo de las paredes de su habitación.

Pero no todo estaba mal y eso quizás, era lo peor, sus sensaciones estaban muy lejanas de cualquier palabra sinónima del concepto miedo. “Estoy gilipollas y encima voy a por más bronca ¡joder, estoy de verdad para que me encierren!”, argumentaba. Amagaba con mostrar una sonrisa victoriosa pero no quería pronunciarla por temor a parecer presuntuosa. La adrenalina, expresada en su energía, y fe en sí misma le preocupaban aun más. Se reconocía en esa tormenta visceral de buenas sensaciones, las cuales, mal gestionadas, podían lanzarla al abismo. Sus pies debían caminar cercanos al suelo y evitar cualquier combate que no supiera fuera a ser ganador y ahora mismo, ninguno llevaba las de ganar. Debía aprender y recapacitar sobre la fiereza encontrada en los ojos de Gretta. Era una mala compañera de viaje y más, sabiendo que, ahora mismo, se manejaba sobre un alambre de espino dentro de una cámara oscura. Bajar su propia tensión, crear una buena estrategia y esperar acontecimientos para una vez llegados, actuar correctamente debían marcar las próximas horas. Su propia percepción del miedo se mostraba atenuada. Buena señal pero no por ello, debía olvidar, que el peligro caminaba cada vez más junto a ella.

Las sensaciones llegaban y se marchaban como profundas galernas en el mar. Leyendo de nuevo el papel del periódico, guardado en uno de sus bolsillos, el pavor sobrevino de nuevo al preguntarse “entonces ¿Gretta se cargó al notario? Así pues ¿me has amenazado, me has advertido o qué leches has querido decir antes? La siguiente puedo ser yo o, realmente, seré yo”. De nuevo miró los entornos de la habitación buscando cámaras escondidas. “Saben que he visto algo pero también tengo claro que les soy necesaria... hasta que obtengan lo que quieren de mí”. Visualizar ese pensamiento le produjo una terrible mueca de terror.

La puerta del baño estaba abierta. Lanzándose rápidamente, buscó la mejor solución para el momento, un recuperador y aromático baño de agua caliente. “Segundo baño del día ¡ole! voy camino de convertirme en pez

abisal”. Aunque intentaba autosugestionarse con su pertinaz energía y sentido del humor, el miedo le atenazaba y la necesidad de ser abrazaba por el calor, como único remedio para sus males, seguía siendo total. “Menudo día llevo y lo que queda...” pensaba mientras su cuerpo se hundía bajo el agua.

Media hora después y recuperado el brío comenzó a prepararse para la guerra. Con una mezcla de interrogación e infantil deseo, sus ojos escrutaban todas las ropas que tiradas sobre la cama, debían de componer su disfraz. Pelucas de colores fosforescentes, pantalones estridentes y conjuntos disonantes componían todas sus posibilidades. Buscaba algo que le acomodase a su nuevo rol sin olvidar el carácter lúdico que cualquier carnaval tiene. “Quién me ha visto y quién me ve, yo aquí pensando en conjuntar el Sentido Otto con un disfraz. Definitivamente estoy fatal de la cabeza. Cuando lo cuente en Haro me tiran al río”.

Tras cientos de vueltas, cambios y enfados por no verse con nada de lo que se probaba y teniendo como único testigo el espejo, se decidió por una mezcla de atuendos. Como la bruja en el cuento de Blancanieves pero, esta vez, sin esperar respuesta del espejo, intentaba seducirse a sí misma para luego poder hacerlo ante el resto. Entonando rimas imperceptibles, para nadie que no fuera ella, *Caledonia de Dougie MacLean* sonaba suavemente en su habitación. La melancolía de su letra le arrastró hasta la pequeña terraza de su habitación. Abiertas las ventanas y reclamado el influjo del frío viento de la noche, este comenzó a golpear su piel, como fino punzón. Agarrada con fuerza la balastrada miró hacia Haro, hacia su casa y hacia su pasado. Intrépidas lágrimas iniciaron su descenso que, aunque no eran desdichadas o temerosas sí que eran resignadas ante lo que el destino le iba a deparar. Un disfraz contenía un cuerpo y un cuerpo soportaba un disfraz, ambos debían ser uno, alineados tendrían una oportunidad. Meses atrás la simple contemplación de su situación actual supondría una broma de mal gusto, inmersa ahora en ella, una agónica realidad. La melena al viento y su piel enrojecida por el pertinaz frío no hacían que la presión cediera en sus dedos, asidos al balcón. Sus ojos verdes que generalmente para una gran mayoría resultaban fríos ahora ardían, como volcanes desatados, deseando expandir la fuerza de sus llamas. Sin querer huir pero asumiendo el caos que comenzaba, sin pretender vencer pero intuyendo que el precipicio era más profundo y oscuro de lo imaginado, así se encontraba Aba, minutos antes de partir a la fiesta en honor del advenimiento del Dios Invierno.

Capítulo 10

El cambio fue radical. Saliendo del ascensor un popurrí endemoniado de colores y olores impactó contra sus sentidos. Sin casi espacio para el movimiento sus pasos parecían colapsados por el gentío. Como si de un salto en el tiempo se tratara o como si se encontrara ante el reverso de un agujero negro, la realidad de la fiesta se presentó de manera alocada y desinhibida. Aun sin entrar en situación e intentando comprender algo de lo que allí sucedía, una mujer vestida de odalisca, colocó sobre sus manos una copa de champán brindando efusivamente con Aba. Bebiéndose la suya de un trago y riéndose a carcajadas desapareció entre la multitud dejando el rastro de su presencia en las manos de la enóloga. Sin haber dado prácticamente un paso desde su salida del ascensor, atónita por la escena recién vivida, alguien se le acercó por detrás diciéndole:

—Soy un minotauro. Mi madre es la reina cretense Pasífae y mi padre un hermoso toro blanco enviado por Poseidón pero puedes llamarme Damián —mientras, partiéndose de risa, dejaba entreverse tras la máscara que le cobijaba.

—¡Joder esto es una puta locura! —dijo Aba en estado de shock—. Estás genial Damián, no te hubiera reconocido en la vida.

—Bienvenida a tu primera fiesta en la comunidad querida compañera, si quieres te puedo acompañar hasta el salón de Las Mil y Una Noches. Será un placer para mí llevar a la mujer más bella de la noche —manifestó ceremonialmente mostrando sentimiento a cada una de sus palabras.

Cogiéndola de manera protocolaria por el brazo se adentraron en el pasillo que les llevaba hacia el salón.

—Por cierto, ¿de qué vas vestida? —preguntó tras mirarla de arriba abajo.

—¡Vaya! Comienzo bien la noche... ¡menudo exitazo! —respondió apesadumbrada.

Algo menos de una centena de personas discurrían vivamente y sin destino aparente por los entresijos de la residencia. La planta del edificio simulaba una especie de “L” con lo cual, se podía habilitar un ala clausurando la otra, en pos de que la zona de oficinas y servicios médicos, no se viera abordada por la locura de la fiesta. De todas formas, personal de seguridad velaba para que nadie tomara al asalto la zona cerrada cuando, por el influjo de la noche, algunos pudieran decidir hacer alguna perrería. Acotado el comedor y el salón principal y utilizando como vía de comunicación el

pasillo, todo parecía estar perfectamente controlado.

—Pero ¡qué sorpresa Aba! Estás, no sé cómo definirlo, exultante —dijo Úrsula al encontrarse con ella y haciendo el mismo gesto que, minutos antes Damian había hecho, tras mirarla de arriba abajo. Asombro total al no tener ni idea de qué iba disfrazada—. Fíjate yo, creo que he metido la pata con este disfraz aunque todo sea por el Sentido Otto.

Úrsula llevaba una cogulla de color rosa. En la parte frontal del hábito un enorme conejito de “Playboy” había sido toscamente cosido. Recortado desde una sábana de color negro era sujetado con algunos imperdibles, recordando la mala labor que el mal zurcido había provocado.

—La verdad es que me has dejado alucinada con el tuyo —manifestó al ver así a su habilitadora—. Nunca pensé que te gustara tanto la provocación.

—Pues lo mismo digo querida —mientras Úrsula seguía mirándola de arriba abajo sin sacar conclusión aparente.

—Bueno, voy de Harley Quinn —entendiendo el mensaje de su mirada.

—¿Quién? —dijo Úrsula totalmente perpleja.

—Sí, es una supervillana y una especie de antiheroína de un cómic. Vi la película hace no mucho y la verdad es que me fascinó su personaje. Postpunk, para que me entiendas mejor, una tía cañera, irónica y empoderada, como yo —dijo sonriendo y disfrutando con la descripción de sus palabras—. Bueno en realidad, ella es una psiquiatra que trabaja en una cárcel y un día ve la luz lo cual hace que se transforme —y sus ojos lanzaron adrede un tenebroso destello que alteraron la jocosa tranquilidad de Úrsula.

Quizás el propio cuerpo y belleza de Aba daban pábulo para contener el embuste que supone un disfraz pero el caso es que, sorprendía lo bien que cuadraba en su ser la composición creada. Unos puntiagudos zapatos rojos de alargadísimo tacón soportaban una figura a caballo entre lo siniestro, lo pijo, lo incorrecto y lo erótico. Ajustadísimos pantalones cortados por debajo de la rodilla, de centelleante color rojo bermellón, componían sensual pose que era rematado por una escueta camiseta rota de color blanco con el logotipo del símbolo de la paz invertido. Por lo múltiples espacios, dejados al aire por la camiseta, puntillas de un sujetador de color negro eran delatadas aguzando la sensualidad de la enóloga. Dos enorme coletas, como si de una joven universitaria se tratara, partían de su rubia cabeza que hacía nítido contraste con los labios rojos, vivamente pintados. Adrede, su maquillaje pretendía ser decolorado como si hubiera pasado un vendaval por su cara. La composición final subyugaba. Parecía como si sus manos hubieran querido borrar todo

vestigio de color en su blanquecina tez y todo era más un garabato que maquillaje. Una cascada, hábilmente pintada de rímel, partía de unos ojos cuyas oquedades eran rellenas de negro. Si sonreía el personaje asumido por Aba era cómico y divertido, si en cambio permanecía seria, un profundo poso de peligro era irradiado.

—Pareces la novia del Joker, Aba —dijo Minerva que se unió a la conversación.

—¡Madre mía! —el suspiro de todos los presentes quedó volcado en la frase que Aba pronunció al presentarse delante de ellos una sensual Barbarella.

—Había que buscar un porqué y un propósito a aplicar para el próximo cuatrimestre ¿no? —preguntó jocosa—. Bueno pues, según las normas del evento y aplicando la mejor versión de mí, he pensado que lo mejor era juntar un punto de agresividad, la mía innata, junto con un bonito cuerpo que ya es hora para que el mundo lo vea —y diciendo esto, Minerva se giró en redondo, haciendo las delicias de Damián y de algún otro varón cercano— y la inteligencia de Jane Fonda en Barbarella.

—Bueno, pues espero ande cerca esta noche tu Flash Gordon porque estás impresionante —dejando claro que el minotauro deseaba partir en una posición inicial si hubiera posibilidades de cautivo cortejo.

—Aun así has pasado del blanco al negro en un minuto. De crear una Web para presagiar el futuro de los demás a quizás leer el tuyo propio, interesante —enfaticó Úrsula con marcado tono interrogativo intentando ya estudiar el propósito de tal disfraz.

El grupo fue ampliando su número y hacia él llegaron Isabel, Sofía y otros residentes que animadamente comenzaron a departir mientras una rueda de pinchos era servida por camareros vestidos de librea morada y peluca azul celeste al modo del S. XVIII. Isabel lucía un austero disfraz de ama de llaves victoriana que como ella misma era, no dejaba mucho espacio a la improvisación o a la libre expresión de los sentimientos.

—Creo que se nos está escapando esto de las manos —dejó entrever la gerente a Úrsula mientras dirigía su mirada a una especie de Eva, cubierta con tan solo unas hojas de árbol platanero.

—Es el único día que se permite cierta ruptura en los hábitos —intentó mediar la habilitadora aunque viendo el rictus de incomodidad en el rostro de Isabel, cortó de inmediato terminando su frase—, aunque es verdad que me parece un poco censurables ciertos disfraces. Quizás habría que volver a

redefinir todo el concepto de esta noche.

Elena apareció por el fondo del pasillo acompañada de un pirata y un samurái. Se notaba que el traje de los tres había sido fielmente trabajado y que pocas cosas quedaban al libre albedrío.

—La noche viene calentita, me temo —observando, con cierto gesto de desaprobación, como una especie de hombre imitando ser una tarasca vivía anclado en el cuello de una mujer disfrazada de vampira.

—Si empezamos así, la noche será muy larga para muchos —enfaticó con sorna la enóloga.

—Demasiado estricto para unas cosas el Sentido Otto y libre albedrío para los placeres de la carne en esta fiesta. Yo creo que no debe ser ese el fin —dijo con brusquedad Elena.

—Bueno —intentando conciliar Aba—, son solo unas horas, cuatro en todo el año, no me parece tan mal Elena. Me parece precioso tu disfraz de Cocó Channel aunque más me parece a mí que eres una pitonisa ¿me echarás luego las cartas? —picándola para hacerle reír.

—Creo que por lo que veo, tienes mucho más peligro tú que yo y me da que no me equivoco —mientras observaba con detenimiento el disfraz de la enóloga—. Vamos a saludar a Gustavo y ya de paso que nos prepare algo que tengo hambre.

Sonriendo las dos y cogidas de la mano se desplazaron entre una nube de equilibristas, payasos y corsarios, demonios, brujas y hechiceros, romanos, gondoleros venecianos, sirenas, roqueros, Marylins o Elvis, caballeros y reyes y otros, que por la profusión de colores, el dudoso gusto o la difícil categorización se aparecían en su recorrido. Una especie de diablo oficiaba de DJ y calentando el ambiente con “*The Pipe*” de *Rebuke* intentaba presagiar una noche sin luz. Los colores de decenas de rosas rojas se entremezclaban con violetas africanas causando placer a los sentidos, diseminadas por el pasillo, le dotaban de profunda clase y estilo. Un olor profundo, denso y embriagador, más los primeros efectos del alcohol, hacían que algunas cariátides junto a diablillos alados de color verde movieran sus cuernas buscando presas de altura.

Sofía recordando al burlesque apareció acompañada de un hombre y una mujer que, disfrazados de pintores bohemios, intentaban pintarla haciendo de ella un lienzo viviente.

—Este lugar es puro virtuosismo para los sentidos, el Sentido Otto es magia —dijo al acercarse de improviso al grupo presa de una especie de raptó

místico.

—Creo que debes dejar de beber ya por esta noche Sofía —dijo Isabel intentando ser tajante—. Esto no es lo que se pretende con este baile de disfraces. Recibimos el nuevo estadio como esperanza y presagio de tiempos mejores para todos.

—¿Mientras unos se forran? —preguntó sarcástica Sofía bebiendo de un trago una copa de champán—. Llámalo como quieras querida pero todos sabemos que detrás de estas paredes todo tiene un fin, robar nuestras fortunas y quien sabe sino otras cosas más. ¿Por qué no imbuirnos del verdadero Sentido Otto por esta noche? Es, el único momento en el que se nos está permitido saltarnos un poco las normas, así pues ¿por qué no nos dejas volar por un rato y realmente alcanzar un rato de felicidad?

Sofía desapareció entre la multitud enfervorizada dejando un amargo poso en los labios de todos y una alarma profunda, resonando en el cuerpo de Aba “Cada uno crea su propia visión de todo esto. Es increíble porque realmente todos compran la fuerza y vitalidad del mensaje de Otto adecuándolo a su ser. Pero por otro lado, todos son conscientes de que algo sucede. Nadie nace tonto en esta vida, simplemente parece que aquí se dejan llevar porque son felices olvidando su propia realidad”.

—Bueno, en breve esta locura se frenará, creo que es la única vez en mi vida que estoy deseando escuchar el discurso de Gretta. Después de sus palabras el bar se cierra y espero que esta vez sea, por una larguísima temporada —reponiéndose e intentando calmar la situación Isabel mostraba necesaria cordura.

Todo era demasiado distinto y excesivamente cambiante. Había comenzado a sentir cierta consideración por los matices que el Sentido Otto proclamaba pero incluso para ella misma, la noche comenzaba a tener más vientos de pesadilla que de cualquier otra cosa. El ambiente era más denso que claro y las miradas más provocadoras y displicentes que conciliadoras o amables. Demasiada metamorfosis y demasiadas personas saliendo de sí mismas en busca de supuesta paz y tranquilidad pero observado el conjunto, todo indicaba lo contrario. Excesivos gestos y maneras que irradiaban confusión e incluso caos. Ojos hinchidos de fiereza y abrazados por el manto lascivo de los deseos desbocados. “¿Y si, todo esto fuera, una especie de droga que simplemente prorrogara la estancia de los más ricos aquí dentro? ¿Y si, tras la noche, confesados los pecados cometidos el centro aconsejara nuevos meses de terapia convirtiendo todo en una especie de pernicioso bucle

sin fin donde realmente era difícil escapar? ¿Y si, reconocido el hecho del exceso en la noche, la única forma de pago para muchos fuera el dar información de tesoros ocultos o joyas perdidas? ¿O si como pago, arruinados muchos de ellos, solo pudieran ofrecer las joyas de la familia?” su mente se martirizaba con un juego de locura de preguntas condicionales sin respuesta. Los que allí estaban pertenecían a élites que, aunque algunos no pudieran mantener el mismo ritmo de vida del resto sí podían, acceder a los pozos de la información que solo el poder, otorga a unos pocos. “Por lo tanto, muchas piezas que aquí llegan pudieran ser pagos o incluso chivatazos” en una marasmo de ideas, de negaciones y afirmaciones conjeturaba la mente de Aba. La música frenó en seco:

—Por favor, en cinco minutos tendrá lugar el discurso de la regeneración y el crecimiento personal, diríjense hacia el salón de Las Mil y Una Noches —sonaron los altavoces.

—Salvados por la campana —dijo Úrsula confundida por las palabras de Sofía.

—Vaya ahora que justo Gustavo me iba a traer mi cena —confesaba molesta Elena.

Gustavo se encontró delante del grupo con varios platos recién hechos. Con cara de contradicción dijo:

—¿¡Y yo ahora que hago con esto!?

—Tranquilo, vendremos rápido, aburridas y con más hambre. Gretta siempre dice lo mismo y la verdad es un rollo —respondió Elena—. De todas formas, ilumíname y vete creando ansiedad en mis papilas gustativas ¿qué nos has hecho?

Feliz por al menos poder relatar su creación el camarero comenzó a desarrollar, feliz, su exquisiteces creadas.

—Esta noche, por ser tan especial, me he esmerado todavía más. Rápidamente os cuento estos platos nuevos que he ideado para que adornéis los nuevos meses con nuevas fuerzas —mirando hacia el primer plato, exquisitamente presentado y amparado en una especie de bol cerámico ricamente labrado con figuras chinas—. Este es un salteado de seitán con verduras de temporada... mira que me duele no os lo comáis ahora porque está recién hecho. Mirad como huele —ofreciendo sus aromas a la fidelizada concurrencia.

—Creo que me quedo contigo y paso del rollo de Gretta —dijo embelesada Minerva.

Feliz por el comentario de Minerva, Gustavo prosiguió:

—Bueno, pues la idea de este seitán es unir los cinco elementos a los cinco sabores, es decir, amargo, agrio, dulce, picante y salado. Notaréis varias especias como hinojo, clavo, canela, pimienta, anís estrellado y junto con las verduras harán que esta noche purguéis los malos espíritus y rejuvenezcáis.

—Eso quisiera yo —dijo sarcásticamente Elena.

—¡Nos vamos! —cortó ya Isabel, nerviosa por llegar al comienzo del evento.

—Nos falta el otro —más por picar a Isabel, Aba lanzó su petición.

—Es una tarta de pasta de violetas y vainilla —intentando no se fueran Gustavo, les ofrecía una porción.

La exclamación de felicidad prorrumpió en el grupo. Una tarta de color morado, decorada simulando ser pétalos de flores se presentaba sobre una hermosa piedra blanca. Una mujer que disfrazada de emperatriz Sisi justo pasaba por el medio del grupo, no pudo menos que aplaudir al ver la obra del maestro pastelero.

—En diez minutos venimos —dijeron prácticamente todas al unísono.

El salón de las Mil y Una Noches resplandecía. La fuente interior manaba agua dorada y las luces, perfectamente colocadas, otorgaban grandiosidad incomparable. El silencio, poco a poco, fue cobijando a los asistentes. Los gritos, los excesos y las altisonancias fueron relajándose en la contemplación del lugar. En exceso sobrecargado y fastuoso irradiaba una energía que incluso podía lindar con lo erótico. Las columnas salomónicas, retorcidas sobre sí mismas y ahogadas por sus propias enredaderas, las esculturas y pinturas colocadas por doquier y la ostentación de muchos de los muebles o cerámicas allí expuestos agredían los sentidos. Estos, aletargados o simplemente en estado de éxtasis, daban gracias por tener la fortuna de estar, un solsticio más, bajo su techo.

El templo de Los Picos de Posadas estaba repleto. La música había cedido totalmente y las luces poco a poco fueron bajando su intensidad. Las cortinas se abrieron, suavemente, dejando aparecer el jardín que llevaba hasta el laberinto. Perfectamente iluminado, suponía ser largo y eterno mientras hierbas y flores, intentaban ser cuasi fluorescentes. El silencio se hizo total y solo los ecos de la respiración de algunos, a veces incluso jadeante ante semejante impacto visual, lograban romperlo.

—Gracias, una vez más por estar aquí.

Nadie parecía haber contemplado la figura de Gretta que imponente apareció ante todos. Aba y su grupo, situadas en medio del salón, permanecían atónitas contemplando la bóveda y la gran lámpara de araña, que con más de cuarenta luces de vidrio transparente, imitaba estar colgada del mismo cielo. Gretta no iba disfrazada de nada aunque realmente tampoco le hacía falta. De negro impoluto parecía una viva estampa de la reina Victoria pero sin kilos de más. Demacrada, extremadamente delgada y con semblante serio nada parecía restarle un ápice de energía a su mirada. Los destellos emitidos por sus ojos impactaban en cada uno de los allí presentes, haciendo que cada uno tuviera una sensación de culpa por los excesos cometidos o por los pensamientos lascivos a punto de hacerse realidad. Los desmanes, hasta unos minutos antes santo y seña de la fiesta, ahora habían cedido de tal manera que todo parecía ser una gran farsa o mentira, siendo ahora los disfraces enormes cargas a soportar. Tras segundos que casi suponían minutos y silenciada totalmente la concurrencia Gretta, reanudó su discurso.

—Me gustaría de nuevo agradeceros vuestra confianza en los métodos y filosofías que nuestro creador, Otto, nos cedió para poder desarrollarlas dentro de todos y cada uno de vosotros. Siento comunicaros que nuestro gurú no ha podido venir en este nuevo cambio de estación pero esperamos pueda reunirse con nosotros para el solsticio de primavera...

Aba observaba con meticulosidad y atendía con curiosidad todo lo que a su alrededor acontecía. Los rostros, antes llenos de fuerza y energía, ahora parecían haber mutado como un ejército en espera de órdenes. La atmósfera era de tensa calma, rota por los miles de destellos que las luces provocaban al chocar con las decoradas paredes. El discurso era moralizante y absorbente incluso en determinados momentos Gretta, parecía regañar por sus comportamientos a los allí congregados. Su tono de hablar bajo y pausado no eludía que, con cada una de sus palabras, una fina astilla se clavara en cada uno de los cuerpos de los residentes. Mensajes de autoconfianza y autoestima eran lanzados por Gretta sin mostrar, ni tan siquiera, un amago o bosquejo de sonrisa. El crecimiento, la meditación y la introspección eran santo y seña de todas sus frases dejando de lado, misteriosamente la curación o la sanación total de los pacientes. “Todo está más enfocado en los medios que en los fines. Curioso” pensaba la detective enóloga.

—Para terminar este pequeño discurso y como en cada velada, me gustaría presentaros un claro ejemplo de superación y de íntima comprensión

del Sentido Otto para, en su adecuación, lograr la luz y por tanto, la curación —las palabras de Gretta, ahora, sonaban poderosas y llenas de energía, casi desmedidas hacia un público casi acomplejado.

A su atril se acercó un hombre disfrazado de Darth Maul. La primera sensación que se albergó en muchos de los presentes fue la de miedo, al observar el aire tenebroso y oscuro del aparecido pero en segundos, se tornó en un desacomplejado aire de felicidad al sentir que era...

—Joder es Yuls —la voz de Aba no pudo ser frenada al reconocerlo.

—¿Yuls? Es Andreas querida —dijo suavemente Elena al sentir alborotada a su compañera—. ¿Estás bien? —percibiendo la congoja en su rostro.

—Sí, tranquila —recomponiendo la compostura—. No me imaginaba que iba a venir disfrazado del malo de la Guerra de las Galaxias —intentando restar preocupación, latente ahora, en el rostro de Elena.

—Callas demasiadas cosas querida, y eso, comienza a preocuparme.

Perfectamente caracterizado y lanzando una cálida sonrisa al resto Andreas, abrazaba a Gretta con abundante exteriorización de gestos y cariños. La cara pintada de rojo y negro hacían resaltar sus brillantes ojos azules. Una máscara, perfectamente adherida a su cabeza y con varios cuernos de plástico lograba que, realmente consiguiera, el efecto de imitación deseado del personaje. Su completado atuendo se cerraba con una ceñida túnica de color negro que cubría un atuendo interior del mismo color.

Gretta separándose del atril, dejó el testigo a Andreas quien, lleno de satisfacción comenzó a hablar generando una enorme ovación y desconsolado fervor en los residentes.

—La verdad que nunca pensé y ni tan si quiera imaginé poder tener la oportunidad de estar aquí, frente a vosotros, celebrando un triunfo... el triunfo del espíritu y el alma —de nuevo una intensa ovación partió de la concurrencia.

—“Vaya morro tiene el tío” —airada, Aba no atendía o escuchaba simplemente alucinaba con la escenificación.

—He tomado este hábito como símbolo de lo que fui. En el próximo solsticio, iré vestido de blanco, asumiendo que ya estaré dentro una nueva esfera llena de luz en mi vida. Es realmente lo que quiero llegar a ser, es decir, el Sentido Otto nos hace albergar esperanza e ilusión, aunque el camino sea duro y difícil. Por eso mi disfraz de hoy, simboliza, lo complicado de mi esfuerzo que es el mismo de todos vosotros.

—“Eres listo, tío, muy listo, la verdad. Dentro de cuatro meses la misma monserga en un bucle sin fin. Eres de ellos ¿verdad Yuls?” —enjuició Aba.

La ovación duro más de lo esperado y los gestos y aspavientos de cariño de Andreas se asemejaban más a los de una estrella de rock que a los de un enfermo en proceso de rehabilitación. Aun así, todo lo que parecía perfectamente hilvanado y estudiado para endilgar a la concurrencia cambió en segundos de registro. Algo totalmente inesperado sucedía. Primero la perplejidad acompañada del susto para después, la emoción, se adueñara de los residentes al percatarse de lo que pasaba. En el jardín y de repente, alguien lanzó un bote de color morado el cual, al estallar, comenzó a irradiar bocanadas de denso humo. Andreas dejó de ser el foco de las miradas y todos, instintivamente, volvieron sus cabezas mirando el acontecimiento con inusitado interés. Intuyendo que algo no funcionaba Andreas intentaba proseguir a un público que ya le era esquivo:

—Bueno, entiendo que es otro acto más del evento dentro de esta preciosa noche. Si me dejáis que continúe...

Pero tuvo que frenar su disertación porque percibía que nadie le hacía ya caso. Alterada Gretta se situó frente al micrófono y comenzó a hablar:

—Esta noche se nos está escapando de las manos y esto no es lo que el Sentido Otto quiere o desea, deberemos de reflexionar... —había aumentando su tono de voz, sus palabras cortantes y cristalinas intentaban frenar la situación totalmente fuera de guión. Se notaba que algo pasaba incluso para su propia comprensión porque, con su mirada, buscaba soluciones imposibles para ese momento—. Por favor, un poco de calma —mirando a Isabel en busca de explicaciones, estaba presa de los nervios—. Estoy segura que nuestra seguridad pondrá remedio a este desvarío en breve.

De las sombras y hasta entonces totalmente oculto surgió la enorme figura de Lucien quien, con solo una mirada de Gretta, comprendió las órdenes recibidas. Situado en un lateral comenzó a cerrar las puertas acristaladas de acceso al jardín sellándolo con sus cortinas. Aun así, muchos de los residentes no hacían caso al esfuerzo del operario y sin traspasarlas, contemplaban embelesados la estela del tupido humo morado.

—¡Mirad! —un grito, casi desesperado, partió de alguien situado ya en el jardín.

—¡Es Otto! —sonó otro grito emocionado.

Entre los huecos que la dispersión del humo originaba una figura

apareció en los lindes del inicio del laberinto. Cubriéndole una especie de taparrabos oscuro, rapado el pelo y totalmente el cuerpo pintado de color ocre, parecido al del barro con el que se hacen las cerámicas, un hombre miraba desafiante desde la distancia. Alto, fuerte y grande denotando aparentar algo más de sesenta años provocaba, con su presencia, los ánimos de todos desde la distancia.

El silencio y el miedo, el temor por su contemplación, hizo presa en todos. Sin saber qué hacer, casi congelados por la dicha esperaban acontecimientos. La figura, levantó su brazo e hizo un gesto queriendo señalar a algo o alguien. Su mano se levantó firme y por unos segundos, un dedo acusador, lanzó un dardo en forma de pregunta o búsqueda. Tras la seña, juntó sus manos y como signo de respeto bajó su cabeza intentando armonizarse con todos los allí presentes. Segundos después, desapareció entre el laberinto cuando el bote de humo lanzado, ya comenzaba a poner su punto final.

No hubo reacción de nadie durante unos segundos. El silencio ahogó a la concurrencia fueran residentes o no. Todos se sentían señalados y agradecidos por la presencia de Otto. Algunos lloraban presas de un raptó casi místico y otros se abrazaban intentando comprender algo de lo que acababan de contemplar. El silencio era roto por sollozos y por pequeñas conversaciones que elucubraban los misteriosos porqués. En cambio y para Aba todo era distinto “es a mí, quiere que vaya, no puede ser de otra manera” gritaba su mente desafortunadamente.

—Debo ir a por él, es el momento, ahora o nunca —de nuevo sus palabras fluyeron de su boca sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Esta vez no pudo mentir o relatar alguna excusa barata que frenara la preocupación de Elena que, sin saber, intuía muchas turbulencias en su amiga.

—Ten cuidado cariño —le dijo veladamente—. Yo te cubro pero por favor aunque cada día la tierra, con más ansia me reclame, por favor, necesito hables conmigo. Necesito ayudarte. Necesito volver a tener una hija, por favor.

Sin poder decir nada más, mirándola a los ojos con inagotable sentimiento de dulzura y cariño, Aba se despedía con lágrimas en sus ojos. Una mujer disfrazada de Harley Quinn de manera disimulada y aprovechando el estrépito que la aparición de Otto había producido se adentraba en las sombras que la profundidad del jardín regalaba. Detrás de ella los acordes de

“*My love*” de *Kovacs* comenzaron a sonar. Las figuras, mecidas por su caliente voz, volvieron a moverse ahora fanatizadas y pletóricas por los acontecimientos. Intuir a Otto, les impulsaba a seguir con más fuerza sus ansias de curación y por ende, en la creencia de sus particulares métodos. La Noche del Fuego continuaba y las pasiones y deseos, como el fuego interno de cada cual, comenzaron a explotar en el salón de las Mil y Una Noches.

Otto

Capítulo 1

Las sombras cobijaban a Aba. Agazapada, caminaba lentamente, intentando que su presencia pasara desapercibida. Su cita esperaba. Fuera cual fuese, el laberinto se presentaba como un tránsito necesario hacia su destino. Salir del mismo significaba, por fin, conseguir llaves que le abrieran su, hasta ahora, imposible caminar. La fiesta acaba de comenzar, desmadrada y como un coche que sin frenos se dirige al abismo, nadie pretendía ponerle fin. Excitados, los residentes habían recibido la visión de Otto como si se tratara de un símbolo cuasi místico. Sus duros esfuerzos, las extenuantes pruebas pasadas cada día eran merecedores del premio de la contemplación del creador por tanto, ante el revelador éxito, difícil poner coto a las pasiones desbordadas.

La densidad de las sombras devenidas de un cielo poblado de nubes, provocaban que su silueta fuera apenas perceptible. A veces agazapada al escuchar un extraño ruido u otras mimetizada tras un árbol, poco a poco, iba dando pasos hasta llegar a la entrada del laberinto. Tras la excursión con Úrsula sabía que había dos entradas posibles al laberinto por tanto, al acceder al centro, simplemente debiera considerarlo como un intermedio hasta dar con la parte opuesta. Desde ahí intuía que otro camino le iba a hacer de guía hasta llegar al refugio de Otto. Estaba claro que él había utilizado el laberinto para dejarse ver y como vía de escape pero “¿por qué tanto misterio?” se preguntaba. Aparentando maña y altas dosis de energía se plantó frente a la entrada. Aun así el miedo caminaba junto a ella. Alguien le esperaba, no estaba acostumbrada a no reconocer las situaciones y menos, no tener información de las mismas. Extrañamente, una especie de lazo de color morado, se encontraba anudado a una de las ramas, lo cual le reconfortó.

Sorpresiva e inesperadamente, una mano tapó su boca. Intimidándola y sin casi haber entrado en el laberinto, un fuerte brazo le agarró intentando dominarla. Con fuerza inusitada fue desplazada hasta el interior donde poder sustraerse de miradas lejanas e indiscretas. El pánico inundó todo su cuerpo viéndose, como si de una marioneta se tratara, atrapada y en manos de un demente.

—¿Pero qué coño haces? —gritó Aba al verse, de repente, liberada. Sus manos se cerraron formando un puño y casi por instinto de supervivencia, lanzaron un puñetazo a su raptor, el cual no pudo evitar.

—¡Joder! ¡¿Pero qué leches haces?! ¡Me has reventado el puto ojo!

Agazapado, Yuls intentaba zaherirse del embate y curar su maltrecho ojo. Algo más rehecha Aba, se limpiaba la boca con un pañuelo, intentando recuperar el resuello y evadirse de la momentánea crisis de pánico tenida. Mirándole a la cara, indignada y enfadada, se encaró:

—¡Me has mentido! ¡Eres un puto cerdo! ¿Qué quieres de mí? Llevamos casi dos meses aquí dentro ¿y es esta, la única forma que tienes de acercarte? ¿Dejando vulgares notas y colándote en mi habitación como un ratero?

—Lo siento pero no he tenido ninguna otra oportunidad en todo este tiempo y esta ha sido, la única manera, de no levantar sospechas — contrariado por el enfado y vehemencia de Aba, intentaba excusarse de cualquier manera.

—¡Llevas más de un año aquí dentro! ¡No me vale nada de ti, tío!

Empujando y quitando de en medio a Yuls comenzó a adentrarse entre los setos que componían el laberinto.

—René me llamó. Me convenció. Me dijo que debía ayudarte... que estabas en peligro de muerte. Me embaucó para investigar obras de arte robadas y fui entrando, residencia por residencia, en todas las del grupo. Un día vino y me habló de ti. Me dijo que tú podías ser la clave de todo y por eso, fui a Hendaya. Tras la estación regresé de nuevo aquí, René me dijo que en breve ibas a ingresar —de manera torpe y atolondrada intentaba que la enóloga frenara sus pasos.

El eco adentró su voz en las profundidades del laberinto provocando que resonara con fuerza en la conciencia de Aba. Frenando la vehemencia de sus pisadas y sin pensarlo, retrocedió hasta volver a su altura. Aún sentado en el suelo, intentaba con parsimonia, curar su perjudicado ojo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin consideración alguna por su estado.

—Yuls...Yuls Van Dick —intentó decir de manera entrecortada—, Andreas es un señuelo, como mi expediente médico. Sabes de eso, René te hizo uno igual.

Aba comenzó a rebajar su tensión interna y redefinirse ante la nueva situación. Sin perder la compostura pero escuchando la cautela que su cerebro demandaba intentó, de alguna manera, mostrarse más comprensiva. Aun así, inquieta, algo le decía que no debía relajarse.

—¿Te duele?

—Me has dado de lleno, claro que me duele.

—Tú has empezado y no voy a pedirte perdón. Aun así, estoy dispuesta a escucharte pero, esta vez, no me mientas —dejando claro que no iba a permitir demagógicos y falaces discursos.

El golpe había hecho que saltara por los aires uno de los cuernos que componían el disfraz de Darth Maul. Al tocarse con fruición el ojo, intentando calmar el dolor, había hecho que se decolorara todo su maquillaje otorgando, más si cabe, siniestralidad al personaje creado.

—Bueno, tenemos pinta parecida —dijo sonriendo Aba—. Parecemos casi dos payasos —y terminó ofreciendo una decadente sonrisa.

Observando que Yuls se recomponía y adoptando de nuevo la seriedad en su rostro, volvió a la carga.

—¿Y entonces?

—Conozco a René desde hace varios años, más de diez supongo. Trabajo en un departamento cuya misión principal es la catalogación del arte expoliado en las distintas guerras. El arte realmente es mi pasión. Tras doctorarme en Bellas Artes comencé a trabajar para un departamento de la comisión europea que se dedicaba a la investigación de pinturas, esculturas o libros antiguos robados. Con el tiempo, terminé haciendo cierta labor casi policial en la búsqueda de piezas sustraídas o por lo menos, estar al tanto, de los movimientos de compra y venta de lo expoliado por grupos mafiosos. Hace unos años la comisión europea creó un departamento para identificar las obras de arte expoliadas a los judíos durante la guerra con el fin de, en los casos que fuera posible, restituirlo a sus legítimos dueños. Para mí es un honor trabajar en este departamento. Con todo esto, es verdad, te menté en decirte que no conocía a René, lo siento —con sus solícitos gestos intentaba dar verosimilitud a sus palabras.

—Continua —sin darle excesivo pábulo a su intento de acercamiento Aba seguía manteniendo el mismo gesto severo.

—La unidad que René dirige, sigue la pista de los robos que se producen en ciertas grandes mansiones, castillos o enormes propiedades en la Europa más profunda. Pero su misión no era, estrictamente, seguir el típico robo de unas joyas sino más bien averiguar el paradero de todo arte desaparecido a consecuencia la guerra. Cuando lo conocí era ya un huésped, más o menos habitual, en la sala de archivos del edificio donde yo trabajo. Allí tenemos uno de los mayores catálogos de obras supuestamente robadas y concretamente una, muy pormenorizada, del expolio nazi en Centroeuropa y

Rusia. Pero no todo son grandes obras de grandes maestros reconocidos mundialmente, sino que hay muchas obras de gran valor pero de carácter secundario mucho más difíciles de clasificar y por lo tanto, encontrar.

»Después de la guerra, aparecieron cientos de buscavidas reclamando cualquier bien, fuera una casa o una simple joya. Simplemente decían que eso era suyo pero sin aportar nada más que un tatuaje. Al entrar en cualquier campo de concentración a los presos que no iban directamente a la cámara de gas, se les tatuaba con un número desposeyéndole así, incluso de su propio nombre. Una vez que nos enseñaban el tatuaje y sin aportar mayor documentación, nos decían que en el salón de su casa había un Picasso o una bella escultura, el caso era intentar probar si colaba. El problema, entonces, que se nos presentaba era terriblemente complicado. Los campos de concentración se habían llevado a más de once millones de almas, cómo saber quién decía la verdad y quién no.

»Muchas veces lo que en nuestros archivos consta, es un simple dibujo realizado por una de las víctimas del recuerdo de los haberes o enseres de los que se componía su propiedad. Ese dibujo, tras la guerra se guardó y fue olvidado hasta que alguien reclamó ser descendiente de su legítimo dueño. ¿Verdad o mentira? ¿Cómo saberlo? Por tanto, la conexión entre propietario real y ladrón está compuesta por una delgada línea roja. Imagine la escena, un superviviente de los campos escucha a otro, antes de morir, relatar emocionado lo que en su casa se hallaba. El ladrón recoge el recuerdo y lo hace propio, fácil y sencillo. Usurpando la información, acude a una comisaría y se legitima como dueño.

»Ahora, imagine nuestro trabajo 50 años después —soplando y mirando hacia una inexistente nube, validada la dureza de su trabajo— es una locura porque, lógicamente el dueño actual siempre dirá que esta o aquella obra de arte siempre perteneció a su familia y que por tanto, nada tiene que ver con el holocausto. Nuestra labor es minuciosa, lenta y oscura. Buscar al verdadero propietario, después intentar encontrar el paradero de la obra de arte expoliada y desde ahí tener suerte. Así pues todo lo que te he dicho es una vulgar quimera para nuestra organización. Lo normal es que simplemente intentemos encontrar las obras para devolverlas a museos y así todos podamos beneficiarnos de ellas.

»Aun así a veces, nuestro principal enemigo son los estados, que no quieren saber nada de estas cosas y menos de devoluciones, cuando afectan a las grandes fortunas. De ahí que comenzáramos a colaborar, vivamente con la

policía, dado que ellos al estar en la calle, nos proveían de mucha información para nuestro trabajo. Con los años, con éxitos y fracasos fui haciéndome especialista en la materia y así conocí todo lo que este opaco mundo contiene. Es así cómo y a través de René, en un momento dado, llegó el nombre de su padre hasta nuestro departamento. Desde aquí y siguiendo el protocolo y procedimiento de trabajo habitual, me puse tras su pista.

—¿Mi padre?

—Sí, Maurice Deschamps, tu padre.

De repente, el mero hecho de evocar de nuevo al recuerdo de su padre, revolvió todo el mundo interior de Aba. Desde que había entrado en los Picos de Posadas su presencia había comenzado, suavemente, a ser difuminada. Con vigor, todo el porqué de su estancia en el centro, con estridente fuerza emergió de nuevo. Su cara que poco a poco, había tendido a ser proclive en la conciliación, mutó de nuevo a otra seria y distante.

—Sigue —denotando nula emoción en su rostro.

—Maurice debía ser muy bueno en el robo o espionaje pero le acompañaba siempre el mismo problema, era un jugador compulsivo. No tengo claro cómo se conocieron ambos pero el caso es que tuvo que esconderse de algo o alguien. Un trabajo salió mal y desde ahí saltó la trampa.

—Sí, parece ser que sus huellas aparecieron en mil sitios —meditando asentía Aba—. Un chantaje perfecto... Algo pasó en Turquía relacionado con un asunto de tráfico de armas. Delatado, papá desapareció sin dejar rastro —“¡joder le he llamado papá!” interrumpió su mente, mientras cálidos afectos y sentimientos, embriagaban su interior.

—Sí, eso es. El único que podía esconderlo de la justicia era la propia justicia.

—Mantener fuera del alcance de la ley a Maurice tuvo que tener su precio y sus conocimientos, el pago por todo ello, desde ahí... fácil sacar conclusiones. Un perfecto chantaje. Ser la mano ejecutora y entrar en todos las propiedades de media Europa a cambio de esquivar la ley para siempre ya que era la propia policía quien le protegía —anclada en sus cábalas Aba iba poco a poco captando el sentido de los hechos.

—Eso es. Ahora imagina, René tiene documentada información, clara y concisa, de todo lo expoliado en la guerra a los judíos, franceses o cualesquiera fuera, la cual obtiene a través de mi departamento. La misión de tu padre, encontrarlo y robarlo, una vez obtenido el botín, se lo entrega al

policía.

—Y lo robado llega aquí ¿no? Pero, ¿por qué llega aquí? ¿Por qué no lo entrega a la policía?

—Chica lista —dijo sonriendo Yuls—. Bien... vamos paso a paso y luego te daré mis razones para sospechar que Los Picos de Posadas es un museo viviente de los rescoldos del holocausto. Nuestro querido fundador y creador de una decena de complejos de vacaciones en Europa se llama Otto Brandl. Otto es hijo del capitán de las SS Hermann Brandl, un siniestro nazi ubicado en París al final de la guerra. Su misión simple pero realmente compleja es muy interesante al estudiarla. Él fue el encargado de confeccionar la Lista Otto...

—¿Lista? ¿Otto?

—Sí, la lista Otto era un inventario muy pormenorizado donde poder encontrar todas las obras de arte u objetos de alto valor económico susceptibles de ser beneficiosos para el Reich. La pertenencia de esta u otra mansión o palacio a una determinada familia e incluso la localización exacta de minas o bienes materiales con el fin de proveer a la industria armamentística alemana. Confeccionada la lista y requisado el botín era mandado a Alemania. Lo curioso de todo esto es que mucho de ese arte robado fue a parar, concretamente, a la casa del Reich Mariscal Hermann Goering, que por aquel entonces se estaba construyendo el mayor museo privado del mundo. En fotos que conservamos de la época se observa cómo ese museo quería competir con el mismo Louvre ¿sabe cómo lo llamó?

—¡Claro que no!

—Carinhalle, en honor a su primera mujer Carin, muerta de tuberculosis.

—Me estás poniendo de los nervios Yuls, vete al grano tío —dijo Aba. Se le iba el tiempo y debía apresurarse para ver a Otto, no era el momento para largas lecciones de historia.

—Tranquila. Lo curioso de la Lista Otto es que, de alguna manera, era menor y esa es su mayor virtud porque nunca levantó grandes sospechas. Como en cualquier empresa moderna o institución moderna, la rivalidad y competencia eran tremendas en el Reich llegando casi hasta el paroxismo. Alfred Rosenberg, ideólogo y filósofo nazi muy cercano a Hitler tuvo el encargo por parte de este de saquear todo el arte de Francia. Recuerde que Hitler era un artista fracasado pero aun así, quería construir en torno a él, la esencia del arte puro y no degenerado como llamaban a las nuevas tendencias

y modernidades. En París montaron el almacén del expolio o el “Jeu de Paume” donde entre 1940 y 1944 más de 20.000 obras de arte fueron decomisadas para luego ser llevadas a Alemania. Imagínese cuadros de Rubens, Velazquez, Rembrant y un larguísimo etcétera... Rosenberg no sabía nada de Otto, ya que le bastaba con lo suyo pero en cambio, Goering, sabía de ambas. Otto era escaso, así que pocos la tomaron en consideración y no levantó sospechas. Además y a diferencia de la principal, esta estaba escondida en sucios barracones cercanos a la estación de tren de París con lo cual, no atrajo demasiadas miradas indiscretas.

Yuls pausó su oratoria. Exhausto, parecía ido al imaginar la magnificencia de lo allí expuesto. Tomando aire, continuó:

—Aun así, pequeña o no, de valor incalculable —dijo reflexivamente—. El éxito de Hermann Brandl y su equipo es que, a excepción de Goering, pocos tuvieron conocimiento de ella y por tanto, esa opacidad, benefició sus intereses. ¿Usted cree que Goering hablaría más de la cuenta y perder un filón, hecho solo para él? La lista Otto es sumamente simple y solo trata de responder a dos preguntas, quién tiene qué y dónde. Daba igual el tipo de pintura o escultura. Una vez fijado el objetivo lanzaron a comandos de las SS en su búsqueda. Pero, no piense únicamente que el objeto del expolio era únicamente hacia los judíos, sino y en general, sobre todo el pueblo francés. El ingenioso señor Brandl, observando el final de la guerra lo que hace es, muy simple, se queda con una parte. Esa parte, aún ínfima con respecto a la global, es increíblemente valiosa. Llegado el final de la guerra intenta huir y desaparece sin dejar rastro. Según lo que pensamos esa ingente pequeña porción, es la que su hijo, Otto, está intentado recuperar.

El silencio se hizo de nuevo hueco en la conversación. Fogonazos de música llegaban desde el gran salón sin apenas ser sentidos o apreciados. De nuevo el pasado y de nuevo las miles de dudas que, aunque nunca alejadas, ahora de nuevo resplandecían frente a Aba.

—Entonces, es obvio, que Otto conoce a mi padre, ¿no? —sin premeditación sus labios soltaron palabras no pensadas ni reflexionadas pero ansiosas de concebir respuesta.

—Supongo que sí aunque no lo tengo claro. Sí que sé que Otto, de la noche a la mañana, creó una serie de residencias de lujo en toda Europa. De repente, el paisaje se llenó de ellas. Publicidad y marketing se confabularon para atrapar a las élites de cada país prometiendo a precios exorbitantes, la liberación de las drogas, el juego, el sexo, el estrés o casi de la misma vida.

Pero lo sorprendente no fue eso, con el tiempo he llegado a comprender que el único fin de Otto, no era en sí la curación del paciente sino recoger toda la información con un único fin, catalogar de nuevo el arte y crear una nueva Lista Otto para, obviamente después...

—Robarla con ayuda de mi padre.

—¡Eso es! Pero lo que todavía no acierto a entender es el porqué de crear aquí, en la Rioja Alta, uno de los complejos más modernos e innovadores de todo el grupo.

—¿Por qué?

—Pues debo decirle que me parece que la respuesta la tiene usted. Por eso está aquí. Quizás crear de nuevo, un gran museo, esta vez escondido a los ojos del mundo pero incorporando, por fin, la perdida Lista Otto. Mucho me temo que el contenido de dicha lista está muy cerca de aquí.

El peso, la presión y el miedo la atenazaron. La tranquilidad que parecía haberla llegado tras adaptarse a la residencia era, simplemente, una vulgar comedia con el fin de evitar pensar en su angosta realidad. Su padre, de nuevo, aparecía como brazo ejecutor del todo y Otto como su mentor.

—Entonces, mi padre indirectamente, tras órdenes de René, roba para Otto. Lo esconde aquí o en otros centros. De acuerdo, ese es el fin, obtener toda la información posible para luego ejecutarla pero y Gretta o Lucien, ¿qué tienen que ver en todo esto? ¿También, son simples medios, dentro de todo este maremágnum? —ansiosa, intentaba de nuevo, volver a rehacer una nueva y mejorada composición de lugar.

—No lo sé, la verdad. Tengo claro que Lucien es el mamporrero de todos pero Gretta... —reflexionando sus palabras— Greta apareció aquí el mismo día en que la primera piedra se depositó impulsando los primeros cimientos de los Picos. ¿De dónde, para qué o por qué? Es un absoluto misterio para mí.

—Sabes lo del sótano ese o cuarto escondido al final del pasillo ¿no?

Por un segundo, la poca luz existente quiso reflejar una tímida contradicción en Yuls, repuesto instantáneamente respondió:

—No, ese punto no lo tenía controlado, al final y como te decía antes, me es muy difícil moverme por aquí sin delatar sospechas. Adopté el rol de simpático residente y no suelo estar solo mucho tiempo —haciendo que su respuesta fuera lo más veraz posible.

—Lo descubrí el otro día y estoy segura de que ahí hay algo realmente interesante pero será difícil entrar porque Gretta guarda celosamente al cuello

la llave.

—Sí, tiene pinta de ser complicado —cerró Yuls sin querer ahondar más en la conversación.

—No has terminado, entonces René te llama ¿para?, ¿cómo aparezco yo en todo esto?

—Como te decía antes yo ofrecía información a René, gustosamente porque era policía y por tanto, dados los pocos medios con los que contamos, le necesitaba. De vez en cuando, traía este u otro documento, que aunque fueran menores dentro de todo lo expoliado, sí hacía que confiáramos en él. Así que le dejamos libre acceso a nuestros archivos. Cotejaba datos, ampliaba información y nosotros, satisfechos porque como le digo, cada cierto tiempo encontraba algo que luego nosotros podíamos restituir.

—Carnaza, ¿no? Como policía entrega un pequeño porcentaje del total robado por mi padre y así consigue mantener viva la llama.

—Sí, eso es. Sin casi presupuesto, era la única manera de poder desarrollar nuestro trabajo de una manera más o menos profesional. Hace un par de años que le conozco y ahora reconozco que yo también fui su carnaza, por eso yo también estoy aquí —y mirando hacia el suelo parecía reflexionar—. Tras mil pesquisas mal dadas me dijo un día “vete a los Picos de Posadas. Allí está la clave y si no encuentras nada, no volverás a verme”.

—Sí, eso me dijo a mí también —concedió amargada la enóloga— y piqué igual que tú.

—Hace un par de meses se presentó en Los Picos fingiendo que era un familiar. Estaba exultante porque había encontrado la esquila de Maurice en el periódico. Me dijo “estoy seguro que al funeral irán muchos peces gordos para cerciorarse de que está muerto o simplemente, mala gente, deseosa de saldar su deuda.

»Además, ¿sabes? Tiene una hija. Seguro que acude al sepelio. Piensa ahora en el testamento que puede haberle dejado. Cientos de folios de documentos e información confidencial que pueden ser vitales para nuestras pesquisas. ¡Lo que con todo eso podremos descubrir!”. Evidentemente entré en combustión, pensé “toda la Lista Otto en mis manos” y claro, me fue muy difícil rechazar la oferta.

—Un momento, yo aún no conocía a René...

—Sí pero él ya lo sabía todo de ti. Cuando comienza a trabar contacto con tu padre un tipo como René, no deja nada al azar, así que estoy seguro

que sabía más de ti, que tú de ti misma —recuperando de nuevo, en todo su esplendor su bella sonrisa, la cual hizo que, un amago de dolor volviera a aparecer en su cara procedente de su dolorido ojo—. Como ves, nos tenía a todos controlados y supongo que la mano que mece todos estos hilos es, Otto. Estoy seguro que si lográramos bajar a ese sótano que has comentado antes, tu foto y la mía, son sujetos principales de la pared.

De nuevo el silencio. De nuevo todo un mundo a su alrededor del que por desgracia era sujeto principal y de nuevo, la perenne sensación de soledad aderezada esta vez, con enormes nauseas y ganas de vomitar. Títere de todos y mecida bajo los designios de un viento llamado Otto.

—Así pues me mandó protegerte aunque, visto lo visto, yo lo llamaría sonsacarte. Estoy seguro que él no tenía ni idea de qué relación tenías con tu padre y si la tenías, bueno, yo podía ser la persona idónea para sacártela.

—Yo te contaba todo y tú se lo relatabas por un buen fin, curiosa estrategia la suya. Ante todo, tú hablabas con un policía y por tanto confiabas.

—Eso es, así pues... me dice, “la hija de Maurice viene al funeral y va a recoger su testamento, sería bueno que te hicieras amigo suyo y así poder protegerla. Ambos sabemos lo que pudiera pasar si cae en otras manos el testamento”.

—Pero ¿cómo sabe lo del testamento? Yo nunca he hablado con nadie de haber recibido ningún legado de mi padre.

—Es verdad, pero no es una intuición fuera de lugar, ¿no crees? Supongo que alguien te daría algo ¿no?

De la boca de Aba, desbocado, prorrumplía un sí claro y rotundo cuando de nuevo, desde sus recientes nuevos recursos encontrados, la reflexión y el comedimiento, lo frenaron en seco. Estaba congelada de frío y muerta de hambre, lo cual devenía en una terrible sensación de miedo. Vestida de una manera ridícula a la una de la madrugada y atormentada por cientos de sentimientos encontrados seguía en la misma posición inicial, no sabía qué hacer. Momentos eufóricos sintiéndose policía y capaz de sortear todos los envites de la situación con otros, los más, claramente claustrofóbicos. La explicación dada le encajaba perfectamente pero “¿por qué todo sigue sin cuadrarme?”, ansiosamente auditaba su mente. Andreas, Yuls o como quisiera llamarse, en ese momento denotaba, timidez y apocamiento. Su disfraz parecía haberle abandonado e incluso su belleza aparentaba estar desnortada. Cada gesto emitido simulaba un intento de agrado y cada palabra

un deseo por ser comprada pero, detrás de todo ello un oscuro reflejo, incluso maligno, seguía acogotando los pensamientos de Aba quien, no podía dejar de evitar sentirse cómoda con él a su lado. Aun así, se arriesgó:

—Sí. Sí había un sobre. Lo encontré dentro de un confesionario — omitiendo su viaje a Hendaya con el notario.

—¿Dónde te encontró René? ¿Qué había? —Yuls no pudo resistirse a escupir con vehemencia la pregunta—. Lo siento —dándose cuenta que la ansiedad le había hecho cometer un error—, es muy importante para mí toda esa información, tenerla tan cerca y lo que, su contenido, puede suponer para tantas víctimas de la barbarie. Lo siento.

—No te preocupes. El testamento consistía en una pequeña lista de seis botellas de vino y supongo que sé dónde están.

La perplejidad, de repente, se aferró con fuerza sobre el rostro de Yuls. Estaba claro que esa no era la respuesta que esperaba pero también, la segunda parte de la respuesta, le interesó sobremanera.

—Bueno pues vamos a por ellas ahora.

—Tranquilo tío —dijo Aba sonriendo—, no tenemos cómo y es imposible salir de aquí, además tengo que hacer algo esta noche.

—¿Otto?

—Sí, Otto.

—Es una tontería. Gretta me ha dicho que era un acto más dentro del festejo. Un actor contratado de Logroño para dar credibilidad a la noche y así agrandar todavía más el mito de nuestro fundador. Realmente, cada día creo más, que Otto es René o si realmente existe Otto, debe estar loco y perdido en cualquier parte del mundo. Aun así lo que realmente creo es que no debes adentrarte en el laberinto —cambiando la expresión ahora parecía serio, incluso, casi enfadado.

—A mí me pareció muy real, la verdad y no me parece a mí que, que como tú dices, René sea Otto. Es demasiado patético para llegar a pretender ser tanto —dijo con aparente desdén.

—Aba vayamos a por el vino ahora. Es el momento, la gente está desfasada, libre y extasiada, nadie nos tendrá en cuenta.

—Pero es imposible, ¿cómo lo hacemos?

—Tengo las llaves de un coche —dijo sonriendo encontrando la mejor resolución al problema—. Es el de Úrsula, siempre lo deja mal aparcado en la entrada. Hoy le dije que necesitaba conducir un poco, tanto tiempo aquí dentro me había producido mono, así pues le dije que si me lo dejaba, yo se

lo aparcaba mejor. Utilicé un poco mis encantos —sacando a relucir su sedosa y cameladora bella sonrisa— y me fue fácil. Mañana se las devolveré y le diré que con el estrépito de la fiesta había olvidado dárselas.

—¿Y Lucien? Se supone que estará vigilante y más en esta noche ¿no?

—Lo vi por última vez dirigiéndose al cuarto... ese que tú dices con Gretta, con tanto jaleo no creo que salgan en un rato. Estoy seguro que están tras la cámara figándolo todo. Dada la locura que la noche trae, no creo que reparen en nosotros. Por si acaso, saldremos con las luces apagadas y bueno, creo que es un riesgo que debemos correr. Tenemos hasta el amanecer para ir a Haro. Tiempo suficiente, seguro.

“Demasiado perfecto y cuidado todo. Todo ensamblado, sin improvisación y detalles en estado óptimo de revista. Incluso ahora me dice que Gretta está en el cuarto, cosa que antes, ni sabía existía. A mí que me cuesta dar un paso un mundo y que, por cada uno que doy, casi me cago viva, va el artista y siempre acierta con la correcta acción a realizar. En fin, puta mierda” se mortificaba su mente. “Me he metido en todo este jardín solita por bocazas y no mandarles al carajo al primer instante. Y encima, voy de detective por el mundo”. Cariatocetida reflexionaba sin exceso de fe.

—De acuerdo. ¿Y cómo quedamos?

—Es fácil, vamos ahora mismo a por el coche y desde ahí, a por esas botellas que te dejó tu padre. Estoy seguro que encontraremos muchas pistas y posibilidades —apareciendo, de nuevo en su semblante, un oscuro deseo de codicia que inmediatamente reconoció la enóloga.

—De acuerdo, pero es peligroso, la oscuridad no da para dos sombras. Vete tú primero y en tres cuartos de hora nos encontramos en la puerta de la entrada principal.

—Es mucho tiempo pero sí es lo que quieres... —la respuesta no le gustó a Yuls aunque no tenía muchas más opciones de negociación. Cabizbajo y denotando enfado comenzó a caminar cuando, en seco, sus pasos frenaron—. No hagas tonterías —bajando su tono de voz, la manera seca e imperativa con la que enfatizó sus palabras asustó a Aba.

—Tranquilo en breve estaré allí, no te preocupes —dijo Aba, empleando la misma táctica que antes Yuls había empleado con ella, suavidad, ternura y bella sonrisa procedente de una desmaquillada pero bella cara—. “Vamos a empezar a ver quién es la más lista de la clase querido” —reaccionaron con fuerza sus neuronas al recibir nueva energía su cerebro.

Yuls sin exceso de convicción se perdió dentro de la noche de los Picos

de Posadas. Varias veces miró hacia atrás e incluso amagó, como queriendo retroceder pero, encontrándose con la recia mirada de Aba, casi desafiante, optó por continuar el camino.

Capítulo 2

—“Y ¿por qué sabe entonces, que Gretta está en el despacho ahora? Y ¿por qué sabe tantas cosas sobre Otto? Es imposible que René le ofrezca tanta información y su forma de operar, si únicamente necesita de Yuls para que sea su anzuelo y desvele sus bases de datos ¡Cómo le va a contar que utiliza a mi padre para robar castillos! Y claro, Yuls se queda tan ancho cuando le cuenta que cada semana entran a robar por aquí o por allí. Es verdad que René habla mucho pero sería el primer policía que se delata a sí mismo. Es demasiado listo me parece a mí” —sus dudas golpeaban con fuerza su caminar entre setos—. “Pero lleva ya un año aquí ¿por qué aquí y no en otras residencias? ¡Ostras! Se me olvidó preguntar eso” —abrumada de nuevo por otro crucial olvido, la poca energía que le quedaba mostraba alarmantes signos de querer evaporarse.

A medida que se internaba dentro del laberinto su enfado se acrecentaba. De nuevo le habían dejado a medias en las explicaciones y quizás, dada su incipiente carrera policial, aún le faltaban muchas clases de vuelo. Llegó al centro del mismo, de manera fácil y rápida, sorprendida pensaba “bueno, esto mejora, algo es algo”. En segundos tomó la salida contraria e instantes después, se plantó en el exterior opuesto encontrándose de nuevo, con una pequeña tela de color morado anudada a una rama.

La noche era ya profunda y la ausencia de luz aumentaba la percepción de soledad. Los ecos de la fiesta habían dejado de recorrer el ambiente y el único sonido perceptible era el de su corazón. Sin tener claro el rumbo cogió un sendero que partiendo de la parte opuesta del laberinto zigzagueaba hasta perderse en la montaña. Mientras caminaba su coraje le obligaba a dar pasos firmes y seguros pero en cambio estos, eran débiles y taimados. El miedo a lo desconocido era mal compañero de viaje. No tardó mucho en divisar una casa a unos pocos cientos de metros. Los árboles delimitaban un camino que se notaba, había sido recorrido frecuentemente por coches, a tenor de las rodadas que se divisaban.

No era un cobertizo de aperos, como le insinuó Gretta, ni tampoco una casona antigua de las típicas que colman cualquier paisaje rural. Para su sorpresa era una especie de pagoda totalmente escondida a los ojos de todos. Lo colores rojizos de toda la estructura se asimilaban perfectamente con la naturaleza no causando contaminación visual. Las alas del tejado rompían suavemente, en su aproximación al suelo, ofreciendo una cálida sensación de adecuación al entorno. La puerta, de recia madera, pulcramente decorada con

dragones sobrevolando un adormecido paisaje daba paso a un patio cuadrado donde una pequeña piscina cobijaba a varias decenas de peces de colores.

Pequeñas piedras resonaban con estridencia al ser pisadas, lo cual, provocaba manifiesto nerviosismo en la enóloga “Si sigo con este griterío me oyen desde Haro” se decía contrariada. Lo primero que sintió Aba al flanquear la puerta fue, una humedad y calor asfixiante casi similar al que, en un viaje años atrás, había padecido en Vietnam. Con esta visión o efecto, Los Picos de Posadas se situaban ahora, a miles de kilómetros de distancia ya que nada de lo que tenía frente a sí, se correspondía con el paisaje montañoso cercano. Varias columnas, de colores rojizos, soportaban el descanso del tejado en el interior. Cubierto por una enorme cristalera, protegía de los rigores del invierno y sobre todo, mantenía la poderosa humedad reinante.

Una superposición de rocas, formaban un pequeño canal, por donde un pequeño caudal de agua discurría hasta parar en el pequeño estanque. Junto a las propias pisadas de la enóloga era los únicos sonidos que se percibían. Una puerta, frente a ella, permanecía abierta. Sin más remedio y con los nervios a flor de piel, sus pasos, le hicieron flanquearla. El calor atosigaba sus pulmones. Las manos, empapadas de sudor y ante la casi total ausencia de luz, intentaban hacer de guías. Un buda, apareció ante sus ojos. Con nutridas ofrendas bajo sus pies y palitos aromatizadores, era protegido por una suerte de velas rojas que velaban su paz y meditación.

—¿Ha leído a Jocho?^[17]

Una voz profunda, angulosa, pausada y marcada por un lejano sabor alemán partió de algún lugar indeterminado. Reverberaciones del sonido de la cascada se filtraban, lanzando tímidas y casi imperceptibles sensaciones de frescor frente a la densidad asfixiante predominante en el ambiente. Reflejos de luz no lograban el éxito de iluminar ni tan siquiera la pared. Aromas, excesivamente profusos, contribuían a enturbiar el ambiente.

—*Si se fundamenta el razonamiento sobre el yo, se puede conseguir una actuación astuta y prudente, pero nunca sabia*^[18] —citó la misma voz.

En lo que pudiera ser una especie de rincón una figura quiso delatar su presencia. Un suave movimiento de piernas, adoptando una nueva posición, lo situaban sentado. Con el torso desnudo, totalmente pintado de color ocre y la cabeza rapada al cero, Otto se aparecía ante Aba. Alto y algo obeso o por lo menos eso denotaba, desde los cinco o seis metros, donde se hallaba.

—¿Por qué mataste a mi padre?

Ni ella misma tuvo claro quién lanzaba la pregunta hasta que esta,

luchando por encontrar destino, sobrevoló el condensado aire. Su tono de voz resultó cohibido e incluso apagado. Toda la energía y fuerza que había pretendido insuflarse con el disfraz quedó disipada en segundos.

—¿Es eso lo único que sabe preguntar? ¿Es esa la principal conclusión a la que ha llegado tras este tiempo? —sus palabras seguían sonando secas y bruscas—. No, no fui yo quien lo mató. ¿Satisfecha? Ahora déjeme en paz y váyase de aquí.

Cierta inquietud serpenteó el cuerpo de Otto en la respuesta. Volviéndose hacia Aba, unos profundos ojos azules, se posaban sobre ella. Se levantó y fue hacia la imagen del Buda donde encendió, de nuevo, una vela que se había apagado. Las propias llamaradas, contagiadas por el revuelo, parecían tintinear con excesivo nervio. Aba había enmudecido. Ansiar encontrarle, buscar sus huellas hasta la extenuación y ahora, frente a él, no poder articular ni tan siquiera una frase coherente.

—¿Me tiene miedo? —preguntó.

El sonido devolvió la respuesta. Ninguna.

—Llevo quince años encallado aquí dentro esperando una señal y en fin, llega una colegiala.

—Entonces... ¿quién? —intentando retomar el hilo de la conversación y manteniendo el mismo tono enérgico en su voz.

—¿Solucionará sus problemas si soy yo quien le da todas las respuestas? Váyase, por favor.

Aba permanecía rígida. Sus músculos habían dejado de dar órdenes y simulaba ser más un objeto decorativo dentro del conjunto que una simple persona. Obediente, sus piernas dieron la vuelta y con lágrimas en los ojos comenzó a buscar la salida. Ni tan siquiera sabía por qué lloraba pero se sentía cansada y desconsolada. Seguía igual, totalmente embriagada por la soledad.

—Su padre siempre me habló de ti —cambiando el tono de voz intentaba ser condescendiente y cariñoso—. Estaba profundamente orgulloso de su hija, ¿por qué entonces huye ahora si nunca tiene a bien hacerlo? Es más, de hecho está aquí por no huir de tu destino. Entonces ¿por qué se va?

Aba flanqueaba ya la puerta cuando sus pasos cedieron. Dándose la vuelta Otto pudo apreciar como su cara, ennegrecida por las lágrimas al contacto con el rímel, imploraba ayuda.

—Sois todos una panda de patéticos ladrones, ¿por qué leches me hacéis esto? —enfadada y muy cabreada, sin poder ni tan siquiera llorar,

balbuceaba.

—Bien. Es un buen inicio su reflexión —respondió sonriendo—. Usted es la llave para liberarme. Necesito su ayuda y su fuerza. Esa energía de la que su padre tan orgulloso se sentía y no esas lágrimas de niña malcriada — sin apenas escucharla o sentir sus pesares—. En fin... Tenemos poco tiempo y debemos poner fin a esta mascarada. Demasiado tiempo enclaustrado me han hecho olvidar mis modales. Mis huesos chirrían pero menos mal que la vida me llama de nuevo. Le apetece un té verde, nos lo traen desde lo más profundo de China, seguro le gustará.

—Pero entonces, ¿tú no eres el puto malo de todo este rollo? —un poema era la cara de la enóloga al hacer la pregunta. Una mezcla de lloros, risas, miedos y temores se unían en el fin, de que algo pudiera ayudarla a comprender.

—No —soltando una enorme carcajada—. Aunque lo fui y no te preocupes porque entiendo tu frustración ¡En menudo lío te hemos metido!, ¿verdad? —y de nuevo estalló en una tremenda carcajada.

—Oiga, me está tocando las narices y no me tutee ¡leches! —dijo extenuada y casi anonadada por la situación.

Y la verdad que era así, Aba desde hacía unos minutos había perdido el absoluto control de su vida y se sentía rehén y muñeco de trapo de todos.

—Hace poco —prosiguió Otto sin prestar atención a su imprecación— tenías tu vida controlada, localizabas rápido cualquier tipo de necesidad y vivías en un cómodo mundo de palabras, hechos y gentes conocidas. Los policías suelen decir con cierta sorna que a altas horas de la madrugada y en la soledad de las calles, el deambular del más tranquilo de los viandantes, puede resultar sospechoso. Ahora, estás inmersa, en ese otro lado de la vida, donde cualquier sombra puede ser peligrosa, donde no hay rostros familiares y las personas que puedas encontrar muestran engañosas apariencias. Formas parte de una película real donde el bueno no siempre gana. Es lógico, por tanto, que tus sensaciones sean siempre horribles. En fin, tranquila, vayamos paso a paso —emitiendo una paternal y comfortable sonrisa.

El sorpresivo cambio en los modales de Otto aturdió a la enóloga sobresaltándola. Aun así, seguía sin poder articular frases con excesivo sentido.

—Sí... quizás té...bueno, sí... no me sentará mal —emitió atontadamente.

—¿De qué vas disfrazada? —preguntó irónico—. ¿Cuál es tu objetivo

yendo de tal pinta?

Contarle el cambio de vida pretendido. Hablarle de un personaje sacado de una película de héroes de cómic o simplemente describir sus sensaciones eran empresas demasiado complicadas al albur de su situación actual, así que sonrió como si de una niña pillada in fraganti se tratara, dando la callada por respuesta.

Con un mando a distancia la cristalera superior del patio central se fue abriendo poco a poco. Cogiéndola por el brazo salieron hasta situarse en el medio. El frescor de la noche comenzaba a penetrar, cambiando el atascado y denso aire por otro limpio y renovado. Tras segundos de silencio, bebiendo tímidos sorbos de té, Otto se adelantó a hablar.

—Mi padre era un nazi muy inteligente. Sin un rango distintivo que le hiciera estar en la órbita de unos u otros, se dedicó a robarles a todos. Se llamaba Hermann Brandl y durante unos años campó a sus anchas por París. Se le ordenó hacer un inventario general de bienes a expoliar, es decir, crear una lista. Su nombre en clave, Otto. Bajo el nombre de esa misma lista, horrores sin nombre y daños a la humanidad fueron cobijados. Todo el porqué de tu estancia aquí y la razón de tus males actuales, deviene de esa lista. Mi padre, al observar la inminente caída del Reich intentó aprovecharse y simplemente embolsó en varios vagones de tren de mercancías, esos mismos que se utilizaban para enviar a judíos a las cámaras de gas, incontable número de objetos de arte, joyas, divisas, dinero u oro. Uno, lo mandó a Suiza y el otro, al sur de Francia.

Siguiendo el tren, Hermann llegó hasta Hendaya pero antes de que pudiera pasar la frontera la Gestapo le atrapó a él y a su compañero. Él pudo escapar pero parece ser que su camarada fue asesinado en segundos.

»Visto lo que pasó con su amigo decidió regresar e ir a por el otro tren en su camino hacia Suiza, cosa que logró a medias. Sintiendo que era perseguido por las SS y por los propios aliados, recuperó lo que pudo y fue escondiéndolo en decenas de lugares diversos. ¿Su rastro? Con los años he intuido su presencia en muchos sitios, es decir, un palacio de Champagne donde, en unos extintores, aparecieron decenas de diamantes y diferentes gemas preciosas. En casas de amigos suyos, perdidas en el campo, fueron ocultados cuadros de los mejores pintores tras puertas corredizas ocultas. Y así, innumerables datos puedo facilitarte. Al llegar a Alemania y, justamente días después de finalizar la guerra, cambió su nombre y se mudó a vivir en Dachau. Siguiendo el mismo procedimiento enterró en sacos de cemento,

alhajas y divisas o en lóbregos sótanos, cuadros de Sisley o Manet, Renoir o Boudin. Evidentemente la idea era que descansaran, pasaran los terribles días de la postguerra y años después volver a recogerlos. Aun así, un año después fue traicionado y detenido. El verano de 1946 fue el último de su vida. Se ahorcó en la prisión de Stadelheim. ¿Por qué se ahorcó sin tener crímenes de guerra a sus espaldas? La razón es muy sencilla, era el albacea de una lista que ya estaba en boca de todos, la Lista Otto. Suicidándose él, pensaba se llevaba una parte no descubierta del botín a la tumba pero ahí está el quid de la cuestión, como ves no tuvo el éxito esperado. Esa parte es la razón por la que tu padre murió.

—El otro tren de mercancías con sus vagones ¿no? El que se perdió tras pasar la frontera y se supone está...

—En Haro, tras los muros de una bodega. Es lógico pensar en ese escondite, dado lo profundo y escondido de sus calados. En Francia, la tradición viene de lejos, ya que muchos bodegueros franceses escondían de los nazis sus mejores caldos. En las guerras prusianas, los soldados alemanes robaban las barricas de camino al frente y en la primera guerra mundial más o menos pasó lo mismo. Así pues, tomaron nota de los hechos y las nuevas generaciones, aprendieron. Hay constancia de muchos ejemplos para hurtar las buenas botellas de la vista de los soldados. Desde poner etiquetas falsas a vinos emparentándolos con grandes añadas hasta llegar a aguar los que enviaban a Alemania. Los enterraban en huertas bajo guisantes y judías, las botellas y barricas, incluso llegaron a echar laxantes en muchas botellas que provocaron que, en determinadas compañías, la afluencia a las letrinas fuera mayor que a los burdeles —tras escucharle Aba prorrumpió en una sonora carcajada al imaginar la historia.

—Es que los bodegueros... ¡son la caña! Si te digo yo lo que algunos hacen, lo flipas. Me ha venido bien reírme, por fin —manteniendo la misma sonrisa en su cara.

—Supongo que mi padre tomó como ejemplo esa situación y pensó en Haro, pero en este caso, no solo para evadir la mirada sobre cientos de buenas botellas. Es decir, tras los muros de alguna bodega se halla un inmenso botín —dijo meditando cada palabra.

—Y ¿dónde está entonces? ¿Por qué no vas y lo desentieras y así, por fin, termina de una vez esta locura?

—El único que lo sabía era tu padre y ahora tú. Nunca quise saberlo, renegué y reniego de él —afirmó triste pero taxativo.

—Ya estamos —dijo, de nuevo, apesadumbrada Aba—. No tengo ni idea de dónde puede estar.

—Lo sé y ni tan siquiera, insisto, yo quiero saberlo pero sí puedo ayudarte a encontrarlo.

—No entiendo nada —apesadumbrada y enfadada a la par de nuevo—. Hace dos minutos me dijiste que me fuera y en cambio ahora somos casi amigos de toda la vida. El famoso Otto, pintado como un indio, en plan gurú místico o vendedor de humo hippie, digno de hacer las delicias de los veraneantes en cualquier playa del mundo. Lo flipo, la verdad, me dices que estás secuestrado e incluso que deseas ayudarme. Solo por darte la mano, muchos de los residentes, morirían. Buen elemento de marketing ¡sí señor! —casi aplaudiendo con sus manos—. Todos insinúan que eres tú el asesino de mi padre pero, si tú no has sido, entonces ¿quién lo mató? ¿Cuál es el papel de Gretta en todo esto y René...? —desbocadas ya sus palabras solo buscaban respuestas inmediatas—. Y total para qué, para que alguien más me mienta y sea yo, otra vez más, un simple y vulgar reclamo para conseguir sus intereses. Estoy harta de ti y tus absurdas pinturas de lama del puto desierto, del payaso del policía belga, de Gretta y sus modales prehistóricos, del pijo que quiere cuidarme pero a saber lo que realmente busca, de la maldita residencia y de mi padre... ¡mi maldito padre! Por su culpa estoy aquí enterrada. Yo sí que estoy secuestrada aquí dentro cuando justo, hace tres meses, era la tía más feliz del mundo con mis uvas y mis barricadas.

El aire se posaba en la terraza refrescándola rápidamente. Aunque hubiera llegado tarde, el invierno entraba con vehemencia. Aba estaba sentada con la cabeza entre sus manos. Las lágrimas se le habían agotado y no tenía ganas de nada que no fuera la palabra, irse. Extenuada y rota por el tormento interior padecido temblaba, no tanto por el frío externo, sino por estar sola, desesperada y sin protección de nadie.

—¿Pensabas que iba a ser el malo de la peli? Decirte, yo maté a tu padre y entonces... que sucedería ¿me matarías tú a mí? ¿Cómo lo harías? ¿Llamarías a Renne, quizás a Gretta? Querías encontrarme y hablar, entonces ahora que ya me has encontrado y tienes las soluciones, dime ¿qué vas a hacer? Otto el místico. Otto al que nadie conoce. Otto el sanador. Otto el emprendedor multimillonario dueño de una compleja red de residencias para locos. Otto... Otto... —suspirando miraba hacia el oscuro cielo—. Hace años enterré el hacha de guerra, probablemente gracias a su padre, desde entonces vivo aislado. Su aparición, el sentir sus pasos en los Picos me ha hecho

volver a la vida y probablemente, gracias a ello he vuelto a creer. ¡Debemos terminar con esto!

El silencio se hizo sepulcral. Temerosos, los peces de la pequeña piscina, no se atrevían a moverse por temor a romper la momentánea paz que la calma ofrecía.

—Pero, ¿por qué le tienen aquí, según usted dice, secuestrado? No lo termino de comprender. Usted es el dueño de todo esto, es el...

—¿El que inicio toda la búsqueda de la Lista Otto? Sí, es verdad, yo soy. Mi madre murió pocos años después de la guerra, creo que en 1950 exactamente. Éramos muy pobres, como la mayoría de las familias alemanas de la época. Tendría yo no más de cinco años cuando, en su lecho de muerte, me entregó un pequeño cofre donde decenas de cartas se agolpaban. Eran el posteo entre mi padre y mi madre durante la guerra. En todas esas cartas, en ninguna de ellas, mi padre nombraba la Lista Otto y tampoco hablaba de su implicación en el genocidio o cualquier otro tipo de acto delictivo pero sí hablaba de amor, de vida y de seguir adelante juntos después de la guerra. Ahí conocí, de alguna manera a mi padre pero, como para tantos hijos de soldados alemanes, tras la guerra, no pregunté nada más. Estudié psicología y me aficioné a las filosofías orientales, en concreto al Bushido. Sin recursos creé un pequeño estudio que comenzó a dar los resultados necesarios como para poder vivir dignamente. En los años sesenta mi país necesitaba ayuda para superar la devastación producida por la guerra y sobre todo ayuda psicológica para comprender el porqué de nuestra complicidad en el holocausto.

A principios de los años ochenta, un día, entró en mi consulta una preciosa dama llamada Gretta. Sacando de su bolso una joya, me dijo que me pertenecía y me la dio inmediatamente. Para alguien como yo, sin exceso de recursos, esa gema era mi salvación, así que sin entender nada, pregunté por su origen. Ella pasó a relatarme el origen de mi padre y su papel como SS en el París ocupado. Un humilde capitán que previendo la caída del Reich, intentó quedarse con una parte y así poder ayudar a su familia. Mi primera percepción fue, dinero fácil y la segunda ¿por qué no buscar ese otro resto si encima me pertenecía? ¿Difícil decir que no y mucho menos, hacer más preguntas de las necesarias? Pero no vino sola, junto a ella apareció un vulgar oficial de policía belga.

—¿René? —preguntó Aba.

—Sí, René, corrupto hasta la extenuación nos ofrecía libertad de

movimientos y lo que es más importante, nos daba acceso a todos los archivos creados por los aliados con el fin de intentar recobrar lo robado. Es, en ese momento, cuando decidí vender mi alma al diablo —dijo cariacontecido.

—¿Vender?

—Las cartas entre mis padres no eran simples y sentidos mensajes de amor o de espera. Descubrimos que, dentro de cada misiva, había muchos mensajes encriptados. La razón fácil, una vez mi padre hubiera salido del presidio, su misión debiera ser recobrar todo lo escondido y las cartas, su recordatorio. Así pues, durante unos años fuimos, casa por casa y sótano tras sótano encontrando pequeños trazos de lo que fue una gran parte del gran botín pero obviamente, siempre se nos escapaba encontrar el hallazgo principal. Cansados de dar palos de ciego, fue cuando necesitamos la ayuda de un profesional, es entonces cuando René encontró a su padre. Bueno, más bien y por ser exactos, le tendimos una trampa.

—René me contó que le brindó protección tras un asunto de tráfico de armas o algo así pero obviamente, no me dijo que él mismo, fuera el desgraciado que le tendiera la emboscada.

—Sí. Puso sus huellas en un envío de armas a la guerrilla kurda. Lo increíble de todo esto es que su padre ni tan siquiera participó en la trama pero claro, explicarlo en una rueda de interrogatorio en un sucio calabazo a los turcos o a la CIA o cualquiera de las peligrosas mafias que pueblan este mundo...

—No era una opción a tener en cuenta —dijo Aba entendiendo perfectamente la idea subyacente.

Aba ganaba calor y sus pupilas descubrían poco a poco, cómo la vida reverberaba en su interior. A su vez, la claridad en sus pensamientos se desplegaba con vigor y la energía brillaba de nuevo.

—No tengo mucho tiempo, debo irme. Andreas me va a acompañar a mi antigua casa familiar en Haro. Ha cogido el coche de nuestra habilitadora y dado como viene la nohecita en la residencia, estoy segura que podremos pasar desapercibidos. Creo que sé dónde encontrar lo que buscamos.

—¿Lo sabes? ¿Andreas? —preguntó interesado Otto.

—Es un residente que se hace pasar, como yo, por enfermo. Nos conocimos en Hendaya en el funeral de mi padre y me citó esta noche en el laberinto. Parece ser que René le fichó para...

—¿Ficharle? —preguntó sumamente interesado e incluso nervioso.

—Sí, eso me ha dicho. Debe trabajar en un departamento de la comisión europea en Bruselas para recuperar todo lo robado por los nazis. René necesitaba información y gracias a su trabajo, él se la podía ofrecer. Trabajar en común, fue la propuesta. Uno investiga y une pruebas y el otro captura sobre la base anterior.

Otto pareció querer hablar pero enmudeció. Cabizbajo y pensativo, comenzó a dar vueltas sin ton ni son buscando respuestas inalcanzables a sus sentidos.

—Vaya, ahora parece que el que está perdido es el mismísimo Otto —recuperando calor en su sonrisa pero sin pretender ser mordaz.

—Hay algo... —intentó comenzar a hablar pero frenó en seco.

Metido de nuevo en ondas cavilaciones sin fin volvió de nuevo a la tierra. Logrando entresacar, de nuevo, un gesto de amabilidad, le preguntó a Aba:

—Lo siento, me he perdido un poco en tontas elucubraciones... decías, entonces, que sabes dónde está ¿no?

—Sí, en la parte antigua de Haro. Muchas de las casas tienen pequeñas bodegas o por lo menos profundos sótanos. Se dice que algunas de ellas están intercomunicadas por pasadizos que pueden extenderse, hasta incluso fuera, del propio pueblo. Hay un lugar oculto donde, de pequeña solía esconderme y quizás, pueda ofrecernos algo de luz a todo este lío. No sé, es el único lugar donde creo que mi padre pudiera haber dejado algo si quisiera que yo lo encontrara.

—Vamos dando un paseo, te acompaño hasta el camino de vuelta.

Salieron de la pagoda, hacía una noche cerrada, silenciosa y oscura.

—Su padre encontró el tesoro y de alguna manera se lo ha comunicado a usted.

—Mataron al notario. ¿Tampoco has tenido nada que ver en eso? —fiscalizó con ojos punzantes la enóloga.

—Desconozco muchos detalles de toda la historia. Ten en cuenta que la última información que tengo me la dio tu padre y de eso, hace ya muchos años, desde entonces estoy al margen. Aun así el notario no creo que haya podido desvelar mucho. Pero por dejarlo claro definitivamente... no, no he tenido nada que ver con su muerte —enfaticando y dando credibilidad a cada una de sus palabras.

—¿Por qué no quisiste saber, es decir, si mi padre encontró el lugar por qué no te lo dijo? ¿Sospechaba de ti? —preguntó secamente Aba quien

todavía no las tenía todas consigo sobre el talante de Otto.

—Hubo un momento en el que sentí que todos y cada uno de mis pasos estaban únicamente motivados por la codicia. Yo comencé mi trabajo intentando ayudar a olvidar o al menos, comprender el porqué muchos ciudadanos normales se incorporaron, sin dilación, a una orgía masiva de muerte y destrucción. Volver a situarme frente a los campos de concentración y ser, como mi padre, un nuevo cómplice y ejecutor, revolvió todas mis entrañas. Seguir yo, su misma estela, me haría también cómplice de todo ello. Esté donde esté, el botín nunca debe ver la luz —sentenció—. Además, sucedió algo inesperado que me hizo retirarme definitivamente bajo estos muros. Tras aquel suceso valoré la vida en sí, valoré mi propia vida en definitiva. Había cedido al chantaje de Gretta, cuando apareció en mi oficina pero decidí poner fin a toda esa sinrazón.

Aba percibió una dura inflexión en la voz de Otto, la cual, parecía causarle un dolor pronunciado.

—¿Qué sucedió? —preguntó sin dilación.

—Durante una época viví amparado bajo el influjo de las mieles del éxito. Empresario de moda y creador de una nueva filosofía en la gestión de residencias de reposo durante el día y ladrón consumado, junto a su padre por la noche. Dinero, disparates y poder sin control. En aquellos días un tipo se acercó a Maurice en París, supongo que tendría unos sesenta años. Según su versión pudiera bien tener cien o doscientos años de edad dado el lastimoso estado en el que se encontraba. Sucio y harapiento en un principio, simplemente intentó quitárselo de encima. Antes de lograrlo pronunció un nombre, Otto. Escucharlo removiéndolo todo su interior y obviamente, se puso en alerta. Su primera reacción fue la de pensar que nos habían cazado y bueno, esperó sin éxito que esta vez sí, la policía verdadera le rodeara. Se llamaba Marcus y según su historia fue la persona que ayudó a cruzar el tren de mercancías entre Francia y España a mi padre. Debía dedicarse al estraperlo en la frontera y por tanto, era idónea su colaboración. Tras la guerra le acusaron de traidor contra Francia y tuvo que huir para siempre de Hendaya. Lo perdió todo y eligió esconderse del mundo. Simplemente, intentó olvidar y quizás, conseguir el perdón para sus actos. Según le contó a Maurice, la única manera que encontró para lograr la ansiada redención fue proteger y guardar, de nuevo, lo que una vez pasó delante de sus ojos. Manchado por la sangre de millones de justos, allí debía consumirse hasta el final de los tiempos. Ermitaño en los montes de Bilibio cercanos a Haro, durmiendo bajo

la luz de luna durante años o protegido por las paredes de la rigidez extrema de los monjes camaldulenses del monasterio de Herrera imploró obtener clemencia. Pero siempre, siempre... como si estuviera poseído, teniendo a ojos vista la bodega donde se encontraba el tesoro. Como las noticias vuelan, a sus oídos llegó, la noticia de la creación de una residencia en Posadas por un eminente psicólogo alemán. Obviamente, en su cabeza, la palabra alemán sonó de manera estridente y convendrías conmigo que dicha información, le puso en alerta porque presintió que estábamos tras la pista. Me imagino, que desde entonces, estudió cada uno de nuestros movimientos.

—¡Joder! Así es cómo encontró a mi padre —dijo sobresaltada Aba.

—Eso es. Su padre daba palos de ciego y no teníamos ninguna pista por más que robáramos aquí o allá. Incluso el propio René se mostraba ya partidario de cejar en el empeño. Incluso y para que vea, lo perdidos que estábamos, el motivo por el que creamos la residencia aquí fue patéticamente ridículo, algún gurú atolondrado nos dijo que el terreno tenía importantes dosis de geosmina.

—Pero la geosmina es un aroma no deseado en el vino —dijo concienzuda la enóloga.

—Y un aroma procedente de la tierra. Captado por los animales tienden hacia ella porque detectan que, en algún momento, encontrarán agua. Hábilmente nosotros explotamos dicho conocimiento y fue el marketing, quien hizo el resto. Ofrecimos un lugar, idóneo para el crecimiento vital. Una tierra llena de agua es un espacio puro para las energías positivas, decían los carteles.

—Pero claro, eso Marcus no lo sabía y pensó que el famoso psicólogo, había encontrado una pista y es así como da con los pasos de Maurice.

—Exacto mi querida amiga. Una coincidencia terrible pero real, desde ese momento Marcus se puso en busca de su padre y gracias a ella, usted está aquí...

—Y por ella mi padre murió.

El silencio cortó la conversación y Aba entró en pequeño trance lleno de pena y pesar. Reconocer que por un hecho tan nimio ahora su padre, estaba muerto, le hirió profundamente.

—Y ¿por qué Marcus confió su secreto a mi padre? Tenía que saber que era un ladrón y encima compinchado con usted —sin espacio para recomponerse del trance pero sabiendo que no tenía tiempo, prosiguió con su sed de saber.

—Marcus fue la persona que negoció con los nazis y él fue quien, en todo momento, sabía el destino del tren y lo que es aún peor, según su padre me contó, dentro de ese vagón, estaba el propio nazi que hizo el encargo. Por lo visto, Marcus lo dejó morir ahí dentro.

—Pero ¿por qué no fue tras el botín, hubiera sido lo más fácil, no?

—Tras la guerra sus propios compatriotas le acusaron de apoyar a los nazis. Tuvo que ser terrible para él constatar que en cada vagón, que ayudó a entrar en España, estaba la huella del genocidio y en cada madera habitaba la muerte. En esos vagones murieron cientos de pobres desgraciados, cuando no miles. Lucrarse de todo ello, hubiera sido una losa todavía más difícil de soportar. Cuando su vida declinaba fue en busca de su padre y le contó todo. Buscaba redención y paz. Maurice era una buena persona, nunca lo olvide. Marcus, le observó durante mucho tiempo y apeló a su corazón en su reunión de París, de alguna manera intuyó, que su padre iba a ser su mejor aliado. Tras ella su padre, tuvo que tomar una decisión y como puede observar, tomó la mejor.

—Desaparecer con su secreto cargado a su espalda. Desde ese momento, él se convirtió en Marcus —dijo profundamente conmovida por el gesto de su padre.

—Maurice, desde ese momento cambió. Estoy seguro... estoy convencido —parecía reflejar en cada una de sus palabras miles de emociones que ahora de alguna manera atormentaban su cabeza— que él, estuvo allí dentro. Sea el sitio que sea, el vio todo lo esquilmado. Estoy seguro que lo tocó, incluso pudo ser seducido en su contemplación pero, simplemente y ante esa visión, solo pudo resignarse y morir de pena porque en ese lugar, habitaba la constatación de la muerte injusta de millones de pobres desgraciados. Así pues...

—Prefirió mantener el secreto y un día simplemente se fue —orgullosa de su padre Aba, comenzó a llorar con lágrimas verdaderas.

Un limitado espacio de tranquilidad se abrió entre ellos. Aba se dejó abrazar por la noche, la cual y aunque pareciera lo contrario, le ofrecía denso calor. Sus ojos intentaban adivinar la luna que aunque escondida, lanzaba señales fijas y constantes de presencia que imperceptibles para todos, en ese momento, iluminaban y marcaban el camino de la enóloga.

—No termina la historia ahí y quizás y por eso, yo, desde esos días, también comencé a cambiar. Como te contaba, en París Maurice asistía a una conferencia sobre el mundo del vino...

—Yo estuve en París dando varias conferencias sobre mis vinos... —y justo recordó el comentario de Miguel el notario cuando le reveló que su padre siempre seguía su trabajo con pasión.

—Te pasa algo —dijo Otto al observar que de nuevo la tristeza invadía su blanca piel.

—No... no... sigue, por favor.

—De acuerdo. Bajo el manto de Marcus, se encontraba un niño de unos diez años. Con alguna tara irreversible de nacimiento, su destino más probable era la muerte. Marcus se lo entregó a Maurice para que este, me lo diera a mí y lo cuidara, quizás y simplemente con un fin, tomar en consideración lo que supuso, para millones de seres humanos, el sufrimiento de ser lanzados al exterminio sin tener pecado alguno. Nunca supe la relación del niño con Marcus pero el caso es que días u horas antes de irse Maurice me lo dio en custodia. Tuve un ataque de ira y me enzarqué con su padre en una pelea, en la cual y en ese momento si hubiera podido, lo hubiera matado. La codicia como obcecación solo me mostraba la luz majestuosa y única del dinero. Tras la disputa, me ofreció decirme el escondite pero a condición, de cuidar unos días del chico. Así pues, lo acogí en un primer instante pero sin realmente preocuparme por él. Y mayor fue mi discusión con Gretta, al no entender el porqué acogía al niño. Aun intentando convencerla de mi buen fin, ambos estábamos tan obcecados por el dinero que no me creyó, cosa lógica, por supuesto. No le conté nada de mi conversación con su padre pero por favor, no lo tome como algo valeroso o galante, sino simplemente porque yo ya solo deseaba el botín para mí.

»Aun así, decidimos llevar al niño a un orfanato en Francia y librarnos de él. Tener a Gretta en mi contra era demasiado lesivo para mis intereses. Es verdad y quiero contarle, que ya en esos momentos comenzaba a unirme un pequeño pero férreo germen de amistad y confianza con su padre, pero en ese momento, solo ansiaba tener en mis manos el secreto de su escondite. Así pues, nuestro plan era, tras dejar en custodia al niño, ir a por su padre y no dude que en aquel momento, hubiéramos utilizado todos los medios a nuestro alcance para sonsacarle —y con su mirada Otto hizo ver a la enóloga que eran ciertas sus palabras.

»Tras cenar en San Sebastián y ebrios como de costumbre, Gretta y yo, nos enzarzamos en una discusión, justo cuando íbamos conduciendo por los bellos acantilados entre Hendaya y San Juan de Luz. Tuvimos un horrible accidente. No nos pasó nada pero el niño salió despedido y bueno, fue

terrible. Cayó por las rocas y como consecuencia tuve que correr para socorrerlo y así poder salvarle la vida. Caí —remangándose el pantalón mostró una enorme cicatriz que le atravesaba toda la pierna deformándola— y bueno, como ves... por eso no muestro todo mi cuerpo completo — intentando sonreír con la tímida broma.

—¿Y el niño?

—Bueno, le salvé, y estuvo casi un año entero recuperándose del accidente. Pero lo peor de todo fue, que al salir despedido por el cristal delantero, este cercenó una de sus orejas. Para no despertar más sospechas con la policía Gretta y yo fingimos que era mi sobrino y claro, tuvimos que darle definitivamente asilo en Los Picos de Posadas pero, desde el primer instante que puso sus pies en este lugar, se me negó todo acceso a estar con él.

Otto acentuó el peso de sus palabras las cuales, se notaba, le hacían evocar días terribles y que tiznaban de pesadillas sus sueños.

—Es en ese momento cuando comienzo a redefinir mi vida, aislarme y cuando decido no seguir con el juego. Es en ese momento cuando no hago nada por ponerme en contacto con Maurice y es en ese momento, cuando mi vida, comienza a fluir. Su padre desapareció y Gretta intuyó, que de alguna manera, yo actuaba en connivencia con él. Desde ese momento, perdí, toda su confianza. Como chantaje, Gretta definitivamente, me cerró a cualquier tipo de movimiento exterior que no fuera controlado y por supuesto, al chico.

Recuperando el resuello y volviendo a la realidad, tras tanto derroche de profunda evocación Otto, retornó al mundo de los vivos.

—Desde entonces simplemente me exhiben como herramienta de marketing. Encontrar a Maurice y localizarte, les ha devuelto las esperanzas. Ahora mismo están de nuevo de caza y no repararán, esta vez sí, en conseguir sus objetivos.

Triste y alicaído Otto, necesitaba ponerse en paz definitivamente con el mundo. Haciendo acopio de nueva fuerza resurgida tras su confesión ante Aba, cambió su tono de voz, estiró sus agarrotados músculos y se puso en marcha.

—No tenemos tiempo.

—Justo lo que llevo diciéndote desde hace un rato —dijo animada y presa de la misma energía y fuerza que Otto.

—Escúchame atentamente, debes hacer esto, por favor. Sigue estas instrucciones...

Capítulo 3

—Tu padre me dio dos opciones —las últimas palabras de Otto, sin pausa, replicaban desde su interior—, tomé una. Tras esa decisión, desde esa nueva perspectiva, obtuve una nueva oportunidad en la vida.

El camino hasta llegar al coche era relativamente corto y aunque la luz, brillara por su ausencia, no tuvo problemas en encontrarlo rápidamente. Según caminaba se sentía con más fuerza y determinación. El cambio o la nueva percepción interna era por inesperada, expectante e incluso feliz. De ser una persona más bien cohibida, tímida y sobrepasada por la situación, su ser, había mutado a otro valiente y tenaz. Hasta entonces su vida había transcurrido desde una forma relativamente cómoda, pese a los pequeños problemas que el cuidado de la viña acarrea. En cambio, nunca se había enfrentado a estadios donde, perder el umbral de comodidad a cada paso dado, era la variable más normal. Su conversación con Otto le había enraizado una nueva y fuerte simiente.

A su vez, Aba percibía que las palabras de Otto no eran impostadas, por alguna extraña razón le creía. Los verbos anudados a ideas como “debes hacer”, “me tienes que ayudar” o “nadie logrará desvelar su secreto” colmaban una conversación que, constantemente, era cortada por referencias al porqué, de sus muchos años enclaustrado.

Un Honda de color blanco, con el motor en marcha y perfectamente cuidado, esperaba a Aba en el parking.

—Has tardado mucho, ¿has visto a Otto? —la cara de Andreas no mostraba excesiva elocuencia, se notaba que estaba enfadado.

—Está loco —dijo compungida Aba—. Me ha estado hablando del Sentido Otto y el bien que produce a la humanidad. Me ha revelado su método, una especie de cóctel de filosofías orientales, dietas nutricionales y enrevesados embrujos de esos de la Edad Media, ¡un rollo! —mientras sus profundos ojos verdes se posaban en Andreas ofreciéndole calor e incluso deseo, con el fin de que fuera tragada la mentira.

—Me habías preocupado —enfaticó más tranquilo—. Tenemos unas cuatro horas hasta que amanezca y todo el mundo comience a hacerse preguntas por nuestra ausencia. Debemos darnos prisa.

—¿Y la seguridad y la puerta de entrada? —haciéndose la rubia tonta preguntó.

—Tranquila, mientras tú estabas de paseo he estado saltando vallas —mientras su sonrisa dirigía su mirada hacia los pantalones, rotos y

magullados, por tal efecto—, trepando para entrar por un balcón y así hasta llegar a la entrada. En la sala de espera hay un mando que abre la puerta principal. La administrativa de las mañanas puede abrir la puerta desde ahí, así que bueno, no he tenido problemas. He dejado ya la puerta abierta y así podremos regresar sin problema y mañana lo acharan a los desordenes producidos por la fiesta. Sobre la cámara de seguridad, he desconectado la que hay en la salida, en el porche —y con sus manos señaló una cámara que permanecía escondida tras unos arbustos— y la de la propia entrada principal.

—Vaya, veo que lo tienes todo controlado —manifestó dubitativa.

—Muchos paseos y muchas sonrisas cómplices, me ayudaron a tener una visión exacta de la residencia.

—¿Aún había gente en el salón? —preguntó Aba.

—Sí. Creo que la cosa va para largo —mientras una sibilina sonrisa amanecía en su cara—. Esta noche hay cierta relajación en las normas y bueno, se sirve algo de alcohol, lo cual hace que la desinhibición sea la reina de la velada.

—¿Y tú crees que eso debe ser así? No sé, no me gusta esa forma de curación.

—Bueno, supongo que eso mismo le habrás dicho a Otto en vuestra larga conversación ¿no? —esperando que la enóloga acusara el dardo implícito a su pregunta.

El coche salió sin problemas del ámbito de la residencia y en minutos sobrepasaba Ezcaray para tomar la carretera que daba a Santo Domingo de la Calzada. Mientras conducía Andreas hablaba, sin parar, sobre sus miles de aventuras estando tras la pista de la Lista Otto. Para Aba, tanta verborrea denotaba, exceso de nerviosismo y ansiedad.

— “Obviamente sospechas de mí. ¡Pues claro y yo de ti! Paso de momento, de decirte nada guapito” —se decía a sí misma para quien en su fuero interno la sospecha sobre el holandés, se anclaba cada vez más y más, profundamente arraigada.

En el trayecto Aba fue recordando las múltiples historias que Otto le había contado.

—Supongo que la información obtenida de cada paciente, dependiendo de su interés, era luego entregada a mi padre ¿no? —había preguntado con esmero detectivesco la enóloga.

—Sí —dijo Otto muy a su pesar—. Si en un principio el único fin era,

encontrar rastros de la Lista Otto por nuestros propios medios, poco a poco comenzamos a pensar en crear otros modos más rápidos, fáciles y sobre todo sencillos. Estar exponiéndonos en la búsqueda constante de nuevas bases de datos más lo que suponía, el acceso ilegal a mansiones o castillos, era obvio que al final nos hubiera cazado la policía. Realmente Gretta tuvo una idea magnífica, no puedo negarlo. Elevamos los precios a la enésima potencia ofreciendo un servicio exclusivo y una experiencia filosófica, mística y curativa digna de reyes. Nos dirigíamos a un público habituado a esos entornos de ostentación y búsqueda de la diferencia. Estaba claro que por esa diferencia y dicha exclusividad iban a pagar oro. Poner nombre a todo ello como, el Sentido Otto, fue una gran idea de marketing y como modelo de negocio, un éxito. Hacer que cada paciente nunca abandonara la residencia, establecer la Fiesta del Fuego en cada solsticio y la posterior purga fueron, de nuevo, grandes ideas de Gretta. Lo importante era fidelizarlos y que realmente nunca llegaran a curar ninguna de sus adicciones...

—De ahí la Fiesta del Fuego —interrumpió de nuevo Aba.

—Eso es. Tras la noche las conciencias hablan y determinados médicos se ocupaban que pacientes escogidos cayeran en la más absoluta depresión.

—Un bucle, justo cuando me voy a curar...

—Te condeno de nuevo, sí. Y si luego alguien no atiende los pagos... Gretta aparecía serena, amable y conciliadora. “No te preocupes” les dice siempre “puede haber otros métodos...” Ese despacho que tú, hábilmente supiste reconocer su uso, contiene en sus ordenadores una ejemplar base de datos de todas las grandes fortunas de Europa. Ahora, la Lista Otto ha mutado a un enorme catálogo de nuevos nichos a explotar, es decir, volver al origen que ideó mi padre. ¿Quién tiene qué y dónde?

Reflejos de la residencia se vislumbraban rompiendo la profundidad de la noche. Un búho quiso alertarles con su presencia y algunos limacos intentaban cruzarse en su caminar aprovechando la humedad del terreno.

—Has hablado antes de médicos, quieres decir que en esa captación de información ¿tienen algo que ver los habilitadores? —preguntó alterada Aba. La sola idea de pensar que Úrsula o Isabel siguieran sus pasos o lo que es peor, que una de ellas fuera la que dejó el recorte de periódico en su habitación le inquietó fuertemente. De alguna manera había comenzado a tener cierto cariño por ambas y esa sensación de engaño y temor le perturbaba.

—Sí y no. Es decir, ellas son las que administraban los tiempos y las

altas. Pero determinados diagnósticos solo son emitidos por algunos médicos fieles a Gretta. Ambas y todo el resto del equipo médico no están a favor del método curativo del Día del Fuego pero, como te he dicho antes, hay causas mayores que hacen que se necesite que muchos de los presentes reincidan en sus adicciones y pasiones. Por tanto, no saben nada de los hilos que se mueven por detrás pero están formadas y enseñadas para alargar los plazos de curación o por lo menos, cuando a sus manos llegan determinados itinerarios curativos, callarse. Con lo cual y de alguna manera sí que son un poco cómplices. En el Reich alemán, sucedió un poco lo mismo, aunque fueron muy pocos los que cerraban las puertas de las cámaras de gas, todo el pueblo sabía lo que sucedía tras los alambres electrificados de los campos.

—Isabel y Úrsula no creo que estén de acuerdo en este tipo de métodos...

—No, no lo están pero bueno y entonces qué, enfrentarse a Gretta o enfrentarse al mismísimo Sentido Otto. En todas las empresas hay personas disconformes con sus procesos internos y ellas, aunque no estén del todo alineadas tampoco nunca opusieron resistencia.

“Es verdad”, afirmaba la mente de Aba. La mayoría del cuerpo profesional del centro no estaba muy por la labor de seguir a rajatabla todas las instrucciones del centro pero el éxito y el crecimiento, no les dejaba huecos para plantear quejas. El absoluto control con el que Gretta dominaba todo el complejo hacía imposible cualquier atisbo de mínima rebelión. Recordando las caras de Isabel, Úrsula o Gustavo comprendía que, en su interior, había miles de emociones a poder desarrollar pero, eran imposibles de hacer eclosionar bajo el yugo de Gretta.

Parados y despidiéndose, Otto preguntó:

—Y tú, ¿crees realmente que existe un Sentido Otto?

Las caras de ambos eran un poema. Demacradas por las intensas emociones vividas, en la confesión y exteriorización de cada instante, intentaban mostrar esperanza en la despedida.

—La verdad es que empiezo a generar sensaciones sin nombre pero, aún no estoy tan avezada, como para poder expresarlas. De momento solo puedo responderte eso ¿Cómo era mi padre? —preguntó cambiando taxativamente de tema.

La reflexión se hizo eco en la mirada de Otto. Años viviendo en soledad le habían martirizado en exceso, ahora simplemente en paz, cada palabra expresada era estimada como un regalo.

—Al entrar hace un rato en mi casa —Aba seguía recordando cada una de las palabras dichas por Otto— las llamas de las velas tintinearón. Quizás se asustaron de tu presencia o simplemente me predijeron cautela. Cuando tu padre, años atrás llegó hasta mi puerta, sucedió lo mismo. Las velas sintieron la nueva fuerza, el nuevo tiempo de decisión que llegaba. Las velas, desde entonces, marcaron ya mi destino.

—¿Entonces?

—Como tú desplegabas vida, garra y energía. Era inteligente, realmente era un tío terriblemente inteligente. Se parecía a ti, cabellos rubios y ojos verdes, tenía las manos de un pianista y el corazón de un león. El último día que le vi, sentados ambos y tomando un té me dijo “Tomé una decisión. Quizás pudiera mentirte diciéndote que estuve sopesando durante días pros y contras, pero fue fácil e incluso rápido. He elegido salvar lo poco que queda de mi familia y creo haber hecho todo lo posible para lograrlo. La única persona que va a poder dar con el escondite serás tú y tengo también claro cuál será tu elección. Ambos nos vamos a recluir de modo eterno. Simplemente te pido, porque confío en ti, que siempre veles de mi bien máspreciado, mi hija”. En aquel momento no le entendí, como te dije pero hoy, doy gracias a Dios por no haberle matado en ese instante.

De nuevo el silencio, el pertinaz frío de la noche se posó en su conversación. Sin tener lágrimas para llorar, más las internas que el alma procura, Aba lloró desconsolada.

—Y después encontraron a mi padre —rehaciéndose rápidamente de nuevo.

—Eso es, su padre murió asesinado y todo, volvió de nuevo, a convertirse en una vulgar cacería donde la nueva pieza a abatir, eras tú. Alertado, decidí intervenir porque tu padre depositó su confianza en mí —perdiendo su mirada en el oscuro cielo concluyó—. Creo totalmente en la misión que a ambos, nos fue encargada.

Aba, antes de despedirse, se había abrazado con Otto y con profundas sonrisas, no exentas de emoción, intentaba autogenerarse calor ante las dificultades que las próximas horas traían.

—Pensé que eras el malo de la peli —dijo la enóloga con sentida melancolía—. Pensaba que al verte un tipo raro y complejo, peligroso y lleno de odio se enfrentaba a mí...

—¿Y? —le cortó expectante ante su respuesta.

—Bueno, llevaba razón, eres el malo de la peli —manifestó sonriendo

—. Gracias por no delatarme y ayudar a mi padre.

—No, solo he ayudado en una mínima parte. Mis esfuerzos durante todos estos años han sido para restablecer el honor de mi familia, mancillada por la locura fanática, del nazismo. He ayudado a esas miles de personas que una noche, sentadas en sus casas alegremente cenando, se vieron invadidas por hordas de animales despojándoles de todo y enviándoles a las cámaras de gas. He ayudado a esas personas que hacinadas iban en vagones, sin espacio y sin comida y que, despojadas de cualquier condición humana eran lanzadas a la muerte sin la más mínima consideración. He ayudado a la raza humana en pos de que no olvide y no se deje endilgar por los muchos que dicen ahora que nada sucedió. Simplemente he pintado mi torso de rojo, como barrera, para que ayude a perdonar nuestro horrible pasado o para que al menos, pueda yo descansar en paz. Los Picos de Posadas deben cambiar y esa tiene que ser tu misión cuando esto termine.

—¿Sabes? Pensaba que yo era pura fuerza y orgullo, pasión y tesón. A veces incluso por encima del bien y de mal. Pero ahora comprendo que para morar en las mallas de la vida tal y como yo creo hay que arriesgar para crecer más. Gracias a esas dudas, se coló René y atacó mis cimientos. Ando reconstruyéndome y bueno, comienzo a saber decir que no. ¡Qué puto rollo el de la asertividad esa! —y su mente se retrotrajo a la bodega cuando con el policía fue fácil presa de sus deseos—. Solo puedo decirte que hay algo que se mueve por dentro de mí. Tampoco quiero ser como las cabras que cada día saltan una valla pero es verdad que, roto el primer umbral de comodidad, mi cuerpo comienza a exigirme más y más. Comienzo a saber muchas cosas de las que habitan dentro de este enjambre. Hasta ahora cada uno me ha dado su verdad, intentando con ella, tratar de engañarme. Incluso, espero tú no lo hayas hecho ya. Si es así, sabes que estoy cerca de descubrirlo todo. Es verdad que comienzo a ver, que como mi padre, puedo elegir un camino u otro pero sabes, lo mejor de todo es que tengo la sensación de elegir yo y eso es algo que me está llenando de bellas sensaciones, difíciles de poner nombre en estos instantes. Así pues, tranquilo que optaré por el mejor camino y si mi padre, estuvo orgulloso de mí durante toda su vida... no seré yo, quien ahora, sea lesiva para los intereses de los Deschamps —mirándose a sí misma con altivez pero con tímido sonrojo por el rollo que se había marcado, flipada por sentirse tan feliz y con la piel de gallina al, tras muchos años, apropiarse y declamar con orgullo lo que siempre fue suyo, su apellido.

—*“Cuando se ataca no se ha de despreciar el buen momento.*

Esperando el buen momento, no se debe despreciar el ataque”^[19]. He estado años esperando el buen momento pero no tenía armas para vencer y poder enfrentarme a la adversidad. Ahora las tenemos mi querida hija de Maurice.

El silencio en el coche era denso y aunque de vez en cuando Andreas, intentaba sacar un tema de conversación este, era recibido con desdén. Las abstracciones de Aba, le hicieron pasar por alto que circunvalaban Santo Domingo y que el coche les acercaba a Casalarreina, como prólogo de Haro. La carretera solo era iluminada por los haces de luz de los faros, los cuales, iban descubriendo un paisaje tétrico y sombrío marcado, por la entrada del invierno.

Capítulo 4

—Bueno, pues ya hemos llegado. Justo ahí delante está el Palacio Paternina, la verdad que desde hace años este pueblo tiene un brillo especial. La pasión por el vino comenzó hace mucho tiempo al llegar grandes bodegueros franceses a Haro. Hubo muchos problemas en sus viñas por la filoxera...

—¿La qué...? —preguntó confuso Andreas despertando de su letargo.

—Bichos —sonriendo amistosamente—, es decir, sufrieron una enorme plaga de insectos... la filoxera es una especie de pulgón parásito de la vid — intentando ser lo más pedagógica posible—. Dada la magnitud de la catástrofe buscaron una nueva tierra, similar a la suya. Es así como llegan a La Rioja y es así cómo, nos contagiaron su pasión y su talento enológico.

—¡Vaya! Estás viva —sonriendo gesticulaba Yuls mientras conducía—. No me has hecho caso desde que salimos de Los Picos. La verdad, comenzaba a pensar que este viaje era un absurdo.

—Lo siento —ofreciendo una amable y cameladora sonrisa—, estoy un poco desbordada. La conversación con Otto ha sido frustrante y la situación creo que me ha sobrepasado ya definitivamente.

—Pero Otto, se ha portado mal contigo o realmente ¿qué te ha dicho? —se notaba que, ansiosamente, buscaba información.

—Me hablo de los orígenes de los Picos y de su misión con las personas necesitadas de...

—Sí. Eso ya me has dicho antes y de que nada era realmente relevante pero ¿te habló de tu padre? —preguntó sin atender el inicio de respuesta de Aba—. Siento mis malos modales —observando la mirada de sorpresa y casi estupor que se reflejó en su compañera— pero cuanto antes descubramos lo que hay detrás de esta locura, mejor para todos nosotros. Tengo la sensación de que todo va mal últimamente.

—Tranquilo. Todos estamos realmente alterados estos días pero como te he dicho no hay nada más que contar.

Aba intentó hacer un relato de los hechos no demasiado alejado de la realidad. Cualquier historia enrevesada hubiese sido descubierta por Yuls. Así pues y para no verse pillada obvió lo que consideraba realmente relevante pero no escatimó en detalles sin importancia. Le comentó que su padre tuvo una fuerte discusión con Otto por el reparto de los beneficios de lo incautado y que esa fue una de las razones por las que se fue. En algún momento Otto sintió que Maurice se estaba quedando con una mayor parte del botín o por lo

menos, no compartía toda la información significativa con respecto a la Lista Otto. Sospechaba que la huida de Maurice era una simple estratagema para que el olvido sepultara todo.

Mientras relataba los acontecimientos observaba la cara de absoluta concentración con la que Yuls escuchaba cada una de sus palabras, sin hacer preguntas, tragaba cada palabra como si fuera la última que iba a escuchar en su vida.

—Y Otto, ¿no le mencionó donde pudiera estar el resto o alguna pista al menos? Me refiero que Maurice, entonces, nunca llegó a decirle nada de su paradero ¿no?

—No y supongo que ahí comenzaron las fricciones y los celos. Pienso que Otto tenía y tiene absolutamente claro que mi padre conocía el lugar exacto donde se encontraba. Haro tiene una estación de tren colocada expresamente para favorecer las labores logísticas de las bodegas, por lo tanto, ahí desembarcó y desde allí comienza la investigación. No creo que disten muchos metros entre la estación y donde esté oculto, pero eso lo sabes tú, lo sabe René, Otto, incluso yo que soy nueva en esto. Supongo que mi padre aprehendió algo del total, lo cual le generó dividendos suficientes para desaparecer y sobre todo vivir. Sabiendo o presintiendo eso, Otto le puso una trampa esperando volviera a recoger algo más para seguir manteniéndose. Ya sabe que codicia y dinero suelen ser inseparables amigos de viaje. Esa trampa hizo efecto cuando, tras los años, mi padre regresó.

—Ah pero ¿regresó? Y eso ¿cuándo fue? ¿Este pasado verano? — preguntó con inusitada avidez Yuls.

—Bueno es una conjetura mía, pero imagino que es lógico porque obviamente necesitaría más dinero para vivir — “cuidado tía que te está buscando” saltó como un resorte la alarma neuronal de Aba.

—Sí, supongo que puedes llevar razón.

—“No la llevo pero no te voy a dar el placer de que me caces tronco” —pensó feliz desde su rol policial—. En fin, el resto puede ser relativamente sencillo. Desde años atrás Otto tiene pensada una trampa para cazar a mi padre y esta, un día da resultado y bueno, todos sabemos cómo termina Maurice. Si no, ¿cómo piensas que da con su paradero? — “te toca ahora a ti responder” irónica y plácidamente sonreía su mente.

—Sí, supongo que esperó a que regresara —lacónico afirmaba.

—El resto, bueno... pues como ya sabes. Yo asistiendo sin razón alguna, al funeral de un señor al que prácticamente no sabía ni quien era

—“¡Toma ya! Qué bien me ha quedado. La enóloga detective Deschamps en perfecto estado de funcionamiento”. Se dijo exultante.

—¿Otto le dijo que había matado a Maurice? —en su mismo tono gris y casi apagado, sin dar énfasis a nada pero observando al milímetro cualquier cambio en la gestualidad de Aba, preguntó Yuls.

—No, pero lo dio a entender constantemente. Va de gurú, de hippie y de postmoderno. Tenerme delante, soltarme el rollo de la paz y la bondad eterna del ser humano y después decirme que había matado a mi padre, pues la verdad, no creo que hubiera sido la mejor idea. Es un tío listo, veladamente y en momentos de la conversación, era obvia su intención de ponerse la medalla.

—¿Y no intentó matarla a usted? ¿No intentó sonsacarla? Si es tan agresivo como dice lo normal es que pensara que su padre le había hecho llegar el conocimiento del lugar ¿no? —mirando a Aba con una sonrisa maliciosa que partía de su oscuro mundo interior.

—He dicho listo e inteligente pero nunca agresivo —matizó.

Aba estuvo a punto de continuar hablando pero seguía sin tener claro a quién representaba Yuls. Hasta no tener esa duda resuelta, sus sensaciones, le obligaban a mantener el mayor de los recelos. Recordó a Otto. Recordó las frases que jalonaban cada una de sus largas descripciones y pensamientos. Confinado en aquella casa, esperando a que cada momento fuera el último y en el que quizás, un día cualquiera, de un coche descendiera un matarife, cuando su presencia, ya no fuera necesaria para nadie.

Las calles de Haro les recibieron solitarias. Luces amarillentas iluminaban el asfalto haciendo recordar que sobre sus aceras, pronto la vida, sería retomada. Mientras, algún gato, que a sus anchas gobernaba los espacios se cruzaba altivo, denotando, quién era el propietario de la noche en ese momento. El hermoso palacio barroco de la plaza de la Cruz quedó a su izquierda y en seguida, llegaron al destino.

—Lucrecia Arana. Esta es mi calle, aquí vivía cuando era pequeña. Sea lo que sea que busquemos y si, tal como dices mi padre me dejó una señal, esta, se hallará aquí dentro. Aparca ahí —ordenó resolutiva Aba.

—Es bonito —dijo Yuls al observar el edificio donde justo habían aparcado.

—Es el Palacio de Tejada. Creo que es plateresco, me gusta lo sobrecargado que está. La verdad es que Haro siempre ha tenido cierto estilo y categoría. Fíjate todas las balconadas de la calle, son realmente bonitas,

típicas de aquí, las de la calle de La Vega son magníficas...

—Sí... bueno otro día haremos visita turística —cortó algo borde Yuls enfatizando que sus nervios eran los que realmente hablaban—, ¿tienes las llaves?

Como en muchos pueblos, a eso de las tres y media de la mañana, el silencio era sepulcral. Noche cerrada, frío intenso y recias paredes de piedra que, como únicos testigos, eran cómplices de cada movimiento.

—Es ahí enfrente —mostró con su mano Aba.

La casa había pertenecido al conjunto del Palacio de Tejada. Siendo utilizada en los primeros tiempos como lugar de aperos o caballerizas fue reconvertida, decenas de años después, en almacén de suministros. Ahora, situados ambos frente a ella, simplemente era una puerta cerrada y abandonada al paso de los años.

—Espero que esta llave sirva —dijo con sigilo Aba.

Tras varios intentos y a regañadientes la llave entró. A simple vista, era obvio, que el lugar ya no tenía ningún cometido dado su aspecto sucio y destartado. Aba cerró la puerta y una cierta sensación de claustrofobia y ahogamiento se desparramó sobre ella. Tras encender dos potentes linternas dieron luz a lo que en tiempos pareció ser un espacio para el almacenamiento de material eléctrico. Enormes bobinas para transportar cables se dispersaban en el camino haciendo complicado el tránsito. Alternadores, sogas, escaleras, contadores, variadores de frecuencia, transformadores de diversas intensidades, pinzas amperimétricas y un largo etcétera, diseminados por doquier, eran abrazados por el polvo.

—De pequeña vivía en el primer piso —compartiendo la complicidad con Yuls—. Recuerdo que en épocas de fuertes inclemencias meteorológicas, tendía a irse la luz con cierta frecuencia. No sé por qué pero constantemente nos llamaban a casa. Supongo que pensaban que podíamos bajar y apretar la tecla de encendido —dijo cínicamente la enóloga.

Poco a poco se fueron internando en la cavidad del almacén, el cual era alargado y estrecho. Las sombras se alargaban produciendo imágenes en las que, cualquier empresa de efectos visuales, seguro pagaría su peso en oro por ellas. Una especie de enfangada babilla verdosa, provocada por la humedad, hacía que sus pies se pegaran al suelo. Finalizando su tránsito por el alargado pasillo, dieron con unas escaleras que se precipitaban hacia una cavidad inferior.

—Es por ahí. Estamos solo a unos metros —enfocó Aba con la linterna.

—¿Hacia dónde conduce esto?

—La mayoría de las casas de la parte vieja de Haro están interconectadas por pasadizos. Dicen que servían de huida en épocas antiguas y algunos de ellos, en concreto, llegan hasta pueblos cercanos.

—Bueno también puede servir para esconder algo.

—Y que se conserve, en el caso del vino es un sitio realmente ideal.

—No me refería al vino exactamente —Yuls permanecía absorto en sus meditaciones.

—Puede ser. Son angostos y lóbregos y alguno, como este, asquerosamente sucio —haciendo una mueca de asco al observar los restos putrefactos de lo que fue una rata.

—Sigamos —insinuando, con manifiesta constancia, de no atender mucho las explicaciones que con cariño, iba ofreciendo la enóloga.

—Vaya veo que estás muy borde. Tranquilo tío que ya llegamos.

Llegaron hasta lo que parecía ser una sala donde una alargada bóveda de cañón les daba la bienvenida. Las paredes rezumaban humedad y pequeñas plantas crecían en las oquedades de la piedra. Aunque el olor era nauseabundo la temperatura estaba sostenida, provocando incluso, calor.

—¡Huele fatal! Esto se ha convertido en un cementerio de excrementos —expresó con vehemencia la enóloga.

Al fondo de la misma sala aparecía lo que era una especie de verja de hierro que con los años se presentaba enmohecida y prácticamente, alejada de cualquier uso. Enfocando con las linternas, nada pudieron observar.

—¿Nos acercamos? —resultando la pregunta de Yuls, más una orden que una petición.

Los ojos y su mirada, desde hacía minutos, habían cambiado. Aba percibía sensaciones distintas en su compañero las cuales, le preocupaban. Distancia, a pesar de estar a menos de un metro e incluso temor, por el sesgo con el que acompañaba muchos de sus gestos. Cada paso que daba era escrutado milimétricamente. Muchas veces, dándose la vuelta, se encontró, con que las manos de él buscaban, desenterraban o abrían supuestas estancias secretas donde poder encontrar cualquier pista posible y necesaria para sus fines.

Cada pisada que daban era respondida por el sonido de agua estancada que, con el paso de los años, había generado pequeños e incómodos ennegrecidos charcos.

—Bueno, vamos allá —dijo Aba frente a la puerta—, creo que lo mejor

es que dejemos sobre esas sogas una linterna, parecen secas y así podremos iluminar un poco todo. Con la otra iluminaremos el interior y en fin, a ver si encontramos la cueva del tesoro —y le guiñó un ojo, esperando se hiciera eco del sarcasmo sin obtener resultado.

Tuvieron que trabajar juntos en forzar la verja ya que, como preveían, estaba enganchada al suelo. Tras varios esfuerzos lograron que esta diera muestras de querer negociar y en segundos, se mostró, abierta de par en par. Tenso silencio se hizo de nuevo eco en el lugar. La oscuridad impregnaba el espacio y las sensaciones de Aba, no eran nada alentadoras. Quizás hubiera algo o quizás no, realmente eso no le preocupaba sino, más bien, la actitud de Yuls quien, desde hacía ya demasiados minutos seguía ausente. Como un perro de caza que al olfatear la presa muta su estado poniendo el cuerpo en tensión, así estaba al imaginar, tras la pared, el botín.

—Si quieres entro yo primero —dejó caer Aba.

Sin dejar que terminara la frase sintió que había cometido un error. Sin ofrecerse una mínima explicación razonable por dicha conjetura, pensó que dejaba su espalda, libre de protección. No había nada que advirtiera de indómitos peligros pero en cambio, el temor arremolinaba sus sentidos.

Las paredes iluminaron un universo totalmente diferente y desconocido a lo anteriormente visto. Un pequeño calado de unos cinco metros de profundidad se presentaba ante sus narices.

—¡Encontré el tesoro! —gritó Aba sonriendo.

—¿Cómo? ¿Qué has encontrado? —respondió rápidamente Yuls rompiendo su aislamiento.

—¡Setas! —riendo abiertamente—. Mi padre plantó, cuando era pequeña, un par de sacos de setas. Supongo que igual quería montar un negocio nuevo —su tono seguía marcado por divertida sorna—. Este espacio es el mejor para el desarrollo de los hongos. Ya sabes, humedad, condensación, temperatura sostenida... ¡Vamos! Un paraíso para ellas. Así pues la naturaleza hizo su trabajo y como ve, muy bien por cierto, ahora está esto lleno —mientras, enfocando con la linterna hacía una panorámica de su localización—. Me da el pálpito que no son una delicia gastronómica —matizó—, pero igual Gustavo puede hacer algo.

—¿Y eso? —señalando Yuls con la linterna.

—Vaya, sigues sin darme bola ¿eh? Eres un tipo extraño Andreas o Yuls o como leches te llames.

Señalando al fondo, una serie de botellas de vino, se divisaban. No

supondrían más de tres o cuatro decenas pero estaba claro que allí estaban. Alguien, en su momento, quiso colocarlas con esmero para que, con el paso de los años, el tiempo de alguna manera, las respetara.

Las sombras emitían poderosas siluetas dentro del calado. Las setas se alargaban e imitaban ser poderosos árboles y cada objeto, por pequeño que fuera, tendía a ser poseído de vida propia formando ingeniosas formas. Agachada, Aba, casi gritaba de felicidad, sorprendida por lo que veía.

—¡Son los vinos que mi padre fue coleccionando! Aquí hay auténticas barbaridades de hace decenas de años. ¡Miré, fíjese! Conde de los Andes, Paternina, Gomez Cruzado, Lopez Heredia, Muga, Carlos Serres, Rioja Santiago, Bilbainas, CVNE, la Rioja Alta... —un largo etcétera se iba abriendo ante sus ojos y por cada nuevo descubrimiento el grito de deleite y felicidad era mayor—. Algunas son casi como si fueran incunables, como esos libros de la Edad Media, llenos de historia pero repletos de vida. Hemos descubierto la Capilla Sixtina de mi padre.

—Pero esto no es lo que buscamos. Déjalo, debemos irnos e ir a por otras cuevas o pasadizos subterráneos. Antes has dicho que esto estaba lleno de ellas, ¿no? ¿Es posible que tu padre pudiera tener algunos otros sitios ocultos? ¿Lo recuerdas?

—Me estás empezando a cabrear bastante con este tonito Yuls. Además, no entiendo este interrogatorio.

De alguna manera la tensión iba creciendo a cada paso que daban. Yuls estaba frenético. Movía y removía cajas por doquier intentando encontrar nuevas señales que dieran pistas definitivas. Al no descubrir nada que le otorgara una mínima victoria, resoplaba y carraspeaba, aumentando su irascibilidad. El tiempo pasaba y el éxito que para Aba supuso encontrar los caldos de su padre para él, en cambio, eran pura pérdida de tiempo.

—¡Mira! —gritó haciendo que la tensión decayera en ese mismo instante—. No lo había visto al no haberlo enfocado con la linterna pero allí hay una especie de baúl —mientras el haz de luz mostraba un ennegrecido mueble, casi desvencijado por la agresión de mohos y humedades.

Ambos se acercaron. Sellada estaba su cerradura con lo que tuvieron que ayudarse de una barra de hierro para forzar su apertura. Al abrirlo, lo primero que vieron fue un *Romanée-Conti* del 1941, un *Beaune Clos de Mouches* de 1938, un *Clos Blanc de Vougeot* de 1940 y un *Nuits Château-Gris* de 1929. Perfectamente conservados, al estar lacrada su estancia al exterior, el paso del tiempo no les había afectado.

—Y ¡fíjate por Dios! —exclamó extasiada la enóloga mientras comenzaba a mirar uno por uno—. Yo pensaba que era simplemente una bobada que me contabais pero es real ¡madre mía! Esta botella es un champán que se etiquetó exclusivamente para la Whermacht, es un Domaine Pol Roger —extasiada miraba la botella una y otra vez—. Es verdad por tanto, algunos bodegueros franceses con tal de congraciarse con las fuerzas de ocupación etiquetaban sus botellas con el nombre de “especiales para la Whermacht” pero ahí estaba la trampa, eran realmente vinos de baja calidad. Por un lado intentaban no meterse en líos con el enemigo pero por otro lado, escondían los mejores champanes de sus zarpas. ¡Así que es verdad! —repetía una y otra vez—. Escondido el vino en falsos suelos o paredes, en tejados o mil sitios alejados a la vista de los nazis, para que no se los llevaran. Y yo que no me lo creía —suspirando de emoción y placer, al tener frente a sí, semejante colección de vinos.

Aba estaba casi en estado de trance. En su vida había tenido en sus manos semejantes joyas de la historia enológica mundial. Los *Château Cos d'Estournel*, *Château Aus-Brion*, *Châteauneuf-du-Pape*, *Hermitage*, *Mercurey*, *Chambertin*, *Bonnes Mares* o los *Mouton-Rothchild*, todos paridos en el anterior siglo, se paseaban por su campo de visión como si fueran llamadas del pasado clamando por ser rescatadas. Los “oh” alborozados y llenos de emoción daban pasos a otros largos “ah” al descubrir otras nuevas, que incluso para ella, eran desconocidas. El gozo y la ventura le dejaron en un estado casi místico cada vez que observaba una etiqueta o solo cuando, con sus dedos, rozaba cada una de las botellas. El éxtasis se visualizaba con fuerza en sus ahora, vibrantes ojos verdes.

—¿Y quién se lo contó, además de yo mismo? —errático preguntó Yuls.

—¿Cómo? —interpeló al no percatarse casi ni, de la propia pregunta.

—Sí, ha empleado el plural.

—Sigo sin entender muy bien qué quieres decir.

Aba comenzaba a detectar que había metido la pata en algo aún ignoto para ella. La admiración ante lo descubierto nubló su constante estado de alerta.

—Sí —Yuls intentaba sonreír sin conseguirlo. Disimulando y mostrando vanos intentos de mostrar tranquilidad y cordialidad, no pasaban inadvertidas sus intenciones—. Has dicho antes que hace poco alguien te habló de estas etiquetas “trampa”, por llamarlas de alguna manera, quiero

decir.

—Sí... sí claro. Me lo has contado tú antes ¿recuerdas, no? y sí, recuerdo haberlo escuchado en algún foro de estos que asisto de brujería para los enólogos —sabía que tenía un problema, así que mostrando su mejor sonrisa y la primera idea que se le pasó por la cabeza buscaba salir del brete.

Yuls no picó el anzuelo y su mirada, si cabe, se hizo más incisiva.

—Pero... no sé Aba, me has dado la impresión de que has hablado con otras personas sobre esto y...

—Vaya —dijo alterada sin poder disimular la sorpresa y cortando e intentando cambiar rápidamente el sesgo de la conversación.

—¿Sucede algo? —preguntó sobresaltado al observar el profundo gesto de la enóloga.

—No nada, vi una botella, difícil de encontrar para todos en aquel tiempo.

De nuevo sintió que sus nervios le estaban jugando una mala pasada y por simple intuición, debía reponerse rápidamente.

—Aquí todas son realmente joyas. Es un *Musigny*, la verdad que de este solo tenía referencias lejanas —y mostrando y ofreciéndole la botella intentó volver a rellenar el espacio de mutua confianza.

Sin disimulo y con rapidez, palpó el pequeño papel que siempre le acompañaba. Recordó su mensaje y sintió que algo no cuadraba. De alguna manera necesitaba la presencia y el calor cercano de Maurice. Anclado bajo su camiseta por unos imperdibles, permanecía sin peligro aparente. Al tocar su legado, al sentirlo recuperó cierta seguridad y tranquilidad. Recordó que en esas pocas líneas, se definían el nombre de seis de las mejores botellas francesas de la época. Tumbadas en el suelo, frente a ella solo había seis. “Pero papá son doce. Dos botellas de cada dijiste ¿verdad?” su mente, necesitaba esta vez, conclusiones exactas. Aun así, alborozada, descubría que de alguna manera todo, por fin, comenzaba a tener sentido. Casi emocionada se decía “gracias por no mentirme papi”. Su mente se aceleró e intentó volver a su anterior estado de concentración. No podía permitirse más errores y mucho menos exteriorizar lo que su mente preguntaba. “De acuerdo tengo que buscar sus pares pero y ese click ¿qué significa? y... ¿quién dices que me puede picar?”. Sus ojos se levantaron observando con preciso detalle todo a su alrededor.” ¿Las ratas? Entonces, el resto está aquí escondido por las ratas pero, ¡joder, las ratas muerden, no pican! Puf se me está yendo la pinza”.

Memorizado el testamento y ahora repasado de nuevo, no podía

encontrar nada que delatara más información o pistas sobre el paradero de las otras. Había llegado muy lejos. Estaba claro que la historia de Maurice era cierta y que Otto era su aliado pero también era cierto, que le faltaban muchos pasos por dar. Como el juego del gato y el ratón debía volver a revisar toda su vida buscando lugares, pistas o espacios donde su padre hubiera podido guardar el resto. Visto lo visto, si daba con las otras seis, encontraría el tesoro. Por primera vez en su cabeza comenzó a aparecer, la secuencia de palabras tan nombrada por todos “Y entonces el vagón del tren del muelle de carga de la estación ¿adónde fuiste tío?”. Imbuida en semejante abstracción no reparo en un fugaz movimiento que las sombras señalaban. Sus ojos, atentos, captaron cómo la silueta de Yuls enfocada frente a la pared, hacía acción de levantar un brazo. Sujetando algo, pretendía golpearla. “¡Joder pero qué leches!” —alertada pensó.

—¿Qué haces?! —Aba se enfrentó a sus ojos, los cuales adoptaban el negro presagio que los últimos bosquejos de su disfraz mostraban, la muerte.

Azorado al verse sorprendido intentó zaherirse evadiéndose con disculpas que, llenas de nervios e incoherencias, le delataban aún más.

—Nada, simplemente iba a tocar tu espalda para irnos. El efecto de la luz hace que las sombras parezcan alargadas y tenebrosas. Siento que con este disfraz parezca una especie de Conde Drácula a punto de lanzarse a por una doncella —aduciendo amargamente una pesarosa sonrisa.

—No me ha dado esa impresión pero es verdad que las sombras producen efectos indeseados.

Quizás llevara razón Yuls y simplemente, sus nervios, habían comenzado a pasarle factura mostrando escenas idealizadas e irreales. Aun así, desde ahora en adelante nunca debiera bajar la guardia. Demasiados errores para su excursión nocturna. En su fuero interno reconocía, que muchos de sus silencios eran interpretados como una especie de omisión en pos de no ofrecer mayor información, con lo cual el riesgo, fuera del tipo que fuese, aumentaba.

—Esto no es lo que buscamos. Algo se nos escapa. Por qué no volvemos a repasar un poco todo lo que pasó aquel día en Hendaya ¿te parece? ¿Pasó algo más en la iglesia? Cualquier detalle que tú pienses que es menor, puede ser vital ahora mismo para nosotros —olvidando el supuesto percance volvía a la carga.

Aba aprendió definitivamente la lección. Rápidamente debía relegar su raptó de felicidad, casi enajenada y, enfrentarse de nuevo, a la realidad. Había

sentido bellas emociones. Sensaciones casi imposibles de relatar incluso para su propia lógica pero por otro lado, había percibido otras, demasiado peligrosas por terribles como para no ser dejadas de lado. Estaba segura que la silueta observada, no delataba un brazo que buscaba despertarla sino más bien, aviesas intenciones señalaba. El porqué de esa corazonada le era imposible de ni tan siquiera, imaginar. Desde que habían salido de Ezcaray Yuls era otra persona. Concentrado, huraño e incluso excesivamente meditabundo, simplemente buscaba hechos y pruebas concretas que dieran por éxito la misión. “¿Y si lo hubiéramos encontrado, me hubiera matado?” Elucubrar sobre tal fin, no solo mareaba sus sentidos sino que le atemorizaba “¿ese será mi final, matarme?” Nerviosa imaginaba.

—No, no recibí nada, te lo he dicho mil veces, ¿por qué desconfías constantemente de mí? —le preguntó abiertamente la enóloga recomponiendo su vigor.

—No, no es que desconfíe pero a veces tengo la sensación de que me ocultas cosas o no quieres confiar del todo en mí. Fuiste a ver a Otto y prácticamente no me has dicho nada de lo que pasó y hemos llegado hasta aquí, pudiendo ser descubiertos, y tampoco hemos hallado nada. Esto empieza a cansarme.

—Tengo una idea —dijo felizmente Aba, adoptando una aire conciliador y cambiando de tema—. Hagamos una cata con estos vinos o una cata a ciegas o una cata en definitiva. Invitaremos al mismísimo Otto y estoy segura que ese día descubriremos muchas cosas. Tengo la certeza de que Otto es la clave de todo esto. La enología es mi territorio. Será fácil descubrir cualquier pista que nos acerque al objetivo —afirmó resolutiva.

—No entiendo ¿una cata de vino? Pero ¿por qué motivo? —dijo Yuls sin comprender nada y claramente pillado en fuera de juego.

—Estoy segura que estas botellas guardan muchos secretos y ambos sabemos que Otto es la clave. Imagina que al observar las botellas siente que le hemos descubierto y por tanto le hacemos ver que estamos tras su pista o mejor aún, que como mi padre, sabemos el lugar donde se halla el tesoro.

—No lo veo, la verdad ¿y Gretta? Estoy seguro que se negará a hacer una cosa así.

—Bueno y ¿si ella tiene algo que ver también? Me dijiste que llevan toda la vida juntos, seguro que son cómplices en todo esto. Ella será la primera que acceda porque estoy segura necesitará averiguar lo que tú y yo sabemos. Creo que será un buen momento para, por fin, acercarnos a la

verdad ¿no crees?

Aba estaba satisfecha. Su cuerpo se afirmaba sobre el suelo como si fuera un rígido palo. Hierática no permitía que sus nervios delataran su estado de ansiedad total. Un fallo en su concentración daría al traste con el artificial embuste creado por Otto.

“Bueno, vamos a ver en qué bando andas. Si conoces el porqué de la situación de Otto o si como yo, acabas de llegar a este paraíso. Si es así, te pediré humildemente perdón pero necesito asegurarme. Lo siento Yuls”. Amagó con sonreír, intentando pensar que todos sus sentimientos preconcebidos sobre Yuls eran erróneos pero de nuevo, su neurona de guardia, frenó cualquier intento. Demasiadas nubes negras giraban alrededor del holandés y de momento, debía estar segura de que todo lo que se movía a su alrededor, no estaba corrompido.

En pocos minutos cargaron todas las botellas en el coche. El alba se aceraba y debían alcanzar pronto los Picos de Posadas. Sin tiempo para poder haber digerido con calma toda la secuencia de su viaje a Haro, su mente enunció a Yuls más como enemigo que como amigo. Manteniendo la compostura, sus nervios le gritaban desmesurados. “¡Ya tienes la cata Otto que me pediste! Ahora dime por favor ¿qué quieres que haga ahora?” imploraba muerta de miedo.

Capítulo 5

Sin estridencias el coche aparcó tranquilamente en la residencia. La ya decadente fiesta aún lanzaba reclamos con sus altisonantes y lejanos ecos, tiznados de oscura perversión. La noche se iba transformando en amanecer y la luz pronto limpiaría el desatino, en el que la Fiesta del Fuego se había convertido.

—Si nos damos prisa, podremos dejar el vino, en ese pequeño almacén de aperos que hay ahí —dijo Yuls deshaciendo el silencio y señalando un pequeño cobertizo situado en los lindes del camino.

—¿Cómo has conseguido esas llaves? —preguntó extrañada al ver como sacaba un juego entero.

Desde la salida de Haro apenas se habían prestado atención. Cada uno imbuido en sus propias cábalas, parecían dos cuerpos alejados por millones de kilómetros de distancia ocupando un mismo espacio. Yuls aparentaba estar alterado y nervioso e incluso, en determinados momentos, agresivo. En algún instante quiso hablar y emitir alguna pregunta que paliara la ofuscación que sentía, al no haber hallado ninguna pista, pero frenó cualquier intento. Aba, en cambio, lo miraba con temor. Su mente, fresca, se negaba a olvidar. Quizás, la versión dada por Yuls era verdad y se trataba de un simple mal reflejo motivado por la deficiente luz pero, la terrible duda permanecía en su subconsciente. Desde ahí, pensar en las diversas posibilidades que subyacían, le aterraba.

—Este coche tiene muchas sorpresas. Úrsula tiene varios juegos de llaves, normal por su trabajo y bueno, no es la primera vez que aparco su coche. Una tarde, aburrido y sentado al volante me dio por abrir la guantera y fisgar un poco. Encontré estas llaves y me pasé toda la tarde abriendo y cerrando puertas. Sin pretenderlo me las metí en la chaqueta cuando me fui y por lo que veo nuestra habilitadora tampoco prestó mucha atención a su pérdida porque nunca me ha preguntado por ellas. Como te digo no tienen valor alguno pero ahora, bienvenidas sean —restando importancia al hecho sonreía, forzosamente, mientras señalaba el lugar.

Sin prestar excesiva credibilidad a sus palabras pero dándolas por buenas Aba, se vio sacando las cajas de vino que se agolpaban en el maletero y asiento de atrás. El pequeño cobertizo, pequeño y sin grandes complicaciones, albergaba varios tipos de herramientas amparadas sobre unas baldas, una pequeña motosierra para el cuidado del jardín y algunos bidones de aceites e insecticidas. Con sumo cuidado y esmero colocaron las cajas y

después las taparon con una lona para que al menos, y a simple vista, no fuera delatada su presencia.

—No me convence nada dejar semejantes joyas en ese sitio, espero que no se me mueran del disgusto —decía la enóloga con evidentes signos de pesar.

—Bueno, no creo que les pase nada. Para la cata estarán perfectos.

—Se nota que no entiendes de estas cosas. Son como niños, un simple catarro puede enturbiar el silencio de muchos años.

Sin hacer mucho caso a las explicaciones, Yuls tomó el camino de vuelta a la residencia. Su mirada perdida y sin rumbo, recogida en los pocos trazos que todavía conservaba el disfraz, proclamaba malos augurios.

—Venga, vamos, en breve va a amanecer y no podremos justificar nuestra presencia fuera del salón —dijo mientras caminaba.

En segundos tomaron el acceso al jardín que les devolvió al salón de las Mil y Una Noches. Las puertas de cristal permanecían abiertas y como una firme barrera, la oscuridad, negaba el acceso a nada o nadie que no fuera reconocible en su reinado. El ambiente era tórrido, denso e impregnado de una especie de descomposición de lo que, en su inicio, fue un derroche de bellos olores. La oscuridad se veía salpicada, constantemente, por reflejos de luz que, irradiados por los cientos de pequeños cristales que componían la enorme lámpara de araña, impactaban contra el todo haciendo que la distorsión de las formas creara increíbles imágenes visuales a los sentidos.

La música había cesado pero alguien tocaba en un bellissimo piano de cola que en una de las esquinas estaba expuesto como una reliquia. Con voz entrecortada, cansada y mal ensamblada, probablemente motivada por cientos de excesos nocturnos una mujer intentaba sostener algún verso de la canción “*Fade into you*” de *Mazzy Star*. Desnuda y fumando marihuana alzaba la voz hacia la cúpula del salón implorando perdón o quizás, curación, para dolorosos males o retorcidos pecados. Dos mujeres, distanciadas por la edad, competían sobre un *chaise longue* intentando comprobar quien de las dos lamía mejor. Cada una, dentro de las piernas de la otra, ilusionaban y embravecían sus placeres carnales. En el suelo, un hombre intentaba masturbarse mientras contemplaba la escena, sin poder con el empeño, apuraba una botella de whisky cuyo líquido, se derramaba por su cuerpo. Dentro de la piscina Minerva hacía el amor con lo que al inicio de la noche pudo ser una especie de duende de color verde. Retorcida y apasionadamente movía su cuerpo rebotando bajo las aguas y lanzando, en cada vaivén, peces

de colores fuera de su elemento. Otros, ya en el suelo, aleteaban luchando por los últimos estertores de sus vidas. Lo que parecía ser la figura de una sirena se desbocaba entre los cuerpos de dos hombres quienes colocándola en medio la penetraban por doquier. Detrás de ambos, una mujer soportando el disfraz de domadora, golpeaba con una fusta el lomo de uno de los dos. Con el látigo provocaba que creciera su ímpetu y excitación. Sonidos se agolpaban, haciéndose eco, de la aguda voz de la pseudo cantante que con pasión seguía percutiendo las teclas del piano. Distorsionados los conjuntos, las personas y el propio salón Aba y Yuls aparecieron, siendo acogidos en el reinado, de los dioses de los deseos y la perversión. La cara de sorpresa de Aba fue mayúscula e incluso una especie de mueca de asco apareció en su cansada tez. A cada paso que daban chocaban con cuerpos que enroscados en el suelo daban pábulo a sus deseos. Más de una vez, tanto uno como otro, tuvieron que retirar de su camino brazos o piernas que intentaban seducirlos e incorporarlos a sus juegos. Las esculturas y los habitantes de cada cuadro miraban perplejos la escena pensando que más bien eran ellos, los pertenecientes al mundo real y lo que observaban, el cuadro del Jardín de las Delicias del Bosco. Una tela, con fuerte tensión, había sido anudada a dos de las columnas del templo del deseo. Como una especie de columpio, una mujer en su ir y venir, era tocada y casi violada según llegara el primero a su cuerpo, independientemente del sexo de cada cual.

Las primeras luces comenzaron con fuerza a filtrarse por la puerta abierta del jardín. Con cada impacto de su haz de luz, se descubría una forma o un cuerpo que con disgusto intentaba esconderse, al ser descubierto. Como vampiros en la noche los cuerpos huían, intentando cobijarse, en espacios donde el amanecer no era más que una pequeña ilusión. El olor a frescor del alba que la puerta abierta atraía, avanzaba sin remedio, frente a las reminiscencias de olorosa densidad carnal que el salón irradiaba. Una especie de silbato procedente de los pasillos distorsionó el ambiente reinante haciendo señal que todo finalizaba. Yuls y Aba estaban prestos a alcanzar la puerta cuando escucharon la alarma.

—Mierda nos van a descubrir —dijo nervioso el holandés.

—Podemos volver al jardín y entrar por el comedor —contestó la enóloga ofreciendo solución.

—Demasiado peligroso.

—De todas formas no hemos hecho nada, simplemente salimos del salón. No estamos metidos en esta basura —observando con cara de asco lo

que el salón mostraba.

—¿Y si nos escondemos tras algún diván? Podremos pasar desapercibidos cuando salgan todos —y cogiendo con fuerza el brazo de Aba se perdieron en los ya escasos espacios donde la oscuridad regía.

Sin convicción Aba se dejó llevar.

—Debemos parecer que somos uno más, así nadie sospechará de nosotros. Es posible que las cámaras nos hayan detectado en algún momento y Gretta ande tras nuestra pista. Si nos mimetizamos, cuando nos encuentren, olvidarán cualquier pensamiento estúpido sobre nuestra salida a Haro.

—Pero...

Con la palabra en la boca y sin entenderlo mucho se vio tumbada detrás de un sofá intentando evadirse del acoso de Yuls. Las manos del holandés repasaban cada centímetro de su cuerpo y acercando su boca, intentaba besarla. Sin recato y menos respeto se lanzó sobre ella como si de una fiera se tratara

—Pero ¿qué leches haces? —dijo Aba intentado librarse del primer envite.

Horrorizada por la situación, aterrada al verse sujeta y tumbada en el suelo sin posibilidad de escape, Aba, casi luchaba por su vida. Como en auténtica lid los ojos de Yuls, ebrios de pasión y agresividad, se mostraban más próximos a la demencia que a cualquier pasión normalizada. Aba, casi absorta y nublada por el pánico, luchaba con esfuerzo ganando mínimas batallas, cuando simplemente, retiraba una de las manos de sus pechos. Desligándose de uno de sus abrazos, cerró el puño de su mano, y fue en busca del ojo malherido acertando de nuevo de lleno.

La luces del salón fueron encendidas de golpe y para muchos el choque con, de nuevo, su propia realidad fue brutal. Cuerpos que no querían reconocerse mientras permanecían retorcidos, junto con otros, de miles de maneras imposibles. Minerva lloraba amargamente al verse dentro de la fuente. Tapada con unas simples hojas simulaba ser una Eva a punto de ser despedida del paraíso.

—¡Habéis destrozado el Sentido Otto, no sois merecedores de sus dones! —como un fraile o como un exorcista, Úrsula hizo acto de presencia en el salón. Gritando y maldiciendo a los allí presentes, fuera de sí, parecía encolerizada ante la perversa visión.

La habilitadora entró acompañada de Ruth en el templo de los deseos. Ruth era la responsable de limpieza de la residencia. Cada mañana era la

encargada de ordenar el trabajo de su equipo. Una revisión, casi hasta la extenuación, de todos para que resplandeciera como si fuera el primer día. De aspecto espigado y sin excesivas curvas, si en cambio su cuerpo denotaba clase y estudiado estilo. Su particular modo de andar, más tendente a lo sensual que al derivado del desarrollo de su trabajo, encandilaba a muchos de los habitantes de lugar. Observada cada día por pacientes y no pacientes, solía ser sueño recurrente de los deseos de muchos. Su pelo rizado, su tez morena y unos carnosos labios pintados de rojo hubieran puesto foco a cualquier cuadro de Julio Romero de Torres. Grandes y profundos ojos negros completaban el conjunto, el cual hacía enloquecer de pasión a algunos incautos que, daba la bondad de la susodicha, era muchas veces reclamada, como si fuera un médico más, por pesarosos residentes. Con prisa Ruth iba abriendo cortinas y ventanas, dejando que las malas almas abandonaran el espacio camino del purgatorio. Un par de residentes, que aún vivían atrapados por el fuego de sus deseos, al ver llegar a la limpiadora, saltaron sobre ella intentando dar por fin por cumplidos sus añorados y fantaseados vicios.

—¡Como me toques una teta te abro la cabeza! —con voz firme, gruesa y con profundo aroma tonal al pueblo donde se crió gritó Ruth, al ver como un residente, se lanzaba al cuello buscando nadar en el calor de su sangre.

Demasiados ataques no tuvo Úrsula quien poco a poco y con paciencia iba amansando a las fieras. Isabel y algunos médicos y enfermeras comenzaron a entrar en el salón. Con cierta perplejidad y repugnancia miraban la situación y tapaban su boca con señal de espanto.

—Esto se nos ha ido de las manos Isabel —acercándose Úrsula a su jefa cuando, junto con Ruth, sacaba a un residente semidesnudo y lo mandaba a su habitación.

—Tiene que acabar ya, es verdad. Tenemos que hablar con Gretta — esto es demasiado.

Por fortuna las obras de arte no habían sufrido peligro y aunque, algún sofá aparecía vivamente manchado o mojado por espesas y vivas sustancias, no había nada que hubiera sido realmente dañado. El equipo de Ruth se iba haciendo con el lugar hasta que detrás de una especie de biombo con detalles de caza, probablemente del siglo XVIII, encontró a los últimos residentes escondidos.

—Pero, por Dios Aba ¿tú también? —el gesto de contradicción hizo enmudecer a la limpiadora, quien sobresaltó al resto de la concurrencia.

En segundos Úrsula e Isabel flanqueaban a ambos.

—Ha sido este desgraciado que ha intentado abusar de mí —entre azorada y angustiada Aba, casi llorando, intentaba eximir su responsabilidad al ser pillada en semejante lugar.

Con la cara desmaquillada, casi amoratada, y prácticamente semidesnuda ya que la camiseta brillaba por su ausencia intentaba ofrecer una excusa plausible. Yuls, en cambio, parecía haber rescatado el total de su disfraz o por lo menos no ofrecía un aspecto tan desaliñado. Se tapaba el ojo malherido con una de sus manos y con la otra, intentaba atusarse intentando mantener la compostura y el decoro. Una tímida sonrisa se percibía en su cara y un malicioso destello partía del ojo hábil que le quedaba. Estirado, orgulloso e incluso feliz, no hizo amago de ofrecer palabra o excusa alguna. Apartándolas, sin excesiva educación, puso camino hacia su habitación.

Capítulo 6

—Pero ¿qué es lo que está pasando Aba? —profundamente seria y cariacontecida, preguntaba Isabel—. Hasta hace unos días Otto era simplemente un reflejo incluso, para la mayoría de nosotros un bonito sueño o idealización como medio de alcanzar las metas y ahora, a cada instante, tenemos noticias tuyas. ¿Una cata de vino y organizada por ti? Y ¿Otto es el que la convoca? Pero ¿qué es eso de una cata de vino? —preguntó de nuevo alterada—. No podemos permitirnos semejante alteración en la vida de los pacientes, ya no es solo por la desagradable orgía de anoche sino porque a muchos, les fue arrebatado el silencio y el necesario descanso. En la zona reservada para enfermos críticos una mujer ¡fue violada! —afirmó con tristeza—. Y al amanecer, dentro del laberinto había un grupo de personas dedicadas a pintar las estatuas del centro. Incluso, un residente, se atrevió a decir que con ello ayudaba a redefinir el concepto visual de Los Picos pero ¡por Dios! que con spray, han pintado de rosa y azul todas las piedras del río. Por favor Aba ¿qué está pasando? Desde tu llegada se palpa el caos en el ambiente ¿quién eres? ¿Quién eres, por Dios? —la emoción hasta llegar casi a las lágrimas se reflejaban en el rostro de la agotada médico.

El día no trajo demasiadas sonrisas o bellas palabras, como sucedía cada mañana al despertar. La sensación general o el sentir de muchos, era de abatimiento y angustia. Los que habían participado rehuían las miradas y buscaban en cualquier lugar perdido, auto castigándose, lograr su propia redención. Aquellos que lo habían oído todo desde sus habitaciones, reprochaban con sus gestos y ademanes su estado soliviantado. Todo el personal del centro mostraba, con su silencio, su profunda perplejidad. Incluso Gustavo que cada mañana amanecía locuaz y ufano con sus aventuradas creaciones gastronómicas, simplemente se limitó a servir de manera átona, el desayuno.

Aba, sentada junto a Elena, desdeñaba las miradas, las palabras e incluso, hasta el propio desayuno. Su tez amanecía todavía más blanca que de costumbre y bajo, una pura camisa blanca, aún se escondían frescos, los arañazos producidos en el vano intento de evadirse del acoso de Yuls. No había música. El gurú que cada amanecer, imploraba por la llegada de las buenas energías, brillaba por su ausencia. La mañana fría, limpia, radiante y luminosa alzaba el vuelo sin recoger, a sus espaldas, a nadie que estuviera dentro de los límites de los Picos de Posadas.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz tenue y frágil Elena intentando

romper el silencio.

—No, la verdad es que no estoy bien. Esto se está convirtiendo en una locura y debo ponerle fin —Aba hablando para sí, sin casi atender a los amistosos ojos de su compañera, intentaba cerrar con palabras la tormenta de pensamientos que le asolaban.

—Yo estoy de tu parte —sin realmente tener claro que significaban sus palabras Elena conjeturó.

—Creo que voy a tener que pedirte un favor.

Aba no había podido dormir. Unas veces frente al espejo desmaquillándose otras, sentada en el suelo con su espalda en la pared o las más, llorando amargamente bajo la almohada. Repetía, a cada instante, los hechos sucedidos. Cada minuto era relatado por su mente intentando sacar efímeras y confusas conclusiones.

El chirrido del teléfono de la habitación le había sacado de su sopor. Alarmada, quizás incluso mareada, lo cogió sin dilación.

—Aba soy tu habilitadora —la voz de Úrsula se mostraba tajante y desafiante, sin ningún tipo de concesión—, queremos verte en el despacho de la directora tras el desayuno. Gracias —sin despedida cortó la comunicación.

Isabel fijaba su mirada en ella y aunque intentaba reflejar seriedad, tras sus ojos, el cariño era amparado. Años y años trabajando con cientos de pacientes y con cada una de sus problemas le habían hecho modular sus comportamientos y proclamar a la escucha activa como bandera de su trabajo. Escuchando comprendía e imaginaba los trastornos, escuchando encontraba las terapias y escuchando, mostraba caminos, que hacían que sus diagnósticos fueran realmente sorprendentes por sus satisfactorios resultados.

—Necesito saber para poder ayudarte Aba, tengo que comprender lo que ha pasado —acercándose tomó su mano y la agarró con fuerza intentando ofrecerle calor.

—Por favor Aba, necesitamos nos digas que ha pasado —cerró malhumorada su habilitadora.

El amargor se reflejaba en su mirada. Realmente Aba suponía un punto de inflexión en su trabajo e Isabel intuía, por alguna oscura razón, que la enóloga era un peligro para la comunidad. Definitivamente debía poner remedio. Úrsula sería, reposando su gran cuerpo sobre uno de los sillones ansiaba justicia. La habilitadora con sus gestos buscaba sentencia. Honesta y amable, no lograba hacerse con la amplia paleta de gamas de colores que componen la mente del enfermo. Fiel y plegada en el desarrollo del Sentido

Otto, Isabel en cambio sospechaba, que realmente no comprendía lo que todo ello significaba.

—Le he acompañado a cada instante en la residencia. Le he introducido en cada terapia y siempre me he mostrado amable y conciliadora con ella pero es terca como una burra —decía minutos antes de que Aba apareciera, Úrsula a su jefa—. Hay versos sueltos que son imposibles de reconducir, recuerda que hemos tenido ya varios casos de estos y siempre al final, ha prevalecido la lógica del Sentido Otto, los versos sueltos han de ser extirpados.

—Entonces si piensas así, si ese es para ti la filosofía o el secreto del Sentido Otto igual la equivocada eres tú —enfocando sus profundos ojos marrones sobre la habilitadora la cual no tuvo más remedio que esquivar la mirada—. Tranquila Úrsula, debemos hablar con ella y ahondar en el problema, es nuestra misión.

—¿Y Gretta? —preguntó sabiendo el peligro que suponía mentar el nombre para ambas.

—También eso es extraño porque al revés, la he visto esta mañana y bueno, incluso parecía más amable que de costumbre. Todo es confuso, todo es excesivamente raro y complejo —y la directora del centro dejó que las palabras se perdieran sobre la amplia galería.

Aba, incómoda, cambiaba de posición constantemente. Perdida en ondas cavilaciones a caballo entre el llanto y la paranoia estaba sumida en el caos. Aun así, tenía claro lo que a corto plazo debía hacer, mantener el mismo perfil simpático y cariñoso de siempre pero al mismo tiempo debía estar prevenida para ante, cualquier acontecimiento, estar preparada para actuar al instante. “Algo pasará en la cata. Algo tiene pensado Otto y según sea, sabré qué hacer”. Con resolución y autoafirmándose intentaba que la fuerza y el optimismo penetraran en una entristecida y temerosa cabeza. Debía seguir adelante y llegar al final, fuera cual fuese.

—Entonces ¿hablamos? —preguntó Isabel.

—No tengo ni idea qué decir, la verdad. Lo que sigo sin entender es por qué me hacéis culpable a mí de todo el estropicio de anoche.

—No creo que sea bueno, para tus intereses, mostrarte altiva —dijo Úrsula visiblemente enojada.

—No te culpamos pero es verdad que desde que tú has llegado todo parece haber cambiado.

“Y es verdad” pensó Aba. “Ni yo misma ya sé quién soy”. Lo cierto era

que su paso por la residencia no lo contemplaba ya como casual. De no conocer nada sobre temas que por su sinuosidad o complejidad permanecían ajenos a su vida cotidiana, la entrada en los Picos le habían abierto muchas nuevas formas de visión o comprensión. La palabra enfermedad la tenía alejada de su repertorio, si a ella se agregaban todas las particularidades que cohabitaban en el centro, la distancia ya era total. Conocerse a sí misma comenzaba a ser un reto e incluso un bonito objetivo. Desestructurado su núcleo familiar, hizo que desde pequeña tuviera que crear una especie de coraza basada en un férreo carácter, para así contrarrestar el dolor por dicha pérdida. Sin grandes problemas para sacar adelante su vida profesional sí que adolecía de un pequeño débito al contemplar, en su vida personal, la falta de compañías duraderas. Líder en sus entornos más cercanos, fueran profesionales o personales, cuando la puerta de su casa se cerraba siempre un peso de dolor, insatisfacción y pena amanecían al ser mecida en los brazos de la soledad. Aun así la coraza le había protegido hasta el día de hoy y si no fuera por lo absurdo de lo situación, sus días, hubieran seguido en la misma forma y manera.

En cambio, la piel de la enóloga mutaba. El calor, desde hacía días estaban instalados en su corazón y aunque no sabía para qué, la forma de situarse en la vida, había cambiado para ella. Se cuestionaba hasta su propia existencia tras las dinámicas de grupo e intentaba conocerse y reconocerse al finalizar cualquier conversación. Nunca había indagado tanto en la búsqueda de su yo y verse ahora, frente al espejo no le condicionaba, sino al revés, le hacía crecer o al menos encontrar bellas sensaciones perdidas.

—La verdad que es curioso —sin casi transmisión entre pensamiento y acción Aba comenzó a hablar—, desde siempre he pensado que todo lo que imagino tiende a concretarse o suceder. Pero muchas veces, tengo la sensación de que una vez alcanzado el objetivo, lo reviento. Me meto en lugares donde es imposible respirar, espacios que aun explicados con grandes carteles de peligro, me seducen y atrapan quitándome la respiración. Es increíble mi capacidad autodestructiva en esto de conservar cualquier cosa, si le ponemos nombre de amor o relación, el final siempre es conocido. Toco algo y lo destruyo. Siendo todo sabido intento saltar desde el minuto uno la línea que conduce al abismo. Me empeño en crear mundos imposibles de alcanzar. Debo quedarme con los pies en el suelo y me empeño en saltar. No hay miedo pero sí hay mucho dolor porque siempre el golpe es más terrible que el anterior. Siempre en el mismo pie la misma bala. Supongo que llegar

aquí, aunque inexplicable para mí, estaba escrito desde hace mucho tiempo. Las soluciones que cada día encuentro abren los poros de mi sangre ofreciéndome renovado oxígeno.

La voz de Aba, profunda, pausada y convencida, resonó en toda la galería. Isabel, con cientos de experiencias a sus espaldas intuía que se acercaba al momento clave, cuando muchos pacientes, tras el impacto de las terapias, ya reblandecidos, comenzaban a bajar la guardia, colaborar y por tanto, iniciar su crecimiento.

—¿Aún echas de menos a tu familia? —preguntó.

Un imperceptible cambio aquietó el cuerpo de la enóloga. Sin exteriorízalo sí que sus ojos resaltaron el cambio.

—Debí protegerme de todos incluso de mí misma. Es verdad que tuve la suerte de ser acogida por alguna familia en Haro y que realmente no puedo decir que me faltara de nada pero siempre, el espíritu de la pérdida, caminaba conmigo. Me hallaba en mesas llenas de ricas comidas y cariñosas sonrisas pero buscaba solo las mías. Buscaba una puerta que al abrirse, me rescatara y me llevara de nuevo a mi casa. No estoy, para nada, desagradecida ante tanto cariño pero busqué, como compañera de viaje, la soledad, intentado me diera soluciones de las que el destino me había birlado.

—¿Intentas destruir ahora la residencia? Es decir, un lugar que te ofrece calor a cambio de nada.

—Es curioso porque al final se trata de otra familia. Al principio me hicieron gracia todas esas farfulladas sobre el Sentido Otto, me parecían burdas herramientas comerciales para atraer a un determinado público. Ahora, quizás, he comenzado a comprenderlas y la verdad, algo ha cambiado dentro de mí. No, no creo que sea destruir un entorno porque me parece excesiva la palabra, pero si es verdad que me siento... no sé describirlo pero siento algo nuevo, algo muy bello dentro de mí.

La pausa se hizo más larga lo cual obligó a Isabel a interrumpir y dejar que Aba se recuperara de su exposición.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Si quieres puedo pedir que nos traigan un té o algo que te ayude, se nota que la noche ha sido larga — intentado descubrir una amable y tranquilizadora sonrisa.

—No, estoy bien, es verdad que la noche ha sido complicada, por decirlo, de una manera fácil y sencilla pero no, prefiero continuar.

Un pequeño gorrión impactó contra el cristal lo cual sobresaltó un poco la paz de la estancia. Solía ocurrir a menudo dada la profunda pulcritud con

que eran limpiadas las galerías.

—Si quiere entrar es que percibe que aquí dentro hay paz —dijo Úrsula quien en todo el discurso de Aba, había permanecido abstraída e incluso en momentos, profundamente emocionada. Se notaba que la confesión de la enóloga le estaba llenando y por tanto, su actitud hacia ella, mejoraba exponencialmente.

—Empiezo a sentir como cuando exhalo todo el aroma de un vino. Penetra en mi interior y de alguna manera, armonizo con la génesis de su ser. De repente, descubro el campo, los paisajes y la tierra. Encuentro el agua que penetró hasta sus raíces e hizo crecer la cepa. Crezco por su interior y absorbo cada minuto de su vida. Es casi místico, hay algo que me llama o hace empatizar con su historia. Una escondida voz, al oído, me cuenta sus porqués y yo simplemente soy la transmisión de sus esencias. Interiorizado todo ello, ¿cómo voy a destruir semejante creación si al final es como retrotraerme e imaginar mis propias vivencias? ¿Cómo mancillar el espíritu de una cepa que te cuenta, confidencialmente su impronta y a mí, me cede, relatar sus hechos al mundo? No, simplemente ahora la cepa soy yo y quizás por fin, hoy, he comenzado a comunicarme con el mundo.

Los tiempos de la conversación destilaban fina armonía y hasta casi dulzor. Lo que había comenzado con complicación y frialdad se fue transformando en calma.

—Quizás te estás acomodando a una nueva persona o quizás tu yo anda, por fin, enfocándose hacia nuevos ámbitos donde ahora te reconoces. Igual era pulsar teclas diferentes, escuchar otro tipo de voces o sentidos para encontrar nuevos caminos —enfaticó plácidamente la médica.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé pero sí que ya no percibo con hostilidad mi presencia en la residencia o al menos la pondero de otra manera.

—Bueno, vamos caminando por fin. Lo que ha pasado esta noche no debe volver a repetirse. El descontrol y el caos no tienen nada que ver con nuestra filosofía y mucho menos con lo que se pretende en la Noche del Fuego. No debes incluirte en esa clase de ritos que solo alteran tu espíritu y sobre todo rompen con todas las buenas energías que el Sentido Otto proclama.

—Lo siento —dijo arrepentida.

—¿Y Andreas? Os encontramos en una posición embarazosa —preguntó, esta vez, algo menos conciliadora la habilitadora.

—Mejor no seguir —contundente respondió con gesto y mirada Aba—. Es quizás mejor, dejar ciertas cosas, de momento, en lugar seguro para darles espacio en el momento oportuno.

—Por favor Úrsula, creo que de momento es suficiente —con su voz firme, hacía valer que la directora no iba a permitir ninguna otra salida de tono por parte de la habilitadora.

La regañina, más por necesidad de forma que por creencia en el castigo, le fue administrada con total esmero y dosis de cariño superlativas. Las palabras de la enóloga habían dado de pleno en el corazón de ambas y daban por bueno, el espíritu con que Aba, afrontaba sus retos. Al fin y al cabo, ese era el porqué de la creación de Los Picos de Posadas. Como una niña que se ha visto sorprendida en una mala acción Aba se levantó buscando la salida. Comenzaba a verse satisfecha en el relato de sus emociones. Haberlas tenido soterradas, toda la vida, no había sido la mejor de las decisiones. Notaba cómo cuando, cada vez, que ofrecía una explicación en profundidad sobre su ser, sus entrañas se dulcificaban y de alguna manera, encontraba una nueva paz y armonía. Sin comprenderlo y desde hacía días se había visto participando, activamente, en miles de actividades internas e incluso trabajando con residentes con enfermedades de diversa y complicada resolución. Su interacción con ellos, no solo le procuraba nuevos saberes sino que le ayudaba en un proceso de maduración interna del cual, cada vez más, se sentía profundamente satisfecha.

—Pero, ¿hay algo más y quizás, ese es el verdadero motivo por el que te hayas aquí, verdad? —dijo Isabel sentada y observando cómo Aba ya se disponía a abrir la puerta.

El grave sonido de su voz invadió la estancia. Por un momento Aba pareció congelada y sin capacidad de reacción. Poco a poco y dándose la vuelta, evadía su mirada. No tenía valor para enfrentarse a sus ojos ya que probablemente, delataría todos sus pensamientos.

—Sí —simplemente admitió y con esa afirmación Isabel comprendió.

—También nosotras nos hemos dado cuenta del esplendor de la residencia, incluso menor, si lo comparas con otras que se hallan en Centroeuropa. La política de Gretta siempre ha sido buscar un determinado tipo de cliente que no simplemente ofreciera un pago por estar en nuestro centro. Realmente no sé de que hablo —y cierta amargura, pesar y dolor se reflejaba en su forma de hablar—, pero está claro que algo hay detrás, totalmente ajeno al Sentido Otto.

Úrsula miraba preocupada a su jefa. Su aportación al diálogo no había sido excesiva y cuando lo había hecho, siempre estuvo marcado en el mapa de lo agri dulce. Honesta y franca, nerviosa pero leal, intentó de nuevo interrumpir con el fin de poner palabras a lo que, para ambas, suponía una siniestra duda. Inoportuna en sus intervenciones, acertó a preguntar:

—No habrá algo ilegal en todo esto ¿verdad? No habrás visto algo que...

—Por favor Úrsula —esta vez alterada por el súbito corte de la habilitadora, Isabel, finalizó cualquier signo de seguir en el diálogo—. Lo siento Aba, no es cuestión nuestra hacer cábalas sobre algo que no nos atañe pero sí que es verdad que desde hace ya muchos años tenemos dudas manifiestas sobre determinados fines de este lugar. Espero que esta conversación sea confidencial.

Algo sonrojada y quizás azorada Isabel, pretendía ya cerrar el encuentro. Se notaba que deseaba indagar más pero el miedo a encontrarse con peligrosas respuestas o peor aún, hacer frente a Gretta, le hicieron ser más conservadora y frenar cualquier intento de mayor averiguación, por el momento.

—De todas formas sí me gustaría... —comenzó a decir Aba plantaba frente a la puerta de salida.

—¿Sí? —casi al unísono respondieron las dos, expectantes por lo que fuera a decir.

—Si en un determinado momento os pudiera pedir un favor o necesitar ayuda, rápida e inmediata... sin preguntas... ¿la podré obtener? Insisto, sin preguntas ni respuestas de momento —adoptando el matiz más serio que su cansado cuerpo podía atesorar, preguntó.

Los segundos parecieron congelarse en el tiempo y la galería pareció más bien ser, otra fotografía más, de las múltiples revistas que se agolpaban en las mesas. Úrsula miraba curiosa a Aba. Un brillo especial partía de sus ojos denotando predisposición, incluso felicidad, ante la contemplación de una supuesta inminente batalla. Isabel en cambio, más contemplativa, parecía sumida en profundas y complejas disquisiciones mentales.

—De acuerdo —terció—, pero sea lo que sea, quiero que me des tu palabra ¿por favor —y sus ojos evidenciaron una profunda súplica—, que me contarás toda la verdad y el porqué de tu presencia aquí, lo antes posible, de acuerdo?

Capítulo 7

La voz se había corrido. “¿Otto? Aquí con nosotros, eso es imposible, me estás engañando”. “Pero ¿por qué?”. “Y dices que habrá una cata de vino ¡qué tontería! Pero ¿quién es esa tal Aba?”. Era el habitual soniquete en todas las conversaciones.

—Chica, estás de moda —le decía Elena sonriendo—, vaya donde vaya todo el mundo me pregunta por ti.

El mismísimo Otto había confirmado su presencia en el salón de las Mil y Una Noches. Definitivamente la paz de la residencia se había resquebrajado y la primera consecuencia fue que la centralita se colapsara. Los residentes más influyentes y con más capacidad adquisitiva reclamaban un espacio dentro del evento e incluso, el mismísimo presidente de un consejo de administración, había pedido cita con Gretta para interceder por un residente con el fin de ser admitido. Pacientes pertenecientes a otros centros del Grupo Otto pedían ser trasladados a Los Picos bajo el argumento de tomar sus aguas medicinales y según, otro de los rumores, prensa del corazón velaba las verjas del lugar, esperando encontrar famosos flanqueando sus puertas.

—No lo veo nada claro, nada —decía pesarosa la enóloga.

—¿Por qué no nos damos un paseo hasta el centro del laberinto y me lo enseñas? —preguntó sentidamente Elena—. Hace unos meses, por error, cambié mi dirección y dicen que me perdí. Salieron todos a buscarme y la verdad es que sigo sin entenderlo porque en ningún momento me sentí perdida. Pero la verdad es que desde entonces, el bellaco de mi médico, no me deja dar un paso a solas y me tiene frita.

La mañana era radiante y pocas nubes se reflejaban en el horizonte. Las cumbres de la Sierra de la Demanda comenzaban a tomar un aspecto blanquecino con las primeras nevadas y algunas capas, como ropa de abrigo, eran ya necesarias. Antes de irse, Gustavo atento como siempre les había preparado un bocadillo para la excursión.

—Y yo feliz, viendo que este hombre me traía algo riquísimo para el camino, escondido en una bella canasta de picnic. Pensé en una tortilla de patatas y ahí, pobre de mí, al ver un pan negro relleno de aguacate, rúcula y queso fresco —mientras ambas ya tomaban el camino hacia el laberinto—. Bueno, he robado un par de cortes de fino salmón ahumado —lanzando una sonrisa de velado triunfo.

—Tranquila pero lo mío es peor —dijo sonriendo—, se nota que está aún enfadado por el destrozo que debió de haber en su buffet. Me ha puesto pan de centeno con mozzarella, espinacas y unos tomates cherry con aceite de albahaca ¡estoy muerta de hambre! ¡Menudos días llevo!

En no mucho tiempo se vieron dentro del laberinto y a no demasiada distancia de la residencia Aba se vio contando un popurrí de entrelazadas y casi sinsentido historias. Descansando sobre su confidente pudo poner pausa a sus miedos y de alguna manera ponerse en paz consigo misma.

—No entiendo muy bien el motivo de la cata —dijo Elena amparada bajo profundas meditaciones.

—Ni yo. Otto quiere hacer algo, probablemente mostrarme una pista que solo en ese momento podré vislumbrar.

—Porque es una tontería pensar, que el tesoro o lo que sea, se encuentra aquí ¿verdad?

—Está en Haro, en alguna bodega del Barrio de la Estación pero evidentemente no tengo ni idea cual puede ser.

—Pues manos a la obra entonces...

—Elena no quiero entrometerte en algo tan peligroso. Necesitaba contártelo desde hacía días pero lo más importante para mí es tu salud y...

—Sabes que te contaré una historia. Es probable que lleve aquí desde que la primera piedra fue colocada. ¿Quizás veinte años? ¿Treinta? Cuando entraste aquí, cuando compartimos nuestro primer desayuno algo se removió en mi interior. Recordé, a aquella chica joven que comenzó en un ático de París a crear diseños de moda, tras molerse los dedos a coser para grandes modistos. Con mucho esfuerzo tuve éxito y conseguí lo que muchos ansían, fama y dinero. Mi casa estaba llena del glamour de la época y ciertamente puedo decir que para nada era infeliz. Trabajaba de sol a sol y en cada una de mis creaciones estaba yo, es decir, mis diseños salían de mi alma, únicamente basadas en mis emociones vitales. Energía, amor, pasión, coraje, lucha y cariño, así se podría definir mi vida. En mi casa de París, hay cientos de libros desperdigados por cada una de las habitaciones. Un día, no sé por qué, la verdad, comencé a escribir poesía y me gustó tanto la idea que decidí regalar mis versos a cada persona que comprara una de mis prendas.

—¡Ay por Dios! Las poesías son tuyas —dijo Aba, tapando con las dos manos su cara—. ¡No me lo puedo creer! —casi gritó alborozada.

—Sí. En cada bolsa o cajita, en cada diseño que un cliente compraba, la dependienta siempre dejaba, como si fuera un tarro de esencias perfumado

una de mis poesías. Generalmente tipografiadas con bellas letras en un papel de esos tipo pergamino.

—¡Pero si yo las tengo todas en mi casa! Jo, cuando lo cuente a mis amigas. Me he comprado mil tangas sin ton ni son, solo por leerte —y una enorme sonrisa de satisfacción se enmarcó en su cara.

—Pero no todas las historias tienen final feliz. Me enamoré perdidamente del mejor hombre del mundo y creamos una hermosa familia pero una noche... —Elena hizo una pausa conteniendo la emoción.

—Elena, por favor, no es necesario... —cambiando rápidamente el gesto de su cara, colapsada Aba, intentó frenar la conversación sin éxito.

—Perdí mi vida aquel día y desde entonces no he querido evocarlo y mucho menos comentarlo en una de esas terapias que constantemente tienen lugar en este maldito centro —entresacando una sonrisa que delataba su broma—, mi memoria flojea, es verdad, pero no tanto como piensan. Simplemente yo también me quedé en aquella carretera.

La pequeña fuente del interior sonaba emitiendo frescor y destellos constantes de vida mientras pequeños grupos de aves sobrevolaban sus cabezas. El semblante de la dama aunque pálido, había ganado cierto brío recordando su pasado. Afilada su nariz con el paso de los años y decaída su piel no hacía que el fulgor de sus ojos se viera atenuado.

—Cuando hace unos días hablamos te dije que probablemente ya no me queden muchos años de vida y que no había ya nada que me retuviera, te mentí. En cambio, al llegar tú a los Picos, brindé de nuevo al sol y quizás recobré energías que yo pensaba estaban olvidadas.

Elena se levantó y mirando a izquierda y derecha, para no sentirse observada, sacó de su vestido lo que era una minúscula caja de música. Al ser abierta agudas notas percutieron sobre sus manos.

—Toma, lo escribí para ti. Sabía que algo iba a pasar y esperaba este momento —entusiasmada y satisfecha le entregó un pequeño papel, doblado en cientos de pliegues—. Me gustaría que lo leyeras. Imagínate que acabas de comprar otra de mis bragas —emitiendo una divertida sonrisa juvenil.

A pesar de la broma Aba, no pudo reprimir que una lágrima se deslizara por su cara mientras un imperceptible “gracias” partía de sus labios. Retomando aire, comenzó a leer.

“Hay cosas que no sé.

Probablemente lleves razón.

Pero ahora solo veo luz.
Hay muchas piedras.
Lastiman mis pies.
¿Por qué no escuchar de nuevo aquel sonido?
¿Por qué no seguir si es lo que siento?
Mi vida terminó intentando atravesar el arcoíris.
Sentada de nuevo al volante.
Tengo miedo al conducir de nuevo.
¿Por qué no volver a escuchar aquel sonido?
¿Por qué no seguir si es lo que siento?”

Aba enmudeció y el silencio llenó cada espacio del laberinto frenando, hasta el discurrir del agua de la fuente.

—Cariño ¿espabilas? Se nota que eres novata en estas cosas —cortó de nuevo sonriendo, recuperada ya del dolor y la emoción producida por la evocación—, tantos consejos de administración a mis espaldas con auténticas hienas, han hecho que mi piel sea más dura que el caparazón de una tortuga. Esto lo veo como una tarde de picnic en una de nuestras mansiones en la Toscana. Así que a trabajar que este prehistórico cuerpo necesita de nuevo acción. ¿Qué necesitas que haga?

El único rastro que diferenciaba a la enóloga del resto de estatuas era en ese momento su corazón, como aquel que una vez tuvo El Príncipe Feliz^[20].

Capítulo 8

Doce días habían pasado desde la Noche del Fuego y la residencia afinaba lo que iba a ser el acontecimiento del año para, muchos de los afortunados residentes, que pudieran tomar parte de la cata. Las miradas tenían como principio y final Aba, quien era observada hasta la extenuación. Admirada y envidiada por la mayoría, seguían sin comprender el favor logrado.

—En mi castillo, en Alsacia, tengo cientos de las mejores botellas de vino del mundo y he de decir, que tengo un paladar exquisito —murmuraba, con mala saña, uno de los residentes más acaudalados—, no entiendo por qué no participo en la cata o incluso la desarrollo yo.

—Lo que no entiendo es lo de Otto. Me gustaría que alguien me explicara el porqué de su implicación en este vulgar acto alcohólico. Yo he venido a este lugar para recuperar energías y llevamos una temporada demasiado desenfocada... —y quien lo decía, una dama de la alta burguesía andaluza, lo afirmaba con vehementes gestos y evidentes signos de enfado y perplejidad.

Aunque una copa de vino era lo máximo permitido para comidas y cenas, fue desde ese momento recurrente observar, cómo muchos pedían una copa para acompañar sus veladas. Más curioso e incluso divertido era, para ambas, el que muchos se acercaran a su mesa para relatar su particular reflexión sobre el caldo bebido. Múltiples comentarios comenzaron a llegar a la enóloga. “El vino de hoy me parece demasiado afrutado, creo que deben esmerarse más en la carta” decía una. Al solo obtener una leve sonrisa por parte de la enóloga, cambia su versión pensando había metido la pata “bueno, tampoco igual es tan afrutado como yo pensaba”. El mejor de todos fue un escritor que queriendo sentar cátedra afirmó que su vino en boca sabía demasiado a barrica y que para cambiarle el excesivo sabor, le había echado un poco de gaseosa. Ni que decir tiene la turbulencias generadas en su cara, aunque moderándose, simplemente dijo “el vino es cultura, vida y siempre marida bien en compañía, el caso es beberlo” aunque al largarse el susodicho y con cara de pocos amigos le dijo a Elena “¡Por Dios! ¿Estamos locos o qué? Y encima es escritor de éxito, será de novelas del Oeste porque si no, no lo entiendo”.

La percepción para Aba, en cambio, era muy distinta. Desde el momento que finalizó su paseo con Elena las dudas y temores caminaban junto a ella, manteniéndose en alerta constante. No había vuelto a ver a Yuls

quien, según le había contado Úrsula, estaba envuelto en una terrible depresión que le había obligado a encerrarse en la habitación sine die.

—Dichosos excesos —le dijo con parsimonia la habilitadora—. No fue la mejor opción, tener una noche desenfrenada y aunque entiendo que los placeres de la carne son difíciles de controlar, para algunas personas como el bueno de Yuls, esas marcas pasan dolorosas facturas. Has de tener cuidado en esto del juego del amor Aba, ya que el desamor a veces es un potente virus mortal.

—¿Desamor? ¡Anda ya Úrsula! El tío se intentó aprovechar de mí y nada más. El amor es mucho más bonito que todo eso.

—Allá tú pero en fin... —dejando una duda en el aire más con ánimo de picar a la enóloga que con voluntad de reprimenda.

Los preparativos para la cata se intensificaron y de nuevo, cada detalle fue mirado con lupa pero esta vez, todo el mundo había sido advertido, ningún exceso iba a ser permitido. Con la colaboración de Elena, Aba, fue sacando poco a poco todas las botellas de vino e instalándolas en la habitación de la anciana. Tenía claro que su habitación no era del todo segura y supuso, que era mucho mejor, buscar un cobijo más seguro.

—Aba, ¿qué botellas necesitas que compremos? —le preguntó Gretta con generosa sonrisa en el comedor.

—¡Ah!, es verdad, con tanta locura casi lo había olvidado —mientras rápidamente le daba una lista.

Según sus requerimientos la dirección del centro hizo un esfuerzo y compró las botellas necesarias para la cata lo cual provocó, que las sospechas de la enóloga se agudizaran. “Demasiado fácil y demasiada complicidad” se decía su mente tras ser saludada efusivamente por la directora general, al encontrársela, una vez más en el corredor.

—Ya las hemos comprado —le dijo—. Espero que sean de su agrado y estén en perfectas condiciones.

—Sí, estoy segura que lo serán —afirmó la enóloga.

—De todas formas si quiere añadir alguna otra de su colección particular, no lo dude.

Aba intentó responder pero sus palabras habían enmudecido. Gretta se dio la vuelta rápidamente dejando el poso de la duda y la derrota en el cuerpo de la enóloga. “¡Lo sabe! Joder, lo sabe” su mente, en estado de pánico, ya de manera definitiva conjeturaba. Ofrecer las botellas era descubrir su viaje nocturno y probablemente perder la única pista viva que le unía con su padre

y el tesoro. Además, de ninguna manera iba a descorchar semejantes delicias en ese momento. “Son casi incunables y tras tantos años, no sé ni si realmente estarán en buen estado. Mejor preparo una cata con otros vinos pero no quiero arriesgarme a perder semejantes joyas así como así”, le había dicho a Elena en su paseo.

Aun así, parada en el mismo lugar y en estado de casi shock era extraño, de no apercibir ni su misma existencia a prácticamente encontrarla, de manera recurrente, en cualquier espacio de Los Picos. Gretta supervisaba todos los detalles e incluso se mostraba locuaz, con cualquier residente que pasara por su lado. Su gélido carácter se había transformado logrando que, sus pómulos, parecieran algo más irisados que de costumbre.

El martes fue un día de esos, en los que de repente, el invierno proclama el yugo de su reinado bajo todo su esplendor. Sin llegar a nevar, las nubes presentaban un color grisáceo oscuro que anunciaba la inminencia de las primeras nevadas. Haciendo boca a todo ello, una fina pero constante lluvia humedecía el ambiente. A eso de las diez de la mañana aún parecía que no había amanecido y lo que es peor, la intensidad del frío junto a un aparatoso viento, no hacía presentir una agradable jornada. Los cristales eran golpeados por las hojas secas de los árboles y gotas de agua caían mansamente por entre sus jambas. De alguna manera el día no se hacía eco del esplendor que dentro de la casa, comenzaba.

El salón de las Mil y Una Noches fue engalanado con grandes cortinas de color rojizo, casi cercano al oxido que tapaban los ventanales para dar una mayor privacidad. No se deseaba que fotografías de los presentes aparecieran en revistas o redes sociales. Además se intentaba evitar que otros residentes estamparan sus caras contra los cristales deseando hacerse eco del evento. Barricas fueron traídas de alguna bodega cercana y junto con, algunas cepas, decoraron con esmero el espacio. Restaurado y limpiado todo, después de la noche del solsticio, el salón lucía de nuevo soberbio, atractivo y ostentoso para todos los que tuvieran la dicha de estar citados en la cata.

Según órdenes de dirección y para dar mayor rigor y solemnidad al acto, se obligó a todos los asistentes a vestir de etiqueta. De nuevo y en recepción, enormes maletas se descargaron. Coches de lujo aparcaban en el pequeño parking y estilistas, peluqueros y sastres, con rapidez, salían de su interior. Finalmente la cata fue abierta para treinta residentes, los cuales y por definirlo mejor, pertenecían a las mejores élites económicas europeas. La disputa fue atroz por conseguir un hueco. La presión era tal que durante unos

minutos se dio orden de bloquear la centralita de la residencia. Demasiados directivos, managers o cabezas de grandes familias rogando por la inclusión de su intercedido o al revés, gritando al no ser atendidas sus peticiones.

Todos se preparaban para, aunque no pudieran asistir, encontrarse con el fundador... todos esperaban a Otto. Esta vez no se le iba a ver como la sombra del fantasma de Canterville^[21] escondido entre los muros y maldiciendo su mala fortuna, sino que caminaría por el pasillo central hasta llegar al salón. Aun así y no participando en la cata, de alguna manera, todos se sabían invitados a la fiesta. Así pues, los que lo desearon, se vieron vestidos con sus mejores galas mostrándose como realmente eran en la vida real. Volver a lucir los mejores trajes y joyas, recordar las tiendas de lujo que habían dejado atrás en sus vidas les hizo, a la mayoría, florecer de nuevo. Incluso, por parte de algunos de los terapeutas fue visto, como un buen momento para redimirse de los pecados de la infausta Noche del Fuego. Verse arropados con todo su boato y esplendor les hacía olvidar la huella. Ya no era un disfraz sino la correcta representación de sus vidas. Olvidados por los suyos, muchos de ellos en la residencia, volvían a ser lo que fueron.

—De nuevo disfrazada ¿y por qué no podré ir yo normalita? Es que no lo entiendo, la verdad —melancólicamente se decía Aba, mirándose al espejo.

—Estás preciosa —le decía Elena, quien oficiaba de madre y estilista.

—Pero Elena que esto es una cata de vino por Dios... que no es el baile del Titanic.

Elena estaba radiante. Por su cabeza pasaban velozmente, aquellas fiestas que tuvieron lugar en su casa de la avenida Montaigne de París. Incluso Aba, en algunos momentos, llegó a sorprenderla hablando para sí misma, como si fuera ella la verdadera cicerone del evento.

—¡Esto sí que no me lo pongo Elena! —dijo extenuada y cariacontecida.

Aba lucía un vestido liso de seda de color champán totalmente ceñido a su cuerpo. Con la espalda al descubierto y unos estilizadísimos zapatos de noche, de color burdeos sobre altísimos tacones, parecían desafiar a la mismísima torre Eiffel. El pelo recogido era obra de Ruth quien, además de limpiadora, tenía el don de ser excelente peluquera.

—Por mis manos han pasado todas mis amigas antes de casarse —decía triunfante al observar el éxito de su creación.

Aun sin verse a sí misma, Aba relucía radiante y su figura parecía más

bien a las de esas imágenes antiguas, que se conservan en la retina, sobre las actrices del Hollywood dorado. Sin exceso de maquillaje, su fuerte personalidad, era mostrada sin tapujos.

—Pero ¿y si se me pierde?

—Pero... ¿por qué no dejas de protestar petarda? —le decía cariñosamente y sonriendo.

Elena había colocado sobre su cuello un collar, de esos de enormes perlas blancas que deben de ser dados dos vueltas, dada su largura. Espléndidos lucían cada uno y sin temor a equivocarse, muchos pudieran pensar al contemplarla que, había nacido con ellos puestos. Con más miedo que ánimo salió de su habitación y se encaminó hacia la cata.

Serían algo más de las diez de la noche y aunque fuera, la fina lluvia se había convertido en poderosa tormenta dentro, el calor era, incluso excesivamente denso. La profusión de perfumes era de tal calado que varios residentes, solicitaron la apertura de alguna ventana para que penetrara el frescor. La puerta del ascensor se abrió y un enorme, improvisado y asombrado “oh”, al divisarla, se escapó entre los allí congregados.

—Pero madre mía con este olorazo me va a ser imposible llegar, ni tan siquiera, a oler el vino —dijo visiblemente enojada la enóloga.

—Les dije que tuvieran cuidado con eso pero no me han hecho caso —expresó Elena con cierta contundencia. Aun así, le daba un poco igual, ya que para ella, lo importante era la fiesta en sí y todo el protocolo a su alrededor y de momento, todo iba perfecto.

Como si de una gala de cine se tratara, en la que las estrellas caminan por una alfombra roja, la enóloga discurría sus pasos por el pasillo flanqueada por todos los residentes. Miradas de admiración y de envidia se entrecruzaban mientras muchos ojos se deslizaban sin ambages desde arriba hasta abajo.

Las puertas del salón de las Mil y Una Noches se abrieron y rápidamente, se cerraron a sus espaldas. El débil y ya lejano “adiós y suerte cariño” de Elena se quedó pegado tras ella y una ligera sensación de ahogamiento le devino, sintiendo como si de alguna manera, hubiera sido atrapada. “De momento vas ganando” sin casi discernir el origen de su juicio de valor, Aba pensó al sentir la presencia de Gretta. Comprendió, en ese instante, que por alguna extraña razón le interesaba tener, en un mismo espacio, a Otto y a ella. Sus sentidos le hicieron ponerse más rígida de lo que estaba obligándose a concentrarse el doble ante, lo que comenzaba a

sospechar, iba a ser una larga noche.

Se sorprendió al observar la mesa dispuesta. En la bodega tenían una mesa alargada de madera, perfectamente labrada y con eminente uso práctico que tampoco se distinguía por su relevancia, nobleza o belleza. Ante sus ojos, como si se tratara de un potente reflector, un par de relucientes mesas blancas se presentaron ante sus ojos. “Perfecto, así el color del vino es el original y no lo pervertimos con otros colores. Han pensado en todo” pensó contenta. Su vis profesional aterrizó con fuerza y estrépito y de repente feliz, se vio dueña de la situación. La energía retornó de nuevo a su ser porque ahí estaba reflejada su vida, en ese espacio habitaba su reino. Sin prestar atención a nadie ni nada que en ese momento estuviera presente, pasó revista poco a poco, a lo que iba a ser su mesa de operaciones. “¡Madre mía! Está impoluta. En eso le doy la razón a Gretta, la higiene y la pulcritud es vital y más en el mundo del vino. La de marranos que me he encontrado yo en muchas catas y bodegas” recordaba sarcásticamente. De diseño minimalista, quince espacios asomaban en cada mesa, perfectamente diferenciados y delimitados. En cada uno de ellos, una cava formaba una especie de pila de diseño. Un pequeño grifo integrado, hacía que en el momento de escupir el vino para tornar hacia otro caldo, todo fuera mucho más higiénico. En el pequeño espacio de uso para cada invitado un bloq de notas esperaba, a fin de que pudieran emitir laudos sobre cada vino catado o pequeños comentarios aromáticos.

—¡Pero qué preciosidad de copas! —no pudo reprimirse al ver las cinco copas que alineadas esperaban acoger el líquido alimento.

Como cisnes dentro del agua alzaban con jactancia y belleza sus cuellos para ser observadas. Imponentes copas de fino cristal tipo Burdeos, especiales para que el reposado del vino fuera pura poesía. La base hacía sentirse fuerte y bien posado al conjunto, el tallo largo y estilizado parecía elevarse como un rascacielos y el cuerpo, perfectamente redondeado, descansaba en una cerrada abertura final que aventuraba un especial canto a los sentidos.

—Querida —absorta estaba en sus pensamientos cuando Gretta apareció a sus espaldas— estoy segura que luego nos dará unos increíbles detalles técnicos pero antes de todo ello me gustaría presentarle a nuestros invitados.

—¿Y Otto? —una pequeña alarma brotó de su interior al no verlo en el salón.

—Sí, está a punto de llegar. Ha sido siempre un impuntual manifiesto y

estoy segura que hoy no va a dejar de serlo, incluso para esta magnífica cata que nos has diseñado —Gretta se deshacía en fingidas sonrisas, aspavientos y zalamerías varias, más impuestas o artificiales que otra cosa, pero que conseguían endilgar a la concurrencia.

Y allí estaban, esperando, el resto de participantes en la cata.

—Te presento a Miguel y Adriana. Miguel es cantante del grupo Unicorn y Adriana es una famosa actriz italiana ¿te suenan? —preguntó cortésmente a Aba.

—No mucho la verdad, suelo leer más que ir al cine y soy muy rockera en mis gustos musicales. Esto de vivir en un pueblo es lo que tiene —dijo sonriendo.

Tras saludarlos e intercambiarse besos y parabienes Aba fue de nuevo llevada hasta otro grupo. Antes de llegar a él, la anfitriona le dijo:

—Ambos están en el tránsito de desenganche de drogas y sexo. Son muy famosos y me da que son pareja... ya sabe las cosas de la Noche del Fuego —le dijo bajando la voz y soterrando, por tanto, su chismorreó.

Volviendo al itinerario los saludos, se encontró de frente con Minerva y Damián que nerviosos acudían a saludarles.

—Muchas gracias por dejarme entrar Gretta. Siento lo de la otra noche, no se volverá a repetir —con sus ojos implorando perdón, Minerva intentaba congraciarse con la gerente.

—Lo siento —dijo Damián con el mismo tono afligido—. Se me escapó de las manos. Pintar las piedras del río de colores y echar un bidón de líquido fluorescente al caudal no fue la mejor opción, ¿se sabe algo del ayuntamiento de Ezcaray?

—Tranquilo, todo está arreglado aunque durante unos días sus aguas bajaron de color naranja no resultó perjudicial para el ecosistema —contestó confidencialmente—. Da igual queridos, este evento no es una expiación de los pecados sino una fiesta.

—¿Qué tal estáis? —preguntó Aba aprovechando que Gretta había proseguido su marcha en pos de encontrarse con nuevos invitados.

—¡Harto! He tenido que pagar una pasta enorme por estar aquí porque esa... en fin, no voy a soltar el exabrupto que pensaba decir sobre ella. Me reuní con Gretta hace dos días y en fin, pues amenazaba con echarme y si me voy con un mal informe y no rehabilitado, mi destino está en la cárcel de nuevo.

—¿Pasta?

—Mil euros me ha costado la broma de la cata además de una subida mensual del tres por ciento en mi factura —expresó compungido.

—Lo mío es peor, tengo que dejarles entrar en mi software, es decir, van a ganar mucho dinero echando cartas. ¡Son unos estafadores! —manifestó triste y veladamente Minerva—. Toda la noche está grabada, imagínate si sale a la luz.

—Tranquilos, esto va a cambiar —y dejándoles con la duda en el aire se acercó a Gretta quien seguía departiendo con otros invitados.

“Así que este es el verdadero motivo de la Noche del Fuego”. Su mente imaginaba con exasperación y asco el objeto, por fin, resuelto de dicho acontecimiento. “Y la oficina entonces, tendrá cientos de archivos, de esta y de todas las casas del resto del grupo. Ha creado una organización criminal exclusiva para el chantaje. Normal que Gretta no esté enfadada por sus efectos ¡los necesita! Cómo alguien va a acusarla de nada si es probable que en los Picos haya cientos de miles de horas de grabación de... —parándose un momento, comprendió y su cara no pudo contener la sorpresa e indignación por lo descubierto— las grandes élites y familias europeas. Cómo explicar a la prensa que un familiar tuyo está en una de las residencias o peor todavía, cómo explicar que el propio fundador de una gran compañía vive bajo los efectos de la depresión o las adicciones. Información como poder. ¿Y entonces? ¿Yo? ¿Por eso me lanzaste al suelo? Ahora soy otra más a la que iniciar en el juego” —recordó al pensar en Yuls—. “¡Por Dios que puto asco me dais!”

—Te pasa algo querida —Gretta se acercó al percibir cierto cambio en su aspecto.

—No, tranquila para nada —recobrando rápidamente el brío—, sigo alucinada por cada detalle que veo, la verdad.

—No hemos reparado en gastos para que tu sueño se haga realidad querida.

—Espero que llegue pronto Otto y comencemos. No estoy acostumbrada a este tipo de ambientes —fingiendo azoramiento.

—Sí, está al llegar, ven que te presento a más invitados.

Aba fue desarrollándose con artificial sonrisa por cada grupo. Mientras su mente se concentraba en descubrir los medios y fines su fisonomía, en cambio, era pura amabilidad con el fin de no delatarse. “Entonces, ¿todos mis pasos habrán sido espiados? ¿¡También en mi habitación!?”. Instintivamente, buscó el papel que su padre le legó, el cual, se mantenía firme y prendado a

su ropa interior.

Varios empresarios y financieros, ya de vuelta de todo en la existencia, componían el cuerpo principal de los participantes. Ostentosos hasta la saciedad y bajo el manto de las formas de lo políticamente correcto, competían en lanzar la diatriba más grande al explicar que ellos, en la vida, ya lo habían hecho o conseguido todo.

—Ese hombre alto con pelo rubio y que parece como si llevara un tupé —observaba uno de ellos bajando la voz e intentando dar confianza a sus palabras.

—¿El que tiene una enorme barriga? —preguntó Aba inmiscuyéndose en la conversación.

—Eso es. Es un famoso empresario que ha creado docenas de hoteles y campos de golf en el mundo. Pues estábamos preocupados porque no le encontrábamos tras la Noche del Fuego hasta que le descubrimos, a media mañana, en el jardín donde vuestro grupo desarrolla las meditaciones. Atado a un árbol, estaba vestido totalmente con una especie de uniforme de latex negro. Con una pelota en la boca, no podía ni tan siquiera pedir auxilio el pobre... —sonriendo malvadamente— tuvimos que llevarle al médico de urgencias de las heridas que tenía. Es como si le hubieran dado latigazos o azotes en su culo —mostrando cierto azoramiento al decirlo—. A saber los juegos en los que se vio involucrado —manteniendo su sonrisa.

Aba se quedó mirándolo. Ya no estaba sorprendida por nada de lo que allí observaba. Todo era una vulgar farsa. Amparado en un buen fin, como la redención de los excesos o la curación de los males, las residencias que componían el Sentido Otto habían creado una especie de bucle sin fin donde, realmente, ninguna de las enfermedades iba a ser aliviada. Había un grupo de trabajo liderado por Isabel y su equipo de médicos y habilitadores que realmente amaban su trabajo y procuraban alcanzar el éxito con el paciente pero ese ideal, no tenía en nada que ver con los fines pretendidos por Gretta.

“¿Y Otto? ¿Intentó frenar toda esta locura y al no lograrlo, por eso se retiró? ¿Y hoy qué pretendes, entonces, poner fin a todo ello? ¿Pero cómo lo vas a hacer Otto?”. De nuevo las dudas se agolpaban en su mente. Aun así su espíritu había cambiado y esperaba con energía la señal. Sin tener ni idea de cuál pudiera ser, gritos histéricos le despertaron de cualquier posible respuesta. Por el pasillo principal, Otto se acercaba y los allí presentes, enloquecían a su paso.

Capítulo 9

Como si una estrella de cine se tratara Otto, protegido por Lucien, hizo su aparición en el salón de Las Mil y Una Noches. Totalmente de negro, su cara se veía salpicada de carmines rojos, dados los múltiples besos con los que había sido colmado. Recobrando un poco la compostura y ajustándose de nuevo el traje saludó a los presentes que le esperaban con el mismo nerviosismo que los que se hallaban fuera.

—Mi querida Gretta, siempre es un placer encontrarme contigo. Gracias por mantener, vivamente, la esencia de este lugar como nuestro Sentido Otto propugna —dijo sentidamente mientras se ganaba el aplauso de una ganada concurrencia.

—Un placer Otto, tenerte de nuevo entre nosotros. Espero que por fin contemos mucho más con tu presencia porque redundará en la recuperación de energías para todos —obsequió protocolariamente.

Gretta que oficiaba de anfitriona iba presentando uno por uno, a los participantes. Otto, ofreciendo su mano a los hombres y dando besos a las damas, fue poco a poco introduciéndose en el evento.

—“Había oído de su presencia en nuestra humilde residencia, espero esté a gusto”. “Me han dicho que está ya recuperado y pronto nos deja, me alegro enormemente” —con su mejor sonrisa y teniendo una frase particular para cada uno de ellos se los ganaba—. “Tengo ya entendido que su tratamiento está dando resultado, me alegro mucho” —señalaba.

El final de la cadena de presentaciones terminaba y llegaba el turno de Aba que le esperaba presidiendo la mesa de catas.

—Gracias por regalarnos tu saber, va a ser una noche llena de emociones —mirándole fijamente a los ojos—. Debemos estar preparados para imbuirnos en la hermosa cultura del vino.

—Es un honor para mí... —no pudo continuar su frase. Si Otto pretendía con sus palabras meterle miedo, presión o generarle dudas, lo había conseguido. “¿Preparados para qué?” Retorcía la pregunta, de mil maneras posibles, sin aparente respuesta factible—. Lo siento estoy un poco abrumada con esta cata, realmente es un placer para mí poder introducirlos en el mundo de la enología —intentando salir del paso.

Con la misma sonrisa aparente Gretta, se introdujo en el ceremonial diálogo.

—Tranquila querida este no es tu entorno —matizó sonriendo. Abriendo sus palabras a todos los presentes, continuó—. Bien, es para

nuestra residencia, Los Picos de Posadas un honor, poder realizar esta bella actividad. El Sentido Otto ante todo es y debe ser, introspección, crecimiento personal y curación de nuestras aflicciones con las mejores improntas médicas por lo tanto, esta cata de vino la podemos enmarcar dentro de una especie de terapia positiva. El vino es salud y como bien dice nuestro personal médico, con moderación, siempre es un abrazo para nuestras almas...

—“Bla... bla... bla... comienzo a no soportar a esta tía” — reflexionaba Aba sin cambiar su actitud—. “Menudo rollo tiene, lleva cinco minutos hablando y todavía no ha dicho nada, ¡qué pesada, por Dios!”

—...espero, por tanto, que esta cata nos ayude a encontrar nuestro equilibrio personal. De momento y antes de dar la palabra a nuestra enóloga, doy paso a nuestro fundador quien por fin, nos iluminará con su filosofía de vida.

Los cuellos se estiraron de manera desmedida para captar, con la mayor intensidad posible, todas sus palabras. A excepción de Aba, nadie de los presentes había escuchado nunca a Otto, con lo que la expectación era máxima. Al inferir su primera palabra un suspiro generalizado se apreció ya que de alguna manera, todos se hallaban en una especie de proceso místico donde un redentor, iba a redimirles con sus consejos y dádivas.

—Existe lo que se llama actitud ante la tormenta —comenzó hablando ante un silencio sepulcral—. Muchas veces estamos sentados frente al mar y sentimos como en instantes, el denso y pegajoso aire impregnado de sal, cambia. A lo lejos, presentimos los olores de la incipiente galerna y esos nuevos aromas, nos traen frescor y en definitiva, nuevas esperanzas. Hay dos tipos de actitudes ante la vida. Las personas que al otear la inminencia del fenómeno climatológico corren y se parapetan bajo los aleros de las casas que encuentran en el camino y otros, que en cambio, se preparan mentalmente para la llegada de la lluvia. Estos reconocen que aun corriendo o cobijados, siempre mucho o poco se mojarán, por lo tanto, una persona que anticipa el agua no es contraría al recibirla, es más, sabe aprovecharse de ella. Según Jocho^[22] este principio se puede aprovechar para hacer frente a todas las situaciones que la vida nos depara.

»Siendo así y desde el punto de vista del Sentido Otto, los primeros maldecirán el agua por, incluso, haberse mojado un poco y los segundos continuarán, ya que toman el agua como valor añadido a su existencia. Permanecer sedente y no atender a la tormenta, en definitiva, es estar ausente

de nuestro propio ser, por tanto, es la peor decisión que podemos tomar. Para mí, vuestra presencia aquí es como esas segundas personas que luchan por aferrarse a la vida, se anticipan a sus problemas y cuando llega el agua, tienen herramientas suficientes como para no ahogarse bajo su cauce. El Sentido Otto es, únicamente, el medio en ese proceso de resolución interno.

Sus palabras cesaron pero el silencio tardó segundos en ser interrumpido. Pegadas las palabras a cada conciencia, pareció que la cata, ahora, era lejana y simbólica. De alguna manera algo había aquietado a Gretta y su mensaje resonaba, constante, de manera perturbadora. Rompiendo el silencio y redirigiendo de nuevo el ritmo de la velada, retomó el guión establecido.

—Muchas gracias. Escuchar a nuestro fundador es siempre un placer y una bella provocación, como modo de enfocar mejor, nuestra correcta situación en la vida. Dicho esto, creo que podemos dar comienzo a la cata.

El sonido gutural y áspero de Gretta despertó a todos los asistentes de su particular momento trascendental. Amparados de nuevo en el salón comenzaron, poco a poco, a tomar asiento mientras la gerente hacía una particular presentación profesional de Aba. Según la misma, la reputada enóloga se había ofrecido para ofrecer una pequeña muestra de los vinos de su región y sin que la cata fuera, de ninguna manera profesional, sí poder transmitir a sus compañeros, el bello mundo de la cultura del vino.

Haciendo caso omiso a las palabras de Gretta y dando vueltas, a las miles de millones de dudas que recorrían su mundo interior, Aba procedió a sacar las botellas de vino que celosamente se guardaban, en un mueble frigorífico con regulación de temperatura controlada. Mientras se agachaba una suave brisa de aire fresco le llegó hasta sus piernas. Una de las puertas de cristales del salón había sido descorrida y alguien entraba.

—¡Hola a todos! Como siempre llego tarde, lo siento. El pasillo está atestado de gente y no tuve más remedio que dar la vuelta —la suave voz celosa y aduladora de Andreas, precedió su entrada en el salón.

—Andreas querido, tú siempre igual. Anda pasa, por favor —cambiando su arisco semblante, ahora tornado a generoso y exultante, Gretta lo introducía en la cata—. ¿Aba te levantas, por favor? No pretenderás hacer la cata desde allí abajo ¿verdad? —mientras cínicamente sonreía al descubrirla.

Aba no podía levantarse. El impacto había sido brutal. En cuclillas y sosteniendo dos botellas de vino, pareciendo más que estaba haciendo sus

necesidades, no podía dar pábulo a lo que estaba viviendo. “¡Pero ¿qué leches haces aquí?!” agriada, perpleja y terriblemente enfadada chillaba su mente.

—Por favor Aba, ya le ayudo —y un solícito Andreas se acercó a ella recogiendo las dos botellas y con la otra mano, ayudándole a incorporarse.

Con un traje negro de etiqueta para la noche, camisa blanca y pajarita, cumpliendo el más estricto protocolo, se presentaba como un galán el holandés. Lo que para todos los presentes fue una muestra más del elevado potencial de Andreas para estar perfecto en todas las ocasiones y con lógica, ser envidiado por todos, para Aba fue un drama. Su cara se había transformado y de nuevo, su impostada energía, resquebrajada. Observando desde la distancia Otto, acudió en su ayuda.

—Bueno, nuestra querida enóloga no está al tanto de estos protocolos de los altos vuelos —dijo acercándose a ella y tomándola cariñosamente por el brazo—. Con tanta interrupción, la mía la primera, no dejamos que se concentre, ¿verdad, querida?

Aba permanecía absorta. Como si de un baile de máscaras se tratara, danzaba de un lado a otro sin reconocer a nada ni a nadie. Desnortada buscaba algún flotador que pudiera sacarla de allí.

—¿Verdad Aba? —volvió a decir Otto, esta vez apretando con más fuerza su brazo.

—Sí, es verdad, perdón —dijo Aba, volviendo poco a poco a la realidad—, concentrarme en la cata a veces, me hace perder la realidad. Mi cabeza se tensa para rendir al máximo —definitivamente había vuelto al mundo y sabiendo que su sonrisa solía ser demoledora, les regaló la mejor para así calmar el posible brote de duda que hubiera podido trascender.

—Pues genial ¡comencemos pues! —dijo Otto más tranquilo al ver que Aba volvía a la normalidad. Acercándose a ella le dio dos besos. En el segundo, quedó prendado escasos segundos frente al lóbulo de su oreja y gritando, de una manera brutal pero tan absolutamente contenida que solo ella pudo escucharlo dijo, “sus ojos, mira sus ojos. ¡Ten cuidado, mucho cuidado cariño! Cuando ocurra, corre y encuéntralo”.

Demasiada información, demasiados nervios y nula capacidad para ponderar u objetivar las cosas. Definitivamente la vida de Aba se había transformado en una montaña rusa en la que a cada vertiginosa bajada le acompañaba un complicada pendiente. Aun así, acostumbrada a los rigores de sus nuevas ocupaciones en la vida se dispuso a desarrollar la cata. “Curioso, voy a fingir en lo que más me gusta” recuperada la energía se

burlaba de sí misma “es la primera vez en mi carrera que debo estar más atenta a yo que sé qué, que a mi mundo”.

—En fin, comencemos —lanzando una embriagadora y amistosa sonrisa a su concurrencia, dio inicio a la cata.

Capítulo 10

Descorchar, oler el corcho saliente, reposar el vino, decantarlo hasta depositarlo en la copa son liturgias sagradas en la llamada cultura del vino, como si se tratara de un prelado, Aba, de pie frente a todos, iniciaba su pontificado. Volviendo sus caras hacia la enóloga, se dispusieron a seguirla. Aba observaba a Otto. Este permanecía concentrado y aunque daba la sensación de estar atento a sus primeras explicaciones, tenía claro que su mente vagaba en lugares insondables para ella. A su vez Andreas y Gretta permanecían sonrientes. Felices con la propuesta nocturna, escenificaban con los asistentes divertidos diálogos y ocurrencias, jalonadas de bromas y chanzas, creando así, un perfecto ambiente en el grupo. En una esquina, casi difuminado por las cortinas estaba Lucien. Nunca lo había visto vestido con un traje y menos lavado y afeitado. Fijándose un poco mejor y sabiendo toda su historia, no lo observó ya con tanto temor.

—Antes de empezar, simplemente daros unos consejos. Cuando terminemos de catar cada vino, lo normal es escupirlo. Para eso tenemos estas magníficas pilas. No tengáis reparo porque todos lo hacemos así.

—Vaya, no nos vamos a poder emborrachar —dijo uno de los presentes haciendo que todos prorrumpieran en una sonora carcajada.

—Yo creo que ya tuvimos bastante hace poco y espero haya sido suficiente. Además, por favor, tenemos a nuestro fundador presente —seca y áspera, atajando cualquier ensoñación posible concluyó Gretta.

Como un niño pillado haciendo una nimia fechoría el susodicho achantado, bajó la cabeza, no tanto por admitir su error sino por el peso que suponía, haber fallado al mismísimo Otto.

—Siempre hay un gracioso que dice lo mismo —edulcorando la situación y alzando los ojos al cielo enmarcado en el techo, sonrió participando del comentario del invitado—. Bien, después de cada vino no masquéis chicle u os lavéis dientes, con refrescar un poco la boca con agua, va todo bien. Cataremos cinco vinos y en el último nos taparemos los ojos para ver si hemos educado un poco nuestro paladar y ya somos capaces de decir algo con sentido —y guiñando un ojo todos sonrieron.

Con ayuda de Lucien, fue sacando el resto de las botellas de vino del mueble, las cuales poco a poco, fueron descorchadas.

—Bueno, primero y a grandes rasgos os contaré un poco las principales características del vino, en general, de esta tierra y desde ahí os presentaré los primeros vinos. Evidentemente pudieran haber sido muchos más, pero han

sido, dada la inmediatez de la cata, los que más a mano teníamos.

Desde ese momento Aba se dedicó a explicar el porqué unos franceses, tras una terrible epidemia en sus viñas, hacía más de cien años se habían trasladado a La Rioja. Encontrando condiciones similares a las suyas decidieron establecerse en Haro y, desde ahí, construyeron bodegas y transmitieron su conocimiento. Habló del clima cálido que a través del río Ebro se filtra desde el Mediterráneo y de los aires más fríos, que entrando por el Mar Cantábrico son frenados por la Sierra de Cantabria creando un especial microclima para la zona. Habló de tierras arcillo-calcáreas perfectas para el cultivo de la uva o les introdujo un poco en la historia de la zona, donde miles de años atrás, los antiguos pobladores ya hacían sus propios caldos. Incluso les prometió una visita a lagares rupestres junto a bellas necrópolis como origen de lo que, dentro de unos momentos, iban a catar.

A pesar de la sensación de seguridad que denotaban sus palabras, se sentía incómoda. Yuls no paraba de mirarla apreciando en él un tono retador e incluso en instantes, malencarado. Gretta, simplemente, sonreía. Se notaba que sus ojos controlaban todo y que aguzaba los sentidos en pos de que nada se le fuera escapado. Realmente le daba igual la cata, solo esperaba “¿a qué?” se preguntaba la enóloga. En cambio Otto regalaba pasión desbordada. Hablaba con unos y con otros y sonreía, las gracias de todos. Simpático y locuaz, todos prestaban atenta escucha a las palabras del fundador.

“A ver Aba, estate atenta, deja el rollo detective de lado” se decía su mente preocupada. “Teta y sopa no caben en la misma boca” recordando uno de los tantos refranes que de niña, su padre, tanto mencionaba.

—¿Sucede algo? —preguntó Gretta.

—No, he recordado una cosa que me pasó en otra de las catas que di hace tiempo y no he podido reprimir la sonrisa — “¡Joder! Me ha pillado la bruja, si es que a veces soy más bruta. Concéntrate” reflexionaba jocosa.

Lucien con unos guantes blancos había procedido a dejar los corchos junto a las botellas por si alguien hubiera querido olerlos.

—Bueno pues comencemos con el espectáculo —dijo feliz y ya plenamente inmersa en su apasionante mundo—. Lo importante no es que me digáis que este vino sabe a esto o lo otro, lo importante desde mi punto de vista, es que sintáis el caldo. Os he contado sus raíces y os he llevado, un poquito, por la historia de nuestra región vitivinícola. Ahora, toda esa cultura, esa idea que os he expuesto ha de crecer en todos nosotros y lógicamente se refrendará, en la percepción que tengamos por cada sorbo catado. Recordad

que el vino es un alimento por lo tanto, significa que todo su proceso tiene un porqué y un significado, cuidado al límite obtenemos un gran resultado. El vino es ante todo, desde mi punto de vista, cultura y por tanto, es el maridaje perfecto para todo acto social en el que unos y otros compartimos sensaciones, palabras o amor...

—Me gusta eso del amor —interrumpió Otto a lo que casi todos, al unísono, respondieron con un furibundo “y a mí...”.

—Por favor —con un pequeño reproche lleno de cariño continuó—. Como decía, en buena compañía como ahora y con buena predisposición el vino es siempre elegante y perfecto. Así que lo importante es que os guste. Desde ahí poco a poco educaremos nuestro paladar y lo adecuaremos a nuestros gustos y encontraréis que preferís más los blancos o los rosados, los cavas o los olorosos o lo más jóvenes frente a los de mayor maduración. Es increíble cuando un día podáis sentir armonía entre todas esas sensaciones. Atendiendo a esta premisa yo seré feliz.

Las primeras copas fueron llenadas hasta llegar a las quince.

—Por favor Damián, no metas ya la nariz dentro de la copa que lo vas a asustar ¡por Dios! —algo contrariada pero mostrando complicidad, cariño y fino humor advirtió a este, cuando a punto estaba de tocar el caldo, de tanto que había metido sus fosas nasales—. ¿Estáis preparados para este viaje? —preguntó calentando el ambiente.

—Sí —al unísono gritaron.

—Bueno, pues vamos a comenzar por este *Viña Pomal Vinos Singulares Graciano* de 2012. A ver, como contamos con esta magnífica mesa, primero cogemos la copa por el tallo y la volteamos un poco ¡qué color rojo carmesí más bonito tiene!, ¿verdad?

El efecto y contraste entre la mesa blanca con el vino era realmente sorprendente y el color del caldo se veía relanzado.

—Este vino se cuida mucho, se seleccionan cada uva del racimo y está hecho con una uva llamada graciano, absolutamente perfecta para este hermoso chico —mirándolo con cariño y deleite.

Tras un examen más en profundidad del tipo de elaboración Aba pasó a la cata en sí.

—Ahora sí. Damián, mete la nariz, por favor —mientras una sonora carcajada partía de todos incluida la del propio interesado—. A ver, concentraros todos, aspirad y bebed sin prisa, ¿a qué os sabe?

—Caramelo —dijo Minerva al instante.

—Mujer, no tan rápido —arqueando sus cejas—, dale alguna vuelta más, no se trata de decir lo primero que nos viene a la cabeza. Recordad que estamos delante de una fruta y como tal tiene grupos aromáticos complejos. Si no os huele a nada, pues no pasa nada. Lo principal es que os guste.

—A mí me recuerda al sándalo, incluso a fruta roja madura —dijo convencido Otto mientras un coral “a mí también” le acompañaba.

—¡Muy bien! Pues sí. Tiene notas de cedro, frutos rojos, pimienta blanca —y la enóloga hizo despliegue de multitud de aromas, casi, inexplicables para todos.

La cata se iba desarrollando con normalidad e incluso a los ojos de Aba, el ambiente era más distendido de lo que ella hubiera esperado. Andreas departía amablemente junto con Gretta quien hacía lo propio con Otto. Sentados los tres seguidos, difícil pudiera considerarse, la cantidad de oscuridades que tras sus fingidas sonrisas se hallaban. El resto de los asistentes, seducidos por la invitación y felices por estar ahí, no se cuestionaban nada. A cada instante surgían en la conversación “pues a mí no me sabe a nada de eso” o “realmente es que a mí me gustan los vinos blancos” incluso uno de los empresarios alemanes sugirió que lo que a él le gustaba, de verdad, era la cerveza.

—Por favor, Lucien, ¿puedes retirar las copas? —diligente y servicial comenzó a hacer el encargo—. Ahora os presento a otro de los grandes de esta zona, es un *Gran Reserva 890 de La Rioja Alta* del 2005.

—¡Tiene un toque a teja! —gritó Adele. Una luxemburguesa que había venido desde una residencia que el Grupo Otto tenía en Suiza y que hablaba perfectamente el español.

—¡Es verdad! Felicidades —certificó la enóloga volteando un poco su copa—. Por dejarlo más claro tiene un color rubí y en el borde nos aparece la teja. Ahora catadlo, ¿recordáis las ciruelas o las pasas, incluso el tabaco o al cuero curado?

—Pues yo he fumado toda la vida y lo dejé, justo hace un año pero a Marlboro no me sabe —contrariado afirmó Bruno, solista de una conocida banda de rock.

—A ti a lo que te sabe es a cuero, ¿recuerdas la otra noche, bobito? —con evidente malicia Beatriz, nieta y heredera de la reina de los helados Surf, confesaba.

—¡Por favor! —con evidentes signos de malestar, Gretta cerró el incipiente desmán.

Con gélida mirada mitigaba cualquier conato de incendio y con la misma, hizo que Aba continuara.

—Como os decía tiene un paso en boca maduro y complejo, con una acidez muy equilibrada y sedosos taninos. Veo que alguno no me hace caso y se está bebiendo toda la copa —sarcásticamente comentó.

Aba presentó ya sin mucho éxito los dos siguientes vinos, un *Prado Enea* de 2010 de *Muga* y un *Cirsion* de 2015 de *Roda*. Mientras se perdía en ondas y sentidas explicaciones sentía que su público estaba más embelesado en esperar para aplaudir cualquier guiño que Otto hiciera que seguir apreciando la cata en sí. Incluso en ella misma cohabitaban dos yos, el primero desarrollando la experiencia y el segundo atento ante cualquier eventualidad.

—*Cirsion* es un crianza, hecho con uva tempranillo. Es de estos que llaman de nueva gama en Rioja. Cuidado desde el racimo, vais a notar su frutalidad y frescor en boca, persistente y perfecto que...

—Podíamos brindar ¿no? —dijo Stephano, un italiano, adicto hasta casi la locura, a todos los casinos de Montecarlo.

—Me parece una idea genial —dijo Beatriz que comenzaba a mostrar sensual fiereza en su mirada traslucida sobre sus bellos pómulos ya irisados—. Me gustaría brindar...

—Por favor Beatriz —dijo Gretta—, pienso que no es el momento para...

—Y ¿por qué, no? —dijo Otto quitándole la palabra—. Por favor querida, me gustaría brindar contigo. El Sentido Otto es compartir ante todo. Procede, por favor.

“Vaya, esto comienza” pensó Aba al ver el semblante de Gretta. Enfadada, perpleja al ser rebatida en público, no pudo menos que callarse y admitir el brindis de la residente.

—Gracias Otto. Es un honor para mí brindar con todos vosotros. Gracias de nuevo —sentada sin poder levantarse y con los ojos casi en blanco, más podía parecer que en vez de brindis, lo que estaba a punto de emitir fuera un grito.

—Menudo pedo llevas ya cariño —dijo Bruno maliciosamente sonriendo, quien por debajo de la mesa y desde hacía un rato, jugaba con sus dedos dentro del cuerpo de Beatriz.

—“¡El animal de él, le está metiendo mano! ¡La leche!” gritó la mente de la enóloga “Ya es lo único que me faltaba por ver en una de mis catas”.

Por favor, no nos desmadremos —intentando volver a concentrarse y observando el asombro, las calientes sonrisas y la envidia en las miradas que comenzaban a aparecer en muchos de los rostros de los asistentes al descubrir su porqué.

»Vamos a tomar un vino blanco —prosiguió—, no estaba en la oferta de esta noche pero me parece una idea genial antes de pasar a la cata ciega. “Si ahora les tapo los ojos, esto termina en orgía” —pensó dando por buena su medida correctora.

Rápidamente tras brindar, apuraron el gran reserva de *Prado Enea*. Pocos ya repararon en su precioso color cereza o los recuerdos nítidos a frutas bien maduras, simplemente se lo bebieron. Para el vino blanco utilizó un *Viña Tondonia* de 2005. Elaborado con uvas malvasías y viuras hacían que prolongara su vida en la botella. El color ámbar avejentado le daba un precioso toque de clase y belleza. Sus armoniosos y suaves matices en boca sin ser excesivamente, desarrollados, le daban una suavidad y consistencia única.

—¿Os gusta? —preguntó, recogiendo un sonoro y calmado “sí” generalizado.

Desde el anterior pequeño incidente la cara de Gretta había cambiado. Ahora había vuelto a la génesis de su ser y aparentaba, odio o lo que era aun peor, alarma ante la inminencia de un inclasificable peligro. Lo más curioso es que esta vez no hizo comentario sobre las palabras de Beatriz o Bruno, ni siguió departiendo con los invitados. Todos advirtieron el sustancial hecho. Desde ese momento, el ambiente de alguna manera, comenzó a cambiar en el salón.

—Si os parece hagamos el juego final de la cata a ciegas y a ver si hemos aprendido algo ¿de acuerdo? —dijo Aba intentando reconducir la cata y alegrar el entorno—. Vamos a taparnos los ojos y que sea lo que Dios quiera, porque menuda cata me estáis dando.

—Para mí, es la mejor noche de mi vida. Yo seguiría brindando toda la noche, es más, luego lo haré de nuevo —dijo Otto, obligando a los asistentes a relajarse, sonreír y soslayar la incipiente tensión.

Los pómulos sonrosados y las caras sonrientes volvieron a abrirse paso entre la feliz, de nuevo, concurrencia.

—Bien, desde ahora en adelante solo os pido un poco de concentración. Tenéis ahora la boca ya avezada, hemos catado varios vinos y lo único que pretendo es que me digáis que os parece este nuevo caldo que vamos a

probar. Si incluso alguien se quiere aventurar a decirme, si es blanco, clarete o tinto o si es joven o crianza, estaré encantada. Por favor quiero silencio y por unos momentos simplemente quiero que seáis una parte más dentro de un simple grano de uva.

—Por favor —dijo Otto, mostrando la autoridad de su palabra—, hacedle caso y sintamos la pasión y la cultura del vino dentro de nuestros corazones.

Todos se taparon los ojos con unos antifaces de color negro aterciopelado. El silencio reprendía a cualquiera que osase desvirtuarlo y se notaba que cierto nerviosismo era cobijado tras los antifaces.

El sonido del vino vertiéndose sobre las copas, artificial y armonioso comenzó a ser percibido por cada uno de los invitados. Como un río que emite su frescor al precipitarse desde las montañas bellas sensaciones comenzaron a llegar a los pabellones auditivos de cada invitado.

Aba intentaba romper los tempos de la cata o las formas que ella consideraba un tanto ya pasadas de moda. Huía de presentar los jóvenes primero para que fueran más frescos en boca y pasar después, a crianzas y reservas “¿por qué no alterar todo y jugar con el público que simplemente viene a la bodega a tener una buena experiencia y disfrutar con el vino? Al final beben con la complicidad y el cariño de nuestras palabras y no por las definiciones rimbombantes que glosan toda la elaboración”. Solía decirle a su compañera Vega.

Todo parecía en calma y Lucien se disponía a servir las últimas copas. Con muy buenas maneras y modales el enorme hombre, ahora parecía fino y delicado. Aba estaba concentrada cuando sorprendió un movimiento extraño que provenía de Otto. Imperceptiblemente se había quitado la máscara dejando un ojo al descubierto.

“¡Pero ¿qué haces?!” gritó aterrado todo su mundo interior al ver cómo, sacando un pequeño tubo de cristal, vertía su contenido en la copa de Gretta y lo peor de todo, vertía la misma cantidad en la suya. Mirándola a la cara, una tímida sonrisa quizás de agradecimiento, cariño o incluso despedida amaneció en sus ojos.

El impacto de la escena salpicó de lleno en la enóloga. El silencio que antes era sinónimo de juego ahora, se había convertido en algo oscuro y terrorífico. Observaba las caras calladas y concentradas de los asistentes, inmersos y dóciles en el placer propuesto sin poder creer que, a su vez, algo siniestro se estaba cocinando. Aba impávida no sabía qué hacer, alterada y en

tensión parecía congelada. El largo silencio comenzó a generar dudas y estas devinieron en nerviosismo. Los cuerpos de cada invitado se movían tensos, impacientes ante la espera. La tranquilidad que antes era cómplice, cambiaba su cara y se transformaba en tiniebla. Aba, pálida, hierática y al borde del colapso, no sabía qué hacer. Sin transmisión entre órganos, no obtenía respuestas. El líquido incoloro vivía ya dentro de las copas de Otto y Gretta.

—Aba —cercenando el ya molesto silencio Otto—, se te ha tragado la lengua el gato o te has bebido la botella tú sola —manifestó sonriendo mientras se quitaba el antifaz dando paso al resto.

—¡Es un vino joven! Ya lo sabía yo —dijo entusiasmada Minerva que regresaba de su particular estado de concentración—me encantan los jóvenes la verdad, lo único que yo lo hubiera tomado algo más frío, por poner un pero digo yo. Tiene un punto verde que es increíble y fijaros que color, tan aún por hacer.

Aba seguía igual. No podía o simplemente no sabía cómo articular palabra y comentar la cata. Presentía un horrible final, vislumbrarlo originó que las nauseas comenzaran a llamar a su estómago.

—Aba ¿sucede algo? —preguntó Gretta quien no se había dado cuenta de nada.

—¿Qué es el amor? —Otto cortando el amago de alarma que comenzaba a instaurarse en el grupo derivaba la conversación hacia cualquier otro lugar, donde las dudas fuera ajenas—. ¿Qué es el vacío existencial? Ha llegado la hora de proponer un brindis final por esta magnífica experiencia que nos ha ofrecido Gretta y nuestra querida enóloga, pero antes de ello, mis queridos amigos quiero contaros una historia, mi propia historia.

Levantándose de la mesa, con la copa en su mano, feliz y sonriente comenzó a hablar.

—El vacío personal es sinónimo de pérdida, sequedad en los anhelos vitales quizás. A veces, mi vacío surgía, como respuesta a la envidia que aparece al contemplar la felicidad del otro. Vacío al ver que tu soledad es la guía de tus pasos mientras el resto vive en compañía. Vacío al no poder compartir, dar, soñar o quién sabe qué junto a otra persona, una familia o un entorno social. El vacío no consentido es la peor de las provocaciones y es una gran enfermedad, ya que incluso cuando recibimos dones o palabras bellas del otro, no lo atendemos con gusto, ya que pensamos pueden ser por caridad. Me di cuenta, un día paseando que la mejor forma para contrarrestar el vacío era, declinar de manera constante la palabra amor. Así observé que

ese vacío existencial que yo sentía era una etapa de tránsito hacia cosas mejores. Comprenderlo me ha llevado toda una vida. Todos los que estamos en esta residencia queremos aislar nuestro vacío, dañino siempre hacia nosotros mismos, por otro lleno y colmado de amor para con nosotros y para con el resto.

Mientras hablaba todos permanecían en una especie de limbo o estado de exaltación mística. Cada palabra pronunciada era comprada y como si se tratara de una homilía, algunos simplemente interrumpían diciendo “es verdad”, “amado seas Otto” y un largo etcétera de bellas frases.

—Hace años que me fijé en la Belladona.

—“¡No puede ser!” —gritó alarmada la mente de Aba—. “¡Por Dios ¿pero qué has hecho?!” —presintiendo ya un terrible final.

—Morada y acampanada, frágil tiene su cuerpo pero fuerte es su interior. Dicen que huele mal, por lo tanto está vacía como muchos de nosotros —Otto como un juglar parecía danzar entre las mesas, alegrando y acercándose a los oídos de cada uno, ofreciendo sus palabras—. La llaman cereza negra por lo tanto tiene algo también de vino. Las mujeres romanas se aplicaban un poco bajo sus párpados, para así, dilatadas sus pupilas aparentar ser más bellas —volcando estas palabras en el cuello de Minerva quien pareció casi alterarse por el placer—. Dicen que las brujas, trabajaban un unguento con la flor y untaban una pequeña porción bajo sus piernas —recitando las palabras a la bella Beatriz quien, al igual que Minerva, no pudo ocultar un rapto de inmediato calor—. ¿Quizás por eso volaban? —y una tremenda carcajada reverberó sobre la mesa.

Adopté su color morado para el Sentido Otto. Una nueva fe que cree en la curación por medio del amor con el fin de olvidar el vacío existencial que muchos de nosotros hemos tenido en nuestras vidas. Llenamos el vacío con verdad. Recuperados y colmados con la nueva, somos felices de nuevo.

“¿Por qué mientes Otto?” se preguntaba muerta de miedo Aba. “¿Qué intentas? A mí no me engañas. Las flores de la Belladona son letales venenos y fáciles de encontrar en cualquier puto camino de aquí. Sabes que contiene mucha atropina dentro de sus alcaloides, lo cual, la hace más tóxica y peligrosa. ¡Joder, no me mientas Otto! ¡Soy química y estás jugando con fuego! ¿Qué pretendes, por Dios?” casi no podía contener las lágrimas que comenzaban ya a delatarse tras sus ojos.

—Los Picos de Posadas es un canto a la redención y a la curación de los espíritus afligidos. Un lugar donde poder llenar nuestros vacíos con amor.

Brindo porque cada uno de nosotros alcancemos la paz en plenitud y brindo por este magnífico equipo, que comandado por Gretta —y acercándose a ella, le pasó sus manos por los hombros en señal de manifiesto cariño— nos ayuda a rejuvenecer cada día. Brindo porque la Belladona regenere mi camino y desde hoy, elimine mi vacío, al estar tantos años sustrayéndome del dolor ajeno y volcado solo en mi ego. Con este vino regenero la vida en este entorno y elimino la mala hierba crecida. Con este brindis abro las ventanas dejando que una nueva luz entre en nuestras almas.

Alzando su copa, brindó con Gretta y buscando sus ojos, le dijo:

—Hoy por fin vuelvo a ser libre mi querida amiga —y de un trago, como todos, bebió los restos finales de su copa.

Las caras de los invitados, emocionadas y casi extenuadas al escuchar las palabras del fundador intentaban volver a la realidad. Un pequeño limbo quedó atado al salón de las Mil y Una Noches donde la paz y la tranquilidad anidaban emocionadas. Aba en cambio, lloraba ya sin disimulo. Interpretado por todos como algo normal, dada la profundidad de lo escuchado, para ella era simplemente una terrible agonía.

De repente Gretta palideció y tuvo un pequeño conato de desmayo. Andreas que estaba a su lado, atendió, rápidamente su caída reposándola sobre sus brazos. Otto que seguía exultante, eufórico y de lado a lado hablando con los asistentes frenó sus pasos y sin remedio, se desplomó sobre el suelo

Gritos de desesperación y miedo emergieron. Todos comenzaron a mirar con aprensión sus copas y algunos incluso parecieron sentirse enfermos también. Lucien, desbocado, imploraba algún tipo de orden o explicación para poder saber qué hacer. Andreas, sujetando a Gretta lloraba desconsolado, augurando males mayores.

Otto hizo amago de levantarse y pidió amparo a Aba, quien corrió a su encuentro.

—Sus ojos —intentando asirse a su brazo y luchando porque sus palabras fueran escuchadas.

—¿Pero qué has hecho Otto? ¿Les has envenenado? —solo supo decir.

—Sí... Pensaba que así iba a cortar de raíz el mal pero... —lágrimas aparecieron de dolor en sus ojos. Torpes primero, fueron caudal en segundos —. ¡Mira sus ojos! —volvió a gritar.

Aba logró sentar a Otto en la mesa colocándolo frente a una agonizante Gretta. Las puertas, con estrépito, se habían abierto e Isabel, Úrsula y varios

médicos, atemorizados como el resto, intentaban poner control a la situación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luis, uno de los dos médicos.

—Otto prensó varias bayas de Belladona, supongo que decenas. Las ha trabajado y convertido en líquido. Acaba de verter su contenido en la copa de Gretta y en la suya misma —seria, seca y sin atender a los ojos de nadie Aba, vertió palabras que por su frialdad sobrecogieron a todos.

—¡Dios mío! —exclamó Isabel sobrecogida mientras cogía las frías y ya mortecinas manos de Gretta.

En el pasillo, lo que era una fiesta se había transformado en una pesadilla. Sin poder acceder al salón, unos se abrazaban y otros lloraban desconsolados. La gran mayoría, sentados contra la pared, se retorcían de dolor. La terrible noticia ya volaba como el rayo, Otto se estaba muriendo.

Como regresando del averno o de aquel lugar donde las almas esperan, antes de iniciar su tránsito definitivo, Gretta abrió durante unos segundos los ojos. Buscando a Otto, lo miró de frente y con un casi imperceptible hilo de voz comenzó a hablar:

—Soy hija de Wilhelm Radecke, capitán de las SS. Llevo toda una vida aguantando tus locuras y ansias patéticas de ayudar al mundo cuando tú fuiste el primero, al aceptar mi mano, en pervertirlo. Eres un ser mediocre y mínimo que sin uno solo de mis consejos, estarías ya muerto. En 1946 mi padre encontró al tuyo pero el cobarde tuvo suerte. Vilmente corrió a una prisión pensando que, tras sus paredes, todo quedaría incólume u olvidado y tú, sucia rata, con los años descubrirías su legado. Un imbécil como tú, muerto de pena y hambre en una patética oficina... —sonriendo cínicamente expresó, la mayor mueca de asco que era capaz de atesorar—. En vez de morir con honor, por otro miembro de las SS, se suicidó a las pocas horas antes de que fuera descubierto el paradero de la Lista Otto. He consagrado mi vida, junto a mi hijo Yuls Wilhelm Radecke —y agradecida le bendijo con su mirada— a encontrar lo que, por derecho, es de nuestro pueblo. Lástima Hermann Brandl no fuera ajusticiado por los *Wehrwolf*^[23] cuando lo tuvieron en su diana. Mi padre como buen alemán, orgulloso de pertenecer al Reich, hizo todo por recuperar lo que es nuestro. Yo solo he sido una abnegada hija cumpliendo sus deseos y su nieto —volviendo de nuevo la mirada hacia Yuls— seguirá con su mandato.

—¿Tu madre?! —Aba no pudo reprimir la sorpresa. La noticia le causó tal impacto que casi quiso vomitar. Yuls desafiante, le correspondió con una mirada impregnada de ira y muerte.

—Encontrar al imbécil de su hijo y sí, corromperlo, fue la labor más fácil y estúpida que hice en mí vida —prosiguió retando y provocando—. Resolveremos en breve el acertijo mi querido amigo. Tú, como bien sabes, ya no eras necesario e incluso este pequeño desvarío, nos viene bien para que ya por fin, salgas de esta sucia y patética mascarada.

El silencio se hizo de nuevo. Otto comprendía que su actuación no había valido la pena. Con sus manos hizo que Aba se llegara hasta su boca.

—Busca las putas telarañas. ¡Búscalas ahora! ¡Lárgate! —sin que nadie fuera capaz de oír nada de lo dicho a la enóloga, irguiéndose, miró de nuevo a Gretta.

Con los últimos coletazos de vida que le quedaban Otto habló para todos.

—Era y soy irrelevante pero el Sentido Otto es real. Que solo pongas esfuerzo y talento en denigrar nuestra nueva luz conseguida, que aún desconozcas el porqué todos nosotros vinimos hasta estas paredes anhelando una nueva vida... eso sí es patético propio de una mente muy enferma. Es por tanto efímero y quizás baldío tu empeño, lícito pienses que me destruyes o acabas con mi obra pero sabes, ahora mismo ya hay otro, deseando propagar el elixir que significaron mis pasos en esta vida. En nombre del Sentido Otto te ofrezco mi sonrisa segura, firme y convencida de que tu estirpe nunca encontrará lo que busca. Es verdad, yo también me pervertí al oler el poder pero saber la verdad y reconocer el mal causado, incluso por mi propio padre, me liberó. A eso me he dedicado toda una vida, manteniendo el secreto nunca olvidaremos la *shoah* —entornando, de nuevo, sus ojos hacía Aba y con su última fuerza gritó—. ¡Huye! —y acto seguido se desmayó para ya, definitivamente, mecerse en brazos de la muerte.

Las palabras de Otto despertaron de la pesadilla a Aba, quien de repente, entendió todo y supo cómo debía actuar. El conocimiento de la verdad y saber cuál era el objeto y su posición dentro del tablero, ahora por fin, le hizo enfocar el problema e ir a por él.

Sin atender a nadie, comenzó a correr hacia la salida. De lleno se dio con Úrsula.

—¿Recuerdas que os dije que os iba a necesitar y llegado el momento simplemente necesitaría, sin preguntas, hicieseis algo?

—Sí —llena de miedo, desnortada por los sucesos y perpleja ante la mirada que llena de fuego, Aba le lanzaba.

—¡Dame las llaves de tu coche! El que tienes en el parking y tantas

veces dejas a Andreas —dijo sin contemplación.

—¿A quién? ¡Yo nunca dejé el coche a nadie! —alucinada respondió.

—¡Es lo mismo! Dámelas ¡Ya! —inquirió taxativa.

—No las tengo, lo dejé en el taller porque estaba sin aceite. Lo siento —casi balbuceando y muerta de miedo.

—¡Joder! En fin ya busco algo... —se lanzaba ya a correr cuando Úrsula gritó de nuevo.

—¡Aba, tengo las de la furgoneta con la que bajamos al pueblo!

Volviendo de nuevo las recogió casi al vuelo.

—¡Pues dilo! ¡Qué mujer! ¡Ven conmigo! —ordenando y sin dejar ningún hueco a nada que no fuera seguirla, gritó a su habilitadora que aún seguía atenazada por el pánico.

Entre barricadas y calados

Capítulo 1

—¿Pero, qué es esto? —dijo estupefacta al ver la furgoneta.

A la carrera se habían abierto paso entre los residentes que atestaban los pasillos. Aba, agarraba con fuerza el brazo de Úrsula quien intentaba seguir su paso como podía.

—Mete la clave —ordenó, plantada frente a la puerta que daba acceso a la recepción.

Es probable que para la habilitadora, ese hubiese sido el desplazamiento más largo e intenso, recorrido en toda en su vida. Con la cara totalmente roja por la tensión y sin poder articular palabra, temerosa y vacilante, pulsó los números atendiendo a la orden dada.

—Ahora, ayúdame —ordenó de nuevo la enóloga.

Flanqueada la puerta fueron tras uno de los divanes de la entrada el cual, moviéndolo, hicieron que bloqueara el acceso a recepción.

—Llama a la policía y que nadie pase esa puerta hasta que lleguen ¿de acuerdo?

—Pero Aba...

—Ahora ábreme la puerta exterior de la residencia y haz exactamente lo mismo, hasta que no llegue la policía que nadie acceda o salga de Los Picos ¿entendido? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Sí... pero ¿qué es lo que está...? —intentaba preguntar cuando ya la enóloga salía por la puerta de la entrada principal.

Con un imponente vestido de gala de color champán y con zapatos de larguísimos tacones de color rojizo, en una noche fría donde una fuerte tormenta era la protagonista, Aba, presa de cualquier ámbito alejado de la cordura, volaba más que corría.

La furgoneta era un modelo algo antiguo de Ford, una Transit 350 Chasis. Con una cabina de dos puertas contaba con un decolorado contenedor donde se dejaban todos los útiles necesarios para el mantenimiento de las instalaciones o del propio jardín, los cuales y en ese momento ocupaban su espacio. Nutridas abolladuras y apariencia de vieja, esperaba a ser arrancada.

—¡Pero menuda cerdada! —lastimosamente vociferó al sentarse frente al volante. El sillón del conductor estaba lleno de salpicaduras de grasas e incluso roto por varias de sus costuras. Polvo ennegrecido por la nula limpieza, asediaba con fuerza el salpicadero y papeles e inutilizados envases

atestaban por doquier los espacios—. Al menos espero no hayas perdido la velocidad —de manera compungida intentó ofrecerse ánimos al ponerla en marcha.

Sus prisas no atendieron la fuerte tormenta que en esos momentos arreciaba, golpeando con fuerza, las miles de pequeñas piedras que jalonaban la salida. Simplemente arrancó con energía poniendo rumbo hacia el encuentro de los restos del vagón del tren de mercancías.

Los parabrisas trabajaban con intensidad. Tras quince minutos y apretando al máximo el acelerador dejaba atrás Casalarreina y enfilaba ya, los pocos kilómetros que le restaban hasta Haro. El viaje no estaba siendo cómodo. Varios relámpagos, resquebrajando el horizonte, acosaron vilmente su olvidada tranquilidad.

—Menuda pinta tengo —hablándose a sí misma e intentando arrinconar la terrible idea del sonido del inminente trueno—. ¿Aún no es suficiente?! —gritando preguntó enfadada a deidades ocultas y lejanas, buscando alguna respuesta ante tanta calamidad que le perseguía.

El trueno respondió a sus peores expectativas y agredió con poderosa energía sus sentidos. Al escucharlo y haciendo acto de reflejo, bajó tanto su cabeza que casi impactó contra el volante. Tal hecho provocó que pegara un fuerte volantazo cambiando, sin deseo, de carril. La carga, varios bidones y alguna herramienta de mantenimiento se movieron con tal estrépito que provocaron que alguno de ellos saltara por los aires cayendo a la carretera.

Atemorizada, retomó el correcto sentido de la marcha sin poder dejar casi, que el corazón se le escapara por la boca. Afortunadamente no había tráfico a esas horas de la noche y no hubo mayor percance pero en cambio, eso no atenuó, que sus nervios aflojaran. En estado de alerta constante, embebida por el pánico no observó cómo, lo que antes eran lejanos faros ahora estos, se acercaban con rapidez. En instantes, se colocaron a su rebufo. De repente, las luces largas del vehículo posterior fueron encendidas deslumbrándola.

El potente fogonazo descentró su visión que por segundos quedó anulada. Sus manos, frías y mojadas por la terrible ansiedad se agarraron con mayor fuerza, si cabe, al volante. El constante traqueteo de la furgoneta, el incómodo vestido y los imposibles tacones hacían que tuviera demasiados frentes abiertos como para poder tenerlos a todos en perfecto estado de revista. Añadido a todo ello, la atosigante lluvia que al golpear el cristal delantero, con inusitada vehemencia, pareciera también querer agredirla.

Resultaba, por tanto, la peor de las noches posibles para una enóloga haciendo prácticas de detective.

Las luces largas precedieron a lo que supuso un violento choque. Alguien, con saña, chocaba con inusitada virulencia contra la parte posterior de la furgoneta.

—¡Joder! —muerta de miedo, contrariada e intimidada miraba por los espejos buscando encontrar una solución inmediata. Si la palabra pánico tuviera en ese momento cara, estaba claro que su mejor pose sería la suya.

Un todoterreno golpeaba sin cesar. A cada impacto su pavor se incrementaba y lo que era peor, hacía que poco a poco, fuera perdiendo el control sobre el vehículo. Un relámpago emergió en el horizonte. Los ojos de Aba se dilataron de tal manera que parecían agonizar. De forma instintiva, apretó el acelerador sabiendo que debía luchar por su vida. Poco a poco fue entrado en Haro dejando a los lados las bodegas Carlos Serres, Ramón Bilbao y Paternina. Sus perseguidores, instalados sin remedio a pocos metros, parecían expertos en el manejo de la situación. Los ojos de Aba insistían buscando respuestas intentando encontrar sus caras. Miraba hacia atrás cuando podía pero las luces largas le obligaban, rápidamente, a proteger su visión.

Todo lo que suele ser conocido o reconocido durante el día puede aparecer desdibujado, incluso corrompido, durante la noche. Las farolas que con sus luces amarillentas enfocadas contra la piedra resultan atractivas y atractivas, en ese momento, simulaban ser frías y lejanas. Añadida la lluvia, el efecto era muy desapacible. Cientos de reflejos centelleaban desafiando su capacidad para reconocer el entorno. El miedo, agitador y enemigo constante, pretendía hacer de guía intentando congelar sus sentidos.

—Llegó a la Enológica y tomo la carretera hacia abajo —seguía hablando consigo misma ofreciéndose calor y buscando salidas—. ¡Tengo que llegar como sea al barrio de la estación!

La estación Enológica de Haro se presentaba a escasos cincuenta metros. Lugar de control y laboratorio para las vendimias, desde hacía muchos años, se situaba en un estratégico cruce de caminos. A punto de iniciar la bajada estaba cuando, conjuntados de nuevo trueno y colisión, impactaron ambos contra su coche. A pesar de llevar el cinturón de seguridad puesto y protegiéndose con los brazos su cuerpo impacto contra el volante recibiendo un fortísimo golpe. El grito de Aba fue ensordecedor. El terror se alió contra su capacidad racional de tomar cualquier tipo de decisión y

durante unos microsegundos, bloqueada, no supo qué hacer. Un repentino, aleatorio e inesperado giro de muñecas hizo que cambiara la dirección de la furgoneta. Sin saber cómo lo había hecho tomaba la calle que conduce hacia la Basílica de la Vega. Por unos segundos se vio libre de sus captores que, dando marcha atrás, retornaban tras su presa. Recuperando un poco la respiración y reubicándose en el asiento pisó de nuevo, con fuerza el acelerador.

—¡No vais a poder conmigo! —como si estuviera posesa, exclamó.

Gritando y obligando a sus músculos a desentumecerse, olvidando la pertinaz tormenta e intentando soslayar el espanto que habitaba en cada una de sus células intentó dejar de ser el cebo.

Dejada tras de sí la basílica, maniobró yendo en dirección prohibida por toda la calle de la Vega. Siendo guiada, únicamente por sus instintos de supervivencia olvidó cualquier capacidad, obvia y racional de seguir la correcta dirección.

—Vas a ver como alguien me aparezca de frente... lo que me voy a divertir —cínicamente se decía atemorizada ante la duda razonable—. Bueno a estas horas hasta los policías municipales están durmiendo... quizás algún amante fugaz que esté volviendo a casa —se respondía inmediatamente intentando no perder el poco calor y energía que le quedaban.

Los bellos y blancos balcones que discurren a lo largo de la calle contemplaban una imposible persecución. Mientras la mayoría dormía, recogidos en sus casas, dos vehículos violentaban la paz del pueblo.

—¡Dios! Olvidé hablar del Banco de España —al verlo cuando lo dejaba a su derecha—. Que un pueblo tan pequeño tuviera un banco de ese nivel da pábulo para sospechar del nivel económico que tuvo gracias a la uva —definitivamente Aba parecía enajenada. De las crisis de pánico y ansiedad había pasado a un estado, casi inanimado, donde se ahuyentaba de la situación hablando sobre lo que primero le llegaba a la mente.

A pesar de todo, seguía sin poder evitar que una lágrima negra, mezclada con carmín, no cesara su recorrido hacia el suelo impregnada de miedo, pánico y un terrible frío que consumía todas sus articulaciones.

Levantó sus ojos y percibió, de nuevo, el todoterreno a escasos centímetros de la furgoneta. Esta vez el golpe fue peor. Rota de nuevo su trayectoria y muy a su pesar, fue chocando contra todos los coches aparcados en la calle que hicieron de soporte en el fin de no precipitarse contra los muros de piedra de las casas. Retrovisores y cristales saltaban por los aires

como si fuera un tornado el que, en ese momento, asolara la calle. Incluso, la poca carga que quedaba del coche, iba saltando por los aires impactando contra los cristales de los comercios cercanos. La furgoneta se gobernaba descontrolada y esta vez, el miedo, era el verdadero conductor.

—¡Ostras, las telarañas! ¡Claro! Pero que lerda soy por Dios, si lo tengo cada día delante de mis narices —triunfante y feliz exclamaba al reconocer su mente el paradero de la carga del interior del vagón.

Fugaz y similar al temible trueno, un disparo entró por la ventana que estaba a sus espaldas. Aunque pasó silbando siguiendo camino, el hecho de ver el pequeño hueco dejado en su cristal le hizo exteriorizar un tremendo grito. Nunca nadie le había disparado. Percibir de nuevo que su vida se hallaba en serio riesgo hizo que se multiplicara su temor. La calle de la Vega se terminaba y los coches aparcados, seguían sujetando en su trayectoria a la cada vez más desvencijada furgoneta. Si no fuera por ellos, es probable que Aba ya hubiera dado una vuelta de campana.

La plaza de la Paz se presentaba ante sus ojos. Como cualquier plaza de pueblo estaba rodeada por soportales que albergaban bares y algunos comercios. En el medio, un bello quiosco de esos de mediados del siglo anterior, se ofrecía ideal para ofrecer conciertos u otras exhibiciones. Además de situarse el ayuntamiento, dominando con su preeminencia el lugar, la plaza tenía una inclinación descendente que le hacía un poco diferente a otras plazas de otros pueblos.

—¡No me jodas! —gritó desesperada al acceder a la plaza.

Una vez pasada la Plaza de la Paz la intención de Aba era dejar el museo del Torreón a mano derecha y calle abajo, ir directa hacia el barrio de la Estación. Una vez allí y rápidamente, abandonar la furgoneta para poder evadirse del acoso de sus perseguidores. Las telarañas habían sido la clave para reconocer la situación del tesoro. Pocos calados podían contar con semejante decoración como atractivo turístico. Incluso si se le daba mal la cosa podría esconderse en su bodega y pasadas las horas, junto a la policía, ir en busca del tesoro.

Las cosas no suelen salir como se esperan y desde hacía meses, esa constante, era seña de identidad en el pequeño mundo de la enóloga. El camión de la basura apareció frente a sus ojos y la colisión era inevitable. Por unos segundos los ojos de ambos conductores se detectaron y reflejaron el espanto, que justo en ese instante, vomitaban. Como acto reflejo uno giro a la izquierda y el otro a la derecha.

El bar El Suizo, nombre dado a múltiples establecimientos del mismo carácter a lo largo de la geografía española y que decenas de años atrás, fueron creados para dar pedigrí a sus entornos, recogió el impacto del camión de la basura que sin remedio, penetró hasta sus cocinas. Rompiendo puertas y cristales, de manera fácil, asoló el espacio. Aba casi no atendió al suceso dado lo difícil que le era gobernar la situación, con sobrevivir un poco más, le bastaba. Sus hombros, forzados hasta el límite y antes de darse de frente con el camión, habían girado el volante con brusquedad y fuerza hacia la derecha. Dado el hecho, no pudo dejar de acceder a la zona peatonal que rodea parte de la plaza. El instinto de supervivencia dictaba todos sus pasos y de manera casi automatizaba, tomaba las decisiones. El pánico hacía que sus piernas no tuvieran órdenes de decelerar y así pues apretaba, aun más si cabe, el acelerador. Intentando esquivar al propio quiosco, sin remedio la furgoneta embistió lateralmente, contra una de las cuatro fuentes que se hallan en la base del mismo. Revestidas y ornamentadas en forma de león, solo pudo ver como una de sus cabezas volaba por los aires, tras su paso. Esquivado el segundo león no pudo librarse de otra embestida de sus perseguidores que ya tomaban ventaja. Pegado a la parte trasera de la furgoneta, apenas le dejaba capacidad de maniobrabilidad.

—¡Vais a ver el poder de una rubia cuando no se hace la tonta! — mientras un ademán cuasi demenciado amanecía, otra vez, en su cara.

El ayuntamiento de Haro, inaugurado por Carlos III, cuenta con unos magníficos soportales. La piedra, perfectamente labrada, jalona cada uno de sus espacios dándole belleza y sobriedad. Bajo los arcos, desde tiempos atrás se suelen colocar barricas con los escudos de las bodegas más importantes con el fin de hacer de reclamo turístico. Aba retiró el pie del acelerador y dejó por unos segundos que fueran sus perseguidores quienes, al empujarle, guiaran su rumbo. Obligada su trayectoria y aproximándose a los soportales, giró con brusquedad el volante todo lo que pudo hacia la izquierda mientras aceleraba con fuerza. Al instante quedó libre y el todoterreno, no apercebido, saltó sobre la acera chocando contra una de las bocas de los soportales, repleto de las barricas apiladas. Estas, cayeron con estrépito comenzando, calle abajo, a rodar por el suelo. Mientras Aba, chocando con varios coches que allí estaban aparcados, salía ya con brío de la plaza de la Paz.

—¡Yo gano! ¡Joderos! —gritó desafiante y feliz al saberse ganadora.

No todas las victorias se ganan sin derrotas.

—Y ahora ¿qué leches pasa?

Tras bajar y tomar una leve curva a mano derecha se pasa el puente del río Tirón. Dejando las bodegas Rioja Santiago a la izquierda y apareciendo CVNE a escasos cien metros la furgoneta perdió toda capacidad de aceleración. Demasiados golpes habían cercenado la fuerza del motor. Pisando con toda la energía que le quedaba, sus tacones eran incapaces de transmitir orden alguna, haciendo que la furgoneta decelerara rápidamente. Humo blanco comenzaba a filtrarse desde el motor y era obvio, que amenazaba con echar a perder toda la operación. Para poner las cosas aún peor, sus acosadores estaban ya al acecho y antes de llegar al puente del ferrocarril, chocaban de nuevo con ella. Inmersa dentro del barrio de la Estación luchaba por asirse unos minutos más a la vida. Avezada ya, en este tipo de situaciones, esperó otra oportunidad. Pasando el puente del ferrocarril aparece una enorme rotonda donde, como instrumentos decorativos, una pequeña viña y un carromato hacen las delicias de los turistas. Justo enfrente, bodegas Muga emerge en todo su esplendor. Una locomotora, de esas antiguas de vapor, soportando un vagón en forma de gran barrica se mece sobre viejos raíles, recordando a tiempos antiguos, donde la logística de la vendimia, era una palabra aun indeterminada. Casi desahuciado el motor, la maniobrabilidad perdida y no pudiendo bordear la rotonda, como sería lo propio, se cargó de nuevo toda lógica del código de circulación. Aba no pudo más que entrar por en medio de la rotonda destruyendo todo lo que a su paso se encontraba. Unas cepas plantadas para las delicias de los turistas y un carro antiguo de madera, utilizado para acarrear los toneles, volaban por los aires a su paso.

—¡Me estoy cargando mi pueblo! —llorando y presa del pánico gritaba histérica la enóloga.

Con las últimas energías que le quedaban giró de nuevo el volante a la izquierda quedándose libre de nuevo y haciendo que el todoterreno se empotrara contra el precioso y ornamental tren antiguo de mercancías. Un hombre saltó del todoterreno e inició a la carrera la persecución de Aba. La furgoneta, a marcha reducida, aún tenía algo de vida, lo cual hizo que ganara unos preciosos metros de distancia. Dejando Muga a su derecha, disparos silbaban a su alrededor. Uno de ellos impactó contra su hombro. El grito de dolor fue descomunal al sentir la punzada de la bala.

—¡Resiste! —gritó atenazada por el miedo y el caos. Los muros exteriores de las bodegas Gómez Cruzado desfilaban antes sus ojos. La que siempre había sido una de sus bodegas favoritas ahora

permanecían lejanas a su paso. Llorando de dolor y rabia, echaba de menos su calor.

Pocos metros después, descontrolado su coche y ya sin fuerza, chocó contra la entrada de las bodegas de La Rioja Alta. Una estructura de metal, simulando ser un baldaquino o palio recubierto de frondosas hojas verdes soportó la investida.

—Acabo de destruir yo solita todo mi pueblo, soy una bomba nuclear con taconazos —dolorida y dejando caer las pocas lágrimas que le restaban, terriblemente entristecida y ensangrentada, vistiendo el recuerdo de lo que fue un traje de gala de color champán, Aba se desmayó.

Capítulo 2

—Lo siento pero no tenemos mucho tiempo, la verdad —la voz de René sonaba lejana, seca y muy nerviosa.

Anonadada y un poco perdida Aba, intentaba recobrar el sentido. Dolorida y ensangrentada, un cubo de agua había sido vaciado sobre su cabeza. Con mucho esfuerzo y aflicción, intentaba abrir los ojos. Angustiada, iba poniendo nombre a cada uno de los allí presentes.

Las bodegas La Rioja Alta ofrecen un elemento peculiar al enoturista. En la primera parte de la misma, se llega a la tonelería que es preludio de dos salas de barricas. El calor que irradia el olor a la madera genera onda satisfacción en el visitante. Abiertos los ojos y generadas las expectativas llegamos a una preciosa sala de depósitos donde centenarias tinas acogen los caldos. Consideradas como verdaderas reliquias en el proceso de la elaboración del vino, son reos constantes de los flashes que immortalizan los recuerdos. Boquiabiertos en la contemplación, el guía les lleva hacia una nueva sorpresa para los sentidos. En una segunda planta, los antiguos bodegueros construyeron una especie de suelo de madera con el fin de poder caminar y así, poder verter, más fácilmente los primeros mostos y dar comienzo al proceso de elaboración.

Perdió el conocimiento al instante tras el accidente. Emociones al límite y peligros sin nombre dejaron su cuerpo colapsado. Sacada del coche y en volandas, fue llevada hasta el interior de la bodega. Atada a una silla permanecía en estado de semiinconsciencia. Para no advertir su presencia, sus captores, no habían encendido las luces y simplemente les bastaba con algunas bombillas, desgastadas y amarillentas, que a modo de decoración y de manera difusa mostraban la bodega.

—¿Dónde está? —René, sin contemplación, golpeándola en la cara con su mano le obligaba a retomar la consciencia.

—Vaya, ¡qué bonito espectáculo! El payaso y el hijo tonto juntos — todavía medio adormilada abría los ojos lentamente. Con infinito asco se encaró a Yuls y René.

—Tu padre fue más simpático, al menos nos costó encontrarle. Tú has sido fácil desde el principio —dijo el policía de manera socarrona y provocativa.

Aba permanecía callada. Algo más recuperada, a pesar de la bala que le perforaba el hombro y de los mil dolores que le asediaban, su orgullo y el profundo odio que sentía en ese momento, le hacían olvidar cualquier mal.

—Tengo esta cartita de papi a su hijita —sarcásticamente René seguía.

—¡Hijo de puta! —chilló con todas sus fuerzas.

—Además, quien te la ha quitado ha sido tu amigo Yuls... —mientras una sonrisa perversa iluminaba su cara— pero bueno son cosas vuestras.

Haciendo amago de levantarse Aba, aulló de dolor al ser frenada por Lucien que se encontraba a sus espaldas. Poniendo su mano sobre el lugar donde había penetrado la bala, casi le hizo desmayar de nuevo.

—Es simple, tenemos la clave y solo nos falta el lugar o sino...

—O sino qué... me matarás como hiciste con mi padre —escupiéndole una especie de baba impregnada de sangre—. No me quedan ya lágrimas y la verdad... sois patéticos, no pienso daros el gusto de pedir clemencia.

—Da lo mismo, morirás igual. Mi pregunta es ¿cómo deseas hacerlo, un disparo certero o un pequeño e intenso suplicio?

—¡Payaso!

René no sonreía y se le notaba nervioso. Intuía que patrullas de la policía estaban al caer y para entonces, ya debiera estar a millones de kilómetros de ahí.

—Te contaré una pequeña historia y espero, por tu bien, comprendas su mensaje. Desde el inicio todo ha estado controlado por mí, debes tenerlo muy claro, por lo tanto es mejor tenerme como aliado. En la estación de tren, si recuerdas, un vagabundo maloliente se te acercó. Quizás ese detalle lo hayas olvidado pero esa persona se encuentra a tu espalda.

—¿Lucien? —recordando en ese momento el incidente.

—Sí, ahora piensa. Recordarás entonces, que esa persona tocó tu hombro. Justo en ese momento y antes de intervenir tu amigo Yuls, colocó un pequeño microchip de seguimiento para tenerte localizada.

Intentando que nadie percibiera su estado de ánimo Aba se dio cuenta que, desde el inicio, había sido una fácil presa para todos y lo que era aún peor, con su inexperiencia arrastró a la muerte al notario de San Sebastián.

—Desde ahí y como puedes comprender, todo nos ha sido relativamente más sencillo. Fuiste hábil escondiendo el legado de tu padre bajo tus ropas, es lo único que puedo decir a tu favor. Nunca lo encontramos en tu habitación.

—¿Y Otto? —preguntó.

—Otto, hasta aparecer tú, siempre fue el eslabón más fácil de manipular. Sencillo fue encontrarlo, ya que malvivía después de la guerra y más fácil todavía, convencerlo, para que nos ayudara a encontrar el botín que

Hermann Brandl había robado. Yo en aquel tiempo era un pobre policía con ansias de grandeza dedicado al control de algunos grupos menores de neonazis en algunas zonas pobres de la cuenca del Ruhr en los años ochenta. Casualmente, en alguna de mis investigaciones, di con indicios suficientes, como para intuir el gran valor de algo olvidado y muy escondido, la Lista Otto. Desde este punto inicial, simplemente inicié una investigación particular y evidentemente, soterrada a los ojos de mis mandos. La verdad que me daba igual el origen de todo ello pero obviamente, no su contenido. Al inicio fue una labor ardua y ciega porque era muy complicado obtener algún tipo de información. Indagando por aquí y por allí, encontré a Gretta que desesperada buscaba el tesoro. Como comprenderás nos fue muy fácil unir nuestras fuerzas. Su padre, Wilhelm Radecke era un tipo listo y evitó que su nombre apareciera en cualquier lista de los nazis más buscados. Hasta el fin de sus días consagró su vida a encontrar el tren desaparecido lo cual, obviamente, no logró. Pero sí que hizo crecer la simiente en su hija y como acabas de conocer, su nieto sigue la misma estela.

»Encontrado al hijo del capitán Brandl como pieza clave, poco a poco, fuimos creando una pequeña red de centros de rehabilitación para enfermos de alto poder adquisitivo. Con un único fin, acercarnos a la Lista Otto. Debes tener en cuenta una cosa que pienso es fundamental, nos aprovechamos de la llaga emocional que muchos alemanes tenían con su pasado. En los años ochenta era normal encontrar excombatientes o incluso muchos SS que, de alguna manera tuvieron que ver con el holocausto. Pulsar esa tecla, nos vino de perlas. Renegaban de su pasado e incluso padecían por ello “¡eh! Vengan a nuestros centros” les decíamos “y allí aprenderán a estar en paz pero mientras, abran sus almas y cuéntenos todo”. Luego es verdad, que el Grupo Otto ha derivado a cosas más mundanas con el fin de desviar la atención pero en principio, ese ha sido desde siempre, nuestro objetivo inicial.

—No me descubres nada payaso. Comienzas a aburrirme.

Sin hacer caso al brusco corte de la enóloga el policía prosiguió.

—Es verdad que Otto tuvo mucho éxito en su labor de dotar con un espíritu y filosofía a toda nuestra misión pero también es cierto que no se hubiera sostenido si no hubiéramos ido encontrando pequeñas piezas del gran rompecabezas, para obviamente, dotarle de recursos económicos. Así pues, su amigo no era tan santo como pensaba...

—Lo sé y justo, hizo lo correcto, desviarse de escorias como vosotros.

—Después apareció tu padre, como llave necesaria, para abrir puertas

escondidas ante tanta información recibida. Comprendimos que Otto, en sí, era ya un contratiempo, así pues lo dejamos recluido en el monte y tiramos la llave. Era un pobre desgraciado cuando lo encontramos e incluso pensamos que pudiera haber sido servicial a nuestra causa pero realmente nunca llegó a ser relevante, una vez obtuvimos toda su información. Solo fue útil como reclamo publicitario para crear la red pero no olvide que todo ese modelo de negocio estaba financiado por Gretta con un único fin. Así pues, tendimos la trampa a Maurice ya que necesitábamos un ladrón...

—Al mejor ladrón —cortó de nuevo, orgullosa su hija.

—Aunque constantemente me interrumpas no te vas a librar de una muerte segura querida —haciendo perceptible su enojo—. Como decía, señalada la mejor mansión o castillo, él simplemente iba a hacer de guía en pos de alumbrar el paradero de la Lista Otto. Wilhelm, siguió el tren hasta Suiza, la cual y en aquella época, era un gran centro de distribución del arte expoliado durante la guerra pero sospechamos que llegó tarde. Es muy probable que algún ratero o informador avezado notara algo al llegar los vagones a la estación de Berna. En tiempos de postguerra y carestía ninguna oportunidad se dejada perder. Siguiendo con el razonamiento, es probable, que vendiera o escondiera en pequeños trozos del tesoro aquí o allí. ¿Por qué le refiero todo esto? Porque a través de la acción de su padre pudimos ir encontrando retales de todo ello y lo que es más importante, nos cercioramos, ya definitivamente, que la Lista Otto era una magnífica realidad pero sin nombres o apellidos que nos la describieran. Sabiendo que nos sería imposible localizar semejante dispersión del botín, comenzamos a dirigir nuestros ojos al otro tren, el que pasó la frontera de Hendaya. Por eso se puso la primera piedra en los Picos de Posadas. Era la mejor forma de seguir el rastro de Otto.

—Pero ¿por qué? El destino del tren pudiera hallarse en cualquier sitio en España —adujo pensativa Aba.

—Wilhelm Radecke estuvo en Hendaya y mató a Robert Pölsch, compañero de Hermann pero por alguna extraña razón, ahí termina toda nuestra documentación. Así pues y de nuevo, lanzamos a su padre tras la pista. Rebuscando en los documentos de la época, leyendo los informes de los jefes de estación y calculando tiempos y distancias, su padre nos situó la zona, la Rioja Alta. Un lugar donde los franceses situaron su saber decenas de años atrás y qué alegría al observar que la Lista Otto, además de contener maravillosas obras artísticas también nombraba y catalogaba a numerosos de

los mejores vinos franceses de la época. Como usted bien sabe los mejores vinos siempre desean descansar en paz y esta tierra era la mejor para ello ¡Lo habíamos encontrado! —gritó feliz—. Curioso con los años observar que ese lugar además, era incluso la casa de Maurice —y un destello de maldad partió de sus ojos al mirar a la maniatada y ensangrentada enóloga—. Una feliz coincidencia para nosotros y un error crucial para un profesional como su padre ya que puso su cuello en nuestras manos. Su padre era listo, como siempre digo y vivía en España alejado de todos sus centros de acción pero el azar hizo que el principal objetivo y sin pretenderlo se situara a las puertas de su casa y... de su familia —manteniendo la misma y enajenada sonrisa.

—Me da igual, siempre quiso protegernos a mí y a mi madre. ¡Qué grande! Aun así es verdad, tuvo un enorme fallo, fue imbécil al rodearse de simios como vosotros.

Esta vez René no pudo contenerse y le lanzó un puñetazo que casi le partió el labio.

—Por favor, sea coherente —dijo el policía intentando con su pañuelo, taponar el caudal de sangre que brotaba desparramado— y colabore conmigo.

René daba vueltas alrededor de la sala. Miraba constantemente su reloj y frenaba sus comentarios, cuando el cerrado silencio le devolvía, estridentes ecos lejanos desde el centro de Haro.

—Es verdad —retomando de nuevo el diálogo— que en ese momento se produjo un hecho singular, Gretta se quedó embarazada. Todavía es cosa inexplicable para mis neuronas pero sigo sin entender, qué pudo ver en Otto. Supongo que su incipiente fama, la amilanó.

—Veo que al final es un problema de celos. Otto te quitó a la chica y hasta hoy. ¡Los tíos sois unos amargados! —intentando emitir algún tipo de carcajada en lo poco que le quedaba de labio.

Acercándose de nuevo, René le volvió a dar un bofetón.

—Esto puede ser todo lo duro que tú quieras cariño —dijo satisfecho el policía.

—Así que tú eres hijo de... pobre Otto —levantando de nuevo la cara y escupiendo sangre, dirigió una mirada a Yuls que permanecía sentado y mostrando constantemente una leve sonrisa de placer ante lo que contemplaba.

—De ahí que la casa de Yuls, desde el inicio, haya sido cualquier residencia del grupo y de ahí que simplemente, siempre haya estado en todas y en ninguna a la vez. Nunca nadie, percibió su existencia —conjeturó René.

Aun así Aba había acusado el golpe. Perpleja y un poco alucinada por la noticia, su mente giraba en torno a ella.

—Veo que el abuelo Otto no te contó ese pequeño detalle — irónicamente y feliz manifestaba René—. Tantas cosas parece que te contó y olvidó lo principal, era el papá de Yuls —y una contundente carcajada partió de lo más profundo de su ser—. Y mi pregunta es ahora ¿por qué te mintió o mejor dicho, cuantas cosas dejó de contarte? O mejor aún ¿por qué no pensar que él junto a tu padre, simplemente nos querían robar?

Un fino y tímido hilo de sangre recorría el brazo de la enóloga. Aunque le habían puesto una pequeña venda para frenar la hemorragia, esta era del todo insuficiente. Aun así, el dolor interior era mayor que el provocado por la herida. La confianza le hizo cuestionarse de nuevo todo. ¿Y si realmente, era como decía René, una pugna entre dos bandos por ver quien se hacía con el tesoro y ella era, un simple eslabón? Se preguntaba confusa y desorientada. Hallándose en mares de pesadillas miraba los ojos de todos que, como buitres esperando la muerte, deseaban decayera su férrea voluntad.

—Aba estás a tiempo de hacerlo todo más fácil, podemos compartirlo. Sinceramente pienso que habrá para todos, además, esto es solo la primera parte. Descubriste el despacho secreto y es cierto, en él se haya la nueva Lista Otto. Eres muy inteligente, así que ya sabes de qué hablo. De momento, debemos terminar con estos años de infausta búsqueda y encontrar el tesoro para recomenzar de nuevo. Llámame romántico, si quieres, pero debemos conseguir poner nombre a todas esas riquezas.

Como un cirujano René comenzó a diseccionar toda la organización creada. Ahora ya no se mostraba como una especie de comediante ambulante vendiendo elixires de la vida, sino al revés, puntilloso y exacto en cada hecho referido. Con ojos incisivos y ademanes enérgicos, apostaba por ofrecer todos los datos necesarios para que Aba, tuviera una fiel composición de lugar. Incluso su ropa había cambiado. Oscura como la noche, ceñida y sin ambages, parecía un ejecutivo en búsqueda de rentabilidades y objetivos.

—Pero no pienses que nuestro único fin es la lista ¿y si nunca llegamos a encontrarla? Nos preguntamos hace muchos años. Reformulamos y creamos el mesiánico Sentido Otto y sin pretenderlo comenzaron a venir a cada una de nuestras residencias los díscolos de los grandes clanes empresariales europeos. Es verdad y lo admito de nuevo, Otto fue clave en ese momento ya que casi abandonamos nuevos esfuerzos. Como si se tratara de un enorme tapiz fuimos adentrándonos en el mundo del conocimiento y la

gestión de las bases de datos. No sabes la cantidad de confidencias que un instruido médico puede encontrar en un deprimido paciente. Creado el canal ¿por qué no aprovecharnos de él? Imaginado un entorno fácil, parajes idílicos y nada agresivos para aquellos que no podían sujetarse al carro de lo políticamente correcto, de las familias de bien o de los ganadores ¿por qué no sacarles toda su información? Si las grandes multinacionales se aprovechan de nuestras emociones para poder luego, vendernos sus productos ¿por qué nosotros no lucrarnos de toda esa gente que simplemente necesita ser escuchada? Desde ahí, simplemente, comenzamos a crear una renovada y nueva gran Lista Otto pero esta vez, sumando contenidos a la original, conocer las adicciones era nuestra principal meta. Nos daba igual el origen de las mismas, esas tonterías que su amiga Isabel intenta diagnosticar son menores para nuestros fines verdaderos. El bucle de la distorsión continuada, caídas y subidas en eterno sinfín, son nuestros medios para...

—Para luego extorsionarlos —conjeturó Aba.

—Exactamente. La misma extorsión que hace una multinacional cuando te induce, a través de miles de mensajes subliminales en patéticas campañas de marketing a que compres cuándo y cómo ellos quieren. Andas demasiado perdida en el mundo del insulso vino e intuyo, que no te has enterado de la nueva palabra del momento, se llama, algoritmo. Un residente puede recibir el alta y de hecho la recibe pero nunca pretenderemos que se libere del todo. ¿Cómo hacer para que este nos llame constantemente? Dada la cantidad de información que tenemos de él, sabremos cuando debemos pulsarle para que en sus momentos anímicamente bajos, compre nuevas dosis de nuestra poción mágica. Nosotros conocemos esos instantes, simplemente nos beneficiaremos gracias a ellos. No queremos que nos pague unos pocos euros o vuelva a uno de nuestros centros ¡queremos su conocimiento! ¿Lo entiendes? —expresaba fanatizado—. Cuantos más pacientes de alto poder adquisitivo haya en la calle mejor y cuantos más ojos escudriñando las grandes noticias de las grandes élites empresariales mejor. Compras de empresas antes de producirse, adquisiciones de acciones tras soplos o simplemente, quiénes son las personas sentadas en un consejo de administración. Completando el almanaque iremos en busca de sus adicciones y secretos. Mientras y como un simple placebo para mantenerlos con vida, una frase llena de energía será enviada al paciente con el alma del Sentido Otto. La Lista Otto es pasado, estamos creando la nueva Lista Otto.

Extasiado y cercano a la contemplación, ajeno a los lejanos ruidos,

René calló.

—Como una empresa moderna, simplemente diversificamos. Mantenemos el viejo sabor de su origen pero ahora acometemos el futuro, un nuevo y brillante futuro —terminó diciendo el nuevo empresario.

—Me confundí. Otto al morir no solo me indicaba que los ojos de Gretta y Yuls eran los mismos, sino que realmente los principales y los que están detrás de todo, son los suyos. Sinceramente yo creo que él mismo lo descubrió en ese mismo momento y por eso, tomó la decisión que tomó. Es probable que la hubiera tomado de todas formas pero es verdad que, ante esa constatación, decidió ir hasta el final. Mi padre fue vilmente chantajeado e intentó librarse de la cárcel haciendo lo mejor que sabía hacer, robar pero sabes, en todo momento, su fin, fue la protección de su familia. Y la mejor forma de protegerla fue ocultando la Lista Otto. Después he entendido que protegerla, también significa ayudar al mundo. Mátame, estoy demasiado cansada y muy cabreada. ¡No pienso decirte nada, burdo intento de un quiero y no puedo! —dijo absolutamente tranquila y casi pareciendo sedada.

—¿Qué significa la tela de araña, es la última vez que lo pregunto? —preguntó de nuevo René mientras le daba el enésimo puñetazo en la cara.

Sangrando, con la cabeza volcada hacia abajo y con el pelo, mojado y manchado por la sangre, simplemente esperó su destino.

—En fin, como tu padre has elegido la peor solución. Por favor Lucien hazte cargo de ella y recuerda que necesitamos la información y que no tenemos mucho tiempo —fría y lacónicamente sentenció el inspector.

Yuls permanecía ajeno a las explicaciones del policía. A ratos interesado, otras perdido en sus cavilaciones simplemente era un cuerpo ocupando un espacio. Ver el suplicio que comenzaba no le causaba malestar o problema alguno. Lucien desató a la enóloga y con fuerza la arrojó contra un grupo de cajas cercano. Como si se tratara de una simple paja mecida por el viento, esta dio con sus huesos en el suelo sin presentar batalla alguna. Tumbada, vio como las botas del empleado se acercaban y se ponían de nuevo frente a ella. Golpeándola de nuevo, ya no tenía capacidad para gritar.

—Hoy o mañana lo encontraremos Aba. Nos costará un día más pero lo encontraremos —saliendo del letargo Yuls interrumpió la paliza—. Hazlo fácil y terminemos con esto.

—Que te den —balbuceando, fue lo único que atisbó a decir la enóloga.

Lucien la tomó por los brazos y la alzó de nuevo con el fin de volverla

a arrojar contra el suelo. Al subirla Aba descubrió que una de sus orejas estaba cercenada.

—¡Lucien! —sacando fuerzas de donde ya no las había, gritó desesperada—. ¡Otto te salvó la vida al igual que lo hizo Marcus! ¿No lo recuerdas? Busca en lo poco bueno que recuerdes de tu niñez ¡por Dios! —gritaba encolerizada—. Todos defendieron con su vida el secreto de la Lista Otto ¿me vas a matar a mí, la nueva protectora del lugar donde se haya? —gimiendo intentaba convencerle.

—¡No la escuches! —gritó René advirtiendo del peligro que sus palabras comenzaban a causar—. ¡Mátala!

—¿Recuerdas el accidente? ¿Recuerdas a un hombre que se lanzó a por ti tras el accidente? Durante años has ido a llevarle provisiones a Otto. Has tenido que ver la herida en su pierna mil veces, ¡mírate la puta oreja, por favor! Saliste despedido por la ventana y Otto te salvó. Eras un niño pero lo tienes que recordar. ¿Y no recuerdas al viejo vagabundo Marcus? ¿Te acogió intentando redimirse de la pena que supuso su implicación en el holocausto? ¿Vas a ser tú también, otro cómplice más, como estos cerdos?

El gigante pareció por un momento dudar. De alguna manera, en sus ojos, el pasado se hizo fuerte de nuevo. Sus ojos miraron a Aba y una nueva luz, llena de calor, comenzaba a brotar.

—Lucien por favor ¡pon fin a esto ya! —dijo alterado René quien, sacando una pistola apuntaba al empleado—. No me obligues a utilizarla.

—Gretta hurtó a Otto de tu presencia durante toda una vida al igual que lo hizo con su propio hijo. No puedes hablar pero sí puedes comprender y escuchar, tú igual que todos nosotros hemos sido juguetes para sus intereses. Cuando dejes de ser útil te matarán a ti también.

Lucien dejó cómodamente a Aba en el suelo y haciendo, probablemente el esfuerzo de su vida intentó poner voz a sus pensamientos:

—¿Es verdad? —en un tono gutural, oscuro y difuso, casi imposible de comprender para nadie intentó preguntar a René.

Una bala impactó contra el pecho de Lucien como respuesta a su pregunta.

—¡Pero ¿eres imbécil!? —gritó René a un sonriente y aposentado Yuls.

—Da igual, no le necesitamos. Mata a los dos y nos largamos. Ya volveremos —dijo totalmente tranquilo.

René había vuelto la cara para recriminar a Yuls, lo cual hizo que por segundos, perdiera contacto visual con Lucien. Aprovechado por este, cargó

contra el policía mientras otra bala partía de su revólver. Esta solo rozó su brazo quien, acusando el golpe, siguió con su empeño. Ambos pelearon y aunque en una situación normalizada sería Lucien el ganador, dadas sus heridas era René el que iba por delante. Los golpes sonaban a la vez que sus cuerpos rotaban alrededor de la superficie de madera. Aba observó que Yuls iba a volver a dispararle. Sin pensarlo y haciendo acopio de fuerzas, se lanzó sobre él haciendo que revólver y bala se perdieran por la bodega.

—¡Desgraciada! —deshaciéndose de ella Yuls, escaleras abajo, partió en dirección desconocida.

Estaba claro que la pelea se decantaba del lado del policía. Lucien simplemente recibía golpes ya que la bala en el pecho, además de peligrosa, le restaba mucha capacidad de contrarréplica. Moviéndose y esquivando como podía, recibía cada vez más embravecidos, los furibundos golpes de René. Aun así Aba advirtió una última oportunidad. Sin pensar y simplemente, como única manera de salvar sus vidas tomó una decisión. Una tina, de las más grandes del lugar permanecía abierta. Claramente se veía que estaba siendo desinfectada o que aparentemente alguna labor de mantenimiento se realizaba. Soportando como suyo cada golpe dado a Lucien buscó una última solución.

—¡Claro! —exclamó—. Muerte por inhalación pero joder, ¡ahora no hay tufo^[24]! —de la misma manera que esperanzada lanzaba las palabras, estas las tapaba al comprender, lo imposible e improcedente de su pensamiento.

Sabía que, tiempos atrás, era relativamente frecuente que operarios murieran asfixiados en el proceso de fermentación de la uva. Algunas de esos óbitos eran producidos al entrar a sacar los orujos de las tinas, tras la fermentación alcohólica y ser prensados para extraer el vino. A pesar de que muchas bodegas incidieran con fuerza en la prevención de los riesgos algunos descuidos, llegaban a ser letales.

La pelea tornaba a su fin y simplemente René, se hallaba presto para dar el golpe de gracia a Lucien. Sin reparar en las elucubraciones y pensamientos en voz alta de la enóloga ambos contendientes estaban justo en la boca de una de esas cubas. Viendo la oportunidad, Aba gritó:

—¡Empújalo fuerte! ¡Ahora Lucien!

Lucien, sacando sus últimas fuerzas desesperadas empujó al detective quien, trastabillándose, perdió el pie y cayó dentro de la tina.

Un golpe seco lanzó el eco y después un profundo y continuado

silencio.

—Sé que es imposible pero bueno, seguro que algún gas anda aún ahí dentro y nos ha ayudado a terminar el trabajo. ¡Lo has dejado frito y dormido para siempre Lucien! —obviamente tenía claro que se habría desnucado pero agotada por el esfuerzo por una vez agradeció el que alguien, se hubiera dejado abierta la boca de la tina y por fin, pudiera poner fin a una parte de la tragedia en la que se había convertido la noche.

Capítulo 3

En muchas de las leyendas urbanas, de las que son relatadas al amparo de la noche y en espacios reducidos y donde la única luz que fulge suele ser la de una pequeña hoguera o alguna tímida linterna, es recurrente contar la historia de la mujer, que vestida con un largo vestido blanco se aparece en las carreteras. Parece ser que tiene la ocurrencia de mostrar su presencia en lugares peligrosos para la circulación, como curvas muy cerradas o en noches terriblemente desapacibles. La dama aparecida, nos advierte del peligro inminente que se acecha en la vía. La historia recuerda que ella tuvo fatal percance en ese mismo lugar y nos previene del peligro de tomar mal la curva, dormirnos al volante o de quién sabe qué. Evidentemente dicho relato, depende del fervor con que se cuente, puede causar mayor o menor congoja entre el público que escucha pero, es verdad, que sigue siendo muy popular.

Aba cruzó los escasos veinte metros que separan las bodegas de La Rioja Alta de las de López Heredia como si se tratara del mismísimo fantasma de la leyenda. Un precioso vestido que en su momento fue de color achampanado ahora, soportando incontables roturas y manchas de todo tipo, incluida la de su propia sangre, cruzaba la carretera acompañada de lo que en su momento también fue, una bella mujer. Sus pasos eran cortos y por cada uno que daba una muestra de dolor se palpaba en su rostro. Andando como si estuviera ida, dio con las bodegas. Una bella galería, de estilo modernista, comunica dos edificios pertenecientes al mismo conjunto. Creada en tiempos de los fundadores de la bodega suele ser foto reiterada para muchos enoturistas. Aba, en cambio, no tenía fuerzas suficientes como para alzar la cabeza y contemplarla. Aun así, un tímido bosquejo de sonrisa amaneció en su cara cuando, al tocar una gran puerta de madera, esta se abrió sin complicación. Por fin, un poco de suerte, alguien se había dejado la puerta de acceso a la bodega abierta.

Antiquísimas y grandes cubas de madera aparecieron ante su mirada que, sin casi ser apercibidas, fueron dejadas de lado. En segundos encontró unas escaleras, las cuales y bajándolas le dieron acceso, a uno de los calados más antiguos e impresionantes con los que cuenta la cultura del Rioja, el calado de las bodegas López Heredia. Aunque el nuevo estilo moderno de construcción de bodegas está más acorde con los nuevos materiales, con la gestión abierta de los espacios, con el protagonismo de la luz y en muchos casos con un culto, casi obsesivo, por el minimalismo, ante los ojos de Aba aparecía su más absoluta y total contrarréplica, la devoción total hacia lo

antiguo, hacia los orígenes de la cultura del Rioja. Bajadas las escaleras, la oscuridad más densa abrazaba su interior manteniéndose sobre una temperatura sostenida. Los abigarrados y fuertes muros eran asediados por mohos y humedades que ennegrecidos por el paso de los años, creaban una especie de fina película pastosa adherida a cada sillar. Como una catacumba, pasillos sin aparente destino, se abrían ante sus ojos.

Tras caminar lentamente a lo largo del calado, sus pasos dieron con el cementerio de la bodega, el cual parecía estar sacado de cualquier relato de Poe^[25]. Una mesa de madera se colocaba en el medio. Sobre ella y a modo decorativo una cepa, cuyos brazos se retorcían sobre sí mismos, soportaba negras y centenarias telarañas. Algunas velas se dispersaban sobre la mesa. El tintineo de sus pequeñas luces provocaba más miedo y agitación que calor y tranquilidad. Levantando la mirada, y a su alrededor, como si fuesen nichos mortuorios, descansaban las más antiguas añadas de la bodega. Siempre se sobrecogía al estar en el cementerio del calado. El silencio, la temperatura constante y la humedad daban el toque perfecto para alargar la vida de los caldos. Aun así y esperando a que el espíritu de *Annabel Lee*^[26] no apareciera, Aba se puso a trabajar.

Sin admirar el espacio se dirigió, rápidamente, a cada nicho. Con sus manos tocaba, movía y buscaba. En su mente, memorizada, guardaba la fórmula secreta. El brazo izquierdo casi lo tenía paralizado por la herida y cualesquiera fuera su posible movimiento este, le causaba un profundo dolor. Los minutos pasaban y los pies se arrastraban en lastimosa sintonía. Casi desfallecida, tocó una botella que parecía no tener relevancia con el resto. No es que no estuviera avejentada con el paso de los años, sino que simplemente tenía apariencia distinta. Aguzado de nuevo el instinto Aba, se puso al acecho.

—¡Por Dios! ¡Aquí estás! —frente a sus ojos aparecía un *La Tâche* de 1940 de *Romanee-Conti*.

Llorando de alegría, cerciorándose de nuevo que todo lo contando era cierto, quiso entresacar un poco la botella. Al hacerlo, un indisimulado click partió desde un lugar desconocido lo cual le hizo, inmediatamente, comprender. Sonriendo y hablando al espíritu de su padre dijo:

—Tranquilo papá que todo va a salir bien —mientras cientos de lágrimas partían desde lo más profundo de su corazón.

Las posteriores cuatro botellas fueron entresacadas y por cada movimiento, un sonoro click era descubierto. Quedaba la última. Recordó

aquellos primeros nervios cuando mostró al mercado su primera añada. Feliz, nerviosa y ansiosa, esperaba el laudo de los allí congregados. Narices prestigiosas se sumergían dentro de las copas buscando sugestivos aromas. El primero de todos ellos, admirado por lo que acaba de catar, le abrazó emocionado y le dijo que lo bebido, le había retrotraído a su niñez cuando entre las barricas, jugaba a piratas. Lejos había quedado aquello pero la singularidad de cada nueva cosecha, no le hicieron perder, ese instinto de nerviosismo ante cada nueva añada.

Charmes de Chamertin de 1940 se encontraba en un nicho inferior, casi a la altura de sus rodillas. A pesar del dolor subyacente al agacharse, sus profundas emociones hicieron que fuera mitigado. Agachada, la historia llegaba a su fin. Su padre, junto a ella, tiraba de la botella mientras un sonido totalmente distinto sonaba. Como si de una puerta se tratara, cubierta por un conjunto de seis nichos, un oculto percutor hizo que pesadamente se abriera. El recorrido fue escaso, no más de cincuenta centímetros. Quizás el paso de los años había sellado su correcta y total apertura.

—Espacio suficiente —tímidamente masculló para sí.

—Eso es, creo que podremos entrar sin problema los dos —a su espalda y mientras le apuntaba con su pistola aparecía Yuls.

—Me has seguido... —sus ojos marcados por el dolor, lanzaron la mayor mirada de odio y desprecio que pudieron atesorar.

—Claro, no iba a dejarte solita. Aba, la puerta de la entrada estaba abierta ¿no pensaste que eso era demasiado casual? —arqueando sus cejas—. En fin, veo que Otto te ha enseñado muy poco. Aunque es normal, solo tengo ojos para por fin saber, cuál es el contenido del vagón que con tanto ahínco mi abuelo persiguió y por tanto, es obvio que incluso yo, también pudiera haber descuidado los detalles como tú has hecho. De todas maneras, entremos, tenemos poco tiempo. Se oyen ya muchas sirenas de policía procedentes del pueblo y no creo que tarden en llegar —y olvidando su hermético rictus e intentando sonreír de nuevo, prosiguió—. Va a ser una experiencia inolvidable para ambos.

Enfadada consigo misma por verse cogida de nuevo y árida de nuevas palabras, simplemente, hizo caso de sus órdenes y penetró en el sepulcro del cementerio.

—Toma —poniendo Yuls en sus manos, una potente linterna.

—Déjalo. Pensaba que estas cosas solo pasaban en las pelis pero hay un interruptor —cansada intentaba recuperar sensaciones—. Supongo que al

construir esta cripta tuvieron que ayudarse de luces. Bueno, tampoco ha consumido mucho desde entonces —y con su juego de preguntas y respuestas, definitivamente logró sonreír para sí misma.

La luz amarillenta y ennegrecida brilló de nuevo, tras decenas de años de su último uso. Todavía eficaz, inundó los espacios. Ante la primera contemplación, se dejaron llevar y solo acertaron a permanecer en silencio. Tras tantas vicisitudes, exhaustos y sin aliento, frente a ellos aparecía, como si fuera la cueva de la Isla del Tesoro, la temida Lista Otto. Como si de una Capilla Sixtina se tratara, ante ellos y boquiabiertos el contenido del segundo vagón allí descansaba. La Lista Otto creada con el fin de expoliar a los judíos y los vencidos por la guerra, había sido, por fin, encontrada. Unos cincuenta metros cuadrados albergaban el botín. Gruesos muros de sillería, perfectamente conservados ante el paso de los años, cobijaban y daban secreto a un macabro museo.

Cada uno fue poco a poco despertando del impacto de la visión y posando sus ojos en toda la cripta. En uno de los laterales y cubiertos con las lonas que recubrían los trenes, decenas de cuadros se superponían. Perfectamente preservados los Monet, Sisley, Signac, Cézanne, Seurat, Klee, Modigliani, Schiele o Picasso se solapaban, unos sobre otros, como si de una danza macabra se tratara. Decenas de cajas, de diversos tamaños, permanecían apiladas contra la pared. Tal era su cantidad que en el medio y como si fuera una columna, otras tantas de ellas tuvieron que colocarse.

—¡Mira! —exclamando de júbilo y regocijo gritó Yuls—. ¡Es oro!

Lingotes de oro del Reich alemán con sus sellos de identificación brillaban, en poderosa competencia, con la luz artificial.

—¡Y mira! —volviendo a reclamar la atención de Aba—. ¡Divisas! ¡Miles de millones en divisas!

Aba le miraba perpleja. Realmente algo carcomía su interior. No entendía las emociones de Yuls y menos comprendía su felicidad. Al revés, de alguna manera, la única sensación que caminaba con ella era la de angustia. Esta se acrecentó al, de manera involuntaria, chocar contra un enorme baúl que a sus pies encontró. Sin pretensión de ser curiosa lo abrió. En su interior abrigos de visón, de nutria y de oso polar aparecieron. Joyas de oro y enormes collares de perlas fueron recogidos por sus manos. Al observarlos, al tocarlos no pudo reprimir sus lágrimas. Imaginó personas, luchando por sus vidas al ser secuestradas en la madrugada. Evocó con horror, el final de todo ello, cuando las puertas de los vagones eran

descorridas y las cámaras de gas esperaban al fondo. Los abrigo, confeccionados para dar calor, en ese momento, le produjeron frío el cual iba aderezado, de profunda tristeza porque bajo esas telas, aún habitaban las almas de millones de represaliados.

—Y mira esto... son diamantes. Los judíos siempre fueron buenos en su comercio —abstraído y pareciendo casi enajenado Yuls, gritaba ante cada nuevo bien descubierto.

En los pocos espacios que, sin ocupar, aún disponía la cripta Aba observó, lo que parecía un zapato.

—Yuls —inquiriendo su presencia—. ¿Qué es eso?

Acercando la linterna vieron cómo, los esqueletos de tres cadáveres se encontraban esparcidos por el suelo. Yuls los miraba con atención.

—Creo que es Hans.

—¿Hans?

—Sí, la historia concuerda, además le falta una pierna perdida en combate. Según me contó mi madre, mi padre entregó el cuidado del tren a un compañero suyo de armas. Este debía hacerse cargo de pasar la frontera y después, ocultarlo. Lo cual hizo con un éxito a medias —y sonriendo cínicamente miró a la enóloga, quien no le correspondió al observar que al pantalón le faltaba una extremidad—. El otro debió ser algún compinche o alguno que largaría más de la cuenta.

“O alguien de Marcus. Según mi padre siempre dijo saber dónde estaba el botín. Marcus movía los hilos, por lo tanto, también él se libró de... los propios porteadores” tapándose la boca por el asco que le daba responderse ante tal premisa “¡los dejó enterrados en vida!” su mente exclamó alterada.

—Bueno y ahora ¿qué hacemos? —sin mirarle a la cara, Yuls parecía hablar a la cripta.

—Pienso que debemos entregarlo todo a la justicia. En poco tiempo llegará la policía, ahora mismo Haro será un caos y debemos ir allí y dar la cara. Lo que tenga que venir que sea —tristemente enfatizó sin amilanarse.

—Mira —sujetando una especie de espada—. Esta es una daga de ceremonia de las SS, recubierta con brillantes. Mi padre e incluso el de Otto, en algún momento de sus vidas, la recibieron al terminar su fase de aprendizaje. Significa honor y lealtad a los valores propugnados por nuestro Führer Adolf Hitler. No creo que sea el momento para debatir el horror que supone una guerra, pero tengo claro, que lo que aquí se contiene debe ser entregado, únicamente, a nuestro pueblo.

—Todo lo que hay aquí es fruto del expolio y del sufrimiento de muchos, no es de los alemanes. Además, incluso tu propio pueblo, repudia todo aquello y bien que lo sabes —reaccionó indignada.

Haciendo caso omiso a sus palabras Yuls continuó hablando. Intentando ser lo más condescendiente, educado y agradable posible, intentaba endilgar poco a poco a la enóloga.

—De acuerdo, es verdad que todas las cosas que sucedieron no estuvieron bien, soy el primero en admitirlo pero debemos seguir adelante y pensar en el futuro de las nuevas generaciones.

—Nunca deberemos olvidar porque si hacemos eso, es probable que vuelva a repetirse. De hecho y si ves cualquier telediario, se sigue repitiendo cada día.

—Sí. Eso es y estoy de acuerdo contigo. Cada vez las cosas fuera de nuestras fronteras están peor y Europa es un experimento fallido — visiblemente contento se adentró a hablar—. Nuestras fronteras están atestadas de sucios emigrantes pero ya no solo aquí sino en todo el mundo. El futuro del propio hombre blanco tiene los días contados. En Europa dentro de tres o cuatro generaciones seremos nosotros los que tendremos que buscar nuevos espacios porque el Islam habrá sentado su égida sobre nuestras cabezas. Muchos como yo, pensamos como tú pero no como René.

—¡Yo no pienso como tú! —matizó con inusitada vehemencia Aba—. No tergiverses mis palabras.

—Quiero decir que para que no se repita nuestro terrible pasado lleno de guerras en Europa debemos reforzarnos y luchar contra los que vienen. René pronto iba a tener su merecido, lo reconozco, a mí también me daba profundo asco pero le necesitábamos. Él solo buscaba el dinero y le daba igual el resto. Lo que yo busco no es incluso ni para mí, es en nombre de la creación del IV Reich donde todos los europeos podamos hacer frente a esas hordas de animales que llegan cada día hasta nuestros hogares. Con este dinero y otros tantos más que ahora mismo, estamos recuperando, llegaremos tan lejos que crearemos barreras tan profundas que nuestra tierra, afortunadamente tendrá una segunda oportunidad.

Yuls parecía extenuado y absolutamente convencido de cada una de sus palabras. Aba, por fin, conocía al verdadero personaje que se ocultaba tras tantos nombres.

—El Sentido Otto... —“ay lo que he dicho” dijo su mente alucinada e incluso feliz, mientras recuperaba un poco de aire y fuerza— dice que...

bueno y lo ha dicho Otto esta misma noche, que lo más importante de todo, es el significado y gestión del abrazo. Un abrazo es gratuito y en cambio levantar muros es un negocio. Un abrazo es amor y compromiso y en cambio, los muros significan mucho dinero desde el que compra el cemento hasta el que proyecta su trazado. Tras un abrazo solo subyace una mínima pero gran filosofía amparada en el amor, la filosofía que resalta tu pensamiento solo es auspiciada bajo la lógica del sufrimiento y el dolor. Lo fácil y sencillo frente al afán de riqueza de unos pocos interesados. Es verdad crear muros basados en los tópicos, en las diferencias y en la incultura general es un gran negocio imposible de erradicar.

»No entiendo muchas cosas ajenas a mi bello mundo enológico, pero buscáis destruir para luego construir en base a filosofías represivas y antihumanistas. Gana el que destruye, el que construye sobre esos sucios posos y el que luego mantiene la rienda del poder. Es mentira que se pueda generar un mundo mejor desde esa base, lo diga quien lo diga.

—Pero no ves que al paso que vamos, seremos gobernados por rusos o desde la torre de una mezquita. Lo que mi movimiento desea es frenar esto y volver a ser una Europa unida y fuerte, capaz de defenderse.

—No soy buena en historia, pero al revés, Europa siempre fue lo contrario ¿no? Por eso debe, por una vez, restaurar sus valores y creer en su potencia de una vez por todas. No dar pábulo a los que como tú, desean derribarla.

—Veo que sigues enrocada en falsas supersticiones, como si te hubieran lavado el cerebro —Yuls parecía seriamente contrariado, molesto y confuso.

—Yuls entiendo lo que dices y es verdad que tenemos un problema con la inmigración pero las cuadrillas de negros que vienen aquí para hacer la vendimia son realmente trabajadores y buena gente. Pero, cómo puedes pensar que solo son ellos los únicos violadores, ladrones, traficantes o que solo llegan a nuestra costa los locos. Creo que no lees muchos días las noticias, ¿verdad? En nuestras casas también hay gente terrible. Pero, es verdad, no soy tonta, claro que me preocupa y me jode que una tía lleve el burka por la calle y también creo que el Islam es invasivo y peligroso, en los términos que muchos de sus imanes se empeñan en adoctrinar. Me preocupan los sátrapas que crecen más y más y cercenan libertades. Pero insisto, Europa debe ser un faro de luz frente a ellos y ese faro, bien engrasado, siempre frenará cualquiera de sus envites. Si nos volvemos como ellos, será el camino

más fácil para llegar al puto caos.

—Aba no se puede seguir por ese camino. Es realmente bonito lo que dices y moralmente encomiable pero solo para una clase de autoayuda de los Picos de Posadas, no para hacer frente a nuestra realidad. Ahora mismo hay doscientos tíos accediendo a nuestras costas y mañana, cien más o hacemos frente a esto o en poco tiempo sucumbiremos —el tono de Yuls era ya marcadamente agresivo— si queremos seguir con nuestros valores del pasado, esos de los que tú hablas, necesitamos recuperar los gobiernos fuertes que tengan claro que Europa pertenece a los europeos. Además el hombre es un animal contra sí mismo, desde un punto de vista antropológico. Así pues, simplemente el animal más grande vence y perdura. Estamos ahora mismo inmersos en una profunda guerra de civilizaciones y Aba, debes aliarte con el más fuerte, nosotros. Este botín es mi aportación a todo ello, con este dinero financiaremos bienestar para todos nosotros, incluida tú, por tanto, debes colaborar —mirándole de frente, Yuls ya no hablaba sino que ordenaba.

—Y no es mejor para esos fines tener dinero lícito al menos no manchado de sangre. No es mejor salir a la calle con un megáfono y presentarse a unas elecciones, donde incluso yo o cualquier persona, tras oírte, pueda elegirte. No es mejor dar ejemplo de nuestros valores poniéndolos constantemente en práctica. Si no, nos convertiremos en ellos. Es lo que buscan, forzar a que nuestros miedos guíen todas nuestras acciones y al final, en un mismo estadio, haya una lucha final. No sé, ¿no crees que es mejor mantener la cordura y el imperio de la ley y nutrirnos de mejores gobernantes y no esta chapuza que tenemos? Hitler, tu Hitler encauzó el miedo de todo un pueblo hacia perversos fines y fíjate su triunfo —mirando alrededor—. Insisto, me dan muchísimo asco determinadas actitudes de sus culturas pero no quiero convertirme en otro de ellos porque en ese momento, habrán ganado la partida.

El silencio se apoderó de nuevo de los pocos metros que la cripta contenía. Exhausta y probablemente hastiada, sentada sobre una caja que contenía millones en divisas, había perdido cualquier capacidad de hacerse entender. Ya no recordaba los viejos tiempos en los que ahora mismo y tras la vendimia, estaría gozando de alguna semana libre en cualquier parte del mundo o quizás cenando con amigos, simplemente ahora, intentaba comprender el porqué había llegado hasta esta situación.

La traca final de fiestas estaba siendo brutal. Había visto morir a dos personas y había sido cómplice de la muerte de una tercera, sin saber la suerte

del pobre Lucien, quien malherido es probable hubiera ya iniciado camino al infierno. ¿Y Haro? Su pueblo del que se sentía tan orgullosa. Ahora mismo, estaba segura, que cientos de personas inundarían las calles intentando comprender el porqué del caos creado. Sentada sobre miles de millones de euros, simplemente pensaba, que había dado el traste con su vida y esa sensación le generaba un notable poso de agotamiento y tristeza. Pensar en salvar Europa se le antojaba como una lejana quimera al enfrentarse con su patética realidad. Aun así y de alguna manera su mente eligió la mejor de las soluciones posibles. Luchar, de nuevo, que para eso era la hija de Maurice. Es verdad que su padre no tuvo la mejor de las vidas u optó por el mejor de los caminos pero también era cierto, que solo hizo una cosa bien, preservar la memoria de los millones de represaliados por la guerra.

—¿Y si lo dejamos tal cual y cada uno nos vamos por donde hemos venido? Te prometo que no te perseguiré ni saldré en tu busca y evidentemente no diré nada de ti a la policía. Tienes suerte porque pocos saben de tu existencia, René puede llevarse todas las culpas. Te vas ahora mismo y que tu vida continúe. Llévate algo de dinero, me parece bien y así, podrás sobrevivir de una manera dignísima pero hoy será el último día que nos veamos.

Yuls estaba abriendo cajas con pasión. Prácticamente no había hecho caso a nada de lo que había dicho Aba desde que entraron en el santuario. Sus exclamaciones eran constantes al descubrir este u otro objeto de valor incalculable, alborozado, simulaba estar en trance. El holandés sintió el peso de la mirada sobre sus espaldas, sin dejar de abrir o cerrar cosas levemente le contestó.

—Mis palabras anteriores no eran una negociación, ni tan siquiera buscaba consejos, simplemente te ofrecía una única salida para que salieras viva de aquí. Que antes haya fallado no significa que ahora vuelvas a tener la misma suerte. Desde mi punto de vista tienes dos opciones. Ayudarme a sacar todo esto y no te preocupes que, una parte será tuya, hay decenas de miles de millones en estas paredes como para ser cicatero o una segunda, sigo teniendo mi pistola cargada. Es decir, puedes compartir espacio de por vida con el camarada de mi padre, Hans.

—¿No te lo quieres pensar mejor Yuls? —preguntó cariacontecida.

Aba sentía cierta pena por el que había pretendido ser su amante. Inoculadas, desde pequeño, semillas del odio entendía sus porqués pero al igual que con Lucien, acercándole hacia la verdad quizás pudiera haber

salvación.

—Esto no es nuestro. Todo lo que hay aquí dentro está manchado con sangre. No notas la muerte en estas paredes, el horror y el pánico de muchas familias que murieron por la demencia de unos pocos. Aquí tenemos la prueba viviente de su horror, ¿no es mejor mantener su recuerdo vivo pero siempre oculto para que nada de esto vuelva a repetirse?

—¿No es mejor protegernos de las nuevas invasiones modernas como son las emigraciones masivas, los rusos y el Islam? ¿No es mejor, con este dinero, ayudar a que haya una vuelta a la normalidad?

—Y dar luz, a otra dictadura quieres decir. ¿Quieres convertirte, en un moderno dictadorzuelo que como otros, utiliza la democracia para consolidarse en el poder, en otro más de ellos? ¿Eso es realmente lo que quieres? Europa siempre estará por encima de ello, nuestros valores suman más, no tengas miedo.

—¿Miedo? —y una potente carcajada emitió—. Ellos deben temernos desde ahora, ya hemos sufrido demasiado por sus atentados. Crean guetos en nuestras ciudades, donde nosotros no podemos ni entrar. Terribles estados dentro de nuestros estados basados en el horror de unos barbudos. ¿Miedo? Al revés, ellos deben tenerlo. Sí, para extirpar el mal deberemos extirpar con saña el cáncer, este botín será uno de nuestros medios. Muchos deben morir para salvarnos todos, entre ellos, a ti.

—Entonces me vas a matar.

—Lo estás haciendo tú, te estoy dando la oportunidad de vivir.

Aba seguía sentada y cabizbaja, su cuerpo se estaba enfriando y los dolores arreciaban. Necesitaba ayuda médica porque la sangre no dejaba de fluir haciendo que, la zona donde había impactado la bala estuviera, en exceso amoratada. Yuls, a cubierto, le apuntaba con la pistola tras la columna de cajas situada en el medio.

—¿Entonces? —preguntó el hijo de Gretta.

—Entiendo lo que dices y tampoco he de decir que soy la reina de lo políticamente correcto. Muchas cosas de las actitudes que veo en estas nuevas gentes que vienen me repatean como el machismo y su falta de resolución para querer adaptarse pero también, soy de las que cree en el fomento de la formación en nuestras normas para facilitar su inmersión, como cuando vienen gentes de mil razas y credos a vendimiar. La senda de las murallas solo conduce a más murallas y sobre todo al caos. ¿Cuántas guerras hemos tenido que pagar por eso? Igual podemos seguir otros

caminos.

—El IV Reich servirá de depuración y todo lo que tú expresas y necesitas, nosotros te lo brindaremos.

—No crees que ese mantra, es el mismo que expresa cualquier dictador que hoy sale en el telediario, ¿no dice acaso lo mismo?

—Cree en nosotros y un nuevo tiempo llegará.

—Y una noche, a los que no pensemos como vosotros pues... alguien entrará en nuestras habitaciones y... —deslizándose su mirada por todo el contorno.

—Lo siento entonces —dijo serio y concentrado Yuls—, esta será nuestra despedida. Tenía grandes planes ideados para ti y obviamente para nosotros.

—Desde pequeña fui una toca huevos, lo siento. Ya lo decía mi madre, “eres igual que tu padre pero con tetas” —y casi emocionada sonreía.

Yuls buscó, con sus manos, abrazar la empuñadura de su pistola. Instantes después, esta, enfocaba el corazón de la enóloga. Sentada sobre un baúl, aletargada y casi desvanecida esperaba su final. Quizás por puro instinto de supervivencia o gastando el único uno por ciento que le restaba de energía, dio un pequeño saltó que le puso frente a la columna de cajas. Aprovechando la inercia del propio salto, las empujó con fuerza. Un impresionante y agónico grito de dolor acompañó la acción mientras veía, cómo con éxito, las cajas caían sobre su oponente. Estas derribaron a Yuls haciendo que, además de perder la pistola, quedara casi bloqueado por escombros de cajas y miles de millones de divisas. Con sus escasas fuerzas Aba, recogió la pistola del suelo.

—Por favor Yuls, vamos a hacerlo a mi manera. Ambos ganaremos —casi llorando e implorando con su mirada, Aba le rogaba.

Yuls poco a poco se fue quitando todo lo que había caído sobre él. Liberado se levantó.

—No Aba, tendrás que disparar —mientras adelantaba su pie izquierdo.

—Por favor Yuls. ¡Frénate! —y por su cara manaban densamente las lágrimas.

—Dámela, por favor —y otro paso dio más quedándose a un par de metros de distancia.

Aba, casi agazapada, temblorosa y horrorizada permanecía aterida de pánico. Nunca había tenido una pistola en su mano. Defenderse por salvar su vida o matar, suponía una atroz disyuntiva. Yuls la observaba con demente

satisfacción, sus ojos eyectaban sangre. Mirándola de frente, intentaba dominarla. Aba disparó, sin sentir, prácticamente que había disparado. De manera inmediata la bala penetró en medio de los ojos del holandés. Un primer pequeño hilo de sangre comenzó a discurrir en eterno sin fin hasta que este, se convirtió en denso y oscuro. Muerto, Yuls o Andreas Radecke, caía ante sus desnudos pies.

Terribles segundos se sucedieron después. Como una estatua, cualquier vida interior que pudiera haber albergado el cuerpo de Aba ahora, permanecía ausente. Sin capacidad de reacción, humeante la pistola dejó que cayera al suelo. Como si estuviera ida, poco a poco comenzó a levantarse. Haciendo acopio de fuerza cogió los restos de Yuls y los introdujo en el secreto escondrijo. Lanzando la pistola al interior cerró la puerta. Concienzuda y rápidamente borró cualquier rastro de su presencia. Lentamente subió las escaleras y se dejó llevar, por sus reventados pies, hasta el lugar donde estaban René y Lucien.

Saliendo a la calle, el amanecer frío y húmedo golpeaba con fuerza. Cerrada bruma recordaba la terrible tormenta nocturna. Cercanos y estridentes sonidos anunciaban su presencia. La policía llegaba.

Una nueva Vendimia

Capítulo 1

—¿Nos hemos convertido en el “*escuadrón suicida*”, entonces? — preguntó Elena meditabunda y permaneciendo totalmente concentrada.

—¿En qué? —respondieron todas al unísono.

—Le pedí a Alberto, el que nos pone las infusiones que me consiguiera la película. La he visto estos días y bueno, es por entender un poco mejor cuál va a ser mi personaje.

—¿Tu personaje? ¿Cómo? ¿Qué personaje? —sorprendidas y alucinadas respondieron, de nuevo todas al unísono, sin todavía comprender a qué se refería.

“*Come to me*” de *Koop* sonaba a eso de las ocho de la mañana cerca del comedor principal mientras una pareja bailaba saludando a un martes de invierno. Se miraban a los ojos mientras se confesaban pasión y sentimiento. Sus pies se deslizaban por el abrigantado suelo pareciendo que, en determinados momentos, casi danzaran sobre una nube. La noche aún no había dado tregua al amanecer y un aspecto grisáceo, dominaba el inicio de la jornada en los Picos de Posadas. Las cumbres de la Ibérica ya habían recibido las primeras nevadas y el hilo de agua del manantial se había convertido en un vigoroso manantial. Helechos parpadeaban pequeñas gotas de agua que, mansas aterrizaban, sobre el verde y mullido césped. La tranquilidad en la residencia había sido recuperada y el calor y la paz habían desplazado los sinsabores de los pasados días.

Vega, Isabel, Elena, Úrsula y Aba, paseaban a lo largo de uno de los pasillos. Tranquilamente conducían la silla de ruedas donde Lucien, poco a poco, iba recuperándose de sus heridas. Tras una semana en coma despertó. No recordaba en toda su vida haberse sentido cuidado o querido, así que simplemente, se dejaba llevar felicitándose ante su nuevo presente.

Aba portaba un aparatoso vendaje que le hacía llevar el brazo en cabestrillo. La infausta noche y sus vicisitudes hicieron que, debido a tan duros movimientos, la bala se le desplazara e incrustara en el peor sitio posible. Infectándose, requirió horas de cirugía.

—Sigo sin entenderlo Aba —Vega, como si se tratara de una letanía, perpleja manifestaba—, ¿y ahora qué hago yo allí sola?

El grupo seguía caminando lenta y calladamente. Los días después de la muerte de Otto fueron muy complicados. La policía entró de lleno en toda

la investigación y descubrió el origen y final de robos, de apariencia inconexa, acaecidos mucho tiempo atrás. Los ordenadores ofrecieron jugosa información. Gretta y René gestaron una peligrosa organización criminal. Desde ese momento, cientos de vídeos y documentos comenzaron a ser diseccionados y mirados con lupa. Cada paciente era elegido, no solo de su poder adquisitivo sino de los contactos que pudiera atesorar.

Un pequeño grupo de médicos y personal de varias residencias se adhirieron a las consignas de la directora general. En este sentido alargaban terapias o profundizaban en exceso en sus traumas con el fin de obtener la mayor información posible. En algunos vídeos y como si de interrogatorios se trataran, pacientes eran llevados hasta el límite con tal de ofrecer todos sus recuerdos y conocimientos. Mintiéndoles, les decían que ese tipo de procesos formaba parte del Sentido Otto “desnudar el alma”, lo llamaban. En ese proceso debían expiar y contar todo su pasado. Lógicamente, desconocían que alguien los grababa. Después, eran extorsionados vilmente. Al salir a la calle, alguien los llamaba y les pedía dinero por no contar lo que habían dicho. Presas del pánico, muchos de ellos recaían en sus dolencias y era fácil observar, como retornaban raudos a cualquiera de las residencias en Europa. En un bucle sin fin, entraban y salían del centro y a cada ingreso, ingente nueva información era traída. Así pues, el Grupo Otto se vio entrando en consejos de administración o comprando o vendiendo acciones justo en el momento oportuno, dado lo afortunado de sus fuentes.

Isabel estuvo al borde de la depresión al saberlo. Desde hacía años sentía como era ninguneada y casi relegada hacia las tareas más insulsas y su verdadera labor, la médica, despreciada.

—No hay problema Vega. Lo vas a hacer genial y si te digo la verdad, yo estaré más presente de lo que crees en el Barrio de la Estación —dijo calmándola mientras la despedía Aba.

Vega se fue hacia Haro, contrariada pero asumiendo su nuevo rol, la nueva enóloga de la bodega. Desde el recibidor, el pequeño comité de despedida contemplaba.

—Sí, tu disfraz de la Noche del Fuego —dijo Elena, anclada en sus pensamientos.

—¡Ah! —dijo sonriendo Aba—. Ya ni me acordaba de aquello. Han pasado tantas cosas desde entonces —y de nuevo su mente pareció evadirse a mundos perdidos. El trauma aún anidaba en su cabeza y como terrible agonía, llamaba tenazmente a su puerta.

Dejaron a Lucien en su habitación y a Elena tomando un aperitivo en una de las salas del centro.

—Pues bienvenida a la nueva directora general del Grupo Otto — dirigiéndose entusiasmada Isabel a Aba—. Te deseo todos los éxitos posibles.

Isabel, Úrsula y Aba estaban sentadas en la galería contemplando las texturas y colores del invierno. Aunque simulando no contener vida, simplemente en el descanso, la naturaleza se regeneraba.

—Y tendrás que cambiar muchas cosas... —dijo Úrsula frunciendo el ceño— la Noche del Fuego, no debe seguir así.

—Tengo claro que me va a ser difícil hacerte cambiar a ti — correspondió sonriendo—. Veremos lo que pasa pero aun así tengo claro que enfrentarme a este maravilloso reto va a ser lo mejor que me pasé en esta vida, así que me vais a tener que ayudar mucho.

Aba se levantaba pesadamente. Sus fuerzas todavía eran escasas y sus pasos lentos.

—¿Y Andreas? —preguntó suavemente Isabel.

La cara de Aba cambió y adquirió, rápidamente, un semblante de tristeza y palidez manifiesta. En las indagaciones policiales nadie había preguntado por él porque realmente nadie era consciente de su presencia. En ninguno de los registros constaba y lo que fue más raro, no se encontró ni una prueba de la maternidad de Gretta. Era un fantasma o quién sabe qué.

—Se fue... —y sin que ambas pudieran apercibirlo, un nudo de tristeza y dolor se aferró a su garganta.

Capítulo 2

—Pero ¿qué es el Sentido Otto? —preguntó la recién ingresada a la nueva directora del Grupo Otto mientras paseaban por el jardín.

Algunas tardes de invierno, a pesar del gélido frío, son radiantes y espléndidas. Sin calentar en exceso, el sol ofrece su manto y durante escasos instantes, regenera los entumecidos cuerpos.

—No tengo ni idea —enarbolando una amplia y cariñosa sonrisa, intentaba ofrecer una respuesta coherente—. Y lo peor de todo es que creo, me va a llevar muchos años poderlo definir pero, tengo claro, que tiene mucho que ver con valores y creencias. Llegué aquí pensando que todo esto era una ridiculez y en fin, pensar que pensaban que yo estaba loca... toda una experiencia —riéndose mientras recordaba sus primeros pasos en Los Picos de Posadas—. Pero comenzar a crecer sin parar, hasta llegar a hoy, sabiendo que mañana será mejor, no tiene precio.

El caminar, tranquilo y silencioso, se veía interrumpido por el ruido de pequeñas piedras al ser pisadas. Aba parecía sumergida en una pequeña y momentánea reflexión. Saliendo rápidamente de ella, concluyó:

—El Sentido Otto va de vida y personas. Partiendo de nosotros mismos... creer de nuevo en la raza humana, en definitiva.

FIN

Bibliografía

1. Jacques Delarue: “La Gestapo”
2. Jacques Delarue: “Tráfico y crímenes durante la ocupación”
3. Gerard Aalders: “The art of cloaking ownership”
4. Don & Petie Kladstrup: “La guerra del vino”
5. Albert Speer: “Inside the third Reich”
6. Daniel Goldhagen: “Los verdugos voluntarios de Hitler”
7. Ian Hersaw: “Hitler”
8. R. Barea: “Gipuzkoa 1940”
9. Robert Lewis Koehl: “Las SS”
10. Wynford Vaughan-Thomas: “Cómo liberé Burgundy”
11. Diario del jefe de estación de St. Thibault, Henry Gaillard
12. H.R. Kedward: “Francia ocupada: Colaboración y resistencia”
13. Robert Payne: The life and dead of Adolf Hitler
14. El proceso de Nuremberg
15. Albert Speer: “Inside the third Reich”
16. Glosario de nombres del Tercer Reich: Yad Vashem

PlayList del libro en “spotify”

1. Daniel Darrieux “Les fleurs sont des most d’Amour”
2. Camelie Jordana “Moi c’est”
3. Alice Phoebe “She”
4. Bertrand Levin “Hypernuit”
5. Tocco “Samba”
6. Isea & Dodo Sound “”Fresh Air”
7. Dean Martin “Sway”
8. Dougie MacLean “Caledonia”
9. Kovacs “My love”
10. Mazzy Star “Fade into you”
11. Rebuke “Along came Polly”
12. Koop “Come on to me”

Link:

<https://open.spotify.com/user/31gv7r5igeid4mfqz5ejravkpi7q/playlist/57KwDFbntTeuACjJsi=STOGHwEKS3WAF2IG59Ws-A>

Agradecimientos

Gracias a Manuel Ruiz (enólogo), Mariano Fernández (Dolmar), Julio Saenz (Bodegas La Rioja Alta) y David González (Bodegas Gómez

Cruzado), por su ayuda, consejos y cariño por ayudarme a llenar de “vino” este libro.

Este libro está dedicado a mis amigos de siempre de “*Zurdo Rumor*” Justo, Pedro y Bea, Michel, Mariano, Manuel, Fonso y Miguel Angel. También me apetece hacer mención especial a mi equipo de “running” por así llamarlo en lo que prima más el buen rollo, la gastronomía y sobre todo el buen vino. Si además hacemos algún kilómetro pues... genial. Así pues dedicado a Maxi, David 1 y David 2, Emilio, Mariano, Cuca, Pilar, Tito y Yolanda, Eugenio, Julio, Santi, Jesús y Valen.

Dedicado a la gente que siempre está ahí Julia y Juan, Juan y Gonzalo. A Mailena, Inmacula E. y Evelyn por sus correcciones e infinita ayuda. A Luján y Javi, Mara y Iare y a Marta, Mónica y Charli. A Vega y Lucas. A mis hermanos Diego y Yolanda y Alvaro y Angélica y mis sobris Mireia, Marco, Cecilia y Andrea.

[1] Tropas de Asalto o grupos de Ejecución. Nombre de un conjunto de escuadrones de ejecución itinerantes formados por miembros de las SS, SD y otros miembros de la policía secreta de la Alemania nazi.

[2] El último emperador alemán fue Guillermo II (1859-1918) gobernando entre 1888-1918.

[3] El Reichsmark fue la moneda oficial utilizada en Alemania desde 1924 hasta el 20 de Junio de 1948.

[4] La matanza de Oradour Sur Glane fue perpetrada por la 3ª compañía del 1 batallón del Regimiento Der Führer de la división SS Das Reich en contra de la población civil el 10 de Junio de 1944. Murieron unas 644 personas, muchas de ellas quemadas vivas dentro de la iglesia del pueblo.

[5] Cuartel general de la CIA en Estados Unidos.

[6] Shoah: término hebreo para referirse al holocausto, se puede traducir como “catástrofe”.

[7] Ruego por el eterno descanso de Maurice. Espero se reúna pronto en el seno de su gloria con su difunta mujer Maite. Su hija Aba le tendrá siempre en su feliz recuerdo.

[8] Traducción Francés: Le doy mis condolencias.

[9] Traducción Francés: “Tiene a su disposición 15 minutos, la iglesia después se cierra”

[10] Pervitin: Metilamfetamina muy consumida por los soldados alemanes antes de entrar en combate.

[11] Gliwice, nombre polaco oficial actual.

[12] Boche o Fritz eran nombres, con marcado acento despectivo, para definir a los alemanes en la II Guerra Mundial. En el caso de la palabra “Boche” y tras traducirla, es utilizada de manera peyorativa aludiendo a la cabeza de asno o cuadrada de los alemanes. En el caso de Fritz se alude a que la mayoría de los alemanes se supone se llamaban Friedrich.

[13] Árbol proveniente de las calurosas y secas zonas del África Tropical, de carácter sagrado para muchos. Posee un fruto repleto de minerales y vitaminas que se usa con múltiples fines, como los medicinales.

[14] Extravagancia.

[15] Sillón francés tapizado.

[16] Traducción del alemán: Mi querida Aba.

[17] Yamamoto Tsunemoto (1659-1719): Guerrero, militar y filósofo japonés. Sus enseñanzas fueron escritas por Tashiro Tsuramoto en el “Hagakure”. Esta obra es la base del código ético samurai “Bushido”. Tras convertirse en monje Yamamoto Tsunemoto cambia su nombre a Yamamoto Jocho.

[18] Cita del libro “Hagakure”.

[19] Cita de Yamamoto Tsunemoto “Jocho”(1659-1719) dictada a su acólito. Perteneciente

al libro Hagakure que significa “oculto bajo las hojas”

[20] El Príncipe Feliz: Cuento de Oscar Wilde, escritor, poeta y dramaturgo. 1854-1900

[21] El Fantasma de Canterville es un cuento de Oscar Wilde. Publicado en 1887 por la revista The Court and Society Review.

[22] Yamamoto Tsunemoto “Jocho” 1659 -1719: “Hagakure”. Versión libre del autor sobre una de sus citas.

[23] Werwolf o Wehrwolf: Grupos de resistencia alemana creados en 1944 para luchar contra los aliados y contra los disidentes alemanes. Intentaron sobrevivir en la postguerra sin éxito.

[24] Tufo: Nombre dado a un CO₂ que se produce, en grandes cantidades, en el proceso de hacer el vino por la fermentación del mosto. Este se adhiere a los lugares más bajos y cercanos al suelo desplazando al oxígeno, lo cual hace, que sea imposible la respiración.

[25] Edgar Allan Poe (1809-1849): Escritor americano famoso por sus relatos cortos. Renovó el género gótico y de terror.

[26] Último poema publicado por E. Poe. Como en muchos de sus cuentos habla de la muerte de una bella mujer y la huella que deja.

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

